El complot de los Románticos

CARMEN BOULLOSA



PREMIO DE NOVELA CAFÉ GIJÓN 2008

El Parnaso, congreso literario que concede anualmente un premio al mejor inédito de un maestro, cambia de sede y busca una ciudad que lo albergue en 2007. Este festival tiene una peculiaridad: los participantes, auténticos clásicos, están todos muertos. Dante Alighieri, representando a los consagrados y custodiado por una joven poeta norteamericana muy de moda y una autora mexicana (narradora de la mayor parte de la novela), viajará a México, posible futura sede. Con ellas, visita un centro comercial, cruza diferentes fronteras entre Estados Unidos y México, es iniciado en la cultura contemporánea e incluso asiste al rodaje de *El Zorro III*. Ciertos hechos harán que Madrid compita también por la candidatura…

Solo Carmen Boullosa podía escribir una novela así, creadora de su propio género. Entre carnaval y ensayo, entre intelectual y pop, entre novela de fantasmas y *road-novel*, esta novela única, cómica y reflexiva, simple y a la vez compleja, confirma el lugar que ocupa la autora en nuestras letras hispanas.

El jurado destaca «lo atrevido de su propuesta, el brillante uso de la cultura literaria, así como la ruptura de los moldes narrativos al uso» y el «hilarante juego metaliterario acerca de la figura del autor».

Carmen Boullosa

El complot de los Románticos

ePub r1.0
Titivillus 10.10.2024

Título original: *El complot de los Románticos*
Ilustración de cubierta: William Blake para la *Divina Comedia*
Carmen Boullosa, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Acta de la reunión del Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón 2008

Reunido el miércoles 17 de septiembre de 2008, desde las 20:00 horas en el Café Gijón de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Café Gijón correspondiente al año 2008, compuesto por:

D.

Antonio Colinas,

D.

Marcos Giralt Torrente,

D.

José María Guelbenzu,

D.ª

Mercedes Monmany y

D.ª

Rosa Regàs en calidad de presidenta (realizó las veces de secretario

D.

Carlos González Espina), tras las oportunas deliberaciones y votaciones, el Jurado acuerda:

Otorgar, por mayoría, el Premio de Novela Café Gijón 2008 a la novela titulada *El complot de los Románticos*, presentada a concurso bajo el seudónimo de «Esther». Abierta la correspondiente plica, resulta ser obra de la autora mexicana, residente en Nueva York, Carmen Boullosa.

El jurado destaca en la obra ganadora lo atrevido de su propuesta, el brillante uso de la cultura literaria, así como la ruptura de los moldes narrativos al uso. Al tiempo que construye un hilarante juego metaliterario acerca de la figura del autor, la novela presenta también un sustrato crítico sobre el parnaso artístico y

sobre la sociedad de nuestro tiempo, con particular referencia a la mexicana.

Y para que así conste, firman la presente en Madrid.

A la memoria de María José, mi hermana,
de Teté, mi mamá, y de Esther, mi abuela.
A Gustavo Velázquez, mi tío.
A mis hermanos, Mercedes, Pablo, Pedro y Lolis.
Y como todo: a mis dos hijos, Juan Aura y María Aura.

El mundo dejas y quieres
que la carne gobernemos.

JUAN RUIZ DE ALARCÓN

descansemos del áspero estudio de las realidades humanas.

EÇA DE QUEIROZ

an ecstasy, a withdrawal from the common life.

ARTHUR MACHEN

I. NUEVA YORK

1. Me explico

Yo no iba a abrir la boca, pero con la que se ha armado, ¿qué voy a hacer?, ¿dejar que otro desembuche antes que yo, me haga quedar en ridículo con alguna versión amañada y de pilón se lleve todo el crédito? No. No y no. Mejor suelto de una vez la sopa y si no me quieren creer qué más me da, tírenme a locas, yo tengo la conciencia tranquila, les estoy pasando al costo el motivo del borlote, la razón de la alharaca. Señoras y señores, señoritas y muchachos —nótese que no me achico aun teniendo enfrente multitud varia—: de primera fuente les informo de que los que han despertado tantas conjeturas, comentarios y fotografías no son actores, payasos ni impostores, los que ustedes vieron en Madrid son auténticos, son los originales, no la calca o la copia, sino los verdaderos, como decimos en mi tierra: la mera neta. Si los medios han reproducido fotografías de una que «se parece» a Virginia Woolf en el paseo de la Castellana, de la «idéntica» a Victoria Ocampo en la calle Serrano, de un «símil» de Bioy Casares acompañado de otra «igualitita» —el comentario se publicó en México— a Silvina Ocampo en la Ancha, y, horas después, en la misma mesa con otra parecida de manera asombrosa a la joven Elena Garro, o de «un» Oscar Wilde en el Café Gijón donde también estaba «una» Edna St. Vincent Millay marcando con el bilé la cara del nicaragüense Salomón de la Selva y en el espejo «Dios de los cielos, ¿no llegará nunca el atardecer?», o de «un casi» Rabindranath Tagore, en el vegetariano Artemisa, es porque son ellos mismos. El que calificaron de «payaso» por entrar a la Biblioteca Nacional disfrazado de Homero, es Homero en persona.

El gigante que daba largos trancos desplazándose de un extremo al otro del bar del Hotel Plaza, alegando exaltado con marcado acento argentino y frenillo, era Cortázar, y el que estuvo a su lado unos minutos —los únicos en que Julio dejó de caminar como un león enjaulado— era Sartre. Lo que ustedes han presenciado es la aparición de los escritores que acabo de mencionar, entre muchos otros. Algún astuto pudo haber grabado la imagen del bello Ovidio paseando por el Madrid de los Austrias, o a Hemingway jactándose con vocerrón de ser Hemingway, a Drieu La Rochelle deambulando solitario, a Sylvia Plath despojada de toda melancolía, algo exaltada, colgada del brazo de un precioso que no era Ted Hugues. Hubo otros que durante su estancia madrileña hicieron lo que les negó la vida, sobre todo mujeres: Sor Juana enfundada en jeans se tomó unas de vino con George Sand, las dos hablando sin parar, sentadas en una mesa en la plaza Platerías; Emily Dickinson, Jane Austen y Carson McCullers tuvieron un ataque de risa cuando Clarice Lispector les tradujo lo que acababa de llamarlas un mesero: «chulas».

Lo que creyeron un acto de mago callejero, fue Mishima representando o interpretando una vez más su suicidio a la entrada de El Corte Inglés de la Puerta del Sol. Si la sangre de los fantasmas fuera tinta como la nuestra, menudo salpicadero, pero no enchastró a nadie. Reprodujo el acto antes de salir hacia el Teatro de la Zarzuela. De lo que pasó ahí, tendremos que hablar más, pero no ahora que estamos en lo de Mishima: un puño de paseantes se detuvo a ver el acto ritual que «un chino» hacía, desplomándose por unos segundos, las tripas de fuera, y recuperándose en cosa de instantes, poniéndose de nuevo de pie y echando a andar.

No me detengo más, que para esto llegará su tiempo. Resumiendo: estas celebridades, entre otras, estuvieron en Madrid hasta la madrugada de hoy. Puede ser que algunas todavía anden por aquí, rumiando y discutiendo sobre las consecuencias de lo que ocurrió en el Teatro de la Zarzuela la noche de ayer. Les pido disculpas públicas por los problemas que mi revelación les ocasione. No a todas, reconozco que me regocijo de la jaqueca provocada a unos perros que me la produjeron antes, tampoco tengo que pasar por hipócrita.

El motivo de su estancia es claro como el agua: vinieron a El

Parnaso, la reunión de escritores que se celebra de manera intermitente desde el siglo XIX y establecida anual las últimas dos décadas, que por primera vez tuvo lugar en Madrid y que, en vista del desenlace, será sin duda también la última madrileña y el último de todos los El Parnaso. Yo fui la Presidenta, la que daba cierto tipo de órdenes, hasta un cierto punto la mera mera petatera, la que sus cacahuates truenan, y también su bolerita, la «¿le limpio sus zapatos?», les hace servicios, los saca de líos, les resuelve y arregla, la «para-servirle-a-usted». El Parnaso se acabó. No necesité presentar mi renuncia, hablar aquí sería desertar, cerrar la puerta y agarrarme con ésta los dedos, porque rompo aquí con la regla de oro, la discreción, sin ésta es imposible ocupar el puesto de Presidenta Organizadora del Festival Literario El Parnaso. Ocupé el cargo cinco años —la primera mujer, por cierto—. Antes de esto, no me caractericé por ser muy amiga de Discreción, pero desde que me nombraron me esmeré en procurarla. Ahora puedo hablar. El Festival Literario El Parnaso se acabó para siempre, pero El Parnaso no.

Son miembros de El Parnaso los autores consagrados, tienen derecho a pertenecer al tocar base, que es decir el ataúd o el horno, según indique su última voluntad o la de sus deudos, queridos o no. Ésta es mi opinión: sin despreciar los demás ingredientes de la vida literaria —que no es tan vida como dice su nombre, sino más bien congelador anticipado, borreguismo en la mayoría de los casos, vendetta cuando se pone interesante, brazo de los mecenas o los tiranos, corsé de las costumbres—, los muertos tienen la última palabra de quién será y quién no miembro de El Parnaso, sólo ellos tienen la facultad de consagrar. Eça de Queiroz no estaba del todo perdido cuando creía que necesitaba hacer cosas irracionales para tener éxito —al margen, por supuesto, de escribir libros geniales—: practicaba rituales de supersticioso, como entrar con el pie derecho a su casa, mudarse de ojal los botones del puño de su camisa; temía el ulular de los perros, el piar de los mochuelos y el aceite derramado. Cuando estaba por aparecer *La reliquia*, soñó que una persona le pedía al cura de la parroquia que por favor le diera la reliquia, y que el cura comprendía que no hablaba de cualquiera (una astilla de cóccix, trozo de parietal, mechón de cabellos, lágrimas de la Virgen, trozo del manto del hijo de Dios, astilla de la

cruz de equis mártir), sino que lo que el fiel le estaba solicitando era *La reliquia*. El cura se retiraba a la sacristía, regresaba a la iglesia cargando una pila de ejemplares de *La reliquia*, daba una copia al peticionario y repartía las demás a diestra y siniestra. Eça, en el sueño, entendía que la gente los leía porque el cura había tocado los ejemplares, y así la escena fuera absurda, mero pasaje morfeo, desde entonces hasta el fin de su vida, cada vez que Eça publicaba un libro, enviaba un ejemplar al párroco cuidando de que el sobre no llevara ningún remitente para que no pudieran regresárselo. Eça estaba convencido a pie juntillas de que el objeto de sus críticas más acérrimas, el representante de la institución que él despreciaba, tenía el poder de hacer que su libro se leyera. No estoy diciendo que cambiarse de ojal los botones o darle un libro de óbolo al párroco sirva de maldita la cosa a un escritor, pero sí de que la posibilidad de pertenencia a El Parnaso queda en manos de los que no están aquí, de los que son del pasado y que, por lo tanto, resta totalmente fuera de nuestro control. El destino de nuestras obras es a capricho de la suerte, aunque no sea precisamente *suerte*, sino la influencia, el peso de los del otro lado. Sí, sí, ya sé: lo más probable es que usted lector no me crea. Si yo estuviera en sus zapatos, opinaría lo mismo, pero los míos ya vieron, viajaron el camino de ida y vuelta, y qué otra puedo creer sino lo que mis ojos ven, mis oídos sienten y mi entendimiento capizca. Y ya sé que esto no es sobre mi persona, pero debo explicar qué hago embrollada en este asunto: ¿Que yo quién soy, que por qué lo sé? No soy nada sino una más entre muchos otros escritores muertos en vida. Tienen toda la razón para mirarme por encima del hombro. Pero por esta no muy envidiable situación, me tocó en suerte el nombramiento de Presidenta de El Parnaso. Como les comentaba, estoy en este cargo desde 2002, cuando yo era una muerta que aún tenía ilusiones de vivir, de ser considerada escritora, pero ya borrada completita. No les costó trabajo convencerme de que aceptar el cargo era lo mejor que podía pasarme. La verdad es que ya tenía que haberlo dado todo por perdido, pero la fe es lo último que se pierde. Ningún editor quería mis libros, ningún crítico mi obra, no tenía yo ni un triste lector, ni un académico, ni el más perdido, se interesaba en, ya no digo estudiarme, siquiera en nombrarme, no había un perro que me ladrara, aunque yo continuaba tenaz con el intento de

morderles. ¡Ah, qué gran ridícula!, hacía el gesto del que lidia con la jauría cuando no tenía para mí ni el rincón del confesionario. Un día fui a dar una lectura —luego de mucho mendigarle al organizador de un ciclo de poesía que aceptó por piedad, aunque bien se guardó de no asistir el día acordado—, vestida con unas gasas flotantes añadidas al vestido para darle énfasis a los versos (imagino), para estar a la altura de las circunstancias (que eran nulas), para parecer una ver-da-de-ra poeta, y ¿qué creen?, que no llegó nadie. Nadie sino yo. Ni el que encendía el micrófono.

Ahora, ¿que por qué los ilustrísimos miembros de El Parnaso eligen para gobernar su reunión anual en la tierra a entes que están así, en el limbo? Para mí la respuesta es obvia: porque son muertos y quieren interactuar con quienes sientan alguna familiaridad. No quiero ponerme solemne, pero la única comparación que se me ocurre es con la ciudad de México del XVI y el XVII: los españoles preferían tener en el servicio doméstico a los negros, con los que ya tenían familiaridad, que a los indios, de los que no entendían aún maldita la cosa. Pero quede claro que no contrataban a los propios para servirles, sino a los de otro colorcito. Así es como me escogieron a mí, limbodense (¿cómo decir «del limbo»?), no viviente, cercana pero distinta, familiar pero no su consanguínea. Cabe pensar (disculpen el filosofar de pacotilla, no tengo a la mano una manera que sea menos poca o más elegante, siquiera algo francisquilla u octaviana o virgilesca, dense de santos que no es chuchotilla o peralvillina, y hasta aquí, que se nos acaba la tinta y no hemos llegado a niunlado) que eligen a los del limbo porque no encuentran de otros que acepten, porque todos, y dije todos, todos los escritores son de natural egocéntricos, ¿a qué hora van a dedicarle la cantidad bestial de tiempo propio a este trabajo?, ¿de pura generosidad?, y digo lo de egocéntrico incluyéndome, porque si yo acepté la chamba no fue por amor al arte o por estar cerca de autores que admiro, sino por ir tras el hueso que me ofrecían: un día pertenecer a su selectísimo grupo.

Ya dejemos los paréntesis: el… (pero tengo que agregar uno más para clarificar por qué me eligieron los muertos, quién me va a creer que porque soy una escritora muerta, de ésos y ésas abundan —o abundamos—. Primero porque lo de estar cadaverino quiere decir muchas cosas: muerto para el ojo público, muerto uno mismo

como escritor —no escribir ni un pío, o sólo caca de pío—, muerto para la vida con los otros, la vida social. Yo las ligaba todas y con agravantes, soy una supramuerta. ¿Que cómo conseguí esta situación tan poco envidiable? La explicación es muy sencilla: el excipiente cbp es que vivo en Nueva York. Lo saben todos porque es lugar común, y no sé si lo fue desde antes de
E. W.
White o si él fue quien comenzó con el conque de que no hay mejor ciudad para alcanzar la soledad total, ni mejor para saberse desplazado del centro. Es una ciudad ideal para escribir, a su manera: no faltan estímulos ni sobra aislamiento. Otra que dijo
E. W.
White es que a esta ciudad no viene nadie que no esté buscando un golpe de suerte. Pues bien: yo no he tenido suerte, y cuando dizque la tuve fue pagando con el bien más preciado, el tesoro del tiempo, porque desde que me enganché en esta aventura con los de El Parnaso, ¡adiós momentos dorados donde podría yo tomar la pluma!: me volví más que su empleada, soy su auténtica esclava. Todo mi tiempo ha sido suyo, el tiempo de los muertos. Porque serán célebres, serán escritores, serán Aristóteles y Plutarco y nombrezotes así, pero esto no les quita lo muertos. Encima, confieso, cuando me eligieron, cuando me olieron lo supracadaverina, no se identificaron como nada que no fuera «muertos». Al principio huí lo más que pude de ellos, luego los ignoré, luego les volví a huir, luego los volví a ignorar. Se me aparecían en todos sitios. Creí que estaba perdiendo la razón hasta que puse atención a sus mensajes y comprendí que en esas apariciones había algo muy razonable. Tuve que enfrentarlos. Pero hacerlo no ha sido una solución para el problema, porque a los más no les entiendo un ápice, no es cosa de la lengua que hablen porque los muertos entran automáticamente a una zona digámosle esperanta cuando encarnan en las fundas con que regresan de visita a la tierra, sino que no entiendo de qué hablan, de qué se quejan, vienen de universos muy diversos, y eso qué más da, la clave es que es muy perturbador lidiar a diario con muertos. Pero qué puedo decirles, aquí en Nueva York me pareció un ejercicio inevitable; no sé si en alguna dosis pase esto a los que no viven en su tierra, si sea una de las características del exilio, o si sólo sea la naturaleza de la

ciudad: ésta parece siempre estarse vendiendo a sí misma como una promesa, como algo que tiende al futuro, como tierra para competir y ganar, y en su imagen de sí misma parecería que no hay sitio para sus propios cadáveres, y que los que ingresamos a la ciudad tenemos que hacerles lugar a costa de nosotros mismos. Ahora sí ya dejemos los paréntesis).

El cargo no es del todo despreciable, sólo puede estar en manos de un escritor que, aunque no sea reconocido, no tenga obra de quinta. De hecho debe tener obra de primera. No desembucho quiénes lo han ocupado previamente porque van a decir que me estoy dando ínfulas de requiquí y no se trata de esto.

Reitero que el motivo principal para desear ser Presidente de El Parnaso es que el trato con los del otro lado es un auxilio, una palanca, una influencia formidable para los escritores. Son imprescindibles, sin ellos no hay cómo acceder al Parnaso; por esto es que aceptamos, los que estamos en posición cadaverina (o supracadaverina, como era mi caso), la chinguísima que es esta chamba, por la promesa de futuro reconocimiento, no porque nos traguemos la ilusión de ser el canchanchán; lo que queremos es el premio que viene tras el castigo. No diré nada más de mí, que lo que menos *importa* en esta explicación soy yo. Si omito algo, será para darle credibilidad a lo que digo, pero la verdad es que no insistiré en persuadirlos, explico porque no queda de otra, no para convencer o convertir o ganar fieles, ninguna falta me hace.

Antes de pasar a lo siguiente, les advierto de nuevo: el que tiene el cargo no puede escribir una línea mientras esté en funciones, ni una maldita línea. Así que atrás de él o de ella tiene que haber ya una obra hecha porque si no para qué, no quiere uno pasar a la historia como uno más de esos nombres huecos, los hay hasta en la lista de los Nóbeles, autores famosérrimos a los que no hay hueso que roerles. No, de ninguna manera. Yo tenía con qué ampararme. No hay mal que por bien no venga: estar muerto en vida no le hace mal a ningún escritor, le da libertad, le permite pelear contra esa enfermedad literaria, si es que es literaria, que se llama «el mal de la estatua». La explico rapidísimo: los figurones escriben a menudo como estatuas, un fastidio. En ese caso, sus libros son verdaderos ladrillos. La gente los compra porque el autor es cinco estrellas, pero con el libro no pueden llegar a ninguna parte, excepto al

quiropráctico, yendo y viniendo con mamotretos que no se pueden leer ni de chiripa.

Así que sin más de lo anterior, porque ya me estoy perdiendo, voy a empezar esta relación de los hechos en orden.

2. La sede

No me había tocado presenciar cambio de sede. A todo lo largo de mi gestión —mi hoy perdida presidencia—, El Parnaso se había celebrado en Nueva York, los gringos venían llevándose la partida unas décadas, del fin de la Segunda Guerra hasta 2006. Cada vez que se intentó regresar la celebración a París, mudarla a Roma o llevarla a Londres, los neoyorkinos ponían sobre la mesa sus cartas fuertes.

Y cuando digo fuertes, lo digo por algo. Aquí les va un ejemplo, pasó en 1962: se sacaron un as de la manga al reunir a Faulkner con Melville. Sí, ya sé que no hay hilo que los ate, pero ese año celebraron con bombo y platillos el Año Melville —merecía un homenaje especial porque en 1862 él fue el primer Presidente de El Parnaso, era un enterrado en vida, había perdido la amistad de Hawthorne, recibía cero reconocimiento como escritor, lo contactaron los caputs para organizar la primera reunión internacional de consagrados, el primero de todos los El Parnaso—, y sumaron al muerto fresquito, convirtiéndolo en el Año Melville-Faulkner.

No hace tanto de esto, pero entonces muchos escritores que no se habían animado a cruzar el océano visitaron el Nuevo Mundo por primera vez. Increíble, pero cierto: eso que Mártir de Anglería llamó el Orbe Novo, todavía al comenzar los sesentas era un territorio desconocido para muchos de los Grandes. Y lo sigue siendo, porque no viajan con total libertad de movimiento. Aunque sea verdad que no los contienen los límites temporales o espaciales, se topan con dificultades para movilizarse con libertad, a saber:

1. no tienen cuerpo, porque están muertos;
2. no están de este lado sino del otro del Aqueronte, y desplazarse cruzando sin perder la conciencia no es empresa para cualquiera;
3. una Ariadna —o un Ariadno— les es imprescindible, cogerse de uno parece fácil, pero es tan difícil como lo es para nosotros pescar un muerto eficaz que nos eche una manita en los asuntos en que son maestros;
4. requieren de un salvoconducto expedido por un vivo amparado por una agencia autorizada,
5. y después contar con la simpatía de los de aquel lado para poder regresar y no quedarse en el limbo, ni aquí ni allá, inalcanzables para la memoria.

Volviendo al Año Melville-Faulkner: celebraron la asamblea en la antigua Aduana, frente al Brooklyn Bridge, no en las oficinas de Gansevoort Street donde trabajó Herman Melville como inspector de aduanas durante diez y nueve horrendísimamente largos años —qué mísera vida de perro, como una colita inerte añadida a su vida verdadera, la que tuvo cuando fue marinero, vivió en otras tierras, escribió páginas que tuvieron editor, libros que recibieron relativa atención, y eligió mujer y fincó una granja con ella. Después, qué digo colita, o sería de dinosaurio o bien la castración de sus alas: el disgusto, el matrimonio infeliz, o normal, se establece en Nueva York con sus cuatro vástagos, el hijo mayor se vuela la tapa de los sesos a los diecinueve, pinche y corta vida, cuál consuelo posible para Melville ahora que nadie le tendía un lazo como escritor, ¿de dónde obtenía fuerzas para salir de la cama por las mañanas, o las necesarias para dormir en las noches (no puedo sino conjeturar que era insomne) (de no ser insomne, caía dormido como tabla, pero tenía sueños horrendos, violentos, coloridos) (era insomne, ¿a qué otras horas escribía sus poemas larguérrimos?, si no de las altas horas de la noche, ¿de dónde sacaba tiempo para lanzar a un joven a visitar la Tierra Santa?) (¿escribía en la cama, mientras su mujer dormía en otra?) (pésima idea escribir en la cama, luego es más difícil caer dormido, es la regla número uno: separar el terreno del sueño del espacio laboral) (aunque yo qué voy a saber, lo único que me falta es ser encima de todo insomne, y no lo soy, francamente al revés: soy malditamente dormilona) (sea

lo que sea, me parece que dormir o no dormir debía de ser igualmente desagradable para el que al despertar tenía que enfilarse día a día a una oficina detestable, a un trabajo mediocre, situado para colmo en la calle que lleva el nombre de la familia célebre materna, repitiéndose «Yo anduve por los mares del sur, yo escribí un día un libro que se llama *Moby Dick*, y publiqué y tuve algún reconocimiento; yo soy el que escribe el poema más ambicioso y formidable jamás imaginado por pluma alguna; yo soy el autor de obras que nadie quiere publicar, el bicho de mierda en los ojos de la esposa, el depositario de su rencor; yo soy la memoria viva de mi papá, un bueno-para-nada-como-yo; yo soy el que tiene que mendigarles a mis tíos muertos de la risa que se han aprovechado de mamá viuda en mis propias narices»)?, ¿de dónde sacaba el ánimo mínimo necesario para bregar en la nada, él, un muerto en vida, él, nadie, él, olvidado, exilado en su propia tierra, él, viajero anclado, él, Herman Melville?—. Ese El Parnaso le otorgó el Premio Anual (noten las mayúsculas) a su *Isla de la Cruz*, la novela que dejó inédita, la que rechazó su editor, la que se perdió y que no se conoce entre los vivos.

Bajo las estrellas, así un poco de ladito, como parte del Premio Anual se llevó a cabo una lectura en voz alta, enmarcada por las hermosas bóvedas de la Aduana, no precisamente en la que trabajó como un mártir sacrificado, clavado en una cruz al escritorio y escarnecido por el olvido, el buen (o no buen) Melville, el atormentado, el insatisfecho, lectura en la que sólo participaron, para resaltar la belleza y grandiosidad de la construcción, autores de baja estatura, y por supuesto que me refiero a la física, que no la literaria, los lectores fueron un piquete de chaparritos encabezados por Faulkner, que apenas había muerto —sé por experiencia propia que es siempre algo desagradable, confieso, lidiar con los que aún no terminan de saber que ya no están aquí, aunque en el caso de Faulkner se cuenta que la tomó la mar de bien; quién fuera a creerlo, ese año, como ningún otro de los que lo han seguido, Guillermo estaba de un humor de perlas, parecía feliz de verse entre los muertos, si alguno le preguntaba cuándo había fallecido les decía «Mientras agonizo», «Pues aquí ando, como ves, mientras agonizo», y no había quien lo sacara de su chistarajo, estaba lleno de ínfulas, Nobel y todo, y ahora, muerto en la flor de la edad, el

mundo se había volcado a adorarlo, porque tanto les gustamos a los muertos los que andamos muertos entre los vivos, como a nosotros los lectores vivos lidiar con los que mueren súbita, hermosamente, aparentando estar vivos aun muertos, por no hablar de los suicidas, que ésos verdaderamente nos encantan, y en cambio cuánto nos enfadan las declaraciones vitalíficas —como verbigracia aquel «Sé que amo la vida por la vida / misma, por el olor de la vida…», claro, a César Moro se lo perdonaron después, cuando «Mi cadáver de noche que arroja piedras sobre la pantalla del día»—. Volviendo a la lectura de *Isla de la Cruz*, que Faulkner presidiera le arrancó a Joseph Conrad una histórica crisis de irritación, quien argumentaba, para hacerse el que su enfado no era por sus propias pulgas, que por «elemental respeto a los rangos en el gremio, si aquí está Juan Ruiz de Alarcón, su altura es la de los clásicos, si aquí está Sócrates, si está Pope, es ridículo». «¡Altura!, ¡altura!», lo chanceó el que ocupara entonces la silla POEP, «¡altura!», y Conrad rabiaba más, y Juan Ruiz de Alarcón, con sus ínfulas que no se le bajaron ni muerto, las que se daba de que en sus venas corría sangre noble y quiénsabecuántocucú, aunque aquí entre nos no tenía ni la primera q ni la última cu en vena alguna de qué vanagloriarse, también comenzó a inflamarse. Para cuando terminó la lectura, no había sino rotos para descosidos: todos estaban enfurruñados entre sí. La historia me la contó James Turber —que estuvo presente—:

La que me contó James Turber

«Fue a las dos de la mañana del 4 de septiembre de 1963 —noten por favor la fecha que él da, yo insisto que fue en el 62—. Estaban el español Juan Ruiz de Alarcón —“Mexicano”, interrumpí, pero no me hizo un pelín de caso—, Sócrates, Gabrielle D’Annunzio,

un Don Reyes —“¿De quién hablas?, ¿Alfonso Reyes?”, tampoco contestó a mi pregunta, siguió con su enumeración—, Leopardi, Lampedusa —“Lampedusa no era un tapón”—, qué va —aquí sí hizo caso—, todos los que se reunieron para hacer en voz alta una lectura del libro completo inédito de Melville eran bajitos. Ya te imaginarás cómo fue. Voz alta, no podía ser, con cuáles pulmones, si no tenemos. Coral, imposible, si era entre escritores. Lo que sí es que nos hicimos visibles y pudo haberse tomado la foto, si hubiera habido cámara a la mano, pero el problema fue que trajeron la de Nicola Tesla con la película para fantasmas, y como estábamos encarnados en fundas temporales salimos como puntitos…

Cada uno leía lo que creía. Para Juan Ruiz de Alarcón, la historia de Agatha se convertía en un lío de mayorazgo y malentendidos, *El mundo dejas y quieres que la carne gobernemos*. Cuando Sócrates abría la boca, hacía conclusiones filosóficas, no leía lo que estaba en la página sino lo que él concluía, Pope entresacaba del maremágnum de frases lo que para su gusto quedara *witty*, iba pescando, armando en su cabeza algo que poco tenía que ver con el original, para Napoleón —se coló, inevitable, con el imán de los chaparritos— fue la oportunidad de hablar de sus propias hazañas, acotaba añadiendo comentarios autorreferentes a cada pasaje. En cuanto a Leopardi (*Hoy no envidio ya ni a los necios ni a los sabios, ni a los grandes ni a los pequeños, ni a los débiles ni a los poderosos; envidio a los muertos, sólo por ellos me cambiaría*), la novela se convertía en un poema manifiesto nacionalista (de su tierra, por supuesto).

No hay que olvidar el mural que pintó para la ocasión otro liliputiense, Toulouse Lautrec, algo enfadado porque no le permitieron colgarlo ahí, que porque si se había escogido el recinto era para que luciera, y lo tendieron sobre la fachada de la Alcaldía a la que todos le dábamos la espalda, ni hace falta decir que el artista tuvo un ataque de cólera. Ya cuando parecía que no podía ir peor, llegó Ravel, le sacaron por las malas una composición que traía bajo el brazo —inspirado por su tránsito entre la muerte y la vida (o la ilusión de vida, que todos ahí la tenían, se creían momentáneamente vivos)—, la Sinfonía Melville, y lo obligaron a escucharla, se puso de un humor de perros, detestaba oír sus propias composiciones y, para hacer el martirio peor, asignaron

como intérprete para una especie de estribillo (de por sí ridículo), al que Ravel había incorporado algunas de las frases más notables del inédito del autor, a un cantante de música ranchera, un mariachi también enanillo como todos los ahí presentes, quien, como la banda de doce músicos diminutos, aún estaba entonces vivo. Era el charro de México, Antonio Aguilar, irrumpió en caballo, un poco subido de copas, y se lanzó a cantar (*que a naiden le sé rogar*) una canción que nada tenía que ver con Ravel ni con la novela premiada de Melville, se llama *La chancla*, ignorando al homenajeado, el compositor, la aduana y demás (*que la chanclota vieja greñuda que yo tengo no la vuelvo a levantar*). La lectura se fue al cuerno. Algunos intentaban conservar la compostura, querían seguir con el programa, pero los más estaban enfurruñados.

Pensamos en repetirla en El Parnaso de 2006, si no por otras cosas porque la partitura de Ravel merece una vida distinta, queríamos ponerla en manos de Pérez Prado. Tito Monterroso y yo nos reunimos para concertarla, pero jugamos algo que a él le encantaba hacer en vida con José Donoso y sus respectivas mujeres, la fiesta Walter Mitty *que consistía en formular grandes listas de personajes a los que invitaríamos, y después, de acuerdo con los defectos o la simpatía de cada uno de ellos, en ir tachando nombres hasta que, como a las dos o tres de la mañana, no quedaba ninguno, y la fiesta no se hacía porque ya la habíamos vivido* (esto en palabras del mismísimo Tito).

Lástima no haber repetido la lectura del libro de Melville, en verdad debimos volver a hacerla, nos perdimos a Ernesto Mejía Sánchez, Azorín, Saúl Yurkievich, el dicho Tito Monterroso y Salvador Elizondo, las filas de los bajitos no dejan de crecer, cada uno de los recién ingresados a El Parnaso hubiera aportado algo nuevo y divertido a la novela. Quién sabe, tal vez para estas alturas hasta sería algo medianamente legible…».

Hasta aquí Turber.

Seguimos

En plena tormenta Vietnam, los gringos inventaron el Año Whitman —haciendo énfasis en la temporada de su vida en que fue ignorado por críticos y lectores (unos jóvenes inspirados por el más allá llenaron las estaciones del subway de pegatinas con la crítica que Whitman se autoescribió para invitar a la lectura de sus poemas); tuvieron el arrojo de aventarse el Año Baudelaire, el pretexto fue conjeturar que si en lugar de lanzarse al Africa hubiese viajado a este puerto, habría escrito decenas de obras maestras. Hubo otras celebraciones que les ahorro, porque no nos sobra el tiempo y no tienen la menor importancia.

En 2006 debimos aprovechar cómo estaba la ola para arrancarles la sede, pero pasó lo de siempre, los gringos nos agarraron distraídos, salieron con su Año Arthur Miller y nos ganaron la partida antes de que nos dieran tiempo de reaccionar. El resultado fue que muchos se negaron a venir aunque Arthur Miller sea Arthur Miller —ni el mismo homenajeado se presentó; nos hizo saber a media celebración que estaba *en un lugar indeterminado de Inglaterra, afuera de esas tierras infames*; Miller nos había tomado el pelo, había usado el pase para venir adonde los vivos y apenas llegar se había escapado del otro lado del océano.

Apenas enterarme de que Miller nos había plantado, me debiera apenar confesarlo, tomé venganza: la lectura de la obra del homenajeado consistió en la obra que escribió por encargo, de propaganda, cuando el Estado comisionaba a escritores, pintores, músicos y cineastas creaciones que favorecieran el cambio de la opinión pública, necesitaban redireccionar la ola al estallar la Segunda Guerra. Honestamente lo mío fue un acto vil, me arrepiento; y vil doble porque en este caso no hicimos la lectura entre los de El Parnaso: transmitimos con bocinas en Union Square en la voz misma del autor, era sábado, día de mercado, brillaba un sol precioso, había una multitud y muchos se detuvieron a oír y a ponderar, el *Times* estuvo presente, lo grabaron para el radio, preguntaban a la gente. El resultado fue que los bonos de Arthur Miller bajaron mucho puntaje…

No sólo por la traición de Miller El Parnaso 2006 estuvo bastante deslucido. Exagero al decir deslucido, siempre hay un roto para un descosido, pero lo que sí es verdad es que le faltó energía, y si no número de asistentes, ni calidad (abundaron los premios Nobeles, los premios pri y pra y pru, más un número considerable de los que todos los niños leen obligatoriamente en la escuela, etcétera), se notaron las ausencias de autores realmente queridos por el respetable. Una cosa es el Nobel y otra muy diferente ser García Márquez, y no hay quien tenga un ápice de ganas de visitar Estados Unidos, con Bush y su guerra de Irak el país apesta. Y aun si dejamos de lado el ambiente reinante, la mala onda encarnizada, Afganistán e Irak, ¿quién quiere cruzar fronteras quitándose los zapatos, dejándose humillar por los guardias, el maltrato rutinario en los aeropuertos?

¿Qué? ¿Ustedes creen que no les importa a los de nuestra asociación? Cuando visitan el terreno de los vivos, nuestros consagrados no son insensibles a lo que pasa en la faz de la tierra. Puedo garantizarles que si uno tiene la mala suerte de ir en un avión que estalle a medio cielo, nadie la pasará peor que un parnasiano; los demás reventarán muriéndose, y absortos en el tránsito al susodicho más allá no verán lo que el nuestro, ni padecerán la tenebrosa huida luego de haber vivido en carne propia (es un decir) el horror del estallido. Pongo este ejemplo exagerado para que sepan que padecen las colas interminables, las sacaderas de zapatos, las revisiones humillantes, el dedito puesto en el sensor y el ojo fotografiado aunque no sea su ojo, su dedo, su pie y su cola lo que se ausculta. Si no se han dado cuenta, ya váyanse poniendo las pilas y escuchen: este mundo no es sólo de ustedes, lo comparten con un montón de otros seres. Si quieren ignorar a los demás, háganlo, pero no olviden que aquellos cuentan, que tienen peso. De hecho, más que ustedes. Pero dejemos eso de lado, que para empezar yo no tengo derecho de ser la vocera de los de allá. Estaré muerta como escritora, pero no soy un cadáver, para nada. Ando vivita y coleando.

Volviendo a nuestro tema, debiera ser más precisa en lo del último El Parnaso neoyorquino, porque no estuvo tan peor. Con decirles que incluso, excepcional rareza, se desplazó Marcel Proust… sólo para encerrarse en su habitación alegando una

alergia, pero a mí que me la pelen, ya me contaron que pasó día y noche completos mirando el televisor, no quiero ni imaginar cuáles canales, qué programas, seguramente perversiones aberrantes.

Pero retomo el hilo, porque estamos por no ir a ningún lado, entrados en un nirvana de estoyotros. Cuando el cambio de sede pareció posible y hasta inminente, como yo no tenía ni idea de los procedimientos a seguir, trajeron a un ex Presidente de El Parnaso a echarme la mano. Ustedes lo conocen, yo también, pero no voy a decir una palabra de él, desde que salió a la luz pública el conflicto le prometí que guardaría su nombre en riguroso silencio. No cree que nadie tome en serio un pelo de lo que estoy diciendo, él goza de mucho prestigio, sólo ha tenido un revés —los herederos de una celebridad lo acusaron de haberles robado a la mala los derechos de autor del que ya tenía cinco años de haber fallecido, aunque había estipulado perfectamente en su testamento que se los quería legar—, que como han visto en el paréntesis explicación no lo fue tanto. Bueno, también tuvo otro revezuelo: un joven novelista lo demandó por haberle arrebatado un premio jugoso diciendo que era un convenio previo y a puerta cerrada entre él, su agente y la editorial; argumentaba que la convocatoria era pública, y que él por ser el primer finalista era el destinatario «legal» del paquetón de dinero. Como se ve, nada del otro mundo sino una de todos los días, de modo que concluyamos que ése, cuyo nombre escondo, sí es un autor serio. Como no es mala persona me recomendó que, por su bien y por el mío, no lo mencionase. La razón: si lo nombro aquí, él va a decir que miento, no tiene gana alguna de verse desollado con ésta. De modo que no digo, no me expongo, no lo obligo a lastimarme, y pasamos su nombre de largo y sin ver.

Él me fue indicando las reglas del juego, había que apegarse a la tradición. Lo primero fue sondear las aguas. No fue difícil. Sí, la mayoría quería sacar El Parnaso de Nueva York, casi todo mundo estaba de acuerdo en esto. Lo siguiente era recabar candidaturas entre los miembros del Consejo. Hasta este punto habíamos ido corriendito. Pero llegado el momento de concretar nombre, nadie ponía ninguno en la mesa, nadie decía un pío. Para mí que estaban midiendo fuerzas. Nunca se ha celebrado El Parnaso en una ciudad donde se hable castellano. La sede debía ser en español. ¿Tal vez así conseguiríamos que asistieran Quevedo y Lope, Cervantes, Góngora,

Garcilaso y demás? Lo que les importaba es que sonaba políticamente correcto. Y ahí fue cuando estuvieron a punto de volver a arrebatarnos la jugada los duros, el puño de necios que insistía en no dejar Nueva York: nos interpusieron a un muertito recién salido del horno, creyendo que así nos arrancarían de las manos la decisión de cambiar la sede. Estos duros creyeron haber encontrado su caballito de batalla: un caribeño muere en Nueva York con las fichas de su lado para convertirse en carnada de los medios. Violencia, pasión, familia, el suyo era un episodio jugosito que recorrió desde las páginas del *New York Times* hasta *El Diario* y el *Daily News*, pasando por el radio y la tele. Todos los medios hablaban del asunto. Con permiso de ustedes y del periódico, copio la noticia tal cual apareció la primera vez, que fue en el *Times*:

Carlin Perez

Un artista de Brooklyn fue encontrado en su apartamento muerto a golpes el pasado martes después de haber sido rehén de su hijo durante más de seis horas, informó ayer la policía.

El hombre, Carlin Perez, de sesenta y seis años de edad, inmigrante caribeño, fue encontrado en el piso de la sala, sangrando profusamente de la cabeza, cuando la policía traspuso la puerta de apartamento en West 132th Street respondiendo a una llamada de familiares que también habían sido secuestrados pero que consiguieron escapar.

Según fuentes policiacas, el hijo de Mr. Perez, Assawa Perez, de 30 años, también había capturado a su madre, su esposa embarazada, sus dos hijos y a un amigo. Los cargos levantados contra él son asesinato, privación de la libertad y posesión ilegal de armas.

Cuando llegó la policía, Assawa Perez estaba escondido en el

clóset. Fue transportado al hospital en camisa de fuerza para una evaluación siquiátrica. Horas después, se le sometió a un breve interrogatorio en la estación de policía, luego de la cual lo regresaron al centro hospitalario. Iba gritando: «¡Sólo quería liberarlo de lo que me poseyó!».

Su esposa, de quien se había separado cuando su mudanza, hacía ocho semanas, contra la voluntad de ella, explicó que Asawa los había convocado a una reunión, utilizando de nueva cuenta una nota fotocopiada: «Voy a ponerlo todo en orden». «Era la primera vez que nos invitaba al departamento donde vivía desde que me abandonó».

Fuentes allegadas a la familia confirman que el comportamiento de Asawa cambió radicalmente de un día al otro, y que se mudó a vivir solo, dando por única explicación una nota fotocopiada para sus seres queridos: «Interpongo distancia porque me ha llevado El Diablo».

Un examen médico practicado a Carlin Perez informa que tenía fuertes contusiones en la cabeza y el torso, fracturas de costillas, incisiones en el hígado y hemorragia cerebral.

Perez, escultor y pintor, dueño de una pequeña galería en Convent Avenue, fue velado el día de ayer por artistas y vecinos. Informes ahí recabados dicen que trabajaba con piedra, madera y metal en el estudio instalado al pie del edificio de su departamento, las puertas abiertas a la calle. Estudió en la Art Student League de Manhattan, enseñó en City College y participó en exhibiciones en museos y centros culturales de la ciudad.

Siempre estaba dibujando. Retrataba personas en el subway, lo mismo a sus vecinos. Solía cargar consigo un saco donde echaba lo que iba pepenando en la ciudad para tallar o agregar sus esculturas.

Margarita Idalia Martinez, artista y amiga de largo tiempo del fallecido, describió el trabajo de

C.

Perez —como él acostumbraba firmar—: «Lleno de color y calor humano… cuando Céperez entraba a un lugar y sonreía,

era como que nos quitaba a todos nuestros pesares, lo mismo era ver sus obras».

Sigamos

Lo que la nota periodística olvidó anotar fue el punto pertinente para nosotros: Carlin Perez —noten por favor que ni Perez ni Martinez llevan el obligado acento— era también poeta. Conozco al editor que está recopilando un volumen con sus textos, alguien que hablará largo acerca del dolor de las familias de los inmigrantes —y corto de los poemas— le hará el prólogo, un grupo de brooklinetas trabaja en el documental sobre su vida —algo ficcionalizada—, el equipo de producción ha abierto una página web y han comenzado a recibir sustanciosos donativos. Han promocionado el documental como un homenaje para los artistas inmigrantes afrocaribeños.

Muerto en las circunstancias descritas, Carlin Perez entró a nuestra asociación sin necesidad de someterse a votación, no pasó tampoco por las extenuantes revisiones del comité, cartas de recomendación y toda la parafernalia (bibliografía, recortes de prensa, etcéteras que avalen la entrada al Parnaso), llegó a formar parte de los nuestros directito y como miembro honorario. No por virtudes literarias, no, no creo la verdad que ninguno de nosotros lo haya leído; tampoco por conexiones, nadie siquiera había oído antes mencionar su nombre. No lo conocíamos ni de oídas, ni de primera mano, pero la manera novelesca de morir —y el apoyo que le dieron sus colegas neoyorquinos, viendo en él la oportunidad de granjearle a su ciudad simpatía para no ceder la sede de la reunión anual— le garantizó un lugar en El Parnaso. Preparaban el caldo para que los lectores descubrieran en él al gran poeta, la voz que todos esperaban, para que le llamaran visionario, etcéteras, para que se hablara más de él que lo que se le leyera. Su persona causó una magnífica impresión, es muy carismático y, como dijo su

amiga, de una naturaleza cálida, poco común entre escritores.

Como explicaba, su muerte fue manipulada hábilmente con la intención de recuperar para Nueva York la simpatía perdida, e inclinar otra vez la balanza hacia la ciudad. Éstos eran los duros, los que no querían soltar la sede, enarbolaron al muertito fresco con el conque de que Nueva York es también capital de la literatura en nuestra lengua, que si éste o el otro escribieron en español en ella, que casi el 30% de los neoyorquinos son hispanos, que lo único que había que hacer era traer más invitados hispanohablantes, que no era necesario llevarse El Parnaso a otro sitio, bla bla, blu y bla, machácale y machácale con su muertito nuevo, al que sumaban la memoria de Martí, Tablada, Puig, García Lorca, ¡cuánto se ha escrito en español en Nueva York!, ahí está Eduardo Lago, José Manuel Prieto, Eduardo Mitre, la Molloy, Naief Yehya, la Boullosa… que no les sirvió sino para quedar mal, porque en breve se supo que Perez escribía en inglés, sería afrocaribeño, pero no, como informaron erróneamente los medios (no sé si azuzados por los duros, o si por ignorancia, sin mala intención), un artista dominicano: era jamaiquino. ¡Cuál escribir en español! Así que se les derrumbó el numerito desinflado y sin dar mayor batalla. Si hubiese muerto un hispanohablante en esas circunstancias, uno que fuese poeta meritorio y hasta entonces desconocido, tal vez les pega el chicle y venden al mundo la idea de que Nueva York es un centro vibrante de la vida literaria hispanohablante. Pero así no les sirvió para nada sino para lo que ya dije. Los escritores del mundo se reían entre dientes, celebraban el error de los gringos, lo festejaban. Y como está la cosa, con esta onda de antiamericanismo ganada tan a pulso, pues más.

Dejemos de lado el asunto Carlin —y las meditaciones de mi ronco que no sé si es ronco o de voz aguda, de timbre llano o de plano pelón pecho—. Lo que aquí es pertinente es explicar cómo les arrebatamos Nueva York. Aunque seamos una organización humanitaria y artística, aunque de Amistas de primera línea (con rr, sí, con erre, y por supuesto que con mayúscula), aunque internacional, aunque dizque y quesque y demás supramuchos, cuando llega la hora de decidir cuál será la sede para nuestro siguiente El Parnaso, pasa lo de siempre, grillas, empujones, rebatingas, juegos sucios. ¿Quiénes son los más ganones? A los

franceses hace ya un buen que los echamos (huele a manada lo de echamos, que yo todavía no andaba por aquí), los sacaron del comité porque se comían el pastel año tras año. De eso ya llovió; no sólo los barrimos por infumables, también porque se avorazan de no creerse, son unos aprovechados. Antes de contestar, pensemos en cuál es el deporte nacional: los españoles, los toros y las tapas; los ingleses, los caballos, el fútbol y el críquet; los romanos, el circo y sus galeotes; los franceses, correr carros y vestir modelos —luego casarlas con el primer ministro—; los mexicanos y los brasileños, el fútbol y el danzón o equivalentes; los gringos, al fútbol americano, por eso se llama así. Y concluyendo ganones: los gringos, sin duda, porque tienen más capacidad de ataque y defensa, mayor embiste y mejor coordinación de equipo. Sí, ya sé que no sé nada de deportes, así que pasemos a la siguiente y dejemos mis prejuicios reposar. Sigo con lo que estamos:

Como les decía, había que elegir ciudad candidata a sede y primero que nada proponer alguna. Y nadie abría la boca.

Qué puedo hacer, yo deseaba con todas mis fuerzas que alguien propusiera a la que yo quería, la de México (tanto que, parezco gallito, kikirí mandinga), así que lo prudente era cerrar la boca, porque mi situación no era la más favorable para que mi voluntad valiera, digamos que mi nombramiento «honorario» era de por sí una condena, o una confesión de apestada —sí, yo cargo con la chinga completa, sí, yo soy quien organiza, arma, orquesta, resuelve, enfrenta, coordina, media, sí, yo soy la que hace posible la reunión anual, y sí, yo digo quién va y quién no entra, a quién le toca suite y a quién habitación vulgaris, a quién el hotel de diez mil estrellas y a quién el hostal de dos, y estas dos me daban hasta un cierto punto alguna influencia, pero sólo hasta ahí, no me creí nunca más de lo que fui—, el cargo que yo ocupaba era en efecto para los que andan a la baja, los que el destino ha disminuido, acorralado, silenciado, oscurecido, guardado en un cajón, desmemorificado. Así que debía caliarme, pero viendo que nadie proponía ninguna ciudad, me vi prácticamente obligada a sugerir la de México.

Antes de que me preguntaran nada, dije que me movía a nombrarla no sólo el amor patrio, de un hilo les zampé —como si me pagaran a peso la sílaba los de la Secretaría de Turismo— que

porque la ciudad es interesantísima, que si los nahuas y la fundación sobre un islote flotando sobre un lago, que si la hicieron a mano, que si las chinampas, que si las enormes pirámides y los palacios de los gobernantes, que si cómo el muro, que si cómo los canales, que si la época de la Colonia, que si la construcción de los nuevos palacetes, que si la ciudad más bella del continente durante décadas, que si la llegada de la Revolución, Madero cayendo como un perro de un balazo, Villa a la mesa con Zapata, el Sanborns de los azulejos, las balas grabadas en el techo del bar La Ópera, la inmigración de hordas de escritores, los españoles huyendo de Franco, los latinoamericanos de dictadores, golpes de estado, guerras sucias; que si la gracia de los barrios, que si *Los olvidados* de Buñuel, que si la macrópolis, fenómeno sin comparación, y quién sabe cuánto más, ninguna mención a la matanza de Tlatelolco ni las centenas de desaparecidos, ni el crimen, chitón si les digo que parecía pagada por fondos federales. La verdad es que me salían con tanto entusiasmo mis argumentos porque ya llevaba yo tiempo con un ánimo de resurrección, estoy harta de no existir, de no publicar —pero a qué hora iba yo a escribir una sílaba, con este puesto que cargaban mis hombros, ni soñar—, de estar, como decimos en mi tierra, desborrada; moría por verme de nuevo viva y en casa, y creí que si yo visitaba mi tierra como Presidenta de El Parnaso, de una manera u otra ganaría bonos o por lo menos bonitos.

Qué ilusa, era puro sueño jarocho, qué editor iba a querer reeditarme algo si no tenía en la manga ni una sola línea nueva y ni quién se acuerde de lo que escribí, ahora les ha dado por hacer listas de «los mejores treinta libros», luego «los mejores 45 de prosa», luego «los mejores 60 de cuento», «las mejores 78 novelas», y aunque agrandan el largo y acotan los géneros, niguas, mi nombre no aparece ni al último, ni en las listas privadas que escriben y publican éstos o aquéllos, no estoy en blogs, ni en revistas, ni en suplementos, no estoy ni en lo más pinchurriento, nadie me mienta ni me deja de decir, porque hay que quejarse, tirar para mi lado, quiero decir, el de ellos. No existo. Google no reconoce mi nombre. Para contar fue para lo que me enrolé de Presidenta, no me canso de decirlo, lo repito. Y ahora me digo a mí, para tranquilizarme el corazón que se me sale por la boca: Ya existiré, ya existiré, cosa de

tener paciencia, y más que nada tiempo para volver a escribir, que ahora lo tengo. Sobre todo si me meten a la cárcel por fraude o por no sé cuál otro motivo, que varios habrá, de algo me pueden entambar y hacerme el favorcito, si no de qué vivo, con qué me mantengo. Todo lo dejé, mi oscurillo cargo de burócrata cultural, la columna en el periódico pinchurriento, para ser la Presidenta que ya conté. Pero creo que esto es pura consolación de quinta, en todo caso no estamos en el momento oportuno para discutirlo y estas páginas no se tratan de mí, sino de lo que ya sabemos.

Así que no me mordí la lengua —aunque sabía que lo que me convenía para ganar la partida era callarme, chitón y cuenta nueva—. La verdad es que espeté la sugerencia y las flores a la Capirucha un poco a la desesperada, creyendo que no iba a haber ningún interés, si mi voz no pesa, pensando que la mera mención iba a encontrar una resistencia feroz, arguyendo secuestros —como si fueran a importarles, a estos güeyes quién les saca de cuál cajero automático cuál céntimo, y ni quién chones iba a poner siquiera un pesito por ellos. Pero el hecho pecho no es el facto sino la malísima fama—.

Otras objeciones que supuse en puertas: la mala calidad del aire —¿a poco van a respirar?, ¡eso sí que es cuento chino!—, la altura de la ciudad —ídem—, el tráfico —aquí sí me permiten quedarme sin comentarios, es una auténtica pesadilla y tan gorda que no hay cómo escapársele, ni muertos—, el caos, que porque es muy grande, que porque el desorden, que si no hay transporte público eficaz; que si la comida y la venganza de Moctezuma —¿a los muertos les da diarrea?, ¡a otro perro con ese hueso!—. Previendo esta retahíla y sus acompañantes, les enumeré más virtudes y ordené en la punta de la lengua otras docenas, esperando lanzárselas a la primera. Pero antes de que les endilgara el resto del choro que había escrito ya en mi cabeza —como les digo, había tramado agregarle mucha, mucha crema a mis tacos—, aceptaron la propuesta con entusiasmo, sin espetar una sola objeción, puros quesíes a diestra y siniestra. Ni sombra de quenó. Rápido y como sin sentirla pasó esta fase del proceso de elección de sede. Siguió, respetándose la costumbre, convocar a votación a todos los escritores afiliados a El Parnaso. México ganó y con mucho margen —debo aclarar que contra nadie, porque era la única ciudad propuesta para sede, y que no llegaron

gran cosa de votos—. Se debía proceder a enviar a la ciudad candidata un convoy compuesto de dos grupos de adelantados, exploradores o scouts, si prefieren la palabra inglesa. Uno, encabezado por algún académico. El otro, por escritores: un miembro de El Parnaso, y otros dos de diferentes generaciones y países. El voto del consagrado valdría el doble. Para mi sorpresa (y dirían algunos más elegantes que su servilleta «y para mi regocijo»), mi predecesor me hizo saber que yo sería uno de los tres adelantados de este grupo. La verdad es que me pareció que eso de elegirme era darme mucha bola, di por ganada la partida, me convencí que de plano la victoria era mía. Ese lobito triste que es la arrogancia empezó a pasearse enfrente de mí, enseguida a guiarme, me fui tras él sin pensar que cualquiera me podría estar cercando para saltarme al cuello.

De inmediato también conformaron —esto no lo hice yo, no tengo los poderes necesarios, lo mío es puro trabajo organizativo, lo que ya dije de acomodar a los invitados en las dos o las cinco estrellas, me doy mis ínfulas pero mi cabo empieza y termina en esto— el convoy que exploraría la densidad, el rebote, lo que ellos llaman el resorte y que en mi puño pasa a otras palabras, «el box spring literario», palabras que no son las mías pero que escucho atrás, como una sombra,

«Pero no es pertinente». «¿Quién te dijo que no?». «Es obvio». «Me dejas, y te callas». «¿Por qué voy a dejarte clavar a medio libro mío (que tú lo firmarás, pero el hecho es que es mío) tus tonterías?». «¡Tonterías! ¡Tú me sales con que yo digo tonterías!, qué cara dura. No te interrumpí cuando vomitaste tu muy idiota teoría acerca de la recepción de la obra, que es de verdad una joya de ignorancia y de estulticia —¿cómo puedes creer esa pendejada?— y no me permites a mí, que a fin de cuentas soy la autora de esta novela, colar una memoria mía, verdadera y auténtica. ¡Se necesita!».

Estuve a punto de enfadarme, pero no tengo energía para ponerme a pelear con la que firma el libro, y la dejo seguir, dejo pasar sus palabras que son como una sombra, noperonó son sombra, no son mías sino de ésa que no sé por qué marcha a mi lado, ella, la distante, la tirana, emperatriz a la que yo me someto, la que firma este libro que no soy yo, porque yo soy la que lo habla, yo la que lo

escribe, yo la que soy yo, y ésa, inflada en quién sabe qué aires, ella sin la que no podría estar yo aquí, me embute este «el box spring literario», porque cuando ellos dicen resorte, esa que no soy yo y que es la que me permite estar aquí hablando —insisto: yo soy la que aquí escribo, pero qué puedo hacer si es ella la que firma el libro— piensa en una cosa que pasó hace muchos años con su hermano Pablo. «Y quién que se respete no tiene un hermano que se llame Pablo», me dice. Y yo le digo: «Pero quién *no* tiene un hermano Pablo». «Pero no *mi* hermano Pablo, y también tengo un Pedro», «¡A otro perro con ese hueso, Pedro y Pablo, ¿de qué tira cómica saliste?!», y ella: «Déjame en paz, que ya te he dejado hablar hasta por los codos, y más te dejaré, usando mi tiempo, mi espacio, mi vida para darte cancha como si tú la merecieras. Déjame poner aquí ahora mismo:

El recuerdo (de mi tirana)

Brincábamos en la cama de mis papás. No sé por qué, pero ahí estábamos, mi hermana Lolis, un año mayor que yo, mi hermana María José, cinco menos que yo (y que en paz descansa desde sus quince, de eso ya llovió pero todavía duele), y Pablo, que era tres años menor que María José y que tenía un poco más de un añito. Pedro no estaba, lo exculpo, y Mercedes no había nacido, o a lo mejor ya y era un bebé y andaba por ahí, pero tengo la impresión de que no, puede que mi mamá estuviera justo en ese minuto dando a luz, pero no creo que cuando ella estuviera pariendo en el hospital, nosotros brincásemos desaforados en su cama, disfrutando los resortes de su box spring, porque precisamente eso estábamos haciendo, saltábamos, brincábamos y brincábamos y saltábamos. Al que más hacíamos brincar era a Pablo. Las tres hermanas lo tomábamos, lo aventábamos sobre la cama, y lo hacíamos rebotar

de lo lindo. Lo manteábamos, pues. En una de ésas, lo hicimos rebotar demasiado —o erramos el blanco, aventándolo al vacío— y cayó afuera de la cama. Pablo, que era —y es— un dulcecito, rompió a llorar. No sólo fueron lágrimas por el golpe: se le fracturó la clavícula. Tuvo que andar semanas con una venda al hombro que lo hacía caminar como un pingüino, el Pablito. Hoy es famoso, lo paran en la calle para pedirle su autógrafo. No le he preguntado si con la humedad le duele su huesito, el que le rompimos las hermanas».

¡Que ya callen a la autora, Juana Inés!

3. Los adelantados

No fue sino hasta el último minuto que supe quiénes serían los otros dos, que no fue mucho después, porque ya echado a andar el asunto íbamos rapidísimo. Así que en breve —mejor será decir brevísimo, que ni tiempo tuve de pedirle a la vecina que por piedad regara mis plantitas, me tuve que conformar con enviarle un imeil (ella lo prefiere, pero no yo, me parece descortesía pero qué hacerle)— salimos hacia la ciudad de México.

Antes de presentar a mis dos compañeros y acercarnos al momento de la partida, unas palabras sobre el viaje exploratorio. No sólo es cosa de engancharse con una agencia de viajes o arreglarlo en internet, tomar un vuelo, llegar, estarse ahí unos días y ahí acabó, regresar y punto. El viaje es, honrando a los que lo animan, un asunto literario, original, inédito, en el sentido de no antes hecho, no recorrido previamente por alma o cuerpo alguno. Aclaro que no es que sea precisamente como algo escrito, como pura palabrería. Es viaje, que es decir aventura, que es decir camino no hecho por otros, que es decir tentarle los camotes al transcurso, que es decir mejor ya párole de decir cómo es que se le dice, es un fastidio y la verdad que ni digo cuando estoy diciendo que lo hago. O sea que no palabrería, si las palabras, no sé por qué, cuando quieren ser las protagónicas, detienen el flujo de la historia, el díjele y díjele son dique. Siempre hay como una especie de lid; si las palabras son suficientemente sólidas —y con suerte hasta invisibles de tan firmes— la historia corre que volando. Si no lo son, se estanca el cuento. Si son sólidas, pero demasiado protagónicas, si no dejan que nadie sino ellas brillen y recontrabrillen, pues también se

estanca, se queda varada, no puede uno ver la velocidad. Claro, pasa también que si son totalmente desinfladas, insignificantes, pues a la porra. La velocidad sería lo esencial de nuestro viaje, así que no es que fuera a ser sólo palabras, pero sí tenía que tener una cierta textura porque iba a estar siendo escrito mientras ocurría. El viaje de los adelantados tiene que ser escrito, aunque decir escribido, que es incorrecto, sería lo más preciso, porque el viaje será un verdadero rompegramática.

Escrito ¿cómo? Si lo calificamos con un género, diré que no realista. Lo más opuesto a éste sería lo que James Wood llama el «realismo histérico», lo más cercano en que puedo pensar sería un punto intermedio entre literatura fantástica, onírica o —término que detesto— mágica —¿que por qué lo detesto?, dejemos la respuesta para un momento menos veloz, que aquí no hay tiempo—. Pero ni fantástico, onírico o mágico son precisos y el punto medio al que hago referencia no sería el centro del triángulo que forman esos tres ángulos sino algo fuera de foco. Nuestra expedición iba a ser algo como un libro al que le falta una parte, el pelo de la burra que lleva escondido en su puño el mundo. Todos los pormenores y detalles de nuestro viaje nos serían informados ahí, en caliente. Empaqué en la maletita más pequeña que pude, no sabía cómo íbamos a viajar, detesto tener que documentar varias veces y más todavía esperar años a que aparezca mi maleta en las bandas de equipaje, prefiero siempre viajar ligero. Tres cambios (y no completos) de ropa negra bastan y sobran.

No sé si será que porque los escritores trabajamos a solas tenemos esa necesidad de hacer fiestas, cocteles, congregaciones al menor pretexto. Dos horas antes de salir, atendimos uno: las dos vivas que iríamos de adelantadas fuimos las afortunadas ganadoras de la bolsa contenida en una plata de la Fundación binacional Fondo México-USA PALART —para las artes—, que tiene por lema algo así tan pomposo como «Robustecer el diálogo entre las dos naciones por medio de expresiones artísticas paralelas». Que si en nuestro caso iban a ser paralelas o no, creo que les tenía muy sin cuidado. La bolsa que digo elige cada año a un gringo y a un mexicano que vivan del mismo lado de la frontera, para que la crucen al alimón y hagan un trabajiño juntos para una revista de páginas lustrosas. No hay requerimientos específicos más allá de

que debe ser publicable. Pueden ser líneas de un diario, fotografías, lo que sea sobre lo que sea, pero publicable y que luzca.

Ahí tienen otra prueba de cómo se las gastan los de mi gremio, los del otro lado influyen sobre cada paso o reconocimiento, la recepción de los vivos está en manos de los del otro lado, tienen influencia hasta en las glossys. No hay obra humana más interconectada con los del otro bando. Los vivos matan por entrar a esas páginas lustrosas —la revista tiene prestigio, el pago es fantásticamente bueno, todos los que cuentan (y algunos que no cuentan

na-a)

han publicado ahí—, nosotras dos (una poeta y una mexicana desconocida) entramos sin torcer ninguna manita, encima cargadas con una bolsa generosa para un viaje que tenía en el fondo un propósito muy diferente al de escribir para ellos, cosa que sólo haríamos de pilón, si acaso.

Así que se iba a saber que viajaríamos juntas a México. El dinero de la fundación pagaría por los gastos del viaje, la estancia en México, hoteles, restoranes y demás. Lo que no se iba a saber públicamente era que íbamos de *scouts*, de exploradoras, para ver si la de México cuadraba al próximo El Parnaso.

Por lo del motivo público, decía, el fideicomiso que nos calentaba las bolsas invitó a un coctel, cuasidesayuno, a las irredentas trece horas. Creo que la hora fue porque ese mismo día íbamos a salir hacia México. Era sábado. La cita era en un bar nuevo en Atlantic Avenue, «LE CARWASH», uno de los muchos negocios recién aparecidos en esa área: *boutiques* con ropa de diseñadoras que son también sus costureras, tiendas de tiliches espectaculares, de objetos selectos de segunda mano, restoranes de chefs de primera línea y panaderías finísimas que tienen que convivir con los que ya estaban ahí, los expendios de jabones negros de países árabes, el cafetín con comida de Nueva Orleans, el bar de piso de tierra donde tocan música *country*, las tiendas de muebles antiguos, las iglesias de varios credos, la cárcel y, enfrente de ésta, los abogados que tramitan fianzas.

Le Carwash se llama así porque lo abrieron en un local que hasta hace poco era lavadero de automóviles, y la verdad es que no está mal. Espero que nunca quiten las fuentes de agua e inviten a

bacanales en las que salga de ellas champaña, o por lo menos agua coloreada y tibia para cerrar el abrazo comunitario de la noche. Lo dejaron tal cual era, el mismo piso, las instalaciones. La remodelación consistió sólo en cerrarle los dos costados que daban a la calle y en tender un alto techo, dejando aquí y allá tragaluces. Invitaron a un artista local de muy buen nivel a pintar los murales, cubrió las cuatro paredes del sitio con escenas de tráfico, automóviles circulando en mayor o menor armonía. En una esquina hay un atropellado, un niño y su bicicleta hechos papilla. En otra, un conductor se ha bajado del automóvil llevando en el puño el cabello de su compañera y tras éste a la dicha. Son francamente espeluznantes, hermosamente facturados, colores estridentes y —difícil creerlo, pero créanme— de una serenidad admirable. Contemplarlos es entrar a un trance tipo «mira, güey, qué precioso atardecer pedí que colgaran para darte gusto».

Llegué diez minutos después de la hora impresa en la invitación y la fiesta ya transcurría a todo vapor. El tequila era cortesía de la Casa Cuervo y tenía cara de que iba a seguir corriendo la tarde completa y hasta las mil de la noche. Que de dónde salió la gente para llenar el sitio, no tengo ni idea. Vi un par de caras conocidas, pero hasta ahí. Todavía no había llegado a la barra, cuando se me acercó el ex Presidente de El Parnaso acompañado con la jovencita que sería mi futura acompañante del viaje. «Nos vamos en quince minutos», dijo, sin presentarnos. Me reservo la reacción de nuestro encuentro para más adelante. No nos dio tiempo sino de caminar de vuelta hacia la entrada, y creo que sólo saludamos a unas amigas de la poetita; cuando les di la espalda, una le preguntó a otra: «Who's she?» —quién carajos es ésta—, «looks like a peddler» —parece vendedora ambulante—. «Common! She's Mexican, that's it… she's the other winner». «¿Qué te traes?, ¡no!, es que es mexicana, es la otra ganadora». «Oh, my god!».

Ni qué decirles: su oumaigod se me clavó como un puñal ardiendo.

Salimos. Caminamos a paso picadito, las dos con nuestras sendas maletas rodantes, la mía un ápice más pequeña que la de la gringa. Nuestro punto de encuentro con el tercer scout era a un costado del edificio de la oficina de correos de Atlantic Avenue, a su vez vecino de la mezquita. El único letrero en inglés del mismo es POST-

OFFICE, y viéndolo uno piensa en el otro sentido de la sílaba «post», porque todos los otros anuncios del edificio son en árabe, es una oficina post-nacional. Arriba venden tapetes del norte de África y hay una agencia de viajes, a los lados tiendas de ropa no occidental, burkhas, camisolas blancas, atuendos scherezados para las fiestas, un sitio donde despachan paquetes y dinero al Medio Oriente, y otra donde hay desde quemadores de incienso, narguiles y perfumes, hasta cintas con el Corán, mensajes secretos de Osama, cosas por el estilo.

Llegamos puntuales. La más joven, la que había llegado al coctel vivita y coleando, es, como ya adelanté, poeta. Es neoyorkina, joven, con cara de zonza y cuerpo de tentación. Cara, cuerpo y poemas de la susodicha están muy de moda, el editor de una revista influyente se ha infatuado con la tentación y ha sido ciego a la cara —o le gustan así—, le ha dado bola y, a pesar de la expresión que no le cambia nunca, la chica ha sido prudente cuando necesario, y arrojada cuando prudente, en resumidas cuentas listísima. La cara engaña. Es calculadora y más todavía, es fría; tiene algo que algunos incautos interpretan como candor, pero de eso no tiene un pelo, es la frialdad misma. Escribe con cierta asiduidad columnas llenas de chispa, la más célebre es una donde se mofa de manera coqueta del editor que le donó con su afecto el rinconcito de gloria de que goza, apuntando a cortesana de otro anzuelo más jugoso.

Yo había intentado sonreírle desde el coctel, donde nos conocimos, y allá también le di la mano, presentándome con mi nombre y el necesario agregado «soy fulanita de tal, la escritora mexicana». Le vi en sus ojos el desprecio y lo entendí porque cómo no conocerlo aquí. Me miraba así porque ya no soy joven, como ella, y porque quién carajos soy yo, si a sus ojos soy nadie, su guía si acaso, un requisito burocrático para verse publicada en la revista fufú de hojas brillantes, soy una ninguna más, una de los muchos que conforman los ejércitos de nadienérrimos. Que las nadies fuésemos nadias, otra cosa sería nuestro destino. Nadia es un nombre bello. Y aquí tengo otra vez a la autora de este libro, que no soy yo, fastidiándome con un golpe de memoria:

Golpe de memoria (de mi tirana)

«La primera Nadia de mi vida no lo era tanto. Era hija de una pareja conocida de mis papás, miles de años atrás, en mi infancia, católicos convencidos, como los míos. Nadia tenía el cutis blanco y con brillo, las mejillas rosadas. El cabello, bien cortado y castaño oscuro. La nariz era lo más característico, una nariz delgada y grande, con perfil algo irregular, una nariz clásica, no autóctona. Había en Nadia algo exageradamente limpio y bien aliñado que nosotras —hippies prematuras— nunca tuvimos. Su mamá no era precisamente amiga de la mía. Su linaje era de otra naturaleza. Mi mamá —a la que nunca llamé "mamá", siempre le dije "Teté" (y que conste que ella es la madre de todos mis míes, incluyendo mis yoes)— era apasionada, entusiasta, iconoclasta, un espíritu independiente, llena de ilusiones, más pronta a imaginar mundos mejores que a practicar mundos posibles. En el fondo, así estuviera llena de risa y de alegría —una alegría honda, envidiable, que no heredó la mayor, pero sí, paradójicamente, la menor de nosotras, aunque quedó huérfana de madre a los dos años—, tenía espíritu de calvinista. No contemporizaba con nada ni con nadie. En todo radicalizaba. Era muy joven, demasiado joven. No sé cómo habría madurado. Era como una niña cuando murió. Tenía treinta y seis años. Se llamaba Teté y era un ser excepcional».

Seguimos

Y basta, ya, basta, le digo, porque la verdad es que sí lamento sus desvíos. Hago cuando puedo por contenerlos. La historia es mía, ¿me entiendes? ¡Mía! ¡No tuya! Serán muy tus memorias, serán muy

ciertas, serán para ti muy importantes (o no), pero el hecho irrebatible es que me arruinan aquí el guiso. No que no simpatice, si recordar es lo único que nos queda a los muertos en vida o los curtidos en muerte —perdonad la cursiquesita pero qué voy a hacerle, es por lo de tener corazón, eso da un cierto estilo que no es, dicho sea de paso, mi predilecto. A mí me gustan los descorazonados. No tanto la poetita gringa, no me malentiendan. No todos los descorazonados, tampoco es regla—, así que dejo a un lado sus memorias y desvíos (la dejo hablando sola de su Nadia con la que su persona creyó descubrir no sé qué doblez de seda de la complicidad femenina), y digo que en tiempo real a nosotras nos quitaban[1] las maletas de las manos, las despachaban quién sabe con quién hacia nuestro destino, cruzaban papeles e informes detalladísimos que sobrepasaban con mucho mi capacidad de concentración, y terminaban por dejarnos a los tres adelantados a solas, acompañados únicamente por mi predecesor, quien iba a terminar de darnos las indicaciones necesarias, despojadas de paja y demás. Y le clavé el ojo al tercero de los adelantados: era de «nopuedeser», y eso fue lo que sentí casi gritado en mi corazón cuando lo vi venir, que conste que he dicho corazón, porque lo tengo, seré una deslenguada y cuanto hay, pero corazón tengo, y considerablemente más caliente que el de la poetita gringa. Apenas ver al tercero de nosotros, decía, mi corazón reaccionó con tanto ímpetu que tuve, en honor a la verdad, un ataque de verdadera cretinez: me preocupé por su ropa, me dije «¿qué vamos a hacer con sus trapos y su coronita en la cabeza…? Una toga y un turbante pueden pasar sin mayor alboroto en Atlantic Avenue, pero no en la Avenida Insurgentes. ¿Cómo vamos a explorar la de México con este mamarracho?». Con «ese mono». En todo caso, usé para mencionármelo un término nada adulador, cero respetuoso, qué ocurrencias las mías, ahora que me acuerdo hasta lástima me doy.

El tercero de los adelantados era el primero de la lista. No abría la boca. Parecía mudo. Como les dije, yo me decía en silencio repetidas veces al verlo: «No puede ser, no puede ser que sea el que sospecho», pero me puse el alto: «Pues sácate de dudas, si crees que es pero no puedes creerlo, pregúntale», porque no había venido a ninguno de los Parnasos neoyorquinos —no sólo a los de mi presidencia—, a pesar de que año tras año le habíamos enviado

invitación cinco estrellas, así que le dije: «Seas quien seas, sombra u hombre vivo, apiádate de mí; más si eres, como sospecho, el gran poeta». Su cara se iluminó con una amplia y vistosa sonrisa —horribles dientes—, al oírse citado aunque en torpe traducción, me contestó con un tono de espléndido talante, en italiano que aquí traduzco para mejor entendimiento: «No soy hombre, no soy, pero hombre fui. Mis dos papás nacieron en Florencia. Mamá se llamaba Bella, murió cuando yo era niño. Papá era Durante, nieto de Cacciaguido, el Cruzado. Yo también fui un valiente, luché en la batalla de Campaldino. Fui *feritori* a caballo». Tomó aire para sonreír más, o por lo menos eso pareció. Su pausa me permitió preguntarme: «¿Feritori?». Sonaba a algo como músico, pero no podía ser. No indagué más en el significado de la palabreja porque siguió hablando:

«Me educaron los frailes franciscos».

Después, hablaron sus ojos. Como si le faltaran las palabras o como que se había dado cuenta de dónde estaba. Tenía la expresión de alguien que se ha perdido. Entonces fui yo quien respiró hondo. Confirmado, él era el que yo creía que era. Pero en lugar de que me entrara ánimo de festejar la proximidad de esta celebridad más allá de todo bien y de todo mal, me obsesioné con el cómo le íbamos a hacer para pasear con un personaje de Giotto por las calles del Deefe, donde a cualquier gringo o gabacho le quieren cortar el cuello. «De acuerdo», me dije clarito, «el tercero tenía que ser un varón, pero no este entogado, la ropa que se carga lo descarta como posible escudo, con la falta que nos hace». Se repitió mi ataque de cretinez, y me dije, «en fin, nada que hacerle». Pronto me recompuse y de manera audible dije, aún avergonzada de mi reacción: «¿Eres Dante, entonces, la fuente del más bello río de elocuencia? Ay, tú has sido luz y honor para todos los poetas. Si algún valor tengo y tenemos es sólo por ti, yo en lo particular por lo que he ganado de amar tus libros y estudiarlos».

La verdad es que como que me gustó escuchar mi voz hablándole, citándolo engolosinada agregué:

«Eres tú mi modelo y mi maestro, de ti tomé el estilo con el que me gané algún día crítica, tanto buena como mala. Nadie lo ha reconocido, pero es de ti de donde aprendí a juntar a los vivos y a los muertos, a la tierra y a los cielos, sean o no sean fantasiosos».

Engolosinada estaría, pero de esto que acabo de anotar aquí no tengo la menor duda. No lo dije sólo para darle coba o para recitar perica sin entender, ni para salir de aprietos. Lo dije porque lo creo, mi confesión venía cargada con una corriente subterránea porque fue (y es) uno de esos raros momentos en que la otra, la autora, y yo sentimos y pensamos exactamente lo mismo.

La gringa ni palabra, no decía ni pío ni esto es mío. Pero de que no era muda, no me cabía la menor duda. Era gringa, eso era todo. Concentradísima contestaba con dos rápidos dedos mensajitos en su blackberry. Me acuerdo que viéndola me pregunté: «¿Recibe disculpas de alguna que no pudo asistir al coctel?»; me contesté: «No lo creo, seguro no cancelaron de última hora»; me pregunté otra vez: «¿Qué tanto se imeilea?». En otro tono, entre regañándola y exclamando, aunque en silencio, me dije: «¿Pues qué no le cae el veinte de quién es nuestro compañero de viaje?». Yo digo que siquiera por respeto —o por mostrar que tenía sentido del humor— debió decirle: «A la mitad del camino de esta tía», siquiera, ¿no?, y luego continuar con sus envíos. Pero nada. Paré de hacerme preguntas inútiles en relación a la gringa, seguí un poco más echándole flores al Grande, diciéndole cosas como «Poeta que nos guía, no sé ni cómo decirle que el privilegio de hacer con usted este viaje me sobrecoge, de haberlo sabido antes yo hubiese dicho que no tengo la virtud necesaria para gozar el privilegio de compartirlo. La pura idea me pone que no sé ni cómo decírsela, esto me sobrepasa, no tengo la suficiente imparcialidad o las luces necesarias, no me malentienda, no es que yo no quisiera estar cerca de su excelencia, si es que puedo estarlo, que cerca no estoy, eso ni soñarlo. ¿Por qué he de ir yo con usted, el gran virtuoso?, ¿cómo aceptar sin sentir que es demasiado el privilegio? Ni yo ni los otros me creen digna. Me temo que este viaje será una locura. Usted es el sabio, entiende lo que callo».

Paré de hablar. Le puse encima los mejores ojos que tengo, que sean como sean no son más que dos, y de inmediato los cerré porque adentro de mí regresó lo que yo no querría que él viera, incluso intenté tapármelo a mí misma diciéndome: «Dante, una gloria, ¡oh, Dante!, el más grande entre los grandes, es la personificación de uno de los geniales momentos de la historia cultural, el Duocento, Dante, la época de oro de la gran Florencia,

ciudad sin comparación, ciudad de arte, ¿qué mejor compañero para explorar…?», pero mis palabras fueron interrumpidas abruptamente por el pensamiento previo, el que ya les dije que me avergüenza, sólo que se me había convertido en algo más siniestro. Tuve que tragar un gulp más grandote: la verdad es que me parecía ridículo ir con Dante deambulando por las calles de la ciudad de México. Ridículo. Tragué otra vez saliva y pensé para tapar el espontáneo que me regurgitaba incontenible: «Sí, sí, sí, hombre, ¡cómo no!; cosa de andar por lo barrido y bonito, lo camino por el camellón de Reforma Lomas, lo llevo al Castillo de Chapultepec, de ahí directo hasta Avenida Juárez, nos detenemos frente a la Alameda, le muestro la fuente de Vicente Rojo en la plaza de los nuevos edificios, se va a quedar azorado, lo hago cruzar aunque ahí no haya semáforo hacia la Alameda, le enseño los polis bigotones que pasean por el parque montando a caballo, la fuente, las mujeres de largos cabellos bien peinados, las canastas con dulces de los vendedores; lo llevo hacia el Palacio de Bellas Artes, entramos, o no, mejor que sólo lo vea por fuera; tomamos la calle Madero, y ahí, rapidito, rapidito, nomás darle tiempo de asomar la vista a la peatonal, Palma, lo demás que mejor ni vea hasta que lleguemos al Zócalo; nos paramos en el centro, junto al astabandera, que mire lo majestuosa que es la plaza, le señalo a la distancia la Catedral, aunque ahí ya nos metemos en problemas, está torcida, pero entenderá, también la de Pisa está inclinada, y de paso de lejitos le apunto para dónde queda el Templo Mayor, le hablo de los aztecas, le digo cosas que él nunca ha oído, pero tendré que llevarlo al Museo, caminarlo entre la vendimia de los ambulantes, lo distraigo explicándole más cosas del mundo prehispánico, que no caiga en cuenta del desmadre, los danzantes, la mercancía que ahí es pura chatarra y desorden, le digo cosas interesantísimas, saco a cuento los sacrificios humanos y», pero ahí me interrumpí otra vez, diciéndome, «¡y, chispas!», porque imaginé la reacción de Dante frente a la Coyolxauqui y demás bichos divinos de los nahuas. Y, encima, queda tan cerca de Bellas Artes el Teatro Blanquita, el templo de la ópera del antro magno del vodevil mexicano, que nomás no pude evitar imaginar que entrábamos (yo y Dante, o Dante y yo, si queremos cortesías) justo cuando en el escenario un actor con cara de

gritoneara: «¡Bienvenidos al Infierno! ¡Coco de tirios y troyanos, jaque de los radicales, gozo de La Bola! Esto es donde se averigua lo que han dejado claro lavaderos y columnistas: qué con cuál y quién con qué. Aquí muere el pez por la boca y la presa por la cola, aquí reviven los asesinados, aquí se apagan los incendios, aquí se ajustician criminales y se responde por los que son inocentes. En El Infierno hay de todo: videos de escenas verídicas, actores representando las que sabemos ciertas, alegorías e incluso chistes, todo mu-si-ca-li-za-do por nuestros mejores intérpretes y más dotadas voces. Aquí ustedes admirarán las riquezas de nuestra patria, y aquí se condolerán por las miserias y la punta de cabrones que nos gobiernan. Qué digo punta: ¡Cabrones!». Sigue la rechifla del respetable. «¡Párenle, pendejetes, que no es table-dance, no estoy aquí pa que me silben!». Interrumpí mi imaginación porque me reventó adentro la ola vuelta a levantar tras la resaca: ¿cómo mierdas iba yo a pasear con un monigote así por la ciudad de México? Cómo saltar de alegría, ni siquiera cuando adolescente fui grouppie de nadie, no es algo que se me dé espontáneo. También por esto —aunque lo fundamental haya sido que sea una escritora muerta en vida— me eligieron a mí, porque yo no me achico ante cualquier Virgilio, ni ante el auténtico, quien, por cierto, es algo de no creerse, si hubiera nacido en nuestros días sería funcionario de cultura, pero no de los que caen bien y todos celebramos, sino de los pesados que aplauden como focas a los políticos, se codean con los influyentes y les bolean los zapatos a los poderosos para sacarles favores. Su mérito tienen: se agachan con mucha suerte.

Mientras yo divagaba cretina (o esa yo cretina divagara), Dante ponía los ojos sobre el pequeño aparatejo que tenía en las manos la gringa, la blackberry último modelo, pero por discreción no hacía preguntas, un hombre fino, un espíritu elegante contrastaba con la manera con que la chica tocaba su chimistreta, como si fuera una parte íntima de su propia persona, como si a las dos —máquina, persona— las ligara un nervio común. En cuanto el Grande se dio cuenta de que no podía capiscarle, retiró los ojos, vi cómo su mirada bamboleaba, no entendía ni una varita delgada de lo que nos rodeaba, la ciudad, los coches, la ropa de la gente, nada, sabía que no podía satisfacer su curiosidad, le parecía demasiado remoto,

sus ojos cambiaron de modo y tono y me dijo: «Si he comprendido bien lo que me has dicho, la cobardía te ha atacado el alma».

«¡No me diga que lo ha enviado Beatriz, que Beatriz yo no tengo!», le contesté, avergonzada de que él me hubiese leído la mente.

De nuevo sonrió, y con más ganas, porque no sólo es un elegante, también es un espíritu con sentido del humor. No se ve tanto en la *Divina* (o yo no le sé ver el humor, le veo la ira, la pasión, el desenfreno, el estado confuso). Seguramente tantos siglos de estar en las sombras del más allá, donde no hay ni una pinta de infierno, purgatorio o menos cielo, le han dado una sabiduría que le ha regalado sentido del humor. Me dijo, sonriendo:

—La luz de mi Beatriz basta y sobra para iluminarnos a todos.

Su tono de voz dijo mucho más, que yo era una boba por dar a Beatriz la identidad de una persona y no entender que en su libro significa muchas cosas, que es un símbolo y un engranaje imprescindible en la alegoría. (Que no tendrá el universo el orden que él creyó, pero su libro libro es, y en él se dice lo que se dice, y nadie ni nada —menos que nada la realidad— puede desmentirlo, por eso es libro). Quise haberle dicho: «Es que yo, cómo le diré, leo como leo, que es leer como si el texto de usted no fuera lección tomista, sino una fábula loca donde ocurren cosas suavísimas». Pero comprendí mi tontería y pasé de largo haciendo como que ignoraba la intención en su voz que me había apenado tanto. Sus ojos se deslizaron hacia la blackberry, quise explicarle qué era lo que hacía la gringa, qué es la maquinita y demás, pero no teníamos tiempo.

El antes Presidente, y hoy ya sólo célebre escritor, nos explicaba las reglas del viaje y nos azuzaba a empezarlo. Puso en manos de la gringa una tarjeta de crédito. Porque soy la Presidenta no puedo tocar un peso, una medida sabia precautoria que me ha salvado de infinitésima cantidad de problemas, soy un cero a la izquierda administrando los dineros, para mí un peso no es sino un duro y lo que se puede comprar con éste, esta visión no sirve un céntimo para ver dónde hay flor por abrir, niño por nacer, o lo demás. No hace falta decir que al florentino no se le podía soltar el hierro así directo, debía comprender primero cómo se cuecen las habas en este siglo, para lo que más le valía entender siquiera un pelo de los

anteriores. Difícil sopa: habas con pelos. Y entonces, la gringa-blackberry con el ex Presidente hable y hable mientras nos guiaban hacia la esquina de la Cuarta Avenida, hacia el subway, y yo me desconecté de su plática para ponerle el ojo encima al de la coronita, el gran escritor que se había presentado, como ya dije, con la de laurel como lo retrató Giotto. Pegó la vista a una línea horizontal, trazada por sus ojos sobre las fachadas de los edificios de nuestra derecha, todos locales comerciales, excepto por las entradas hacia los segundos pisos, dijo «Averroes», dijo «Avicenas», leía, los dos nombres estaban impresos en la portada de un video en una vitrina polvosa, medio desteñida de estar tanto tiempo expuesta a la luz. Siguió con la vista adherida a la línea que se había trazado, tal vez para encontrar alguna serenidad en la agitada babel. Llegamos a la entrada de la mezquita y nuestro paso coincidió con el cruce del flujo de una horda de varones de largas barbas, las cabezas cubiertas, todos con sus largos vestidos casi al piso, grises, negros, blancos, venían despotricando, hablaban como en coro, agitaban los brazos; nos ignoraron; la gringa-blackberry y el ex Presidente pasaron esquivándolos como si no existieran, pero Dante detuvo el paso y se clavó exacto donde corría el río de varones musulmanes. Despegó los ojos de donde los tenía y observó a quienes lo rodeaban. Todo muy bien, sí, aunque tuviera la cabeza pelada, excepto por la coronita, su larga toga sintonizaba con las de los asambleístas, pero ¿yo? Tengo el cabello largo, lo traía suelto, vestía pantalones negros, se hizo alrededor nuestro un círculo, a prudente distancia nos daban la espalda, yo era un imán que los repelía, le dije al Grande: «¿Podríamos avanzar?», y él: «¿Dónde estamos?, ¿Salerno?, ¿una ciudad del norte de África?, ¿en Turquía?». «Ninguna de ellas, esto es el Nuevo Mundo, ¿seguimos?». Hice el gesto de avanzar (que me urgía sacarlo de ahí, conozco su opinión sobre ese credo, a Mahoma lo somete a una tortura estupenda en la Divina, le abre las entrañas y deja que lo visiten moscas sin quitarle la vida, si mal no me acuerdo), y aquí me vio Dante a los ojos.

¡Ojos! Una sola palabra para cosas tan diferentes… No sé, la verdad, si sus ojos —que tanto me habían impresionado— eran en realidad *ojos*, tan ojos como los que llamamos así. Pero no me voy a detener ahora en esto. Quede para después, porque esos ojos de

Dante merecen una pausa que ahora no puedo regalarme. Lo que hice cuando él me clavó ésos, ojos o no, fue tomarlo de la manga del vestido y tirar de él como si fuera un niño. No necesitamos romper el círculo que nos rodeaba porque los de la mezquita se iban retirando de la peluda como si yo apestara, con un sexto sentido me rehuían. Un par de ellos, eso debo anotarlo —aunque ya dije que no tengo tiempo, pero—, me dieron un revisón rapidito de pe a pa con brillos libidinosos. No sé qué libidineaban si soy una gordis pasada de tueste, pero mi cabello suelto es indecencia tentadora.

La mezquita escupió otro borbotón de varones, se apeñuscaban a nuestro lado, y por lo mismo, así intentaran repelerme, el flujo de ellos mismos los hacía expanderse. Sí, un milímetro antes de tocarme se detenían —o por lo menos así lo sentía, no puedo jurarlo— pero a Dante literalmente lo traspasaban. La ilusión que daba su imagen de total corporeidad, no lo era del todo. Un codo, una pierna, un torso se permeaba con los fieles, que cruzaban por él como si fuera gaseoso (y dijo «fieles» porque salían de orar, pero para Dante serían «infieles»). No sé si me estoy explicando con claridad.

Terminaron de pasar, pero el daño estaba hecho. Dante tenía puntos débiles, áreas donde era evidente su estado traslúcido, aunque nadie lo tocara. Teníamos que acelerar el paso, pensé para mí, y lo hice avanzar echando a andar. Dante volvió a clavar la vista en los aparadores de las tiendas, repitió recordando el «Averroes», y preguntó: «¿Qué son donuts?, ¿quién es Donkindonuts?», ni tiempo de contestarle, en la esquina, al darle la luz tan llanamente eran más obvios sus agujeros, los trechos donde estaba medio corpóreo y medio no. Pero exacto ahí se detuvo un instante, alzó el brazo derecho —éste sí todo corpóreo— y exclamó: «¡Bello, bello!». ¿Qué era lo bello que señalaba? Busqué con la mirada, y dije, alzando mi brazo para señalar la vieja estación Atlantic Avenue del subway: «¿Eso?», y al seguir con sus ojos lo que yo señalaba, Dante cayó en la cuenta de los buses y autos y exclamó a todo pulmón: «¡No, demonios, no, detenlos!». Un hombre que estaba a nuestro lado, quien prácticamente vive en la esquina, yendo y viniendo en su silla de ruedas, oyéndolo dijo: «¡Yo ahora mismo les detengo el bus!», y que se avienta a cruzar en su silla eléctrica la avenida hacia la acera opuesta, a toda velocidad,

esquivando los autos en movimiento para hacer esperar al bus, y Dante «¿Qué pasa, camina él también en ruedas?», y yo «vámonos, ya, sígame», intentando sacarlo cuanto antes, dejando atrás al que ponía el cuello en riesgo a cambio de una propina, porque él seguía cruzando en plena luz verde la avenida, deteniendo con manotazos el tránsito para que el bus no nos dejara, pero cuál bus, nosotros teníamos que entrar al subway cuanto antes, irnos donde hubiera menos luminosidad porque después del paso de los fieles de la mezquita el cuerpo de Dante parecía carcacha agujerada.

Nuestros dos compañeros, el ex Presidente y la poetita gringa, iban algunos pasos delante de nosotros, la entrada del subway estaba acordonada con la cinta amarilla de la policía y custodiada por cinco o seis uniformados, había un no sé qué de alboroto, los polis impedían el paso, contenían a la gente, hacían señas a diestra y siniestra, pero al vernos venir uno de ellos nos cuchileó, «Come on, come on!», pastoreándonos y haciéndonos caminar todavía más rápido nos hizo a los cuatro, sólo a los cuatro, cruzar la cinta amarilla; bajamos las escaleras; en la calle, arriba, la gente alegaba con los polis…

Al tocar el último escalón, dejé de prestar atención a los gritos que arriba, al nivel de la calle, iban subiendo de tono. La estación estaba totalmente vacía, en sábado a esa hora esto es más que inusual, como un milagro. Un guardia nos abrió la puerta de emergencia, «Keep on going, keep on going!», ¿o sea que gratis?, ¿en este pueblo maldito donde ni el saludo le dan a uno sin cobrar, el viaje iba a ser gratis? Y otro guardia al pie de las escaleras para bajar al andén, «Keep on going, come on!». A éste le vi los ojos, y de nueva cuenta: no eran *precisamente* ojos. «Otro muerto», me dije, «otro recién salidito de la tumba».

En el andén había más guardias, me pregunté en voz alta, «¿De qué fuerza son, de qué estos uniformes?», «Somos soldados», contestó en voz baja uno de ellos, «escritores soldados». Seis años organizando El Parnaso y nunca había visto uno de ésos, quiero decir, sí entre los vivos, pero ninguno que hubiera retornado del otro lado, siempre creí que regresar era privilegio de los consagrados. ¿Cómo los habría convocado mi antecesor, el ex Presidente, quien seguramente coordinaba el «operativo» que había cerrado la entrada del subway, a medio día?, ¿por qué yo nunca

pude contar con ellos?, ¿eran también habitantes del Parnaso?, ¿he vivido hasta hoy engañada con la idea de que éste es sólo para los estelares y no para los peones o soldados? La duda me la llevaré a la tumba, si me toca porción de ésta, porque dejé pasar el momento en que pude preguntarlo, el mismo al que regreso aquí mismo:

El ex Presidente, hoy escritor de moda cuyos bonos están altísimos, con voz aplomada decía esto y decía aquello, a cargo de todo, dejándome relegada de mi cargo directivo. Llegó un tren. Dante exclamó no sé qué porque el ruido me impidió oír sus palabras, creo que externaba a todo pulmón su asombro ante el vehículo. El tren se detuvo. Se abrieron las puertas y descendieron únicamente más escritores soldados, se congregaron en grupos en el andén, el ex Presidente iba y venía dando órdenes: se armaba el comienzo de nuestra expedición. El tren salió de la estación, vacío, las luces encendidas. Pasó otro pegado a sus talones, lleno de pasajeros, pero éste no se detuvo. Vi las expresiones de los que iban a bordo, muchos furiosos porque el conductor se saltaba una parada, dejaban atrás su destino. Leí sus labios: «Fuck, fuck!».

Apenas quedó libre el camino, nos asignaron tres vehículos. Decirles así es darse ínfulas demasiadísimas, nuestro medio de transporte era más capiruchada que otra cosa, más timbiriche que mercedesbenz, y no exagero porque íbamos a emprender el viaje a lomo de tres ratas. ¡Ay! La vergüenza que me da escribirlo aquí, mi historia desciende por escalones de ínfima-ínfima, ¡pobre de mí!, pero, ¿qué hago?, ¿mentir a boca de jarro para conservar mi prestigio, el de por sí nulo que tengo? Aunque lo tuviera altísimo, ¿para qué escribir abocajarrada? ¿Pero cómo pronunciar sin sentir que es el colmo «a lomo de rata»?, ¿hay algo peor?, ¿no sería mejor mentir de plano, si no por orgullo, sí por puro pudor?, Dante dijo: «¿Estos animales no son acaso la representación más viva de lo rastrero y vil…?».

Paró de hablar, sumergido —no es fórmula sino expresión literal— en cavilaciones. Mi predecesor le contestó:

—No hay tal, Alighieri, los tiempos, y con éstos los sentidos que damos a las bestias, han cambiado. Tú pones —pero si lo cito con precisión diré como él decía «mi bien, ponéis», creyéndose, imagino, algo así como elegante, aunque según mi humilde opinión su decir sonaba más bien a gallina que a otra cosa, poner huevos se

dice, a mis ojos, «ponéis»—, tú «ponéis», decía, «ponéis a andar a la pantera en silencio, porque sabíais que ella encarnaba un vicio, si mencionabais al león o a un ave era porque teníais muy presente lo que representaba la bestia, algo preciso. Ya no hay tal. Los vicios andan sueltos, nada los representa ya; los animales traen palabras en la boca, no se les asocia más con algún pecado, vicio, crimen. La única razón de ser de estas ratas es que las distancias son enormes en este continente, el llamado *Nuevo Mundo*».

—La dama —dijo Dante, refiriéndose a mí— ya me dijo esto, ¡Nuevo Mundo!, ¿qué es «Nuevo Mundo»?

De modo que así el comentario de mi antecesor me había hecho respingar por «¿las distancias?», y ya me urgiera contestarle «¿de qué hablas?, ¡son ratas, no jets!», me las agencié para decirle a Dante:

—Nuevo, Nuevo Mundo —aquí yo—. Un genovés…

—¡Ah, genoveses! ¡Hombres diversos de los demás en costumbres y llenos de toda iniquidad! ¿Por qué no sois desterrados del mundo? —pausa. Dante retomó el aliento—: ¿Cuál genovés?

—Este hombre, llamado Cristóbal Colón, lo vino a encontrar cuando navegaba en barcos españoles buscando ruta para las Indias, debía esquivar a los turcos que tenían control de las rutas terrestres. Buscaba un acceso al mercado de especias y a las almas de los infieles, los frailes querían llevarles la palabra de Dios cuanto antes.

—Sabia idea.

—Y por esto hoy tenemos que viajar a lomo de rata —otra vez yo—. Quiero decir: le pasó como a ti con la pila bautismal: tú la rompiste para salvar a un niño que se ahogaba. Él rompió el estanque donde en teoría la tierra flotaba cuando era plana, para salvar a la Verdad de continuar muerta, ahogada.

—¡No lo puedo creer! —dijo la gringa en inglés—. ¿Eres escritora, o simplemente sabes hacer imágenes desaforadas?

Esto no lo escuchó el florentino. Nuestras explicaciones le bastaron, pero no a mí para la de mi antecesor, ¿estaba tomándole el pelo? No pude detenerme a pensar. Con la mejor disposición, Dante se acercó a su rata y antes de que se diga una sílaba se encaramó a su vehículo. La gringa pidió al ex Presidente «un instructivo», quería le dieran un folleto explicándole cómo era eso de viajar a lomo de rata.

Sin bajarse del lomo de la suya, Dante se me acercó y me dijo en voz baja «¿qué ella no *es* del Nuevo Mundo?, ¿de dónde, si no, pudo haber salido persona así, que yo en mis tierras jamás vi a nadie de esa materia que ella está hecha?, ¿no está acostumbrada a cabalgar?».

Quise explicarle que andaba un poco equivocado, que las ratas eran tan inusuales para nosotras nuevomundas como para él, y que además pues sí, comparada conmigo la gringa es viejomunda, pero no pude, Ms. BlackBerry tiene buen oído, cosa de poetas, y apenas oír lo que oyó su oidito, giró la cabezota y nos dijo:

—Ese que ustedes llaman el «Nuevo Mundo» estará en Australia, ahí montan avestruces, porque aquí andamos en Fords, que son coches del pasado, nada de nuevo. Nuevo aquí no hay.

—¿Australia?… ¿Dice usted *fordes*? ¿Qué son estos fordes? ¿Son aves, bípedos, cuadrúpedos, rastreros? ¿Tienen cuántas cabezas, qué número de patas, el cuerpo en qué parte de sí mismos? ¿Se parecen al grifo, al basilisco, al león, a la sirena? ¿A la pantera? ¿Al centauro?

Todo esto dijo Dante mientras caracoleaba la ratita que montaba. ¿O diré Ratota? Lidiar con estas visitas del otro lado de la vida vuelve las dimensiones relativas, tanto como al tiempo, pero a esto ya iremos cuando llegue la hora, en brevísimo.

Un momento. Dije que en poquísimo, pero ahora me doy cuenta de que si no lo cuento ahora mismo, no lo podré hacer después. Porque no me va a dar tiempo, hablando del tiempo, porque simultáneamente a todo lo que estoy pasando, aunque también un poquitín después —¿?, sí, sí, ya sé que suena que cómo es posible, porque cómo demontres puede ser algo simultáneo y al mismo tiempo posterior, pero el caso es que fue—, los tres que estábamos a punto de emprender el viaje nos vimos —y que no sé si estábamos, o todavía no, a bordo de nuestras tres vehículas—, topamos con un homeless, un vagabundo, un sin casa, un borrachín de los que duermen en la calle, que parecía haber esquivado el operativo de los escritores soldados, quien nos abordó:

—¿Quíhubole? ¿Conque italianos y hablan español? ¡Viva Mussolini! ¡Que viva el Duce! Cuando aquí en esta ciudad hicieron el desfile aquel, justo antes de meterse a la Segunda Guerra, lo encabezaron con un mono gigante representando a Hitler. ¡Pero

nadie tocó a Mussolini! Había gente, más de dos millones de personas. Es el desfile más grande, el más aparatoso, el más concurrido, la fuerza aérea en el cielo, los tanques en las calles… ¡Yo lo vi de niño!

Era idéntico a un Santaclós barrigón, larga barba blanca, la carita rechoncha, las mejillas coloradas. Reía a carcajadas. Uno de los escritores soldados viene y lo toca, y nos dice: «Déjenlo en paz, ya está muerto», pero muerto no podía estar el viejito rechoncho, yo dije, si seguía hablando, duro y dale con aquel desfile. Aunque es obvio que estaba muerto, si no qué hacía ahí donde vivos de los de la calle no había ninguno, y muerto hablaba con nosotros porque estábamos parados en el filo entre ésta, que es la vida, y el otro lado, el probablemente más sombrío, el territorio de la muerte.

Aquí me detengo, que no estamos para filosofías, y sigo en lo que íbamos:

Subí, monté a mi rata. (Las tres ratas eran sencillamente idénticas. A primera vista, creí que había algo distinto en ellas, pero cambiaban camuflajeadas, y hasta hoy no me queda claro si las tres eran capaces de hablar o si sólo eran dos las que tenían lo parlante). Se sentía, por decir lo menos, extraño. No era como subirse a un poni, eso lo hice de niña —aunque no fui yo verdaderamente, pero mejor me apropio otra de las memorias de esa chinche que me tiene frita, que no me dejará saltarme ésta y no quiero interrumpirme—,

Memoria (de la emperatriz)

«Algún día cuando en casa de unos amigos de mi mamá, previo a la clase de natación que tomábamos ahí, el hijo del dueño de la casa nos invitó a dar la vuelta en su poni blanco por los jardines. La sensación era extraña. El jardín era desproporcionado para la ciudad, e incluso para el caserón, el poni era ridículamente

pequeño, debajo de nuestras cortas piernas dejaba ver su dimensión de enano. A uno le ganaba la risa. El joven, que lo que quería era seducirnos, al prestarnos su poni no nos parecía en lo más mínimo atrayente, sino en efecto mínimo en sí mismo.

Seducir queriendo seducir, y conseguir en cambio parecer a los ojos de las rorras como un enano. El chico cumplía el destino del mal artista».

¡Ay, que la callen, por dios!, ¡te invoco, Juana Inés!, ¡silénciala! (Pero en medio de todo, me regocijan sus intromisiones: ella es tan poquita cosa… ella la que firma el libro, no es nada, sólo cenizas, fragmentos minúsculos de memorias…).

Seguimos

La gringa insistió con el ex Presidente:

—¿Cómo?, ¿no nos dan instructivo?, y el ex Presidente que ya les dije, del que no les puedo dar el nombre porque se lo prometí y también dizque en defensa propia, le reviró: «No hay. Use la imaginación». La poetisa lució desconcertada un instante, mismo en el que —cuerpo de tentación aparte— pude imaginar a un intelectual sofisticado cayendo en sus redes. Algo casi radiante le brotó en su indefensión, pero de inmediato se recuperó, volvió a su cara de boba, prestó atención en cómo lo hacíamos el florentino y yo —nada del otro mundo, subirse, encoger los pies para no arrastrar los pies—, y montó la que le correspondía.

Ni adiós le dijimos a mi antecesor, estábamos demasiado agitados con el encuentro, las indicaciones, las ratas, y —siempre con mis estúpidas manías distractoras, para evitar sentirme ansiosa— ya había comenzado a obsesionarme con mi cepillo de dientes. No lo traía en la bolsa de mano, lo había dejado en la rodante que se habían llevado quién sabe dónde. Eso, pensaba yo,

era empezar el viaje con el pie izquierdo. Si pudiera parar en la farmacia Rite Aid, pensaba adentro de mí, pero sabía qué cuál
rait-aid
con ratas pegadas a nosotros, y estaba Dante.

Las tres ratas arrancaron hacia el oscuro corazón del túnel. Giré la vista: el cuerpo policíaco de los soldados escritores se desvanecía, se deshacían literalmente. Sólo quedaba el ex Presidente, inclinándose para ver cómo nos hundíamos en la oscuridad del túnel, y sobre el andén el cadáver inerte del vagabundo.

La rata que montaba el florentino gritoneaba más pitona que las otras dos, vaya dios a saber qué tanto le decía, hablaba a velocidad de ráfaga, parecía jarocha, cada dos frases refunfuñaba. Como al florentino le fascinan las lenguas vernáculas y los siglos le han dado tiempo de ponerse al día en muchas, le seguía la bola. La mía alzó altísimo la voz:

—El güey que vino a decirnos qué y cómo olvidó un punto importante. Aquí la lengua franca es ésta que hablamos. ¿Queda claro? ¿Alguien tiene objeción?

En ese momento pasábamos por otro andén igualmente desierto, donde media docena de soldados escritores nos hacían gestos con las manos dándonos la bienvenida —apenas avanzáramos, también se disolverían como los anteriores, ¡soldados alka-seltzer!—, así que estábamos iluminados, y con toda claridad vi cómo la gringa giró la cabeza hacia nosotras, alzó las cejas como diciendo: «¿Español, a mí? ¡Me la pelan!», y Dante, volteando a vernos, dijo:

—Nadie habla ya la lengua que hablé en vida, no tal como era entonces. Hablemos el castellano moderno, estoy de acuerdo.

Debo aclarar que moderno, lo que se dice moderno, no era el de Dante. Los que vienen de aquel lado siempre están condenados por sus traductores a decir unas aberraciones y usar unas palabras que ni les digo. Por eso el ex Presidente con sus saléis, habéis, ponéis y demás gallinas.

Mi rata, cambiando de tema sin ton ni son y sin importarle gran cosa nada más que lo propio:

—Estos desconsiderados, en qué están pensando. Ve, mira —señalaba los letreros del andén—, ni un letrero en español, nada, todo en inglés, «beware of the raticide», aguas con el raticida, ¿y yo, qué, no soy mortal? ¡Háblenme en español, malditos!

Para mí que mi rata mentía, porque no parecía precisamente mortal. Debía ser personaje de alguno de los círculos del más allá.

Luego, cambiando su tono al de una confidencia e inclinando la voz como si fuera inteligente, agregó:

—Ya oyes, mi compañera va educando al Dante, a ver si le quita lo morido.

—¿Morido? Es un error, la palabra «morido» no existe.

—Por supuesto que sí, ¿qué otra puedes usar para este caso?, en qué estás pensando, si con éste y los suyos no hay más que ésta. Muertos no están, si aquí andan. Vivos, tampoco están, de ningunísima manera. Vivos, nosotros. Lo que ellos están es moridos.

Giré la cabeza para ver cómo le estaba yendo a Dante. La rata le seguía hablando y él… ¡qué elegante!, ¡he ahí a un verdadero diplomático! Eso es tener estilo. Un hombre encantador. Parecía haber recuperado el estado sólido, dejando de ser traslúcido. Ahí iba, como todos los invitados a El Parnaso, a caballo entre dos mundos, pero sin que se le alebrestara la montura o el ánimo, y eso que los que pasaron a otra vida hace siglos tienen escaso contacto con éste, se asoman sólo muy de vez en vez. Dante prácticamente no había tenido ningún roce con la tierra desde que se caputeó, y así y todo… Mi rata dijo, viendo que lo veía:

—Mi compañerita ahorita mismo le quita unas cuantas capas de morido, le sacude el polvo y lo pone al día en lo que más se pueda. No es caso perdido, ¡usted viera! Éste siquiera ha estudiado idiomas.

No tenía necesidad ninguna de darme la lección, la conozco en parte: algunos llegan y simplemente no entienden nada. Por lo regular, si los retornados vivieron en el siglo XX, se les siente menos muertos, aunque en algunos raros casos a los de la más remota antigüedad todavía se les siente menos. La verdad es que no hay fórmula, aunque uno tienda a creer que hay siglos más problemáticos (los que se soñaron como una renovación, con un específico futuro), de aquí y de allá salta alguno que se mueve en el día de hoy como pez en el agua cuando menos se espera. Dante parecía ser de estos últimos, así su siglo fuera de los conflictivos. Devoraba las palabras de su ratalgadura mientras se las agenciaba para lucir como un buen jinete. La rata le estaba dando entrada al mundo en dos lecciones, una especie de diplomado que ya quisiera

el político mexicano, los tres meses en Harvard a cambio de un título exprés parecían proceso de salado en tiempos de Maricastaña comparados con esto. Mi rata se les pegó, lo más probable es que por haber percibido mi ávida curiosidad, y supo caer en el principio de la palarratabrería, brincó hacia atrás unos minutos y se instaló en la primera frase de la roedora. Que ¿cómo?, pues que quién sabe pero lo hizo, así que escuché completa la lección de la rata.

4. Inicia el viaje

La rata con su desordenada fabla sobre mil y un, indiscriminada y absurda, pasaba de la circulación de la sangre a los barcos de vapor y de éstos al teléfono; de la muerte de Dios a la resurrección de las guerras religiosas; de la radio y la televisión al *Show de Lucy* y *The Wire*, de ahí a las vacunas y los antibióticos y la descripción de un hospital en Texas y la clonación de la cabrita (¿dijo cabrita?) y el
E. T.
(¡un *alien*!) y los efectos especiales para aterrizar en los hermanos Lumière, Edison, el cine; de la computadora a los campos de concentración de la Segunda Guerra; de los submarinos al primer hombre en la luna y al primer traqueteo de un tren; del microscopio al átomo y su energía y la bomba: todo dicho en su lengua ratosa. El elegante, diplomático, bello Alighieri fue adquiriendo una expresión atroz, parecía un cangrejo desnudo intentando despabilarse pero sin éxito, ya ni digo lo de seguirle el paso. No que no supiera absolutamente nada del camino que la Humanidad había emprendido desde su salida de eso que se llama vida, porque podría ser que alguien le hubiese dado un par de lecciones previas, pero probablemente el que había sido su maestro estaba casi tan lejos de nuestros días como él mismo y, en todo caso, si fueron previas a la revolución del átomo y su estallido, pues un abismo. Pero no, viéndole la expresión era para mí obvio que Dante no sabía de la Reforma, tampoco de Galileo, y ahí estaba la rata rebatiendo de pronto a Nietzsche. Dante se repuso y, sacando fuerzas quién sabe de dónde, le preguntó:

—¿Y veré monstruos andando por las calles, deslizándose entre los hombres?

—¡Nops!, ¡nops! Estarán encerrados en los haces luminosos que los crean. No puedes imaginar el horror que nos producen, porque tiene la misma porción de gusto. Hay los que viven en charcos de sangre, como algunos de los que tú escribiste en *La divina* tuya.

Siguieron, la rata tan loca en sus explicaciones, como la mente extraviada del hombre que no podía seguirla. La escena comenzó a darme risa: una rata dando lecciones al gran poeta. El poeta creía oír verbalizadas insensateces o estupideces de un ser inferior, pero no eran tales, y algo en su intuición se lo decía. Contuve el ataque de hilaridad, que no iba a llevarme a ninguna parte, e interrumpí la escena diciendo en voz muy alta: «Dichoso el árbol que es apenas sensitivo / y más la dura piedra porque ésa ya no siente / pues no hay mayor dolor que el dolor de ser vivo / ni mayor pesadumbre que la vida consciente».

Esto sí le cayó como un veinte a Dante. Cambió otra vez de expresión. «¿Dichosa la piedra, más que el hombre que habla de ella?». «Exactamente». «¿Pesadumbre de la vida consciente?». «Exactamente». «¿De quién son estos versos?». «De Rubén Darío». «¿Quién es Rubén Darío?». «Darío es el gran poeta de nuestra lengua, con él cruzamos del siglo XIX al XX.». «¿Cuál era la pena de este poeta?». «Ninguna en particular, no era cosa de él, era el mundo en el que le tocó en suerte nacer. Ni siquiera su pueblo, ni la historia de su ciudad. Es el mundo del hombre de nuestro siglo». «¿De quién es hijo Rubén Darío?, ¿cuál fue su ciudad?». «Hijo de nadie, Dante, y de ninguna ciudad que fuera un reino, y porque fue de nadie y de nada lo amamos, es el poeta más grande de esta Nueva Tierra. Fue el poeta de todos».

Ahí estábamos, encaminados, enratalgados ratalgando en los túneles del subway de Nueva York, cuando vinieron a despedirnos dos bardos populares, dos poetas raperos muy diferentes entre sí, uno tradicional, el segundo más volado. El primero venía cargando en brazos su acordeón. Puede que rapero no sea la palabra ideal, pero si ésa no es, no sé cómo llamarlos, son parte de esta tradición de El Parnaso, que viene de muy atrás. El segundo traía maraquitas hare-krishna. Y así nos cantaron, en español, siguiendo las reglas del juego:

Bardo 1 *(acompañado por su acordeón)*

La rata es un animal

Todo forrado de cuero,

Con patas largas y cortas

Que casi la pegan al suelo, ay ay ay.

Bardo 2 La rata es un animal que tiene demasiado cuero. / Es como una víbora gorda con cuatro cortos tentáculos. / Víbora de pelo raso. / El ojo de la rata no tiene brillo ni alma. / Es pétreo. / La rata sabe correr sobre cualquier superficie.

Bardo 1 La rata es un animal

Que aguanta lo que el caballo.

Cabe en túneles ojodeaguja y lata.

Bardo 2 En tres de su especie / montan nuestros tres viajeros / a punto de cruzar / la frontera que los llevará / de la ciudad de Nueva York / a ciudad de México. / No tomarán el ferry / sino el túnel porque en caballo / (o en automóooviiil) / no podrían cruzar paredes. / La rata sabe escurrirse, / la rata sabe colarse, ¡colarse! / A bordo de la rata cruzarán…

Bardo 1 La rata no te obedece

Ni le hables, ay, florentino,

Contente, no le digas «¡para!»,

No le digas «¡para!», no le digas

Nada, te baste andar en su lomo.

Bardo 2 Déjanos andar / subir a un elegante automóvil / cabalgar a un caballo / volar a mariposa / temblar a una libélula / cualquier cosa que no sea poner los muslos en una humillante rata.

Aquí las ratas a coro se echaron a reír, aplaudían con los dientes, decían «conque humillante», «qué gracioso».

Bardo 1 No le digas nada.

La rata no parará.

Llegará directo al
D. F.

Una de las ratas, envalentonada por la cancioncilla rapera, se arrancó de su ronco pecho con su rap del NAPALM que quisiera ahorrarles, pero del que me veo obligada a ponerles aquí un par de líneas:

La rata NAPALM, el NAPALM NAPALM NAPALM, / lo inventó un profesor de Harvard. / Quería pelarle el pasto malo / al césped bueno del jardín, / quería quitarle el rubio, el tostado, / el que no quiere dejar ver lo bonito de la hierba. / Y ese güey, el profesor, / sin saber que había metido qué sustancia, / se puso patria en las orejas y se dijo: / ¡Por mi país!, ¡por mi país!, / y echaron eso a unas aventadoras / y salieron a quemar japoneses escondidos, / luego vino lo demás, en otras guerras, / NAPALM NAPALM, hijo de Harvard… / La bomba atómica es la niña de Columbia, / vástagos de las casas de estudio / NAPALM, atómica, NAPALM

Aquí paro, que no estamos para recitar logros ni etcéteras. Afortunadamente las otras dos ratas no la emprendieron con canciones. Dejamos a los bardos con la palabra en la boca, cantando, porque las dos ratas no cantarinas se echaron a andar y la tercera a seguirlas, y digo que por fortuna porque si no capaz que ustedes (si hay esa figura que se llama lectores) botan el libro por la

ventana y a otra que sí corra mariporra.

Las ratas iban ganando velocidad. Dante preguntó en voz alta y con gran claridad, como hablando en el foro:

—¿Qué tipo de canto fue el suyo? ¿Alguien me explica?

Pero no estaba el horno para bollos (ni había nada parecido a un foro para contestarle, todo era correr, atrabancarse, perderse en vértigo), la respuesta debería esperar. Al vuelo una rata gritó:

—¡Vámonos para México! ¡Si fracasamos será por falta de Homeros, no de Agamenones! —y las otras dos se echaron a reír, una como diciendo «Machen, Machen», quién sabe de qué hablaban, «¡Arthur Machen!», sus risas eran incomodísimas para los que las montábamos.

Íbamos con las piernas encogidas, esto que ni qué. El ritmo del paso de esos bichos inmundos es de verdad incómodo, caminan como saltándose pequeños trechos. No son tan rápidas como lo son saltonas, no recorren de pe a pa sino por tramos, las distancias se vuelven minúsculas a punta de saltos. Salieron del túnel donde nos transportaban y se encarrilaron en una de las anchas carreteras, subiendo su velocidad a la de los automóviles. Alcancé a ver la expresión de verdadero pavor del florentino. Pero pasó en un santiamén. En un instante nos quedó lejos Nueva York y estábamos en pleno continente gringo.

Apenas vernos en despoblado, otra vez se soltaron a hablar las ratas, tan rápido que ni quién las entienda. ¿Usaban palabras? Entre ellas entonaban las frases —si eran eso porque se había vuelto algo más musical, más tipo dorremifasol— con otras inflexiones, más parecidas a las de la perra o las del teclado o las cuerdas del piano que a la voz del hombre.

En un abrir y cerrar de ojos estábamos frente al estacionamiento de un centro comercial. Las tres ratas se alinearon para pasar la pluma de la entrada —sólo la mía tomó un boleto del despachador automático y fui yo quien extendió el brazo para arrancar la lengüeta de papel del expendedor—. Disminuimos nuestra velocidad porque los coches avanzaban lentísimo, nadie parecía encontrar lugar para estacionarse.

Al llegar a la banqueta que bordeaba el mall, se subieron a ésta y pararon en seco frente a la entrada principal. Era inmensa. Como el portón de un castillo frente a nosotros. Como la puerta de la

catedral mayor. Como que salgo con las comparaciones que yo me imagino imaginaba Dante, pero a saber, a lo mejor sólo me estoy perdiendo, así que mejor continúo. Las ratas nos depositaron y la mía nos dijo:

—Si ponemos un pie ahí dentro, no salimos con vida. El lugar está cargado de raticida en aerosol; aunque no nos vieran, caput tralalí tralalá, ya está todo atomizado. Los vemos a la salida. No se desvíen, también hay puertas a los dos costados. Sigan derecho hasta el fin. Ahí los esperamos.

—¿Por qué no vamos con ustedes? —no me daba ninguna gana entrar al mall.

—Está empinada la cuesta.

Apenas decirlo, las tres echaron a correr pared arriba. La pared era altísima, seguían corriendo sobre ella cuando entramos los tres, empujados por la masa, instintivamente hombro con hombro para no perdernos. La gringa dejó en paz su blackberry, la metió a la funda que traía en el cinturón. Y abrió los ojos para revisar los aparadores y las islas.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es este lugar? —Dante.

—En un mall, la traducción al español es «centro comercial». Aquí se ponen los mercaderes, para cuidarse del mal clima. Estamos en las afueras de la ciudad —yo.

—¿Afuera de la ciudad? —Dante.

—Ésta es la ciudad —intervino la gringa, por fin participando en alguna de nuestras conversaciones—. *One day I found a big book buried deep in the ground. I opened it but all pages were blank*.

—Oh, dioses santísimos, citar a Björk a los oídos de Dante, se necesita… —yo.

Me ahorré el final de la frase: «… ser cretina». Pero lo pensé tan alto que estoy segura no hizo falta pronunciar la palabra. Cre-ti-na. Como respondiéndome, sacó la blackberry de su bolsita y siguió con sus mensajitos. Ponía la mirada en un aparador, un segundo después en su pantallita. Los dedos no paraban de teclear.

Silencio del florentino. Nos rodeaba gente fabulosamente voluminosa, avanzábamos a paso de tortuga entre una legión de deatiroobesos. Imposible conversar, imposible marcar nuestro propio ritmo de caminata. Con leves movimientos de la cabeza, Dante señalaba a esta o aquella persona, o algo en los aparadores de

las tiendas, como preguntando «¿qué es esto?, ¿qué es esto?», pero tampoco podía siquiera intentar contestarle, tanta gente, apeñuscados, creí que nos aplastaría alguna de esas personas monstruosas.

—Si me permites, tengo una explicación, Dante. Aquí pasan la vida ésos a los que tú haces mención en la Divina, aquéllos cuyas vidas transcurren sin dejar huella —yo.

—*What the hell are you talking about!* —la gringa.

¡Ja con la poetita! Mal hecho, pensé, rompes la regla, qué haces hablando en tu lengua, ya van dos veces. Tanto coraje le dio lo que yo había dicho que hasta regresó al estuche su blackberry.

—Me sostengo en lo que dije —la provoqué más, para ver con qué salía.

Volvió a sacar su blackberry, pero me lanzó de reojo una miradita que decía: «¡Púdrete, pendeja!». Y yo adentro de mí: «¡Cre-ti-na, cre-ti-na!».

—El purgatorio es el equivalente a un mall —yo.

—*Fuck you!* —dijo la gringuis.

—¡Recórcholis! ¡Santos cielos! —no dije más porque no pude sacar más expresiones ad hoc del balde donde estancada reposara mi memoria el sueño de los injustos.

Una escalera eléctrica frente a nosotros y arriba de ésta una cafetería. Aunque no era el camino hacia la salida, sin decir ni un pío, la tomamos. Sujeté la mano de Dante, puse atención en que su toga no se embrollara con las escaleras. Él clavó los ojos sobre éstas y exclamó:

—¡Magnífico! ¡Vuelan! ¡Volamos sobre esto! ¡Ascendemos! ¡Ay, y de qué preciosa hechura son, el metal trabajado tan de bella y armónica manera!

—No precisamente vuelan. Son escaleras eléctricas, una banda que gira mecánicamente, aquí no hay nada de volar. Y nuestro ascenso verás, es más bien descenso —yo.

Al llegar al punto en que las escaleras se desvanecían, Dante prácticamente gritó: «¡Se dejan comer, se esfuman, se van entre los dientes de una boca invisible! ¡Nos van a triturar!».

—Calma, Dante, qué cabeza la tuya. En tu *Divina* haces aparecer dientes triturando espaldas, piernas, brazos de hombre vivos; pones a un pobre hombre a comer lo que guarda el cráneo de un obispo.

Pero esto no son sino escaleras mecánicas; tranquilo, no pasa aquí nada.

No dije un solo comentario en relación a su «preciosa manera», no había absolutamente nada memorable en los escalones, pura chatarra metálica, la usual.

El piso de vidrio de la cafetería, del que irradiaba luz artificial, también lo entusiasmó. La gringa se apresuró a alinearse frente al mostrador para encargar nuestras bebidas y un refrigerio en el lugar que ella escogió, ni soñar con servicio a su mesa. Llevé al florentino a ver las jardineras que bordeaban el pasillo, le encantaron las orquídeas, las flores del paraíso y otras plantas tropicales. Vi que la gringa estaba por llegar al mostrador, tomé al florentino de la manga y corrí con él justo a tiempo para ordenar «y tres mantecadas».

—Yo no quiero, ya nos pedí sándwiches de lechuga y queso.

—Las mantecadas son para las ratas —yo.

La cajera me miró con asombro primero y después con repugnancia. Por supuesto hablaba español.

—¿Les van a gustar? —preguntó el florentino.

—Seguro —yo.

—Las ratas no comen eso —la gringuis—, llévales cartón. No me dieron dinero para malgastarlo.

«Gringa tacaña», pensé. Saqué de mi cartera, pagué las tres mantecadas y tres botellas de agua para nuestras cabalgaduras.

Nos sentamos en las mesitas desde las que se veía el piso inferior del centro comercial. Tomamos nuestros cafés sin cruzar palabra. El florentino ni bebió, ni comió, soltaba frases sueltas, describía lo que veía, se preguntaba esto y lo otro, comentaba. Tomó un respiro y dijo:

—Voy a vestirme a la usanza de este tiempo. ¿Vamos por ropa?

Había entrado en el humor del mall. Lo llevé a un Banana Republic pero no le gustó nada. Pasó frente a la ropa moviendo la cara con un gesto de «no», «no» y otra vez «no». La gringa nos esperaba afuera, de pie, enviando mensajitos con sus rápidos dedos.

—¿Qué compraron?

—No le gustó nada.

—Vengan.

Entró con Dante a una tienda de cuyo nombre no puedo

acordarme, donde sólo vendían jeans y t-shirts, lo que en mis tierras llamamos camisetas. Los dejé hacer. Al lado de ésta había una librería Borders, yo me metí a husmear, perdí un poco la noción del tiempo. Estaba cansada. Abrí una revista, *BOMB Magazine*. Me senté en un banquillo que había al pie del librero para alcanzar los volúmenes más altos y me puse a leer. Topé con un cuento traducido al inglés por Samantha Schnee —que aquí les pasaría al español, si no me viera en la necesidad de ir a otra cosa pero ya—:

Continuamos

—¡Mira!

Me llamaba el florentino, estaba parado a mi lado, vestido con nuevas prendas de pe a pa, con jeans, media cara escondida por una gorrita de béisbol azul que decía en letras doradas «I love Britney». Estaba descalzo. En su pecho una leyenda, «Don't fuck with me!», en gordas letras naranja. Ahí fue cuando caí en la cuenta de su juventud. ¿Qué tendría? Delgadito, caminaba hermosamente, él sí era que parecía *de metal trabajado de bella y armónica manera*.

—Dantecito, ¿por qué no escoges otra camiseta, una que diga otra cosa?

—¿Qué dice ésta?

—«No copulemos», o «No me fastidies».

—¡Estoy totalmente de acuerdo! ¡Con las dos premisas! ¡Vámonos ya!

—¿Y lo de la cachucha?

—¿Qué es cachucha?

—Cachucha. Gorra. Sombrerito —ninguna de mis palabras le alumbraba el cocodril—. El sombrero que traes a la cabeza.

—¿Qué hay con él?

—Dice: «Amo a Britney». ¿Sabes quién es Britney?

—¡Ni idea!

—No le va a gustar a tu Beatriz. Ni a ti.

—¿Quieres decir que Britney es una mujer?

—Algo parecido a eso. Ella dice en una canción «ni niña, ni mujer». Es una ninfeta ya pasada de tueste últimamente, pero ninfeta al fin.

—¿Es un ser humano, o celestial, infernal, es dios de los antiguos? Dame más que no entiendo… ella (señaló a la poetita) me dijo que no querían decir nada, ninguno de los dos letreros, que eran como adornos.

Lo llevé hacia el área de videos de Borders. Gracias a su último escándalo, no porque coronara la lista de éxitos, estaba Britney en los dos monitores.

—Es ella.

—¿Quién?

—La del nombre de tu sombrero.

—¿Ella? ¿Qué estamos viendo?

¿Yo cómo iba a saber? Pregunté a un vendedor:

—¿Cuál video es ése?

—¿Boys?, ¿Stronger? ¿Cuál prefiere?

Yo preguntaba, y el maldito joven vendedor me interrogaba a mí, quería que le contestase yo algo pero si no sé ni un ápice de eso. Se deleitaba viendo mi desconcierto. Tenía en la mano un despachador de precios. Lo detuvo con sus dos manos frente al pecho y me recetó, abriendo un poco las piernas y columpiando el cuerpo entre una y otra, una disertación acerca de la vida y pesares de Britney Spears. Hablaba de ella como si fuera una diosa, una santa, con una admiración de la que no daban prueba los hechos y pesares de ésta.

Dante estaba clavado al piso. El video, una frivolidad para mí, un rosario de refritos mal refritados, era para él una experiencia extrema. Primero, y debí darme cuenta desde el primer instante, el hecho mismo de la existencia y la naturaleza del video y el monitor lo tenían azorado (de ahí su pregunta), porque nunca había visto imágenes en una pantalla. La rata le había hablado de esto, pero sus ojos no se habían puesto en una cosa así. Si es que es cosa. Cuando

volví a él, luego de la disertación del vendedor, y me di cuenta de por cuáles pasaba el bardo, ni intenté explicarle. Lo dejé ver. Fruncía el entrecejo, apretaba los labios, alzaba y bajaba las manos. Pronto dejó este primer asombro a un lado, para pasar a ver el contenido, porque comenzó por decir: «¡Sillas! ¡Son sillas! ¿Qué está haciendo? ¿Quién canta? ¿Qué hace? ¿Se tropieza? ¿Por qué se sube a la silla? ¿En qué está?», soltaba frases, preguntas, interjecciones, exclamaciones, sin darme un respiro para que yo intentara contestarle.

—Es un coche, Dante.

—¿Coche?

—Lo va manejando. Están en una carretera. Es de noche, los faros, ¿ves? Y ahora llueve.

—¿Y por qué se pone bajo la silla? ¿Qué lleva en la mano? ¿Una espada? ¿Es un bastón? ¿Cómo se llama lo que está haciendo?

Suerte que había preguntado, el título del video me sacaría algo de líos.

—Es un videoclip que se llama *Stronger*, que es decir «el más fuerte».

—¡Fuerte!, ¡fuerte!, ¡de qué fortaleza trata esto! ¿Qué quiere decir la silla? ¿Ese movimiento? ¿El cabello? ¿Qué está diciendo?

—Diciendo, nada; significando, nada tampoco. Está haciendo un pastiche de una escena famosa, Lisa Minelli, reproduciendo una coreografía que ocurrió hace unas décadas en el escenario, y poco después en una película —etcétera.

—¿Famosa? —pausa—. ¿Global? ¿Película? ¿Minelli?... ¿Dijiste videoclip?, ¿qué es videoclip?

—Sí, Dante, famosísima —mi paciencia sólo daba para contestar una de sus preguntas.

—¿Dónde camina? ¿Cambia la luz? No entiendo nada. Io capishconiente, ¡capishconiente!

Las pantallas cambiaron a otra canción, la que yo le había citado a Dante: «I'm not a girl, not yet a Woman». «Es la que te dije, así te la presenté, la letra de la canción es "no soy una niña, todavía no soy una mujer"».

Las tomas del Cañón del Colorado le impresionaron menos que los movimientos de la cámara, close ups y long shots tomados desde helicópteros, o la rapidez de las tomas. «¿Qué es eso? ¿Qué es

eso?». Pero no preguntaba, exclamaba.

Hasta este momento las dos pantallas habían proyectado el mismo video. De pronto, en la pantalla de la izquierda, apareció Mariah Carey, en un largo vestido rojo, teñida de rubio bajaba unas escaleras. En la siguiente imagen cambió a vestido blanco. Mismo escenario. Escaleras iluminadas.

—¡Otra! —dijo Dante, viéndola, no sabiendo a cuál de las dos clavarle la mirada—, ¡otra! ¿Hay otra?

—Muchas. Cientos. Miles.

En su pantalla, Britney cantó «I'm a Slave for You», y Dante ya no abrió la boca. Tenía una expresión que dejaba ver tanto horror como fascinación. Después, la presentación en el Billboard Music Award de 2001, en Las Vegas, el escenario flotando en una fuente al margen de una Torre Eiffel y un templo romano, Britney lleva un micrófono en la cara, a su lado hay un joven bailarín, ella trae un sombrero escondiéndole la mitad del rostro. Dante, clavado al piso.

—Ésa era Britney, no lo que ha hecho ahora en
MTV
—dijo el vendedor a nuestras espaldas. Quién sabe qué más explicaba, porque no podía yo entablarle plática o ponerle atención. No quería perderle la pista a Dante. No porque fuera a irse, sino que ahora sí parecía estar por enloquecer. Entonces el vendedor, evidentemente un fan de la Spears, nos mostró un video que «contiene un poco de todos». Para esto sí abrió la boca Dante:

—¡Un demonio! ¡Es un demonio!

La cara en blow up. Bella. De inmediato horrenda. Graciosa. Sin gracia. Horrenda. A la distancia, cerca, vestida así o asá. Un hombre baila. Sinuosa, dura, móvil, dúctil, fija. La Britney baila. Parodia de caricatura, de heroína, de víctima, de victimaria, todo El Escenario Spears.

Dante seguía con sus «¡Un demonio!, ¡un verdadero demonio!». No podía yo estar más de acuerdo. Vestida como novia con velo corto, las botas blancas, el beso con Madonna, la camiseta mojada entallada, su vulgaridad involuntaria, el traje de cavernícola, la escena de la silla pero en fastforward. Dante ahí, clavado frente a Britney.

La gringa nos alcanzó, en la mano derecha traía un par de tenis y —sin deseo de ser machacona sino sólo describir— en la izquierda

su blackberry.

Literalmente jalé a Dante del brazo para separarlo de la pantalla, y lo llevé a aquel banquito que yo ocupara para leer cuando él llegó a interrumpirme con la intención de que se calzara. Lo hizo con dificultad —se le atoraban las lengüetas, se le enredaban las agujetas—, la gringa regresó a su blackberry. El florentino terminó de poner los pies adentro del par de tenis y miró los lazos sueltos sin saber qué hacer, «¡cosa complicadísima!». Me agaché a su lado, sin abrir la boca, amarré las agujetas. Viéndose bien calzado, se puso de pie y dio algunos pasos, sintiendo el nuevo par en sus pies.

Lo observé con atención en su ir y venir. A cada paso se veía más vivo, más corpóreo. ¿Había dejado de pensar en Britney? ¿Había pensado en Britney? ¿Cómo había interpretado las pantallas? ¿Como sueños? ¿Cómo ve alguien nuestras «usuales» pantallas sin haberlas visto antes? Pero no le iba a preguntar sobre esto. Queriendo hacer contacto con él, le pregunté:

—¿Están cómodos? ¿Cómo sientan?

—No sé.

Su respuesta era para todas mis preguntas, las que formulé y las que no supe cómo plantearle. No lo sé. Una cosa teníamos en común.

—Vámonos ya —Dante.

Bajamos por las escaleras eléctricas, la gringuita adherida a nosotros por algún radar, si no cómo es que no nos perdía si no alzaba los ojos de su maquiberry. Retomamos el camino otra vez verdaderamente sumergidos en la masa de gordos. Encontramos la puerta de atrás que era idéntica a la que habíamos cruzado para entrar. La traspusimos. Me dije: «Adiós cepillo de dientes que no me compré», lo recordaba demasiado tarde. El sol brillaba con una blancura sorprendente, reflejado repetidas veces en los espejos, parabrisas y en las piezas metálicas de los automóviles.

Las tres ratas nos esperaban sentadas en unos macetones, charlando muy campantes. Les entregué los panes, se los zamparon de un bocado. En cuanto al agua, la rechazaron rotundamente.

«¡Tendrán rabia!», pensé para mí. Me había puesto simple, tenía ganas de reír de cualquier pendejada. Me sentía inestable, como una hojita a punto de caer del árbol, algo así. Pero la imagen es lo menos afortunada en este lugar, en el estacionamiento del centro

comercial sólo había cemento, asfalto y coches, pasadas las jardineras ni una mísera sombrita. Y no pensé lo que debí pensar: que si el sol pega fuerte, los coches se vuelven hornos. Qué falta de sentido común. Aunque, claro, en este país todos andan con aire acondicionado. Desconfían hasta del viento, lo fácil que es dejar arbolitos plantados, estacionarse bajo su sombra, abrir las ventanas cuando uno anda en los caminos. Pero eso no, lo fácil no va. Zonzo, sí, pensé en los videos que tampoco había visto yo antes, todo es zonzo, si puede uno decirle zonza a Britney. Su homenaje a la estupidez no llega por el camino de la zoncera.

Nos subimos a nuestras cabalgarraturas. En un salto llegamos a la vera de un río. En el instante en que tocamos tierra, pasó algo. No lo sé describir con precisión. Se oyó un crujido especial, no sólo con los oídos, también con el entendimiento. Habíamos traspuesto una frontera que no era solamente espacial. Ya se los adelanté: por viajar al lado de Dante, de uno de los del otro lado, el tiempo no era (o por lo menos no *todo el tiempo*) una materia inflexible. Con el crujido, pegó un sentimiento muy peculiar. No supe qué pensar de él. Alerta, algo ansiosa, leí un letrero algo absurdo que estaba frente a nuestras narices: Río Mississippi.

—¿Dónde estamos? —yo.

Otro brinco, pero éste corto, porque no perdimos de vista el paisaje, el río a un lado, del otro de pronto una hermosa, así pequeña, ciudad:

—Estamos en Dubuque —la gringuis.

Aquí despacio, despacio, las ratas bajaron la velocidad de la carrera, íbamos sobre el agua, como si fuésemos barcos, nos emparejamos con el casino flotante, enorme, «ciudad flotante» dijo Dante, y mi rata «no es para tanto», entramos por el puerto, subimos a uno de los muelles, echamos a andar al paso de personas normales, al costado del río, paramos frente a un edificio que impresionó a Dante de grandísima manera, pasamos por el panteón, vimos a los Mesquakie enterrar al mismísimo Dubuque con honores tribales, cantos, humos, penachos, tambores, seguimos hacia el centro de la ciudad, en una plaza, Potosa, la hija de Peosta, el jefe Pesquakie, contrae matrimonio con el mismo Dubuque, «¿pero no estaba muerto?», dije; cruzamos frente al edificio de la Corte, la catedral, y de un salto dejamos la ciudad atrás. De nuevo aparece

un letrero, «Mississippi River», seguimos hacia el sur, pasamos por la Pradera del Puerco —sí, pues, suena mejor como la tienen fijada en francés: «Prairie du Chien»—, otro salto largo, en el transcurso del cual mi rata grita:

—¡Esto sí que es el Mississippi, cabronis!, ¡aquí se acabó ese país durante un buen número de años, antes de que les arrebataran, haciéndoles manos de puerquito, los siguientes tramos de territorio a los franceses, a los españoles, a los mexicanos!

5. Tentándole los camotes al sur

—¿Quieres decir, rata mía, que estamos en tierras de idólatras convertidos? —yo.

—En efecto. Aquí hubo cultos sangrientos, prácticas abominables, sacrificios públicos, groseras costumbres. Se multiplicaban los dioses, sumando los que llegaban a los que ya tenían, y a éstos unían nuestros santos y vírgenes, con lo que hicieron un embuste. Las danzas, los mitotes…

—¿No era eso más al sur? ¿Dónde estamos? —yo.

—En la que llaman hoy México.

—Eso es más al sur, bato —interpeló la rata del florentino, bostezando.

—¿De qué estás hablando?, ¿crees que no había tales aquí cuando llegaron los que vinieron del otro lado del mar? —rata mía.

—Sí había, pero —rata del florentino.

—¿Y no estamos en el sur? —rata mía.

—¿Cuánto al sur? —interrumpí su discusión.

—En el mero Mississippi —rata del florentino.

—¿Qué es misisipi? —esta pregunta venía de Dante.

No me sentía en ánimo de explicar. No entendía qué bien a bien, pero algo me tenía muy inquieta, ansiosa. De tapaboca le dije: «El Río Espíritu Santo», pero cuando vi su carita iluminada con un nombre tan sacro, me enfadó verlo feliz y le dije: «Otros le dicen simplemente —y lo pronuncié con acento francés— Le Colbert». Apenas terminé de decirlo, se nos apersonó un personaje rarísimo —para mí—, capa corta, sombrero de tres picos, que se dirigió directo a Dante, quien viéndolo venir lanzó una interjección

claramente italiana, «¡maquecosa!». El recién llegado lo interpeló también en italiano, una salutación a la que Dante contestó en español, respetuoso del convenio original, aquello de la lengua franca. Cambiando el tono de voz, dejando claro que nos contemplaba inferiores a su calidad, dijo el raro, en castellano, con acento aragonés:

—Mucho gusto, Sus Mercedes. El nombre de este Río no es Colbert, ¡no puede ser Colbert! Soy su excelencia el Embajador Ministro Plenipotenciario de España en París, siempre al servicio leal del rey. Vengo a negociar con los anglosajones, que poco estiman nuestras personas, pero mucho sí exprimirnos nuestro dinero y arrebatarnos las riquezas de nuestros territorios; estoy decidido a terminar una operación que nos favorece mutuamente. Les hemos cedido estas tierras a cambio de una provincia que ellos tienen en Italia.

La palabra Italia tuvo un efecto de rayo sobre el florentino.

—¿Cuál dice usted?

—Llámeme por mi nombre, Conde de Aranda.

—¿Quién es usted?

—Esto que le he dicho, eso soy, el Conde de Aranda. Nací en el castillo de Siétamo, en el año del Señor de 1719. Estoy en esta línea protegiendo la frontera norte de nuestro imperio. ¿Su nombre?

—Soy Dante Alighieri. ¿Cuál imperio?

—¡Circunspecta compañía! Responderé a su primera pregunta. El reino que nos prometen es…

Los ojos del Conde de Aranda toparon con la blackberry de la gringuita, Dante lo intenta atajar con «no pierda su tiempo en eso, es como un demonio medio dormido que con lo poco que tiene despierto se mira continuo al espejo, es un objeto absurdo», yo interrumpo con «y en todo caso, éste no es el río Mississippi ni tampoco el Colbert. Lo correcto es decir río del Espíritu Santo», y la gringuita, sin darse cuenta de que ha comenzado esta cadena, sin despegar la vista de la pantallita sale con:

—El Conde de Aranda viene de Épila. A usted, don Alighieri, le van a gustar tres historias sobre Épila: en la primera, se dice que la Virgen se le apareció a un epilense, le regaló un aceite que curaba enfermedades y dolores, y al llevarlo a una iglesita ahí cerca y el cura hacerle un altar, éste comenzó a manarlo, abasteciendo al

pueblo.

Siguió hablando, la vista clavada en la pantalla de su bberry mientras que los tres, el dicho conde, Dante y su servilleta, la mirábamos diciéndonos «¿qué se trae?, ¿quién le preguntó?, ¿de qué está hablando?, ¿qué te crees?», iba creciendo nuestro asombro, y ella:

—Luego un descreído tomó un poco para guisar y la Virgen enfadada dejó de abastecerlo. En la segunda, se dice que al patrón San Frontonio le cortaron la cabeza por sus creencias, enterraron su cuerpo en el cementerio y echaron la cabeza al río. Ésta debe gustarle a usted, don Alighieri, muy especialmente.

Dirigía la palabra a Dante sin hacer una pausa, sin levantar los ojos, seguía con lo suyo:

—Usted tiene en su libro cabezas sin cuerpo, Dante. La cabeza de San Frontonio remontó la corriente y se plantó al lado del cementerio, por lo que el pueblo lo acogió como santo patrón. Y por último…

Paró un instante de hablar, tomó un respiro, alzó la vista y notó la expresión de Dante.

Ya lo anuncié, pero la última gota había derramado su paciencia: la gringuita le había colmado el plato. Dante era la viva imagen de un hombre enfurecido. Yo, en cambio, la veía con mejores ojos, entendía por fin que la poetita con su chimustretaberry buscaba ávidamente información en wikipedia. Hasta este momento había dado por hecho que se mensajeaba bobadas con sus amigos.

—¿Algún problema? —dijo pálida la gringuis.

Si Dante hubiera hablado en ese instante, le habría dicho: «Reescribo algún pasaje del Infierno para condenarte a la peor de las torturas», pero el bache del tiempo en que habíamos caído cedió un poco más, sonó otra vez el crack o el clic que mencioné, y se soltaron a ocurrir (¿vale decirlo así?, debo forzar un poco las palabras para explicarlo), se soltaron varias cosas al mismo tiempo que tendré que resumir aquí, porque cada una de ellas transcurría con su propio reloj, y tenía sucesivos pasajes: se desataba una batalla campal alrededor del cráneo de Murrel, conjurador de alzamientos de negros; en otra, un barco de vapor pasaba lentamente, seguía la ruta comercial y nosotros íbamos con él y

salíamos de él cada vez que desembarcaba algún pasajero; en otra, Rico Mac Pato hacía un berrinche pataleando sobre las pilas de billetes de su arca, quería aplastar unas voces que salían de las profundidades del dinero diciendo: «La cuenca del Mississippi es el cuerpo de esta nación»… «Todas las otras partes no son sino miembros, importantes, en efecto, pero tanto como una pierna lo es a un cuerpo»… «Yo he conocido ríos: ríos tan viejos como el mundo y más antiguos que el flujo de la sangre por las venas de los hombres. Mi alma ha crecido profunda como esos ríos». Cuando sus patadas parecían haber dado en el blanco (o en el negro) porque las palabras se quebraban bajo sus golpes, el Viejo Pato se calmaba, como animado por un resorte brincaba un fragmento de la canción *Moon River*, que sólo volvía a provocarle el berrinche al millonario.

Y ahí, en medio de esa especie de tormenta —porque tormenta debía de ser, si como tal se sentía—, la gringuita sacó su blackberry y escribió esto:

El poema de la gringuita

(Con disculpas al lector, por pasar directo a mi versión al español, algo amañada:)

Cuando De Soto se detuvo frente a la ribera del río,

y Lutero estaba vivo

y Rabelais era un autor inédito

y el *Quijote* no había sido escrito

y Shakespeare no había nacido,

bastó que lo atisbara para morir.

Aquí lo enterraron los frailes y soldados,

sus compañeros.

Hoy que veo el mismo río,

que lleva en su materia los versos de Shakespeare,

las quijotadas de Cervantes,

la matanza de San Bartolomé,

los hornos crematorios

y las teorías de Freud y de Einstein,

el río no es el mismo ni sus aguas las de siglos atrás.

Sigo de frente mi camino,

como si no hubiera pasado nada,

y mis ratas y amigos

—a falta de galera y de frailes—

no ensuciarán con tierra sus uñas.

Seguimos con los camotes

Regreso a la tormenta que se había desencadenado para nosotros a la vera del Mississippi y dejo a la gringuis con su pastiche y *collage* poemoso (porque hay gente que escribe poemas, otros: poemosidades). Tormenta donde varios tiempos sucedían a coro. La voz de Melville: «En los países nuevos, cuando caen los lobos, crece el número de zorras». Mark Twain pasaba frente a nuestras narices, capitán de un barco de vapor navegando en busca del hermano perdido. Un grupo de negros cimarrones, escapados de los plantíos de algodón, perseguían y casi pisaban los talones de un ejército de periódicos volando, copias del que editaba Benjamin Franklin, y atrás de éstos iba Franklin voceando «¡yo sólo imprimo el anuncio de los negros huidos, no tengo nada que ver con esto!», y pegadas a sus espaldas, como alas malévolas, más ejemplares de su mismo periódico cerraban y abrían sus páginas, aplaudiéndole, voceaban «bravos», y uno en la cola, sin correr, decía: «Yo no tengo cómo existir sin el pago de estos anuncios, son mi financiamiento». En una mesa, otra vez el de Aranda sentado en una negociación con angloparlantes, firmaba un acuerdo: entregaban esta porción de tierra a cambio de un reino en Italia, y cuando dijeron «Italia» yo detuve a Dante de la manga, para que no saltara hacia la mesa, porque temía perderlo si caía en esa grieta del tiempo. Y una voz en inglés decía: «When we took Florida from her in 1819!», «¿de qué hablan?, ¿de qué hablan?», decía el Dante, yo «difícil explicarle, es que Florida…», «¿quién Florida?», «una parte de tierra de las nuevas; fue propiedad de España, la tomaron de ella los gringos», «¡gringos!, ¿quién gringos son gringos?, ¿quién, quiénes *tomaron*, qué año es uno ocho y uno nueve?, ¿en qué año estamos?». El florentino a punto de perder la razón… y yo también, porque el desconcierto de temporalidades me provocaba vértigo. Las escenas se ocurrían en desconcierto, sin coordinarse, sin que una dijera «¡ahora yo!», «¡ahora tú!», nada, ninguna esperaba el turno, pasaban sobreponiéndose las unas a las otras.

El caso es que un despepite.

No sé cómo, porque el espacio, el tiempo, el Todo estaba atestado de hechos o de sinhaceres, las ratas encontraron el modo de retomar la carrera, sobra decir que con nosotros al lomo, y en un santiamén saltamos de allí, donde el tiempo se rompió en varias partículas, donde algún día estuvo la frontera, a acá: donde es hoy

la frontera. Quiero que quede claro: no estábamos en un sitio físico preciso sino en una especie de conglomerado o resumen de la dicha frontera, y ahí nosotros subidos en las ratas. El hecho de que consiguieran arrancar su marcha, ordenó de alguna manera lo que nos rodeaba. Como rematando esa variedad de historias arremolinadas a diestra y siniestra, de las que sólo he recogido un puño, se encendían y se apagaban imágenes, una respondiendo a la otra. No, ya sé que aquí van a decir que yo me lo imaginé, pero juro por Aúpa, el dios de las monturas —las dignas, no las ratunas—, que no es fantasía sino la pura verdad: a nuestra derecha apareció cubriendo toda la línea del horizonte un inmenso Norman Rockwell, los niños rubios y pecosos sentados con sus padres a la mesa, bendiciendo la comida, dibujados con simpleza naïve en los colores tibios que le son característicos, y juro por el mismo Aúpa, dios de las monturas, que a nuestra izquierda estaba un gigantesco José Clemente Orozco, su gama cromática por completo opuesta, dramática hasta lo bestial, como sus imágenes, la muerte pariendo, los rostros desencajados, y enfrente, lo juro por el mismo dios Aúpa, vimos varios recuadros de la tira cómica *La familia Burrón* (caricaturización de la familia mexicana), el Calzonzin inspector de Rius envuelto en un zarape, y a su lado una sola, inmensa, de los Simpson sentados al sofá, que parecían estar burlándose de los niños de Norman Rockwell.

Había más. No voy a cargarlos con la inútil enumeración de la lista completa, las archiconocidas imágenes pasaban vertiginosas, una contrapuesta a la otra, desfilaban rápidas, solamente una se detuvo: era una pintura de McArdle y no venía muda, oímos el ruido de los cañones disparando, el fragor de la batalla, es la de San Jacinto donde, según los gringos, el mexicano Santa Anna perdió malamente Texas por andarse refocilando con una mulata, Emily Morgan, en su tienda, en lugar de haber planeado una estrategia. Por un momento nos pareció que era verdad, por lo menos lo del refocile, porque ahí también entraron nuestros ojos. El florentino, la gringuis Madame Blackberry y su servilleta, de metiches donde no. La gringuita tomó fotos con su blackberry. Y mientras el refocile, encima de cualquier ruidillo que estuvieran haciendo, la armónica, el tambor, laralí, laralá, la canciolla donde se celebra el acostón que, según los gringos —como si nos hubieran castigado los

dioses por tener un general lascivo—, nos dejó sin Texas, «The Yellow Rose of Texas». La imagen que veíamos de la batalla era la pintura de Mc Ardle.

Empalmándose a esta escena, se apareció la versión mexicana de la pérdida de Texas, donde no hay general Sam Houston, ni batalla, ni pantalones bajados: nos arrebatan Texas a lo chino, pagándole una bicoca al traidor de la Patria, Santa Anna. Aquí la gringuis no tomó fotos. Las varias imágenes que acababan de desfilar para nosotros se empantanaron con una sola, quesque fronteriza: en tierras polvosas, Cary Grant forma parte de una campaña vengativa contra el maldito Francisco Villa, que se ha atrevido a irrumpir en territorio americano, va del lado de Rita Hayworth. Francisco Villa: para nosotros un héroe, y en cuanto a Rita Hayworth hay que recordar que es Margarita Carmen Cansino, hija de español, una de los nuestros, pero en esa peli era una gringona. Irían a caballo —hasta que los pierden—, pero lo cierto es que iban muchísimo más lento que nosotros sobre nuestras ratalcaduras. Esa peli (*They Came to Cordura*) es una aburridera, no termina nuuunca. Me quedé dormida sobre el lomo de mi rata. Y ahí dormí hasta que de pronto escuché tronar otro clic:

6. La mera frontera

Desperté para ver que la cosa se estaba poniendo fea: el camino es francamente feo, en sus dos márgenes lleno de basura fea. Caminamos rodeados de una turba fea, parte de la cual camina en sentido contrario a nosotros, arrastrándonos por tramos. Son los que intentan cruzar el muro feo, los más hombres y jóvenes, también mujeres, niños, grupos de jóvenes, familias enteras, viejitos, gorditos, flaquitas, rubiecitas, morenitos, calvitos, hay de todo, pero todos se ven feos. Algunos cargan cachivaches, otros no llevan ni agua, hay pobres, menos pobres, más o menos miserables, una multitud algo variopinta. Nosotros, repito, corremos en dirección contraria, tenemos la certeza de ir casi volando, pero al mismo tiempo nuestro ritmo es lento, lento.

—¿Adónde van? —me pregunta el florentino, y añade, citándose—, te suplico que me digas quiénes son, y qué designio les hace tan ansiosos de cruzar, como discierno entre la luz escasa.

—Son los espaldas mojadas —le contesta mi rata, girando el cuello para que lo oyera.

—¿Qué son «espaldas mojadas»?

«Espléndido oído», pienso porque repitió espaldas mojadas con precisión. La rata mía le porfía:

—Con una mierda, por qué nos ponen de pasajero en un viaje así a un mentecato que no lee los periódicos, que no los ha leído nunca, que probablemente no ha leído jamás un solo producto de la imprenta, un escritor del año del Caldo. Porque Florencia será Florencia, y Dante será Dante, pero eso no le quita el caldo a su año, ni a él lo mentecato.

Yo ignoro el comentario de la rata y Dante pretende no haberla oído, pero la gringuis deja escapar un ruido-risa.

—Es un caso de migración económica, uno de cada cuatro mexicanos en edad laboral, los más varones, y encima un bonche de más al sur —explico.

—¿De qué me estás hablando?, ¿qué palabras son ésas?, de nada me sirve haber aprendido de mis colegas el castellano en el inframundo si tú dices cosas así, con esa jerga…

—La verdad es que no es precisamente jerga, así se dice, la migración económica, la fuga de mano de obra.

—Fuga, me han dicho, se usa en la música, migración la hacen los pájaros, qué tienen éstos, dónde van, no que México es muy lindo, de qué huyen, de qué peste. Y no me llame mentecato —agrega festivamente, dirigiéndose a mi rata.

Me da vergüenza ajena y me alegra su tono, tan lleno de humor y alegría. Le digo:

—No es peste. Los hay que huyen de guerras e infortunios colectivos, los que no tienen tierra o agua para sembrarla, los más por una cosa que tiene que ver con el dinero, es la fuga masiva buscando mejores oportunidades, su corazón está al sur pero la necesidad los lleva al norte, y en unos cuantos despistados el deseo de abandono de la patria por el sueño de que hay otra mejor, lo cual es una absurda barrabasada, pero qué le vas a hacer, siguen la corriente, gana el que gana, pierde el que pierde.

—No siempre, no siempre —contesta el sabio Dante, nadie sabe mejor que él lo que yo quería decir con mi última frase—. Pero así y todo no entiendo, explica.

—La cosa he de contarte cuando detengamos nuestros pasos en la triste ribera del río Bravo.

Las ratas se mueven a un lado y al otro, parecen buscar un mejor ángulo de visión de la turba de emigrantes. Consiguen una panorámica mientras siguen corriendo. El ánimo se me troncha al ver tanta gente en fuga, y yo, zangoloteada por la rata, a mi pesar vuelvo a pensar en cosas siniestras que no tengo por qué confesar: «Tienes mente de rata, eres una cretina», y para colmo la gringuita wikipédica sigue tomando notas en su blackberry, y yo, a cada instante más enfadada, me pongo a divagar, tan sonoramente que de pronto los tres, en nuestras respectivas ratas, nos salimos de ruta.

Las tres ratas caen al unísono en una especie de cráter, y la mía —la más parlanchina— grita:

—¡Ay, no, maniiitos!, se nos jue el avión.

—¡El reloj, dirás! —gritó la rata de la gringa.

Nos hemos salido del carril del tiempo, otra vez estamos en otro siglo.

—¿Por qué no ir de círculo en círculo, recorriéndolo todo sin perder el rumbo? ¿Qué es este divagar sin rumbo? ¿Dónde está nuestro Virgilio? —dice Dante, con voz clara y firme.

—Porque ya no es así. Las cosas no pueden hacerse como se hacían, estamos en el año seis del siglo XXI, ha cambiado demasiado todo. Pero no el centro de lo que usted nos enseñó, eso no. Ni una sola línea hubiera podido yo escribir sin su luz, maestro —yo.

—Ah, qué fastidio —dice Dante—, ya pasó por los halagos, no los repita, una vez son oro, más solamente estragan. Lo cierto es que soy del caldo.

Nuestras ratas pelean por retomar la ruta, hablando como pericos. Corren pero sin poder desplazarse. Parecen ratas de laboratorio, moviendo los pies sin mudar de sitio, sólo que ahí el lugar mismo se desplazaba, como esas ruedas de la fortuna adentro de las cuales echan a correr a las de los laboratorios. De tanto pedalear consiguen zafarse de la trampa, caemos de nuevo en un canal.

—¡Ay, no, manitos! —gritan a coro las tres ratas—, ¡otra vez el sueño del terrorista! ¿Quién fue el distraído?

La mía gira la cabeza y me clava sus acusatorios ojos sin chispa, los ojos de la rata no tienen chispa alguna, pero sí tanta fiereza que ni sus dientes.

Estamos metidos adentro de la siesta de un burócrata despistado que ve llegar por esta frontera a un terrorista, también despistado, que creyéndola fácil se dispone a cruzar por el sur hacia los EU: «Tanto muerto de hambre, orita mero me hago de una ganga que me acompañe al norte, un cuete al culo de cada uno y volamos el Capitolio». El terrorista soñado por el burócrata ríe, bailotea, ríe, mientras que el burócrata mira con horror la peligrosidad de la frontera al sur, le encuentra por todos lados puntos débiles, hoyos, agujeros, ¿cómo protegerse?

El terrorista soñado por el burócrata se tiende a todo lo largo de

su cuerpo a la vera del camino, pone bajo su cabeza su maletilla blanda que contiene sus ropas y tres cables eléctricos con los que sueña hacer destrozos, respira hondo varias veces, guarda sus dos manos entre sus dos piernas, encogiéndolas, cierra los ojos, y serenamente cae en placentera siesta:

Doscientas mil vírgenes ataviadas con muy ligeros y traslúcidos mantos azules debajo de los cuales traen minúsculas prendas interiores bailan rumba. El cuerpo del soñante reposa como si no hubiera nada que lo altere, como un bebé tranquilo. En cambio, nosotros, tanta virgen y manto, tanta rumba y rodilla y muslo desnudo, tanta cadera, tanto meneo, tanto cuello, tanta mano, tanta pechuguina, pero sobre todo tanto gusto en el mambo, pues las doscientas mil vírgenes saben mover el bote de lo lindo, nuestros corazones daban trompicones. Era un derroche de erotismo (y para mí de nostalgia: más parecían rumberas a lo María Antonieta Pons, Ninón Sevilla y aquellas divinas divas, que mozas mediterráneas). La gringuis y la aquí presente tenemos ganas de unirnos al baile y el florentino de estar entre ellas. Intentamos sumergirnos en el sueño del terrorista soñado por el burócrata pusilánime, la cubierta que lo cubre se nos resiste, pulsamos más para colarnos, cuando mi rata grita:

—¡Hasta aquí, mugrosos! ¡Pelados cabezas sucias!

El grito nos saca del sueño del burócrata y del canal que pisábamos, un brinco y lo único que sé bien a bien es que estamos del lado norte del río Bravo porque reconozco la escena que nos proyectan, adentro de la cual corremos, tanto nuestras cabalgaduras como nosotros encarnados en dimensión proporcional de ratas domésticas:

La banda de Lang, que ha despojado a mexicanos de sus minas y asientos, asesina a la familia de Joaquín Murrieta. Este organiza y encabeza una cruzada fiera contra Lang y sus bribones, pero los Federales (gringos), que le han dicho lo ayudarán a pescar al asesino, lo traicionan, lo arrinconan y lo asesinan. Estamos en *El último rebelde*, la peli transcurre cuando recién se han anexado los gringos el territorio correspondiente a Texas. Recorremos toda la película, rapiditos, en fastforward y entre los pies de los personajes y los cascos de las patas de sus caballos, todo el tiempo a ras de suelo, hasta que salimos del celuloide.

Las ratas reemprenden a gran velocidad nuestra marcha. Muy a mi pesar, me vuelvo a distraer, necesito relativa tranquilidad para concentrarme, y con las ratas corriendo y tanta gente y encima tanta basura a los lados, no podía afocarme en nada. Mi rata toma control también de mis pensamientos, los amarra y los conduce, me lleva a trote y trote con mi cabeza atada a sus patas para que no volvamos a desviarnos.

Son horas de cabalgar sin descanso, ya con francas incomodidades en los traseros de tanto trote, consigo zafar mis pensamientos y pido, y no diré que pido sino que suplico, y no diré que suplico sino que imploro que hagamos un alto para descansar y comer. Hago el gesto de bajarme de los estribos y de inmediato veo por qué nos han subido a estos animales. El muro lo ocupa todo. Sólo a lomo de rata se puede transitar bajo esa cerca. Vuelvo a subirme —así tuviera mis asentaderas llagadas de tanto galope— y ya estoy dolorosamente sentada sobre la rata cuando ésta me dice:

—¡Calmantes montes!, ¡apacíguate bate!, si ya no puedes más tómate un descanso, nos hacemos a un ladito, pero ponte muy buza caperuza: apenas bajes, te quedas agachadita y te tiendes en el piso. Ahí te me amarras. No te ataques cuando veas cruzar sobre ti luces de lo más intensas. Por ningún motivo levantes la cabeza.

Le digo que sí y obedezco sus instrucciones. Lo mismo hacen mis dos compañeros, y así nos vemos los tres tendidos en el piso en medio de la nada, aunque decir en medio de la nada es sólo un decir, porque estamos todavía clavados en el centro de la frontera más transitada del mundo.

Pregunto a la rata con el último respiro que le queda a mi agotado aliento: «¿Eres de la ciudad de México?».

—De ahí mero, petatero. Pero estaba yo ansinita cuando empezamos esto de ir y venir, fue por un tío que era de Puebla, con él nos entrenamos para traer enganchados. El cobra, nosotros corremos —se rió, los dientes rotos.

Las tres ratas se tienden a nuestro lado, vueltas a ganar las proporciones, ellas chiquitas —aunque para ratas grandecitas—, nosotros humanoides, y lo más probable con hemorroides, que después de tanto cabalgar, como ya les dije, tenemos los traseros hechos pedazos. Me arde la línea arribita del culo, ya se me formaron llagas, como me pasó hace muchos, muchos años, cuando

era una jovencita. (Noten, por favor, que otra vez se me ha metido la Encimosa Autora: no soy yo esa jovencita con llagas en las nalgas, que si lo fuera no les zampaba mis memorias. Y aquí la tienen porque no puedo atajarle todas las que me quiere golear esta güey-a,
la que firma el libro. Aquí va la que me metió:)

Golpe de memoria (de la encimosa)

«Cuando estaba yo en primer año de preparatoria, pasamos unos días en el rancho de una amiga, en Sonora. Cabalgábamos seis, siete, ocho horas al día. Comíamos con los vaqueros, tortillas de harina delgadas como hojas de papel de china, más anchas que el largo de sus brazos, carne asada en la hoguera, frijoles refritos. Fue tan grato, pensar que me acordé por las llagas dichas. ¿Dónde estarán ahora esos vaqueros? ¿Pintando casas en Los Angeles, barriendo calles, lavando excusados en estaciones de tren, o todavía cabalgando en el desierto de Sonora, cuidando reses? ¿Qué será de ellos? ¿Sus hijos? Sus hijos debieran ser ya mayores que esos hombrotes jóvenes que recuerdo, los ojos relumbrando, echando chispas. No hablaban. Nos daban de comer, guardaban sus ojos negros bajo los aleros de sus sombreros, como diciéndonos "¡lero lero candelero!". Ay, de eso ya pasó tanto. No sé qué será de ese rincón del mundo, había una mina de carbón, un día la cerraron para que la visitáramos, porque éramos mujeres y las damas traen la mala fata a las minas. Bahía de Quino quedaba a un par de horas de distancia, fuimos a ver el mar, helado, tan diferente a los mares tibios de mi infancia».

¡Ay, ya basta! ¡Que callen a esa mensa, Juana Inés!

Quesque seguimos

La tierra lagrimosa lanzó un viento que hizo brillar un relámpago rojo y, venciéndome todos los sentidos, me caí como el hombre que duerme. Y pienso en esta frase porque una mujer se desplazó de la masa de los migrantes y se nos acercó, diciendo en el tono más lastimoso imaginable:

«Oh tú que a estos infiernos te han traído

reconóceme si puedes: tú fuiste,

antes que yo deshecho, hecho».

Después de esta ceremonia, porque nadie lo llamará «poema» si no es sino repetición, una cita tomada al vuelo, dijo el nombre de la autora de este libro. Lo repitió cuatro veces, y tal vez habría seguido haciéndolo cuando la autora gritó entre bambalinas:

Golpe de memoria (de la autora)

«La reconozco, ¡qué sobresalto! Hacía treinta años que no la veía. No es ni su sombra.

Ella no va como los demás hacia el norte. Flotaba como una sombra, un fantasma de sí misma. Es la hija de El Prestanombres, un abogado famoso mexicano.

El rancho al que viajábamos, del que les acabo de hablar, era el de su familia. Era la mayor de diez hermanos, ocho mujeres y dos varones. Su mamá era una católica rígida y muy persignada. Siempre bien vestida, elegante, delgadita como una varita de nardo,

o embarazada, pero siempre guapísima. El cabello peinado en el salón, bien maquillada, impecable, elegantísima. Era una mujer muy rígida, muy tradicional. Su enorme casa era toda una tacita de plata. Le llamaban el M. Hilton, la M. por su apellido. En la biblioteca del papá —abogado de trasnacionales, presumía de que a él le debían la vida por lo menos dos hombres (lo decía de tal manera que dejaba claro que no se los había escabechado con sus propias manos, sino que había encomendado la tarea a algún matón a sueldo, y que no estaba bromeando)—, había un inmenso oso blanco parado en dos patas, las garras amenazando, trofeo de algún safari, otro motivo de orgullo para el alma de asesino.

Las paredes estaban cubiertas de libreros con volúmenes encuadernados en cuero —¿tal vez comprados por metro?, ¿tal vez vacíos, cajas secretas escondiendo contratos?—. Sólo el papá sabía dónde estaba el botón de una pared oculta, lo apretaba y uno de los libreros se deslizaba hacia arriba, apareciendo una cámara secreta, sin ventanas. Ahí guardaba sus puros, sus licores finos, y no sé qué más. Nunca entré. Vi correr la pared falsa, pero no la traspuse nunca.

Fuimos compañeras en la escuela de monjas durante la primaria, la secundaria y la preparatoria. Nos recibían en la casa con los brazos abiertos. A veces aparecíamos cuatro extras a comer, ponían más platos en la mesa, y santo remedio. Éramos amigas. En los últimos años de primaria algunas veces hacíamos juntas la tarea. Ella era aplicadísima, impecable. Después, a nuestros quince, dejamos de vernos tan a menudo. Es extraño, ahora que lo recuerdo, porque no intimamos nunca aunque compartíamos tantas horas.

Era muy sensual, una morena hermosa, acicalada como la mamá, pero sexy. Le costaba mucho trabajo conseguir permisos para salir, ir a una fiesta, cualquier cosa. Su casa fue durante temporadas un imán. El papá le vetaba la ropa, no la dejaba vestir "indecente". Eran como de la liga de la decencia. Recuerdo muy bien la mirada de su mamá».

Seguimos

Tomándonos por la autora, la más sombra que ser vivo nos contó que cuando comenzó su pubertad, su papá empezó a manosearla, que en breve tenía relaciones sexuales en toda forma con ella. Que su mamá lo sabía, lo mismo que su hermano, sólo un año menor que ella. Que fueron cómplices. Que se casó muy joven con un hombre sin recursos para salir de casa. Que desde entonces bebía. Ya no oí más. Al terminar de hablar, desapareció en la masa.

El florentino me dijo:

—¿Qué paga esta alma en pena, cuál fue su error?

—No hay tal. No es así. Ni es un alma (la perdió en su historia), ni está pagando por haber cometido algún error. No digo que haya sido perfecta, pero no está así por sufrir el condigno castigo de que se hizo merecedora. Además está aquí, no en el más allá. Y encima de todo: no hay más allá.

Se rió de lo lindo.

—¿Y yo entonces dónde estoy?

—Si estuvieras en el más allá, no estarías aquí hablando conmigo. No fuiste como Virgilio, uno que haya muerto sin bautismo.

—¿Y nuestro Virgilio?

¡Pero qué necio! Le repetí:

—Aquí no puede haber Virgilio alguno. Las ratas son nuestros Virgilios.

En ese momento pasó a nuestro lado un músico cargando su acordeón, al vernos comenzó a tocar: «Año de mil novecientos, muy presente tengo yo… En un barrio de Saltillo, Rosita Alvírez murió, Rosita Alvírez murió…».

El canto atrajo a nuestras ratas como la flauta a la serpiente. Atrás del acordeonista, también como pegados a él, un grupo de vaqueros, flotando alrededor de una hoguera, en contrapunto del corrido cantaba:

«¡Qué hermoso hubiera sido, vivir bajo aquel techo, los dos unidos siempre, y amándonos los dos; tú siempre enamorada, yo siempre satisfecho, los dos una sola alma, los dos un solo pecho, y

en medio de nosotros mi madre como un Dios!».

Seguía el acordeonista: «Su mamá se lo decía: "Rosa, esta noche no sales". "Mamá no tengo la culpa de que a mí me gusten los bailes". Hipólito fue a la fiesta y a Rosa se dirigió, como era la más bonita, Rosita lo desairó. "Rosita no me desaires, la gente lo va a notar". "Pues que digan lo que quieran, contigo no he de bailar."».

El florentino se apeó de la rata golpeándose la cabeza contra el muro. Se agachó y puso su mano en la oreja, en expresión de atención atenta. Los vaqueros cantaban, rasgueando sus guitarras: «Comprendo que tus besos, jamás han de ser míos, comprendo que en tus ojos, no me he de ver jamás, y te amo y en mis locos, y ardientes desvarios, bendigo tus desdenes, adoro tus desvíos, y en vez de amarte menos, te quiero mucho más». Sobre el muro se proyectaba la escena de Rosita Alvírez: Rosita Alvírez se acicala para irse a una fiesta. Es joven y muy bonita. Atrás de ella está su mamá, en mandil, estrujándolo con las dos manecitas.

—Rosita, esta noche no salgas.

—Es lo de siempre, mamá. Por ti que yo me quedara aquí siempre, encerrada. No, y no. Soy joven. Déjame vivir.

—No salgas, hoy no. Tengo miedo. Ya ves la de cosas que pasan. Estuviera tu papá con nosotras, no te dejaría salir… —suspiró.

—Cuál papá ni qué ocho cuartos, mamá, ese cabrón bandido que sólo venía para quitarte el sueldo y para meterme mano.

Los vaqueros continuaban cantando boleros, Rosita sale a la calle, en el momento en que pone un pie afuera de la casa, pasa frente a ella una enorme camioneta y alguien arroja a sus pies maletas que se abren al tocar tierra y derraman billetes de doscientos dólares, se riegan por el suelo, parecen expandirse. Dante preguntó: «¿Qué es esto?». Ni tiempo de contestarle. Rosita sigue el camino sin prestarles atención, como si no los viera; al llegar a la esquina pasa enfrente de ella una vez más el mismo vehículo, deja caer a sus pies bolsas transparentes selladas retacadas de cápsulas de anfetaminas.

Los vaqueros: «A veces pienso en darte mi eterna despedida, borrarte en mis recuerdos y hundirte en mi pasión, mas si es en vano todo y el alma no te olvida, ¿qué quieres tú que yo haga, pedazo de mi vida? ¿Qué quieres tú que yo haga con este corazón?».

Rosita llega al baile, se niega a bailar una canción con un galán, éste saca la pistola, le tira tres disparos, Rosita cae. El acordeonista, apagando la canción de los vaqueros cantó muy sentido: «Echó mano a la cintura y una pistola sacó, y a la pobre de Rosita nomás tres tiros le dio. La noche que la mataron, Rosita estaba de suerte: de tres tiros que le dieron, nomás uno era de muerte». Del muro desapareció el cadáver de Rosita Alvírez, fue reemplazado por llamas y otras escenas desaforadas que parecían salidas de las páginas de la *Divina Comedia* mismísima, y oímos una voz: *Y yo, alma triste, no me encuentro sola, que éstas se hallan en pena semejante por semejante pecado*… Un niño sale de la nada y corre delante de nosotros, guiándonos para cruzar la frontera: viene, como los de Cordura, del cinematógrafo, pero éste no es de ficción sino del documental de Yolanda Pividal sobre los niños de la calle de Tijuana; vamos atrás de él, el correcaminos, el medallista que sabe las veredas y los túneles ilegales por los que se puede esquivar la migra, pero no me queda claro ahora si estamos aquí, allá, de cuál lado, ¿dónde, dónde estamos?

Intervención de la autora (antes llamada tirana, emperatriz, *et al.*):

«¡Basta! Ya estuvo suave. La historia se nos ha salido de control. Llegamos a un punto en el que no se puede continuar, no se puede rastrear el viaje. ¿Porque le es imposible contarles cómo fue éste con el tono y de la manera en que ha comenzado el libro? Aquí lo que importa no es "su" confesión (y menos, lo acepto, mis golpes de memoria), sino el viaje mismo, pero usted no puede conseguirlo. Le doy una orden: "¡Pase la toalla!". Por respuesta me mira a los ojos,

detestándome según costumbre, y dice:»

Aceptación

De acuerdo. Es verdad. Ya nos perdimos. Lo acepto y paso la toalla a otro, no a ti, la que firmas este libro, sino a alguien que sepa contarnos esta historia. Los dejo en las manos de quien se encargará de hacerlo, escribirá tomándose la debida distancia, y usando el ritmo que necesita. Aquí lo tienen:

El pasar la toalla

—¡Un momento!

—Ningún momento. Te pasé la toalla y no regreso hasta que sea otra vez mi turno. Buena suerte.

—Me dejas con problemas que no tengo por qué heredar. ¿Cómo crees que voy a echar a andar hacia el sur *juntos* al florentino Dante, a una poeta gringa sin nombre, y a ti, una mexicana que vive fuera de México, y encima del mal tercio llevármelos montando *ratas*? No puedo hacerlo.

—Quita las ratas.

—No puedo hacerlo así, arbitrariamente, a medio libro.

—Está bien. Me hago responsable de quitarte las ratas de encima, pero te las cambio por algo.

—¿Qué quieres?
—Dame un interludio. Déjame intervenir una vez durante el viaje.
—¿Dónde quieres el interludio?
—¿Cómo voy a saberlo?
—Dime dónde, no hay trato si no hay condiciones precisas, no puedo emprender una historia sin saber dónde voy y por qué camino.
—¿Tengo que decírtelo ahora mismo?
—Si voy a escribir yo este viaje, no lo voy a hacer al aventón, como haces tú, que vas aquí como… como…
—Como desembuchando.
—Exacto, como desembuchando, improvisadamente, como… como…
—Como al ¡ahiseva-manito!
—Exacto.
—Tú decide qué ciudad quieres darme. Sólo una, bella, que tenga un gran poeta.
—Te regalo Zacatecas, y me quitas de encima a las absurdas ratas.
—Con una condición.
—¡Limosnero y con garrote!
—Una condición.
—¿Cuál?
—Las ratas regresan conmigo a Zacatecas.
—¡Me lleva…! Definitivamente no, no puedes contar con esos bichos si estoy en el horizonte.
—Está bien.
—Una cosa: tienes que arrebatarme tú la historia en Zacatecas. Yo no soy de los que cuentan diciendo que ahora ya no estoy hablando yo sino otro. Me la arrebatas, me la regresas, y yo me hago pato.
—Hecho. Convenido. Te paso la toalla.
—Viene. ¡Viene!, échamela, pero ya.
—Y aquí la tienes: «Los depositaron en un tris en México».
—No, no, qué falta de sentido común.
—Pruebo otra: «Como les decía, los depositaron en un tris en México, y el escritor que ha recibido la toalla reclama para sus

adentros y sus afueras que objeta esta ausencia total de sentido común, exige que los regresen y se los traigan como-dios-manda, dice, literal: *¿Así cómo quieren que lleguemos a ningún lado con este libro?»*, pero no le hacemos caso, le decimos: *Acepta, oh bardo, mi canto: oh camino del narcotráfico que vuelves a la tierra de cabeza y siempre encuentras el tramo más corto entre dos puntos…*

—No suscribo tus opiniones.

—No te estoy pidiendo seas parte de una feligresía sino que cuentes una historia. *Tómale la cola a ese miserable gusano que atraviesa el mundo que llaman el narcotráfico y el que los llevará a la antípoda de este país*.

—Pero yo no quiero llegar a la antípoda de ningún sitio, sólo a ciudad de México.

—¡Qué pesado eres! Tenla ya, la toalla todita para ti solito:

II. MÉXICO

7. Intermedio en La Rumorosa

Si poseyese un estilo áspero y ronco, me sería sencillo comenzar estas páginas. Como no lo tengo, me decido a ello francamente con temor, no es empresa que se pueda acometer como un juego, lo que voy a decirles no es para ser modulado con una lengua balbuciente, no basta tampoco una voz aplomada. Ese áspero y ronco que imagino es la voz serena del que lo ha visto ya todo, el que puede ir picando adelante por el camino escarpado de esta historia impávido sin que le tiemble el pulso, y, al mismo tiempo, capaz de transmitirles las emociones, un conductor ideal que, pasando la energía o las señales, no subiera la temperatura de su materia. Trato de animarme a sabiendas de que no tendré el temple que me exige el momento:

Al sur de donde está hoy la frontera de México, hay un lugar donde las piedras cantan, las pocas nubes son más fijas que el cielo inestable y los caminos más sinuosos que el arroyuelo que no veremos jamás correr por estas tierras, más proclives a lo definitivo, lo total, lo que no puede contenerse. Un Río de la Plata, un Espíritu Santo, un Amazonas podrían correr aquí, si lo quisieran, a la vera de este valle que canta; ríos de caudal bravo, de dimensiones formidables, más mar que otra cosa, si bien a su manera dulces, cargados de fauna y arena. No lejos de aquí pasa el indómito y largo río Bravo, guarda en su memoria el lugar que ocupara el hoy Mississippi.

Las piedras que hay ahí son de proporciones descomunales. Como gigantes huérfanos, titanes abandonados, dejados ahí provenientes de otras épocas que no puede guardar intactas la

memoria del hombre.

He dicho que cantan. Lo que hacen más bien es murmullar como quejándose. Las he llamado piedras, rocas sería más afortunado, pero la palabra «roca» es un problema. En la roca uno imagina la superficie sin pulir, pero estas inmensas tienen la piel de la que ha trabajado el agua del río, como las pequeñas que uno toma en las manos para llevar a casa, fascinado por la lisura que parece capaz de reflejar nuestro rostro con exacta transparencia, son como un espejo ciego. Imaginar qué mano pudo haber cargado las piedras de La Rumorosa, es ponerse a soñar con los titanes de otras eras. En esta delgada carretera sinuosa que cruza la región, ninguno de ellos podría haber puesto el pie, sus plantas no habrían cabido sobre el asfalto, y no habrían podido modular su andar para dar el siguiente paso sobre esta culebrilla gris que se desliza en el paisaje abrupto y escarpado.

El nombre La Rumorosa le viene del sonido, un rumor despierta aquí y allá. Rumor o queja: las piedras se quejan del despiadado calor del sol, del frío nocturno del desierto, de envidia ante las flores de los cactus que una vez al año aparecen como un milagro, de horror ante los bichos espantosos que habitan aquí, tarántulas peludas, víboras de cascabel, lagartijas, tortugas, insectos de ojos inmensos, y los de aspecto opuesto, las aves conocidas —codornices, perdices, lechuzas—. En cada uno de ellos encontraremos un elemento que escapa a la lógica, recuerdo de otras proporciones exigidas por un paisaje más silente. Queja o rumor: suena el rumor en baja voz, nada se atreve a pronunciarlo en alto, no es factible sin ser degollado, confinado al más profundo de los oscuros abismos, enviado a las antípodas, castigado, pues, de manera que escapa a toda piedad. Rumor del temeroso. Rumor que puede estar difundiendo a su vez algo más cruel que el castigo temido.

Se acerca el atardecer. Casi imperceptiblemente, la luz del sol comienza a disminuir de intensidad. Los rayos caen sesgados, las piedras enormes parecen más gigantescas. Además de su canto, el batir de alas de pequeños pájaros correlones que intentan despegar al percibir la proximidad de una pick-up destartalada y ruidosa, avanzando más lenta que ellas.

—¿Qué dios pudo crear un lugar así?

En la caja trasera abierta de una pick-up, tres personas recorren el estrecho camino que cruza La Rumorosa. Desde aquí no alcanzamos a ver al que está al volante, la luz esplendorosa de un cielo sin nubes deja en un punto ciego el sitio del conductor. Parece, por esto, que los tres viajan en un carro fantasma. Van de pie, la cara al frente, las manos sujetas a uno de los tubos que bordea la caja. Dos son mujeres, una muy joven, con una hermosa cabellera pelirroja rizada, suelta, volando; es en extremo pálida, su mayor atractivo es la pelambre que he descrito y una boca de labios carnosos, el sol le ha pintado un rubor preciso en las dos mejillas, trae un vestido entallado, y tiene las piernas desnudas; la otra mujer está bordeando los cincuentas, su cabellera también es bella, pero muy diferente, espesa, casi dura, parece una cosa sólida, iluminan su cara los ojos brillantes, las cejas oscuras y las pestañas, es más alta que la pelirroja y está toda vestida de negro, blusa, pantalón, zapatos. La blusa es de mangas muy cortas. El tercero es un hombre delgado, de hermoso rostro fino, su perfil de trazo preciso, los labios delgados, el cuello recio; viene de jeans, una t-shirt colorada, en la cabeza lleva una gorra de alas del mismo tono cuya coronilla es color crema. La gorra y la camiseta tienen leyendas. Es el único que parece traer calzados cómodos, para caminar. Los calzados de las mujeres son más de vestir que de noche, pero no parecen los apropiados para andar aquí.

La pick-up avanza lenta, temerosa de las curvas; en cambio, los tres pasajeros en su lomo dan el aire de ir volando en desafío, como si surcaran un mar inhóspito y ni el viento ululante ni las olas picadas los arredrasen. Pero no hay agua aquí, y el único movimiento del aire es el que la camioneta va creando al avanzar. Polvo. Sol despiadado. Hay algo en común con ese desértico mar evocado: nadie más que ellos recorre esta aparente inmensidad.

La pelirroja saca de una pequeña bolsa que trae pendiendo de su hombro unos binoculares, los pone frente a sus ojos y mira al frente. Al primer golpe, avizora algo. Hay algo delante de ellos, sobre el pavimento, que no alcanza a distinguir del todo, algo que atropellarán porque no se mueve, pero con los brincos que da la pick-up en el camino, es difícil afocar. Ajusta los lentes. Distingue con claridad la imagen; la descifra: es una mujer tendida en el pavimento, sin ropas, los brazos abiertos extendidos, pero no le

basta con saber esto para entender qué pasa ahí, qué hace tendida. Golpea la caja al frente con insistencia mientras dice: «¡Pare!», y, más alto grita «¡Pare! ¡Pare, ya!». Golpea con insistencia. Sus dos compañeros pegan con los puños la espalda de la caja del conductor.

Adentro de ésta, el del volante —un hombre de bigote, con sombrero blanco— viene escuchando el radio, en él suena el acordeón, «Soy el jefe de jefes, señores… porque saben que soy el mejor». Los tamborileos en su cabeza arrecian tanto que —«cuán música ni qué ocho cuartos»—, se convence de que se trata de un juego «de estos gabachos locos», «¿qué se traen?». Segundos después él mismo atisba algo enfrente, sobre el camino, la visión no le gusta nada, disminuye la velocidad mientras los golpes que dan «los gabachos» aumentan, y cuando tiene ya en las narices un obstáculo en la estrecha carreterilla, detiene la pick-up de golpe, frena en seco. El conductor abre la clueca puerta, gimen —aquí no un rumor—, rechinan sus metales oxidados, los goznes giran como con pereza, lentos, dificultosos perseveran hasta dejarle espacio suficiente para salir. Salta al piso, llevando en la mano derecha un tubo de metal oscuro, pero decir tubo es errado porque no está vacío, es un arma de protección, un golpe con ese fierro y válgame. Va preguntándose —también gimiendo sus palabras— «qué carajos, con que no nos madruguen los cabrones», tiene miedo; los tres viajeros de la caja abren la portezuela de madera que tampoco se abre con facilidad y saltan también al piso, con pasos apresurados se reúnen con el chofer al frente de la pick-up.

La más joven de los cuatro ya sabe qué es lo que les impide el paso, pero no le ha dicho a nadie porque no lo entiende del todo. Avanza hacia ello con una actitud diferente que los demás. Exasperada. Agresiva. Los otros van movidos por la curiosidad y su ligereza. Ella camina como si un pesar viejo lastrara sus rápidos pasos, con un aplomo desprovisto de cualquier signo de levedad.

Así quisiera yo escribir, como camina ella. Es un caminar ronco, áspero. Y tiene más: va en ella impresa una memoria reciente que es insoportable, que lo sería incluso si fuera añeja, venida de tiempos lejanos. Es una memoria íntima, así sea de hechos parecidos por lejanos seres ajenos.

El cuerpo desnudo sobre el asfalto es el de una mujer crucificada

sobre tres palos, los brazos abiertos y las piernas juntas, un pie clavado sobre el otro. Tiene el vientre abierto desde el ombligo hasta donde las ingles comienzan, con un tajo en ye, y aunque le han claveteado contra el madero las dos piernas a la altura de los muslos, queriendo con esto contenerle las entrañas, parte de éstas están regadas. Hay sangre en el piso. Sus dos brazos han sido maltratados duramente, torturados con saña. Sobre el pavimento se extiende su cabello largo, oscuro, bello como su joven cara aún, en estas espantosas circunstancias.

—¿Qué mente enferma pudo haber hecho esto?

El del volante de la pick-up se quita el ligero rompevientos y lo echa encima del torso de la crucificada. La visión es insoportable. Tiene prisa por salir de ahí. Prisa, la prisa es lo que más le pica apenas quita los ojos del cuerpo torturado. Si no trajera dos mujeres a bordo, se sentiría menos inquieto. La pelirroja parece pensar como él, se ha vuelto a poner los binoculares en la cara y busca, otea a la distancia, examina hacia todas las direcciones. No encuentra a nadie, incluso la carretera está desierta. El de la pick-up le pide «ya déjese de estar viendo, no hay nada que aprender aquí; hay que pelarnos volandito». Es mejor no enterarse. Para salir de ahí hay que quitar a «la dama», «la señorita».

—Pero no podemos moverla, es el área del crimen…

—Hay que mover a la señorita, ¿en qué está usted pensando?

—En la investigación policíaca, no podemos tocarla.

—No me chingue con ésas. De ver tanta tele ya se le pudrió la cabeza, ¿si no quitamos a la señorita, cómo pasamos?

—No podemos moverla, ¿no entiende?, si la tocamos desaparecemos lo que la policía necesita para seguir el caso.

—¡El caso!, ¡no me chingue! Si no movemos a la dama, no podemos irnos. Ya estamos a tiro de piedra, mero a punto de llegar. No vamos a jalar de regreso, no estoy loco, nos va a agarrar la noche.

Pa'trás

tenemos como 45 kilómetros antes de encontrar nada. En cambio

pa'delante

ya estamos.

Pa'trás,

qué quiere usted, capaz que no llegamos vivos.

—Hay que hacerlo —abre la boca la otra mujer—. En esta frontera no hay eso de áreas de crimen… asesinan mujeres… la policía es…

—¡No me des clases, no necesito profesora! —casi le grita la pelirroja—. ¡Ya sé! ¡Pero no la vamos a mover, punto!

El otro hombre —la cabeza coronada con la cachucha roja—, no ha abierto la boca. La de cabello castaño le dice:

—Ayúdame a convencerla, nos tenemos que ir de aquí.

—No puedo ayudar a nadie a nada. Estoy… horrorizado. ¿Quién hizo esto?

—¡Viste tantas cosas en el viaje al purgatorio y los infiernos!

—Todos los tormentos que describo no ocurren en cuerpos que estén aún vivos, sino en muertos. El cuerpo de éste es de verdadera carne. ¡Oh, alma, vas con los miembros con los que naciste directa al punto de la tortura! ¿Qué es esto? ¿En dónde estamos?

Se aparecen cuatro niños de torso desnudo, salidos de su escondite entre las piedras. Caminan sin hacer el menor sonido. No parecen amenazantes, pero el chofer blande su tubo, su arma de autodefensa. Quionda. Quionda. Pus quionda.

—Ya la habíamos visto, la piquetearon toda a esta güerita, re gacho. ¿Le ayudamos a moverla?

—¿Ustedes qué hacen aquí? —espeta la gringa, haciéndoselas de fiscal.

¿Cree que son culpables? ¡En qué está pensando! Son un puño de niños de la calle. Dos de ellos se sueltan a hablar con nosotros, mientras que los otros se quedan mudos, los cuatro frente a la crucificada.

—Nosotros habíamos venido a ver los monitos que dicen que son de hace mucho. Traemos una cámara de fotos.

—¿De dónde sacaron ustedes una cámara? —dijo la gringa en un tono que no dejaba lugar a duda de que los estaba culpando *también* de haberse apropiado de lo ajeno.

—Nos la regalaron, las andan regalando de okis unos gringos, mira…

—¿Okis?

—Quieren decir «gratis».

—¿Cámaras desechables?

—Nos la dieron, hay unos que las andan dando para que se las

regresemos con nuestras ondas, quieren que tomemos fotografías de lo que hacemos un día cualquiera. Si se las regresamos con las fotos, nos dan unos pesos… Nosotros queríamos tomarles su pic-chur a los monitos, pero no para dársela a los gringos sino venderla en la línea. Tenemos un amigo que nos dijo que él nos ayuda a venderla, así, para todo el mundo, como postales.

—Dicen que es un negociazo.

—Pero no encontramos los monitos.

—¿De qué hablan? —dice la gringa.

—Las pinturas rupestres —la castaña.

—Uy, batos, tan rete perdidos —el chofer salpica palabras de aquí y allá, acostumbrado a ir y venir del norte al sur de México—, los monitos esos tan bien pa-allá, falta un buti, mucho, mucho.

—¿Como cuánto hay que caminar?

—Pa mí que como dos días, aunque yo a caminar no le hago.

—¡Qué va! Yo, que corro bien rápido, me lo echo en tres horas, no más.

—No vayan, aquí matan, no ven quis. Me los vayan a piquetear.

—¡Ni que fuéramos viejas!

—¡Vieja el que se quede atrás! —los dos niños se echan a corretearse unos a otros alrededor de la pick-up.

—Ya ni la hacen, güeyes, ustedes ahí juegui y juegui y aquí nomás hay una fría —el mayor de los cuatro se ha acuclillado frente a la «fría».

—La usaron de cenicero, güey, mira, apagaron en ella sus cigarros.

—¡Hay que llamar a la policía! —de nuevo la pelirroja.

—Ni se te ocurra, ¡qué idea! —la castaña.

—Ésos son los que lo hacen —dice la pelirroja señalando a los niños—. Voy a llamar a la policía.

—¡Te van a aplicar el treintaitrés! —el chofer.

—¿Qué treintaitrés? —la pelirroja.

—Ésos son puros ladrones, no les gusta ganarse la vida trabajando sino nomás robando. Además, si nos agarran aquí, nos chingan. Nos van a culpar a nosotros —el chofer.

—Eso que ni qué. Lo bueno es que no traemos ni un baro. Aunque nos quieran limpiar, estamos limpios —uno de los niños.

Sin hablar, el chofer carga la cruz de su brazo más largo y comienza a arrastrarla. Los niños, sin parar de hablar, le ayudan a moverla, ponen el cuerpo crucificado fuera del paso de la carretera.

—¿Y tu suéter, mano? —uno de los niños.

—¿Mi chamarra? —el chofer.

—El suéter que traías puesto —el niño.

—Eso digo, bato, mi chamarra. Se queda ahí con ella. Ya no la quiero. No sé qué me da dejarla desnuda.

—Siempre las entierran, o las dejan donde los huizaches escondiditas. Es la primera que veo así, a media carretera —otro niño.

—Yo no —otro.

—Tú eres un bocón, siempre dices que viste y luego no —otro.

—Vámonos ya —el chofer.

Los niños se pegan a la comitiva: «¿Nos das un aventón?».

—¡Órenle! ¡Súbanse, pero ya! No se queden aquí. Y olvídense de los monitos, no vaya a ser…

La pelirroja objeta con el chofer, que cómo subir personas que no saben quiénes son, pero él ni le contesta. La castaña le dice «son niños de la calle», la gringa replica, «eso no los hace blancas palomitas», la castaña no le discute más. La pelirroja despotrica, dice que no se sube, que el riesgo, los demás se van subiendo, ella sigue alegando:

—Ya súbete güerita, no me obligues a amenazarte —dice el chofer moviendo el tubo con su mano derecha—, no te voy a dejar a que te hagan picadillo. Vámonos, ya ¡ya!

Están ya todos en la pick-up, dos de los niños más platicadores adelante con el chofer, los demás en la caja de atrás. Arranca el motor. Se van como alma que lleva el diablo. Atrás, los pasajeros rebotan de tal manera que se van agarrando con las dos manos del borde de la caja, las piernas abiertas para guardar el precario equilibro. Los niños ríen a carcajadas locas, gritan quién sabe cuántas cosas.

En pocos minutos la carreterita llega a término, entronca con la principal, paran en la gasolinera. Sin bajarse, el chofer le dice al jefe de los despachadores que han visto algo en la carretera vieja,

que si da aviso.

—¿A la policía? —el despachador de gasolina lleva en la mano izquierda un abanico de billetes doblados a lo largo, acomodados por su valor, de menor a mayor—. Aquí no hablamos con personas perversas, ni bandidos, ni damos servicios a estafadores y ¡menos con los polis! ¿Pus qué se creen que somos?

—¿Entonces qué? ¿Si hay un asalto, a quién avisas? ¿Cómo no reportar este asesinato? —la pelirroja lo veía con descreimiento, también a éste lo culpaba.

Sus compañeros de viaje no le contestan, alicaídos, en un estado de melancolía mezclado con cansancio, pero los niños:

—¡Úchale!, ¡úchale!, tú ni sabes, por las quemadas de cigarro parece hecho por los polis, a ellos les gusta hacer de eso.

—Lo mismo me dije yo. Pero lo demás, ¿no, no?

—Yo no había visto una de las muertas, ¿tú? —el más pequeño de los niños, chimuelo, por fin habló—. ¿Tú habías visto?

—No. Me las habían contado. Allá en Los Angeles, donde viví como aquí en la calle, un día vi que golpeaban a una. Pero nada como lo de hoy. La agarraron dos, un hombre y una mujer, le dieron una paliza. No sé de qué se estaban vengando. Pero la de hoy no era por eso, ¿no?

—Y dicen que por aquí matan cientos cada año. Las agarran cuando se van a trabajar hacia las maquiladoras, muy de madrugada, o cuando salen el viernes por la noche. A otras nomás así, cuando van por leche o a pasear. A unas las toman en sus casas…

La pick-up otra vez en camino. Los niños que están en la caseta, piden al chofer los deje bajar antes de que se acerquen al comienzo de la fila de la línea, no quieren acercarse ni de lejos a la garita. No paran de hablar. Al chofer le ha regresado el ánimo, se le ha espantado el miedo. Prende el radio otra vez. Los niños y él se ponen a cantar las que se saben.

Atrás, el varón adulto ha regresado con la imaginación a la crucificada. Imagina que está viva. No la suelta de la cruz, la deja como la encontraron, en el piso. Ella lo ve, se retuerce moviendo lo que puede su largo cabello extendido arriba de su cabeza, como una prolongación libre del tronco. Intenta zafarse, haciendo más doloroso aún, si cabe, su tormento. No puede morir. Habla:

—Estoy atravesada y desnuda, y es preciso que sienta a cada uno de los que pasan. Mi suegra, mis hijas, mis hermanas, mamá y mi abuela están condenadas a este mismo suplicio.

—¿Qué está pagando? En mi libro se castiga así a los judíos que aconsejaron a los fariseos que atormentaran a Cristo. Para Mahoma hay una similar.

—Sólo cometimos un pecado, poeta. Por mí, que nacimos mujeres y no somos ricas. Nos culpan de haber abierto el cofre que contenía secretos, comer manzanas prohibidas, saber usar las hierbas que crecen sin cultivo para prevenir insanos delirios. Guisamos, lavamos, planchamos, barremos, nos matamos por hacer lo que es deber hacer, nada más. Pero dicen que hicimos destilados para envenenar monarcas, que infectamos de lujuria a los frailes y a los puros, que pensamos con mente idiota si es para comprender, o sagaz si es para emponzoñar o tergiversar, que provocamos guerras, que batimos el récord de malicia y maldad. Eso estamos pagando. Tú dirás[2].

En la imaginación del poeta, la crucificada se desvanece cuando se detiene la pick-up. El chofer se estaciona, sale otra vez precedido por los crujideros de su puerta, blandiendo el tubo en la mano, da la vuelta al vehículo, abre la otra puerta para que bajen los chicos, «adiós, adiós, gracias, gracias». Se alcanza a ver la garita de San Isidro, la línea —más de una decena de hileras, cada una de centenas de coches que avanzan lentamente para cruzar la frontera, acompañados por la vendimia (éste ofrece sombreros charros, aquél rebozos, otro Cristos crucificados, una señora vende charamuscas; aquí y allá músicos ambulantes, un trío, los mariachis desentonados; allá el de la colecta del ISSSTE, la bata blanca más bien astrosa)— y a la derecha y a todo lo largo, el muro.

El chofer subió a la pick-up y dejó atrás la visión de la línea y el muro y lo demás, volvieron a cobrar velocidad en la ahora amplia carrera. Los custodia un paisaje mudo, casas y construcciones aquí y allá, después, en la ciudad, lo mismo, casas, construcciones, todas disparejas, las calles suben, bajan, otra vez la carretera. Todo en desorden. En la pick-up, las dos mujeres parecen aburridas. El florentino, en silencio otra vez.

Adentro de la imaginación del poeta, no hay nada. Ya no visualiza nada. No oye voces: las musas duermen.

Del otro lado de la frontera, los helicópteros, los tractores y camiones con sus altavoces están cazando personas, no haría falta que nadie se tomara libertades visuales para describir estas situaciones, una descripción justa, literal, bastaría para hacer una infernal; podrían también omitirse las imágenes precisas, las luces brillantes peinando el campo raso desde el cielo y la tierra, los cuerpos pescados cayendo en sus garras, podría ser la narración de un ciego, porque es suficiente con el ulular de las sirenas, los altavoces de la guardia fronteriza, los pasos y los saltos, las carreras, los gritos.

8. El intermedio de Zacatecas

Aquí el de la toalla para, se detiene. ¿Querría tomar aliento? Deposita a nuestros personajes (incluyéndome) en el aeropuerto de Tijuana, recogiendo sus boletos, enseñando pasaportes, encontrando al que lleva sus maletas, pasando revisiones, tomándose un mal café, usando un baño no muy limpio, y se va. Sé de cierto que ellos no pararon su marcha, aunque ya sin la supervisión del de la toalla. Los personajes tomaron distancia del escritor, siguiendo su destino. ¿Pensaba el de la toalla dejarlos correr para luego alcanzarlos, considerando que así podrían contraer cierta frescura de la que careció en su narración? Lo único pertinente es que yo, la un día Presidenta de El Parnaso, quien según lo planeado debería seguir figurando aquí en carácter de personaje y todavía no de cuenta-historias, fastidiada de su paso de tortuga (se detenía en absurdos detalles y olvidaba decir lo que según yo era lo pertinente), enfadada de su reciente inmovilidad, no pude resistir más, y aprovechando que se ha detenido en seco, quiero arrebatarle la palabra.

El de la toalla pone alguna resistencia, pero luego de un poco de forcejeo, me la regresa. El güey me la pasa muy caliente y húmeda, imitando ésas que dan en los restoranes japoneses, pero sobrecalentada, como ocurre a veces en los aviones cuando por un descuido las azafatas se exceden en los minutos de microondas y nos las ponen en las manos verdaderamente carbones blancos para achicharrarnos. Por esto, la verdad es que se me fue el avión —y felicítenme, porque meter dos aviones en tan pocas líneas no ha sido fácil, es un triunfo de mi pluma—, y en contra de mi voluntad

dejé pasar de largo a los nuestros cuando cruzaron la ciudad de Zacatecas sin detenerse. Cuando pude retomar el mango de mi sartén, nuestros tres personajes (incluyéndome) han llegado a la ex hacienda de Gogorrón.

Más vale tarde que nunca, y me fui tras ellos.

¿Que cómo es que llegaron a la Hacienda del Gogorrón? El destino debió de encontrar a la que firma este libro muy dormida (o borracha o idiota, porque nosotros seguimos la marcha hacia el sur), lo último que ella vio de la pelirroja, la castaña y el florentino fue en el astroso aeropuerto fronterizo. Alguien (a quien hemos prometido no meter en nuestro libro) nos explica que fue porque el escritorcito que ella detesta se coló cuando el que contaba la historia se detuvo, y yo me quemé las manos con la toalla ardiendo.

Lo que yo quería, contra la voluntad de toda lógica narrativa, pero necesarísimo para cumplir con el plan, era regresarlos —¿o debo decir regresarnos?— a Zacatecas, en lugar de continuar hacia el sur, ir hacia Guanajuato y entrar cuanto antes a la ciudad de México. Yo no me iba a perder Zacatecas, con la que me había ilusionado cuando le pasé la toalla al de la dicha.

Este pequeño trecho me costará narrar. Quiero decir, ya lo vieron en la frase que les acabo de espetar: me costará un huevo y la mitad del otro contarles lo qué pasó en este trecho, ando desencanchada, no estoy en total control —para hacer mayor mi torpeza, a ratos voy a tener que estar en dos lugares a un mismo tiempo y, además, no lo olvidemos, tengo las manos medio quemadas por lo que ya expliqué, la toalla carboncita—. En las páginas anteriores, las que ustedes vieron aquí de La Rumorosa, más las que le siguieron, que la autora omitió del libro, yo fui únicamente personaje. Me acuerdo de que clausuraron el aeropuerto por órdenes de los gringos, nos subieron a un camión de pasajeros, bajamos directo por la carretera México-Nogales y, cuando llegamos a San Luis Potosí, nos convencieron de ir a visitar la filmación de una película de gran producción, en la Hacienda del Gogorrón, a pocos kilómetros de la ciudad. Durante este trecho de tiempo, como ya dije, fui puro personaje, sin más voz que la que uno tiene cuando está viviendo lo que vive, por lo que, como les comentaba, estoy más entumida que un atún de pescadería en supermercado de cadena —de los que llevan meses congelados—,

pero ahora me desperezo.

En Gogorrón, donde han ido a parar entre un capricho y otro de sus autores nuestros tres conocidos —Dante, la poeta gringuita y yo—, se filma *El Zorro III*. El escritorcito colado tuvo la ocurrencia de que guiar a Dante al set sería una perfecta introducción a México (aquí sí mis reservas, pero el que calla otorga y yo estaba callada cuando nos lo hizo, porque no hay sino chitón para quien es sólo protagonista de los actos que otro le impone). Así que ahí estábamos, en el set que reproduce un pueblecito del lejano oeste en versión pasada por la imaginación de un manicurista cursi: las casitas bien pintadas y de colores, flores en las macetas, cortinas de encajitos en las ventanas sin vidrios, los tejados en perfecto estado; las calles empedradas con piedra bola, caballos de raza ensillados al estilo charro; carromatos como para ir a pasear a los Campos Elíseos; la cantina de puertas características, pintadas rosa mexicano; un pozo con su balde y cadena, el pretil de ladrillo colorado; las mujeres vestidas con blusas bordadas, largas faldas de telas ligeras ajustadas en la cintura y rebozos, los hombres con camisas de tela estampada a cuadros, chaleco, saco de faldas largas, pañuelo en la bolsa, sombrero negro en la cabeza, pantalones de gamuza y botas elegantísimas y pistolas al cinto, o bien, si quesque campesinos mexicanos, ropas de algodón blanco, pantalón y camisa holgados, sombreros de paja de altas copas cónicas, como indios de Nacimiento, esto en cuanto a la calle por la que pasean niños, mujeres, hombres, vendedores de fruta o de dulces, una banda de pueblo con violín y tres metales y una cantante esplendorosa, con escote notorio y mucho que enseñar. En la cantina, hermosas mujeres de piernas semidesnudas bailan cancán y un barbudo gordito vestido de punta en blanco finge que toca el piano, desde la escalera que lleva al (inexistente) segundo piso, las cuscas ven la escena, en las mesas los hombres meditativos juegan al dominó, de vez en vez montan en cólera, pelean entre sí. Alrededor del set de dos pistas, la nube de técnicos, camarógrafos, sonidistas, iluminadores, los stunts, los extras que esperan la seña de pasar, los productores y los asistentes de productores o
pi-eis
—así les dicen a los asistentes, también «chinguiñillas», son los que ayudan a acarrear cosas, mover objetos, pastorear a los extras,

coordinar el paso de los técnicos, esas cosas, las siglas por la pronunciación de las siglas en inglés— con sus wokitokis en la cintura, las peinadoras y maquillistas. A pocos pasos, las oficinas del set donde un hormiguear de personas hace llamadas de teléfono, los ojos pegados a las pantallas con números y listas, y más allá el área técnica, territorio de las cámaras y el resto del equipo.

Yo tenía que sacarnos del set y transportarnos al escenario donde iba a ocurrir la entrevista, el hotel supramil estrellas Quinta Real, de Zacatecas. Por el momento, nada de ratas a la vista, así que imposible salir enratalgados. Dejé a Dante bailando su ojo con las cancaneras y con la de la banda pueblerina (parecía no alcanzarle la vista), a la poetita a dos metros de distancia de Antonio Banderas que repetía por quinta vez la escena (salía de un balcón, caminaba sobre un tablón que cruzaba de un lado al otro la calle idílica, no quería usar stunt para esta toma) y me puse a explorar el panorama, tenía que figurar cómo sería nuestra estrategia. No fue tan difícil conseguir quien nos desplazara. Le puse el ojo a uno de los

pi-eis,

vía imeil le ofrecí un «trabajo»: necesitaba que alguien me contactara a los tres susodichos, mismos que ya habían sido anotados en la lista de extras para una escena del lunes, y los invitara a un evento especialísimo en Zacatecas, un encuentro privado con escritores, El Parnaso local. En mi imeil le explicaba que no les iba a robar ni un día de trabajo, viajarían el sábado al terminar las escenas de la mañana, y los cuatro estarían de vuelta el domingo en la nochecita, listos para el llamado la madrugada del lunes. El chico, joven, muy pila, investigó los vuelos, vio que era imposible alcanzar ida y vuelta con el tiempo justo, consiguió que un empresario de San Luis, el mismo que financia el festival artístico de Real de Catorce, el Festival del Desierto, el señor Cerrillo o Serrillo (amigo muy cercano a su familia), le prestara su jet privado para volar a nuestros amigos ida y vuelta a Zacatecas —para pagarle favores incontables a su papá y porque le impresionaran sobremanera lo de «escritores de El Parnaso»—, donde dormiríamos sólo una noche, suficiente para que se llevara a cabo el «Intermedio de Zacatecas». El

pi-ei

habló con los dichos tres, pero como no pensó que fuera a pegar eso de El Parnaso, la invitación fue «¿no prefieren ir a comer el domingo a un lugar sabrosísimo, que está aquí a la vueltecita?, ahí van los fines de semana Antonio Banderas, la Griffith y su hija Stella, algunas también la Zeta-Jones, a veces con Michael Douglas, con suerte y nos toca encontrarlos», «¿quiénes son Banderas y Zeta, Griffith y Douglas?», preguntó el florentino, «las estrellas de la película, y sus maridos y mujeres, otras estrellas de otras muchas películas», «¡ah!, vayamos», y como donde manda capitán no gobierna marinero, sobre todo si lo que el capitán dice es lo que el marinero quiere con toda el alma, las dos mujeres se dejaron llevar, les ilusionaba tanto los actores y las actrices como el paseo en el jet privado a la bella Zacatecas. (Aclaro: «nos» dejamos llevar, porque yo era una de ellas).

«Además», pensó el pi-ei, «les ahorro el semanal sablazo del peyote». Porque cada semana, al llegar la media noche del sábado, los de producción se empeyotaban con los actores nacionales, que no eran la mayoría, pero sí un buen número, muy entusiasta y amigo de aventuras. (Lo del peyote podría ir bien, y podría ir mal. Si iba bien, no hace falta contarlo, pero todos quieren repetirlo. Si mal, hay que enfrentarse con los tres gigantes furiosos que persiguen a los comedores de peyote sin tenerles piedad, intentando comérselos. Van contra los grupos tanto como los individuos, son alucinaciones colectivas. Aunque el peyote se reparte gratis, el costo de éste no es poco si corre uno la mala suerte de que le salga con ogro).

Apenas terminar el llamado matutino del sábado, el pi-ei guió a los tres interfectos hacia su ramcharger (la de su mamá), astutamente estacionada ahí nomás, exacto frente a la entrada del falso pueblecito, construido al aire libre donde hacían la mayor parte de la filmación. Dante se acomodó en el otro asiento delantero, el del copiloto, y las dos mujeres en la hilera inmediata. El chico encendió la camioneta, salieron pitando del Gogorrón, lo más rápido que se lo permitía el camino polvoriento. Pasaron en un suspiro Villa de los Reyes, en otro tomaron la carretera hacia San Luis (trazada derechito, derechito) y se enfilaron hacia el aeropuerto, donde el jet de Cerrillo, o Serrillo, los esperaba.

Para alcanzar el aeropuerto, deberían recorrer una veintena de kilómetros en sentido contrario a su destino final, sobre sus propios pasos, hacia el norte. Pero estoy segura de que a pesar de la desviación y del día completo que les iba a robar Zacatecas, en resumidas cuentas les ahorré tiempo. En la filmación estaban embelesados con las cámaras, actrices y demás. A Dante, lo que le tenía sorbido el seso, además de cancaneras y pechugona, era la escena del asalto a un tren; a la mexicana, la versión que hacían del Zorro, había conseguido copia del guión y lo revisaba de arriba abajo encontrándole quién sabe cuantísimos sentidos (que con su pan se los comiera, que no le importaban a nadie más que a ella); y a la gringuita, Antonio Banderas, a quien sólo había visto de pies para arriba en la escena de la tablita, la ilusión de verlo de frente la tenía en ascuas. Quién sabe cuánto se habrían quedado clavados en el set si no los saco.

Llevábamos el primer tramo del camino recorrido, cuando el pi-ei tomó el wokitoki, oí su voz diciéndome impostada «tengan la comida calientita que ya estamos en el kilómetro 13 de la carretera, calcúlenle la llegada». «Perfecto. Los esperamos en el aeropuerto de Zacatecas».

Mientras tanto, en la negra y cómoda ramcharger, todo iba miel sobre hojuelas, Dante, la gringuita y yo contentísimos del nuevo rumbo, la promesa de una noche de buen hospedaje, una comida exquisita, de *gourmet* como nos había dicho el chico, y como ya para entonces el pi-ei había desembuchado lo de El Parnaso local, a Dante le intrigaba cómo podrían ser esos poetas de tierras «tan remotas, y tan hermosas». Pero hense aquí que en el asiento trasero de la ramcharger cargaban con un pasajero inesperado. Como he dicho ya, el pi-ei la había estacionado exactamente a las puertas del falso pueblecito. Cuando abruptamente frenaron para entrar a la gasolinera, el pasajero inesperado despertó: era la Zeta-Jones, que había dejado el set para descansar, tomarse una siesta de perro, de las de antes de la hora de la comida, para restaurarse con unos pocos minutos de

oro de sueño, de los que hacen tanto bien al cutis. A la Zeta-Jones le pareció fácil abrir la puerta de la camioneta y echarse en su asiento trasero un pistito.

Soñó que estaba en la cocina con una tía lejana a la que su mamá detestara pero por la que ella sintiera una atracción irracional. La tía le decía: «Nada de lo que hagas tendrá nunca ninguna importancia, por esto hay que optar por reír de lo lindo», y en un mortero ponía un vasito y lo molía, lo machacaba mientras decía la misma frase una y otra vez, y luego regaba el vidrio sobre la comida, y ahí, cuando paramos en seco, la Zeta-Jones despertó alarmada y se descubrió en un automóvil en quién sabe dónde, y dio por hecho que la habíamos raptado —ella y Antonio Banderas mueren del miedo en México creyendo que en cada esquina, si hay esquina, o que desde cada cactus, si hay cactus, o detrás de cada palmera, si hay palmera, va a brincarles encima un bandido dispuesto a secuestrarlos para desplumarlos (no debiera asombrarnos que el Zorro y su coprotagonista temieran la llegada de otros Zorros con otros protagonistas)—, y saltó como una gatita asustada.

—¡Déjenme ir! ¡Tengo hijos! —gritó en inglés.

—¡Zeta-Jones! —exclamó la gringuita.

—¡Miren quién viene aquí! —dijo Dante.

—¡Ora sí, güey, me lleva la chin…! —dijo el pi-ei.

Ya que pongo palabras en las bocas de todos los ahí presentes, debo aclarar que la que soy, o la yo que estaba ahí, no dijo nada.

El pi-ei palideció pero, girando para que la estrella viera quién la había traído en el volante, dijo con voz bien aplomada:

—¡Quihúbole Catherine!, no sabía que venías en el asiento. ¿Vamos al hotel que te gusta en Zacatecas?

—¡Ah!, ¡eres tú!, ¿qué pasó?, ¿qué hacemos aquí?

—No sé qué *hacemos* aquí, es la camioneta de mi mamá.

—¿Qué día es hoy?

—Sábado.

—¿No tengo llamado?

—Vamos a comer allá, anda.

—Okey. Si no tengo llamado, sí. El lunes hay sesión de foto fija. No puedo estresarme, me arruina la piel el estrés. Debo descansar, y

si puedo dormir, mejor.

Se volvió a recostar.

Silencio en la ramcharger.

El pi-ei tomó el wokitoki otra vez. Sonó el mío:

—¿Dime?

—Viene la Zeta-Jones en la ramcharger. Estaba dormida en el asiento de atrás.

—¿Qué? No la puedes traer. Deshazte de ella.

—¿De qué estás hablando? ¡Estás pendeja! ¡Es la Zeta-Jones! No puedo hablar contigo. Tengo que colgar. Por si las, pregunta si está libre la suite presidencial. Voy con ella. Si no… no voy, tengo que regresarme.

Hizo otra llamada desde su wokitoki mientras se cargaba el tanque de gasolina, sabía que más le valía alertar a todo el mundo porque en cualquier momento se darían cuenta de que la estrella no estaba en su camerino y no tenía ninguna gana de que estallara el pánico. Comenzaron a llamarlo una y luego otra y luego otra vez, él repetía a diestra y siniestra lo dicho, pero el pánico estalló de todas maneras. Le daban órdenes precisas: los escoltas de la Zeta-Jones saldrían a alcanzarnos, no deberían moverse, etcétera.

La Zeta-Jones tomó el teléfono. Pidió hablar directo con el productor. Le dijo algo así como «me voy, manito, regreso mañana, punto», e interrumpió la llamada. Tres minutos después, suena el wokitoki. El jefe de seguridad da una contraorden, le dice al chico que por ningún motivo se detenga. Lo importante era enfilarse directo y llegar a Zacatecas. No le gustaba nada que estuviéramos varados en la gasolinera a un costado de la carretera y menos estacionados en el aeropuerto, en el área de aviones privados, eran zonas de «alto riesgo». Los alcanzarían en Zacatecas con el resto de la escolta.

En cosa de minutos llegaron al hangar y subieron al jet del señor Cerrillo o Serrillo.

Y yo, mientras, en ascuas en el hotel zacatecano. ¿Qué iba yo a hacer si por culpa de la Zeta-Jones no aparecían los míos, incluyéndome? ¿Ya se me había aguado todo, regresarían a la filmación, no los vería nunca más? En última instancia, era mi culpa. Pero lo que no se me antojaba un pelo era quedarme ahí varada, desprovista de mi otra mitad de mí misma y, peor aún, sin

la gringuita que carga la tarjeta de crédito para cubrir nuestros gastos. Yo había dado la mía personal para registrarnos, pero de ningunísima manera podría cubrir con mi escuálido sueldo el platorral en que saldría la cuenta en ese hotel seis estrellas. Por no decir que además nuestro viaje quedaría mochado de un pasaje que yo acariciaba entonces como jugoso e importante. Estaba en este brete por mi culpa. Pero era mi día de suerte —y el del pi-ei, que quedaría absuelto de toda responsabilidad e incluso con puntos a su favor por manejar el viaje inesperado de manera tan suavecita.

El viaje en jet fue el deleite del florentino. Compuso un hermoso poema que deja muy claro lo que siente un corazón como el suyo cuando navega entre las nubes y no encuentra ni ángeles ni demonios pero sí una belleza extraordinaria (aquí sí va el adjetivo) en la naturaleza. La gringuis se tomó una foto con la Zeta-Jones. Les ofrecieron un mezcal de primera que no contenía ogros pero sí unos efectos que al florentino le evocaron alas, ángeles y otras cosas de las que él no dejó constancia escrita.

Al llegar a Zacatecas los esperaba otra ramcharger todavía más bonita que la de la mamá del pi-ei. La gobernadora había sido informada de que la Zeta-Jones llegaba en viaje «discreto, de bajo perfil», y había enviado vehículo, escolta y hasta una banda zacatecana a darle la bienvenida.

Los trajeron directo al hotel. El pi-ei acompaña a la Zeta-Jones a su habitación —estuvo libre la suite presidencial—, se sabía responsable —y estaba encantado con la historia—, se asegura de que esté bien instalada, le pregunta si quiere comer ahí, pero la Catherine, animada por el buen espíritu de este encantador muchacho y sintiéndose con ánimo de hablar, dijo que quería sentarse en nuestra mesa.

La comida fue, en efecto, magnífica, pero Dante no probó bocado. No habíamos llegado a los postres cuando ya teníamos a los guardaespaldas de la Zeta-Jones en la mesa vecina y al productor de *El Zorro*, Walter Parker, en persona en la nuestra, acompañado por famoso fotógrafo de estrellas, de cuyo nombre no puedo acordarme, y por el gordito pedante que en el set había fingido ser el pianista

de cancán, vestido como en aquella escena, de punta en blanco, bastón en la mano y un hermoso panamá en la cabeza. Parecía creerse más que todos los ahí presentes, porque no abría la boca, todo lo miraba y miraba, haciendo gestos que movían su larga barba algo cómicamente. Todos ignoraban que el de la cachuchita de Britney Spears era Dante Alighieri, no se los habíamos presentado. En otra mesa estaba el equipo formado por la peinadora, la maquillista, la del facial, la de las uñas, las y los encargados de hacer ver a la estrella como una verdadera diosa.

Aquí mis dos yoes, no lo he dicho por obvio, estábamos ya encarnadas en un solo yo, tan indisoluble como la santa trinidad. Llegaba más gente de la filmación por lo de la sesión de fotos fijas. Cuando vi dónde instalaban las luces y tripiés, me tranquilicé. Nosotros podríamos seguir con lo nuestro sin problema, antes de regresar a San Luis Potosí, y ahí sí que ya no sé qué ocurriría, entregaría yo de nuevo el cetro, o el potro o la pluma, o el teclado, o como quieran decirle.

Seguíamos esperando el café cuando Dante preguntó por los poetas y externó que le encantaría caminar por la ciudad. El hotel en que estábamos hospedados es memorable (el edificio es una ex plaza de toros remodelada) y con aquello del mezcal del jet, más el de la mesa del restorán, yo no tenía ninguna gana de moverme. Le dije que los poetas estaban a punto de reunirse con nosotros.

—¿Afuera del hotel?

—No, aquí.

La verdad es que lo dije de pura pereza o postpandria, me sentía invadida por la grata relajación de la sobremesa. Cuando volví a alzar la vista, como si con mi «no, aquí» yo lo hubiera invocado, estaba a nuestro lado, en total silencio, el amigo que yo quería presentarle a Dante, vestido muy severamente con un traje oscuro, el bigotito tupido, las cejas lo mismo. Muy pálido. Llegó la charola con las tazas de café, y los preciosos postres y, en medio de la confusión de servirlos y demás, dije:

—Éste, Dante Alighieri, es Ramón López Velarde, el poeta nacional de México. Dante, él escribió los poemas que son los clásicos de estas tierras.

El pedante pianista falso arqueó las cejas y abrió por primera vez la boca:

El Pedante ¡Dante! ¡López Velarde! ¿Qué filman?

Dante Mucho gusto —sin prestar atención al barbón pedante—. ¿En qué siglo?

López Velarde En el Veinte. Aquí hubo una guerra civil, muchos muertos.

El Pedante ¿Van a meter a Dante en una película de la Revolución? ¡Quién escribió ese guión!

Yo No somos película.

Dante ¿De qué ciudad es usted? La mía fue Florencia.

El Pedante ¿No?, ¿entonces qué, fiesta de disfraces?

López Velarde Me fui a la ciudad de México. Pero ésta, ésta.

La gringuis Mejor será no regresar a mi pueblo.

Su intento de citarlo me sorprendió.

Yo No es precisamente así el verso, pero casi.

Gringuis Lo leí en traducción, la de Beckett. No lo conozco en español.

Pedante *(despedantizándose)* Si me permiten, ¿quién les hace el diseño de producción?

Yo Nadie, no es película.

Pedante No está bien. Les arruina la imagen. No lo van a remediar con luces. A éste, el Dante, le falta brillo en los ojos. Tiene los ojos de un muerto. Hay que cambiarle los ojos. Los lentes de contacto que le han puesto le dan la apariencia de que *no* tiene ojos. ¿Lo ve? Y con una cara así, no conviene esconderla debajo de la cachuchita, es una cara perfecta para Dante.

Lo volteé a ver. Sí, tal vez era la cara perfecta, *aunque* fuera la de Dante.

Pedante También un poco el color de la piel, pero con polvo en el último minuto lo arregla la maquillista. ¿Quién les diseña el maquillaje?

Yo No es película.

Pedante No está mal el maquillaje, pero un poco de luminosidad en la cara de Dante no iría mal.

Los cielos zacatecanos están fijos, como si les hubieran tomado una fotografía y los hubieran colgado in situ.

Dante *(insistiendo)* ¿De *cuál* siglo?

López Velarde Soy un antiguo, Dante. No fui nunca de mi siglo. Soy un antiguo.

Después de decir esto, Ramón López Velarde bajó la voz, y en un tono de confidencia comenzó a contarle que él estuvo enamorado pocas veces, que una de éstas, muy importante, fue en México y de una mujer que veía en el tranvía de las mañanas, cuando iba rumbo a su trabajo, que nunca habló con ella, que fue un amor «perfecto, puro, por completo ideal». Para mi sorpresa, Dante manifestaba más interés en «¿qué es un tranvía?» que en los detalles desglosados de ese afecto, quería saber quiénes luchaban en la guerra civil, cuáles eran los bandos, si el poeta había sido hombre de armas, si su familia tenía tierras y cuáles palacios, y después dejó de escuchar por completo (Britney Spears hizo estragos en su espíritu, me temo, corruptora de su alma pura). Una de las asistentas de la Zeta-Jones (una chica hermosísima, morena, algo rolliza), arrellanándose en un sillón vecino, acomodó en sus piernas una bolsa de papel grande, probablemente de alguna tienda de ropa, que tenía impresa la fotografía de un joven modelo, sólo el rostro amplificado en blanco y negro. La imagen reposando en las piernas de la morena cautivó a Dante, quería explicaciones, qué era esa figura, ese rostro celestial, quién la había pintado, preguntaba sobre la calidad del dibujo, por qué lo llevaba ella de esa manera, etcétera.

Un ruido de voces lejanas pero presentes, como un coro, estalló. Difícil entresacar de lo que se oía alguna cosa coherente, pero me atrevo a anotar lo que creí entender que decían: «Que los bardos se pusieron a jugar a la raqueta, que había a la vuelta una cancha de squash», «el sueño de Dante, lo hemos visto: bajaba del cielo acompañado de un ángel que tenía la cara…», «que Manuel José Othón está furioso porque no lo invitaron a la reunión con Dante, que él no es menos…», y el borlote no me permitió identificar nada

más.

9. La de México

Fuimos arrastrados de golpe sin permitirnos terminar de vivir la escena. La ilusión que yo le tenía, y me la arrebataron, ahora sí que en mis narices. Las arbitrariedades de la autora a que estamos sometidos parecen no tener límite. No sé qué pasó con la Zeta-Jones, qué con López Velarde —¿se sentaron a tomar una copa?, ¿de verdad jugaron squash?, ¿caminaron por las calles de Zacatecas?, ¿conversaron largo de algo más?—, qué con el
pi-ei
que soborné, no sé nada. Eso ocurre con los personajes que andamos en manos de escritores atrabancandos. En un tris, sin que tuviera que ver nuestra voluntad en esto, una vez más (para el dolor de nuestras asentaderas y el perjuicio de mi cerebro) a lomo de rata, sin ver la mayor parte del camino por los saltos que daban los roedores, llegamos a la ciudad de México, aterrizamos abruptamente robándonos no solamente la de kilómetros que median entre Zacatecas y el Deefe, de los que algunas cosas interesantes pudimos haber sacado, sino también ahorrándonos la espeluznante entrada a la ciudad, los cinturones sucesivos de villas miserias, pasando a las menos miserables, cruzando a las francamente horribles, arribando a los atascos eternos de tránsito: nada de esto. En un tris, las ratas nos depositaron enfrente del caballito —¿o caballote?—, el mamotreto dizque escultura de Sebastián que sería calificable de gigante, si no fuera porque está entre edificios tan desproporcionadamente grandes para la glorieta que los acoge que simplemente parecen no caber donde están, enanean la retintinante amarilla cosota, desproporción al pie de

más inmensas desproporciones.

A sus pies, o cascos, nos reunimos con el otro convoy, el de carne y hueso que habían enviado a hacer un recorrido paralelo al nuestro. Estaba formado sólo de una persona, así que no sé si en realidad podemos llamarlo «convoy»: un académico, vivo y sin trato alguno con muertos —exceptuando el que tendría con Dante, pero no caería en la cuenta de que se trataba de Dante, y menos todavía de que fuera un hombre recién vuelto de la tumba—. Lo saludamos de mano, dijimos nuestros nombres —me ahorro aquí su presentación, que vendrá después— y nos aprestamos a continuar por Avenida Juárez. Iríamos cada uno por nuestro lado, nosotros, provistos de la carta Alighieri, nos podríamos pasar las reglas del tiempo por los alamares. Nos vimos subiéndonos otra vez a las ratas, o sería más apropiado decir «las ratas se nos subieron», mejor todavía «se nos embajaron», y con ellas entre las piernas nos echamos a andar, dejando atrás al profe que tenía cara de profe y actitud de lo mismo, un recontraprofe. Las primeras cuadras de Avenida Juárez —esquina con Iturbide, Humboldt, cruzar Balderas—, todo bajo control: así fuéramos sobre las ratas, la gente hacía como que no las veía —hábito mexicano—, o nomás no las veía —poco posible, aunque probable—, los vendedores de lotería se nos acercaban a ofrecernos el número de la suerte, el niño de los chicles los de su mala, el que boleaba zapatos su servicio —¿dejar las patas de las ratas brillando de limpias?—, ahí tiramos hacia nuestra izquierda para ir hacia la calle de Doctor Moya, una necedad mía, les dije que quería enseñarles los antiguos quemaderos de la Inquisición, cosa que ilusionó mucho a la gringuita e intrigó a Dante, pero, la verdad, lo que yo tenía en mente era detenernos en El Hórreo a comernos alguna cosita, tal vez una paella, una fabada —no la mejor del centro, pero si estábamos ahí, por qué no aprovechar, en nuestra situación cómo saber si volveríamos a tener oportunidad de llevarnos a la boca cualquier cosa—, y así lo hicimos, frente al Hórreo dije lo mío, les gustó la idea, las ratas aplicaditas se acuclillaron a un costado de la puerta del restorán, nosotros entramos muy campantes, pedimos mesa para tres, nos sentaron… y cuando Dante dio el primer trago de vino tinto (el primero que diera en todo el viaje), cuál no sería nuestro desagrado: se veía el líquido bajar por su tráquea. Su

«cuerpo» no era totalmente traslúcido —no se veía a través de su cuerpo el asiento en que se había acomodado— pero tampoco era del todo opaco. Le quité la copa de las manos, explicándole la situación en voz baja, misma que lo avergonzó sobremanera. No volvió a tocar la comida. Nosotras comimos de todo, incluso la gringa le entró a la ensalada, sin temer le cayera encima la venganza de Moctezuma.

Dicho y hecho: apenas habíamos pagado y estábamos saliendo a la calle y nuestras ratas se desperezaban para montarse bajo nosotros, cuando ya estábamos metidos adentro de las páginas de un libro que aquí someto al lector, abreviando tanto la trama (cuando corría), como los tropezones (que abundaron, como deben imaginar, si vamos bajo la batuta de quien ya sabemos), y convirtiendo a la venganza del multiapaleado emperador Moctezuma en una aventura de índole poco digestiva, a la manera de pesadilla febril provocada por los malestares gastrointestinales:

La venganza (y la pluma)
de Moctezuma

Subtítulo: La pluma del soborno

Diciembre 7,1941. A poca distancia de los muelles de Nueva York, un submarino alemán espera impaciente la llegada de alguna presa digna de ataque. Las últimas semanas han visto pasar embarcaciones deleznables. Han matado el tiempo escuchando la radio, el programa

favorito de la ciudad a cuya vera aguardan el golpe. El capitán Reinhard Hardegen y los tres oficiales principales, bilingües desde niños, ríen a carcajadas con las aventuras de The Goldbergs. Entre una risotada auténtica y otras forzadas, más hijas del fastidio que de otra cosa, el capitán Hardegen se ha hecho una promesa: «Al siguiente buque, sea lo que sea, lo hundimos». Pocas horas después, ven acercarse a un transatlántico apetitoso, cargado, dice el capitán, seguramente de traidores, probablemente incluso portadores de secretos de la industria bélica, y de judíos —como los Goldbergs del programa de radio, detalle que no sé decir si se les escapa—. Aprestan sus «apunten-fuego», cuando distinguen la bandera: cuál no sería su desmayo, Suecia es un país neutral. La embarcación proviene de Estocolmo, no pueden tocarla por más promesas y juramentos, o enemigos y conjuras que traiga a bordo.

Una pena que fuera sueco, porque el capitán Reinhard Hardegen no estaba equivocado en la naturaleza del contenido del transatlántico: judíos, científicos los más, que traen en las manos una embajada especial del gobierno inglés, una carpeta con inventos y descubrimientos tecnológicos, entre los más valiosos un artefacto de escasos dos centímetros que tiene la capacidad de duplicar trescientas veces el radio de sensibilidad de un radar y que jugará un papel crucial en el desenlace de la guerra. Los portadores de la carpeta tienen instrucciones de ceder todos estos hallazgos a los norteamericanos, a cambio de que los fabriquen y los hagan accesibles a los ingleses que tan malamente los necesitan. Albergan la esperanza de obtener a cambio informes sobre La Bomba, pero no entrará a la mesa de negociaciones, será fruto de la reciprocidad debida entre caballeros.

El capitán Hardegen desconoce, en cambio, toda la información sobre la persona que nos concierne: Alfonso

Icaza. Mexicano de nacimiento (y por convicción), va a bordo, en la última fase de una misión que le ha consumido un período de seis años. No retardemos su presentación siguiendo vicios absurdos de plumas que nos han precedido en este libro: Alfonso Icaza estudió su posgrado en Filosofía en Alemania, en la Universidad de Heidelberg. Su familia podía darle hilacha a su vocación, cualquiera que ésta fuese. No tenían necesidad ni deseo de hacerle producir más plata (les salía hasta por las orejas), ni de que se ganara algún lugar en el mundo (los Icaza lo tenían, y más ancho que el río Bravo, en México, familia de abolengo cuyo brillo reluce desde los tiempos de la Colonia y que ha sabido sortear los alzamientos de los Insurgentes, los motines del populacho, la bola de la Revolución y los reacomodos después de ésta). ¿Quería ser filósofo su primogénito?, ¡que lo fuera!

Sus estudios germanos fueron muy fructuosos. Aprendió a beber cerveza sin perder la cabeza y a pasar los ojos por los libros sin absorber más que lo que entraba por la vía de la calle, los bares y los cafés (no por los prostíbulos, que nuestro protagonista sabía distinguir con claridad lo que era correcto de lo inmoral). Aprendió lo que aprendió, los aires de su tiempo, a saber: uno, que existían razas puras e impuras, superiores e inferiores; dos, que el ideal era constituir un Estado apoyado por un Partido Nacional Socialista; tres, que había que cortar de ras los males sociales, las perversas influencias; cuatro, que el arte debía ayudar a constituir la columna vertebral de la Patria. Continuó nutriendo su persona intelectual, seguro de que tendría mucho que aportar al volver a México, país donde estaba la cuna de una de las razas más puras y más superiores del orbe, misma que por esto había sido capaz de levantar el Imperio Nahua.

Mientras tanto, no dejaba pasar las hojas del calendario en balde. Escribía largas cartas y una columna

semanal en el periódico con la que ganaba cada día más adeptos. Preparaba un libro que él sabía fun-da-men-tal para México. Su voz comenzaba a tener influencia.

En uno de sus viajes por Europa, descubrió en el Gran Palais de Bélgica el vestido de Moctezuma. Para algo más había estudiado en una institución alemana: investigó con extremo rigor al dedillo los ires y venires del objeto, pudo rastrear todos sus desplazamientos siguiendo su ruta hasta no dejar lugar a dudas de que ésta sí era una de las piezas que el pirata Juan Florín —según pronunciaran su nombre los españoles— hurtara de aquel primer envío que portaba los regalos de Hernán Cortés para el Emperador Carlos V. El vestido de Moctezuma no fue, sin embargo, la pieza que Durero ponderó muy alto, evaluando a los artistas mexicanos como los mejores jamás habidos en el mundo, sino una de sus acompañantes, una más de las muchas de relleno, aunque no despreciable del todo por la calidad de su hechura (sin duda inferior a la miniatura de arte plumario que arrancó al artista mencionado los más efusivos elogios) y por su valor simbólico, porque fue, en efecto, parte del atuendo del Emperador nahua depuesto por soldados que no merecieran portar el nombre, pues traicionaron los códigos elementales que se deben los caballeros en la guerra.

Alfonso Icaza decidió llevar su investigación un paso más lejos. Debía comprobar que el vestido no había sido reemplazado por otra prenda de algún otro reyezuelo o impostor mestizo. Por este motivo, sobornó a uno de los guardias del Grand Palais y obtuvo una pluma, sólo una pluma, para llevarla a examinar a manos expertas. Nadie como el profesor Smith del Museo Peabody alojado en la Universidad de Yale en New Haven, para juzgar con absoluto conocimiento de causa.

Así sólo fuera una pluma, y obtenida de la parte trasera del vestido (algo opaca, deslucida, despeinada, sin gracia),

cuya ausencia podía considerarse irrelevante, no iba a dejar artículo tan importante en manos del correo o de un mensajero. Por esto, él mismo lo transportaba, acojinado en una hermosa caja elaborada especialmente para este objeto.

En la caja, había hecho pintar un águila reposando en un nopal, significando la fundación de México, frente a frente al águila imperial que había visto aquí y allá en Alemania, en Postdam, en Berlín, en Dresde. México, Alemania: dos países, dos glorias, un destino común: la superioridad. ¡Una misma águila!

Su plan era, después de verla aprobada por el experto, viajar a México y convencer al presidente de reclamar a los belgas el objeto. Si no cabía la menor duda de que fuera el vestido del Emperador nahua, México no podía darse el lujo de perderla. Obra producto de manos de una raza pura, arte superior, testigo de rituales grandiosos, parte del corazón de la Patria, bien valía que Alfonso Icaza hubiera metido mano en la vitrina que la resguardara, le arrancara una pluma, cargara con ella hacia New Haven, a bordo de un barco neutral, y estuviera por someterla al escrutinio de ojos sapientísimos.

Estaba seguro de que el Caso de la Pluma podía levantar anclas y fomentar el torbellino nacionalista que debía sacudir a la Nación. Le había llegado su hora a México.

No se detendría en Nueva York ni una noche. Pocas ganas tenía de esa ciudad de circuncisos. Sus amigos lo esperaban en Yale. Su única preocupación por el momento era cruzar las fronteras estatales antes de las ocho de la noche. Había sido advertido de que ningún extranjero podía desplazarse de un estado a otro después de esa hora.

Aquí, el autor del libro en que estamos metidos paró en seco,

¡pero qué fastidio! Regresa a su primera línea, que es el título; lo tacha, a su lado anota:

La venganza de Moctezuma
Subtítulo, o título alternativo:
Ópera, venganza, vestido y penacho

Escribe un poco abajo:

> A manera de epígrafe: aquí tienes un libro sucio que vale la pena leer… Y es probable que deba agregar al epígrafe una nota a pie de página, algo así como: Esto dijo Ezra Pound a su editor, quien se convertiría en breve también en el de Trópico de Cáncer…

El autor pasa las páginas mientras nosotros seguimos haciendo el idiota, varados esperando cómo seguir, sin ánimo alguno de volver a recorrer las que llevamos —oír el diálogo del programa de radio, las carcajadas falsas o espontáneas de los alemanes—, clavados inmóviles, agarrotados, aguardando lo que nos imponga el loco; él dirá dónde vamos a ir con Alfonso Icaza, qué papel nos corresponde interpretar, a qué hora saldremos para volver a lo que nos trajo a la ciudad de México. De súbito, el autor llega al punto en que estamos, nos aprestamos para reincorporarnos a la historia que ahora es la nuestra, así aún estemos en ésta sólo en calidad de testigos (de seguro más adelante habrá un rol para nosotros, y esperemos que sea protagónico), cuando el maldito tacha lo que continúa, lo que nos espera exacto enfrente, pasa la tinta quitándonos las palabras que estaban en nuestras narices o a nuestros pies, en nuestro inmediato futuro, trazando el camino de nuestras vidas, o por lo menos la ruta de nuestras horas inmediatas, las que tenemos que recorrer para salir del berenjenal en que nos hemos metido sin deberla ni temerla. De nueva cuenta, el autor se detiene. ¿Qué hacemos? ¿Adónde ir? Como si enfrente de nosotros nos hubiera puesto un abismo. No podemos seguir. El autor escribe al margen, con letra muy pequeña:

> Una idiotez, no puedo contar las peripecias en pos del traje de

> Moctezuma en ese contexto, debo hacerla llegar al continente de otra manera, como:

Y recomienza:

> Un transatlántico italiano se acerca a puerto. Apenas atisbar Veracruz, la tripulación anuncia por altavoces a los pasajeros el inminente desembarco y todos se apresuran con los preparativos. Sólo una persona resta inmóvil. Éste se apoya en el barandal de cubierta con aire contemplativo. Pero no es el Castillo del Morro o la Catedral blanquísima del puerto lo que escruta. Su mirada no se dirige hacia su destino, sino a una fotografía que acaba de sacar de su bolsillo, la de una mujer (es la de Lise Meitner, la mujer que estuvo atrás de la creación de la bomba atómica, colaboradora de Otto Hahn, descubridora como él de la fusión atómica).

El autor tacha lo que acaba de escribir justo cuando una de las ratas estaba diciéndole «es un ultraje tu arbitrariedad: ¡no era Veracruz, sino Nueva York!». El autor hace caso omiso de este comentario, aunque pensó «¡Bicho distraído!, ya dije que cambiaría la llegada de la pluma»; de cualquier manera ha tachado lo que provocó lo que dijo la rata cuando ésta termina de espetarlo. El autor sigue ojeando las páginas de su libro en el que malamente —y para nada, si se me permite— vamos nosotros a bordo. Nos deja una vez más sin donde poner los pies. Escribe ahora:

> Basta de pluma de traje de Moctezuma: todo el libro será sobre la BOMBA. ¡LA BOMBA! ¡Adiós pluma! ¡Que se muera la azteca belga! ¡Regresemos a Nueva York!

La poeta gringuita y quien aquí de su ronco pecho les escribe nos sublevamos despojadas de toda forma de prudencia y de educación, y nos lanzamos contra viento y marea, no cejamos hasta quedar afuera de la novela en la que habíamos caído y en la que no teníamos ninguna intención de participar, ni como testigos ni mucho menos como actores. Tuvimos paciencia cuando el de la

pluma del vestido de Moctezuma (que el dicho Alfonso Icaza ha rescatado de una Europa en llamas y lleva a buen resguardo hacia su continente original) y la creación de la Bomba Atómica se compenetrarían en un absurdo, pero no íbamos a tolerar que nos regresara a Nueva York, volver a empezar nuestro viaje desde el principio, ¡de ninguna manera!

Nos cuesta algo salir de ahí pero lo conseguimos. Apenas dejar el laberinto de las páginas del libro del autor indeciso, aterrizamos en la esquina de Juárez con Reforma, como si no hubiéramos dejado ni un momento las calles de la ciudad de México, ni nos hubiésemos emberenjenado con la pluma del traje de Moctezuma, el submarino alemán y demás. Y ahí topamos con los que aquí contaré:

10. El otro convoy

Aprovecho la abrupta caída y el consiguiente segundo de pausa obligada del autor para tomar aliento, y les presento al otro convoy neoyorquino, el que sólo mencioné de pasada cuando topamos con él bajo el Caballito mamotreto amarillo, siguiendo mi mala costumbre narrativa (como cuando apareció la gringuis en el coctel de Le Carwash,
etcs.
,
etcs.
), y con el que volveríamos a coincidir, así fuera por breves momentos:

Ángelo, de cuyo apellido no puedo acordarme, profesor en la Universidad de Rutgers, a punto de terminar su biografía de Elena Garro, viaja hacia Ciudad de México. Que cómo lo escogieron, no lo sé. Hasta este momento, Elena Garro no ha estado en ningún El Parnaso, primero porque ni quién sepa en Nueva York quién es Elena Garro, gloria de las letras hispanoamericanas pero reverenda desconocida en la aislada isla. Porque eso sí, aprovecho para decirlo: en El Parnaso las letras anglosajonas, las francesas, las italianas, las alemanas están muy bien representadas, pero de los nuestros… ¡no saben ni quién es Quevedo! ¡Ni Rubén Darío! De José Martí (que vino aquí a sanar sus lastimados huesos y a cargar pilas durante la friolera de trece añitos), medio saben los gringos, porque es héroe político que juega a su favor. Pero no crean que le conocen demasiado. José Lezama Lima les parece nombre de fruta, de Macedonio Fernández no saben ni que existe.

Así que no debe sorprenderle a nadie que Nueva York no haya querido recibir a la Garro, si cuando la tuvo cerca, viva, joven y bella, la maltrató, porque aunque la bella escribió en esta ciudad parte de su *Los recuerdos del porvenir*, que es una joya, una bellísima novela, aunque paseó por Park Avenue su manuscrito mostrándolo a editores de primerísima, luego a editores decentes, después a los insignificantes, albergando el sueño de publicarla en inglés y así interesar a un productor en hacer una película, no llegó ni a la esquina. El sueño neoyorkino de la Garro no era descabellado. Ya dije que la novela es bellísima, muy narrativa, encantadora, está llena de vigor, contiene múltiples ingredientes para satisfacer al señor y a la señora lectores; contiene víbora, o mejor dicho flauta de encantador, de las que hacen ponerse a danzar de pie a las serpientes, sean boas o no. Pero no consiguió nada, en parte porque Elena no era precisamente hábil con las cosas del mundo, pero también porque el que manda, manda, y éste es la Suerte —y, en el caso de los libros, muchos ingredientes gobiernan la susodicha, entre otros la bolita del prestigio y del honor que aquéllos, los fallecidos venerables que pueblan El Parnaso, tienen en su bolsillo—. La Garro no tuvo suerte. Después regresó otras veces, estuvo en Nueva York después del movimiento estudiantil del 68, en el que ella jugó el peor de los papeles —espía, traidora de sus amigos, agente del gobierno, delatora espiada—, llegó creyendo que conseguiría algo, un trabajo, una beca, un apoyo, estaba convencida de que había trabajado para Nelson Rockefeller, otra más de sus descabelladas fantasías, ilógicas o con una lógica que yo no alcanzo a entender… Porque le veo la mecánica a su fantasía, pero no la lógica, no la comprendo. Ahora bien, de que Elena Garro terminaría por entrar a El Parnaso, nunca me cupo la menor duda, pero nunca se la invitó a participar cuando éste se celebró en Nueva York. El hecho de que la segunda parte del convoy exploratorio tuviera como tema a la Garro, garantizaba su entrada al siguiente El Parnaso. Se le cursaría invitación, sin lugar a dudas aceptaría: ya se la consideraba como una autora consagrada. Que no la hubieran invitado antes, no era sólo la mala relación de la ciudad con ella, sino que Elena había estado concentrada en sus asuntos, como si hubiera muerto joven. Su vida quedó hasta el final llena de cabos sueltos, revuelta, desatada, en desorden. Los que acaban de morir

tienen múltiples asuntos que ordenar antes de sumarse de lleno a su existencia de muertos, como ser miembros de El Parnaso. Es raro el caso de Bolaño —no la única excepción, como ya sabemos, si ya pasaron por estas páginas otros—, dejó sus cuentas y manuscritos en orden, murió como un viejo. Elena no. Dejó todo en desorden porque vivió en desorden. Según ella, su único faro fue Octavio Paz, su ex marido, el enemigo en contra del cual vivió, amó, luchó, tuvo amantes, etcétera. Nunca cambió de eje, se divorciaron en los cincuentas y Elena Garro siguió como girando alrededor del planeta Paz hasta su muerte en los años noventas. No que le hiciera falta. Elena Garro era ella misma un figurón, y de hecho (porque le patinaba el coco y le faltaba un tornillo) todo su yo era girar en círculo con los ojos puestos hacia el centro de sí misma, cuál Paz ni quiochocuartos, rotando alrededor de sí misma, alegando a diestra y siniestra que el imán de su baile incuerdo estaba en Octavio Paz. A saber por qué.

No era Paz lo que interesaba en esta ocasión a su biógrafo. Gran admirador de Elena, la había estudiado con rigor, como a un caso literario, sin dejarse fascinar por el cuasirromanticismo trágico de su historia, sopesando su obra, la recepción de ésta, y concentrándose por último en su persona. Tenía descifrada la infancia de Elena, lo que hubo antes de que apareciera Paz, lo que la hizo ser la Garro. Conocía pormenores de la relación con él, me ahorro aquí estos detalles, entre otras porque no da la tinta del cartucho para enumerar a los amantes. Había echado una luz distinta de origen biográfico (mis reticencias, pero cada quién su cada cuál) sobre la imaginación extraña de la Garro y sobre esa traición perturbadora que hay en su Isabel de los *Recuerdos del porvenir*. Y sólo quería confirmar un punto: la supuesta violación de su hija —Elena Paz— perpetrada por el padrastro de Octavio Paz. Iba en busca del archivo del médico, el doctor Haro que se hizo cargo del caso, y a entrevistar a los viejos de las dos familias, o las tres, la del doctor, la de los Paz y la de la madre de Octavio, los Lozano, buscando si alguien recordaba y quería hablar. Además creía, como buen gringo, que habría algún documento legal o un testimonio escrito familiar o fotografías u objetos que dejaran ver si hubo o no tragedia. ¡En qué estaba pensando! México es otra cosa, pero en fin, ése es su problema, y regresemos a los nuestros, que los

teníamos, para empezar uno de índole cronológica en el que no tardamos en caer en cuenta:

11. Nosotros

La abrupta caída nos había depositado, a Dante, a la gringuis y a su servidora, enratalgados en la esquina de Avenida Juárez con Reforma, otra vez al pie del Caballito amarillo mamotreto. Tomamos Juárez rumbo al Zócalo, pero no habíamos dado ni dos pasos cuando, a nuestras espaldas, un sonido muy peculiar proviene de Reforma. Al acercarse, distinguimos voces cantando, repitiendo dichos y coros, no en desorden ni gritadas sino como una suerte de murmullo colectivo, un responso musitado por muchas almas sobrecogidas. Giré la cabeza: una turba, vestida en su mayoría de negro, formada de niños, mujeres, jóvenes, hombres, viejos, de distintas clases sociales, desfilaba con una actitud de extremo respeto, ceremonial, con la solemnidad de algunos países católicos, notoria en expresiones laicas colectivas. No tardé en identificarla: era la manifestación congregada pocos días después de la matanza en Acteal, la que ocurrió adentro de una iglesia en la que pasaron a cuchillo a adultos, viejos y niños, a las embarazadas les abrieron los vientres con un cuchillo para subrayar la intención de violencia y profanación. Yo misma había tomado parte en esta protesta masiva en tiempos que fueron mucho mejores. La multitud congregada para manifestar su repugnancia y dolor era tan nutrida como diversa. No era contra nadie en específico, más contra el acto que contra la inutilidad de un Estado incapaz de generar un ambiente de legalidad y paz. Algunos caminaban cantando, aquel puño de personas imitaba con mantas la forma de un barco, velas ondeando de luto, a los lados de los que se manifestaban desfilando se agolpaba la gente, respondiendo con solidaridad ante lo

abominable. Era entre feria, celebración y muy sentido funeral. «Tanto que no pensaba yo en esto, que no recordaba lo que había sido aquella tarde, cómo miles se habían lanzado a las calles como buscando un alivio ante el horror cometido, asustados, espeluznados», me dije, «ahora mueren por decenas, por cientos; son torturados, dejados sin cabeza, quemados vivos, de todas clases sociales, de todas edades, los niños también, en venganzas atroces del narcotráfico que alcanzan proporciones innombrables, los cadáveres abandonados indiscriminadamente, en medio de las calles, en despoblado, en botes de basura, en la sala de recepción de un hotel, de vez en vez una mano anónima arroja bombas en algún restorán; las decenas de muertos se acumulan, caen centenas, miles al término de un año; otros incontables son secuestrados por manos donde no llega la lluvia de dólares del tráfico de drogas, se les mata o no, pero se les enseña cuán desechables nos hemos vuelto todos y cada uno de nosotros, pedazos de una mercancía perecedera, a veces se les mutila, se les corta una oreja, un dedo, el otro, envían los trocitos a sus familias para hacer presión, para enseñar que los secuestradores no conocen la piedad, para infundir terror. Cuánto ha subido el nivel de tolerancia a la violencia, cuánto se ha quedado sin signo político dizque, y ya no hay canto, no hay arropo, no hay multitud conjunta»[3].

Frente a nosotros, se deja venir, sobre Avenida Juárez, avanzando en sentido contrario, otra manifestación, muy diferente, más ruidosa aunque también de gente muy diversa (es tan poco usual en México ver a las clases sociales mezcladas, conviniendo hombro con hombro), también compuesta de variopintos, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, pero antes de que nos alcancen y se toquen, se evaporan. Nosotros, intactos. Ahí estamos, caminando sobre Avenida Juárez, la Alameda a la izquierda, las pilas de cascajo crecen. Grupos de voluntarios entierran en ellos cuerpos de personas, gritos, quieren salir. Los bomberos cooperan a apilar sobre las montañas de cascajo más detritus, entierran también ellos algún cuerpo que va perdiendo lentamente la vida; giré la vista los 360 grados, las calles están desiertas, no hay tráfico, no pasan coches; el reloj que sobresale de un edificio intacto, entre la calle Doctor Moya y Reforma, marca las 7:19; más allá, por el Monumento a la Revolución, nubes de humo, sobre Bucareli, en

reversa, un camión de pasajeros cargando bolsas negras de cadáveres, apilados como sardinas; las grandes construcciones de concreto están hechas añicos, se retiran los grupos nutridos de voluntarios que enterraron a la gente; el letrero con el nombre del Hotel Regis caído, reclinado sobre los escombros apilados en la calle, y llegan los bomberos, el día y la noche se presentan sin darnos tiempo apenas de parpadear; oscuro: tiembla, se levantan un par de edificios, la gente pasa corriendo en reversa gritando odnum led nif le se, en el zangoloteo de pronto corren hacia adelante, gritan «es el fin del mundo», de nuevo hacia atrás, la tierra se calma; luz del día: asomo la cabeza hacia la calle lateral, veo un puesto de jugos y licuados de fruta, sobre la mesa todo está intacto, la naranja recién cortada, el cuchillo a un lado, caído a su pie, hay una mujer desplomada, la seño de los jugos, lleva el mandil puesto, sobre la mitad superior de su cuerpo la ceja de un edificio; estalla la caldera del Hotel Regis; sobre una pesera (el transporte público llamado así por costar al inaugurarse un peso, camionetas para 10 pasajeros) se retira un bloque de material de construcción, como si los grandes edificios de concreto hubieran sido juguetes que un niño malcriado destrozase, como si horneados, como un pastel al que es fácil romper, desmoronar, y que una mano vuelve a poner en orden, regresándole el aspecto de solidez que sabemos falsa; de inmediato el terremoto, minutos largos, el universo se balancea, un edificio tras otro se pone en pie, es del 11 de septiembre de 1985. Son las 7:19, marca el reloj.

Aquí entiendo: estamos corriendo atrás en el tiempo, me queda claro cuando veo a los edificios alzarse como danzando frente a nosotros, un piso se sube sobre el otro, allá uno verdaderamente se pone de pie de un solo golpe, cada una de sus «capas» vuelve a acomodarse, una arriba de la anterior, hasta terminar erguido, sus ocho o nueve pisos de nuevo erguidos.

Retomamos el camino por Avenida Juárez, la ciudad parece otra, qué hermosa. Cada paso que damos a lomo de rata nos transporta hacia atrás un año, su caminar tan vertiginoso que estamos como adentro de un telegrama del que al principio perdemos varias líneas, nos toma esfuerzo ajustarnos, saber leerlo; entreví, mientras intentaba concentrarme, a las mujeres con zapatos de tacón de aguja, a los hombres con sombrero, a los mendigos

descalzos, a los tranvías, pero para entonces ya estamos frente al Palacio de las Bellas Artes, es la inauguración,

y lo nuestro un verdadero telegrama coma es 1934 coma qué fiesta punto la gente se agolpa a la salida de la inauguración de la exposición de orozco en la galería que está a nuestra derecha punto donde bellas artes coma la demolición de la tienda coma ahí mismo la fábrica de seda punto retomamos juárez coma cruzamos con maría conesa coma bailarina coma cantante y mujer de negocios coma que ayer por la noche interpretó la opereta la duquesa del bal tabarín frente a venustiano carranza coma presidente de la república coma la gente la aclama al pasar coma oímos tantos comentarios punto corre el año de 1914 coma entran al sanborns zapata y villa con sus tropas punto zapata dice coma quedito pero lo oímos coma la ciudad es un nido de políticos y foco de intrigas punto aquí coma en el mismo edificio coma es el jockey club coma antiguo palacio de los condes de orizaba punto vemos pasar los trabajadores dos puntos a solamente una cuadra de distancia coma están destruyendo el edificio de correo mayor sobre las ruinas del antiguo hospital de terceros coma 1900 las rezadoras cuervas dicen que el mundo se va a acabar coma ya no hay respeto coma no quedan costumbres coma sirven menú francés en el tívoli del eliseo punto en las calles se dice que josé ramírez coma interventor del gobierno en la incautación coma ha vendido en londres los libros que sacó del claustro de san francisco punto se abre un templo protestante punto renovación del teatro iturbide punto maximiliano y cariota imitan la moda en la ciudad coma que luce como un departamento a la francesa coma los húsares austríacos coma el belga félix eloín coma jefe del gabinete imperial coma el francés boban de apellido coma arqueólogo imperial sueñan los unos con los otros y cumplen lo de sus sueños coma las chicas los ven caminar de vuelta y de espaldas al cuartel coma sueñan también con ellos punto se clausura el hotel jardín punto se inaugura el hotel jardín punto los claustros son tugurios insalubres punto la república concede el edificio del hotel jardín a chiarini coma quien monta el circo con varias pistas

ecuestres punto las demoledoras se alejan del circo coma humea una montaña de carbón de grandes proporciones coma se desvanece coma aparece coma tesoro de arte barroco irreemplazable coma el retablo de la iglesia de san francisco punto libros caídos por el camino se levantan al paso de unas carretas y se suben presurosos coma como por un descuido coma a éste coma atrás de éste coma nadie da la bienvenida a la iglesia de san francisco coma corre el año de 1856 coma llenan los estantes y habitaciones de la biblioteca del claustro de san francisco con libros que van sacando de unas carretas punto alboroto punto los curas alebrestan a sus feligreses punto se dictan las leyes de la reforma punto calma relativa punto en la esquina donde vimos bellas artes coma cierra una tienda coma abre la fábrica de seda coma se incorpora de los restos de la demolición la iglesia de santa clara punto once veces santa anna es presidente punto los yankees se retiran coma termina la epidemia de cólera punto el cuerpo de iturbide coma el libertador nacional coma es exhumado de catedral y retirado de la ciudad por anastasio bustamante punto 1824 se establece la república mexicana punto el emperador iturbide toma el trono punto el panfleto de lizardi en las manos de la gente coma pregunta si vestirán al emperador de huehuenche en cambio coma en 1822 coma iturbide se corona emperador de méxico vestido con capa de armiño punto ratas necias punto van tropezando punto nos hacen saltar pasajes coma se comen prácticamente todo el siglo diez y ocho coma en qué están pensando punto y estamos tras el salto en 1697 coma la ciudad de cien mil habitantes coma la mayor partes negros o mulatos coma lujo coma blasfemias coma negaciones coma oraciones a la luna coma tatuajes coma pactos con el diablo coma ventriloquia coma varas para encontrar tesoros punto la gente retira baldes llenos de agua del fuego de palacio nacional que se suelta deslenguado a arder coma se ejecuta a un indio cojo coma es el capitán de los tumultuantes punto se retira de la puerta de palacio un pasquín clavado que dice dos puntos comillas este corral se alquila para gallos de la tierra y gallinas de castilla cierran comillas punto con fecha de 1689

se publica la autorización de la corona para abrir seis temascales para hombres y otros seis para mujeres coma pero prohíbe terminantemente los baños colectivos donde hombres y mujeres se revuelvan y practiquen indecencias punto los alucinógenos coma el ololuihqui coma el peyote coma los hongos coma en cuartos oscuros punto hay prostitutos coma un mulato vestido de indio coma juan galindo de la vega coma lo llaman cotita de la encarnación punto la cofradía africana desfila en la calle coma celebra que tiene ya cuatrocientos miembros coma son ricos coma hacen banquetes coma libaciones coma danzas para honrar a su santo patrón coma se llama comillas nuestra señora de los siete dolores comillas punto corremos sobre el año de 1667 coma cuando el obispo prohíbe los perros en los conventos de monjas punto llega 1666 comillas andad que el año de 666 os hemos de gobernar comillas coma habían de tener rey los mulatos coma el año de los seises me lo pagarás paréntesis dijo un esclavo al amo que lo azota paréntesis punto los negros cantan comillas ay coma ay coma que nuestro día nos llegará comillas punto vemos volver hacia la plaza central a ciento veinte detenidos por sodomitas coma achaque tan mortal y nefando coma de aquí nosotros sentimos salir el humo que corre hacia toda la noche hacia el quemadero de san lázaro punto el indio luis de vargas coma amante de antonia isabela coma española coma quien soborna con tres pesos a los guardias coma arrestan al indio por concubinato punto treinta mil muertos coma casi todos indios coma es imposible enterrarlos coma nos hablan del deterioro de los embarcaderos coma llevamos años bajo el agua coma los mataderos clandestinos de ganado coma el agua se retira coma inundación de proporciones catastróficas punto los indios tlatelolcas y de otros alrededores se mudan a vivir a la ciudad coma ellos pueden vivir como anfibios coma se mudan al centro que ha sido abandonado por los blancos y mestizos punto desfile de la rama sagrada coma la virgen coma jesús coma fervor popular coma la gente se arrodilla al ver pasar las imágenes que creen milagrosas coma histeria colectiva coma sangre de las reliquias coma borracheras

> generalizadas coma epidemia de mezquiquilt o nexcuitl coma oímos decir que sólo queda visible un pequeño trecho de tierra donde la plaza mayor coma la han bautizado la isla de los perros coma las casas de adobe se desmoronan coma el agua baja de altura coma es la noche de san mateo coma el veinte de septiembre de 1629 coma una tromba que dura treinta y seis horas coma todo se seca punto el virrey huye disfrazado de monje coma sublevación popular coma seis o siete mil se congregan en la plaza de mercado coma chusma de míseros y revoltosos coma un motín en toda forma punto muerte de muchos indios coma epidemia de cocoliztly y tos chichimeca punto vemos pasar gente muy diversa coma chinos coma filipinos coma japoneses coma malayos coma bengalíes coma de las islas molucas y de madagascar punto otro salto punto las ratas nos vienen a botar a la plaza mayor en plena caída de tenochtitlan punto caos formidable punto no entendemos cómo coma quiénes coma frente a nuestros ojos el gran templo mayor de los aztecas coma sus palacios coma no queda rastro ya de la ciudad colonial coma hemos llegado al centro del imperio náhua punto

Habíamos corrido en unas pocas cuadras, y en cosa de segundos, en mala gramática (o gramática telegrafiosa) del siglo XXI al XVI. Las naves que Cortés había hecho construir medio de pacotilla, más para impresionar que para atacar, naves de atrezzo ahí encalladas, al alcance de nuestra vista, los cadáveres en el piso, el imponente Templo Mayor, el palacio de Moctezuma: estaban ahí. Pero si esto había sido digno de jóliwud, espérense un minuto: apenas parar en el centro del zócalo y descabalgar de nuestras ratas —quienes de inmediato cobraron la proporción natural de las de su tipo y dóciles se escabulleron de nuestra cercanía—, el tiempo comenzó a desenrollarse transcurriendo hacia el presente, y eso que fue el corazón de la ciudad prehispánica se volvía la colonial y de ahí a la del México independiente, árboles crecían y caían a nuestros lados, el canal que llegaba al costado del hoy palacio nacional se secaba, los edificios ganaban un piso, las avenidas se ensanchaban, todo cambiaba a velocidad extraordinaria, los vestidos de la gente, la Catedral se levantaba frente a nuestros ojos al tiempo que el Templo Mayor se destruía. Cinco siglos de historia en un tris disueltos bajo

la prosa indigestible de un telegrama. Don Porfirio Díaz, Madero asesinado frente a nuestras narices, Cárdenas, López Mateos, no daba tiempo de ver cuál iba adelante de quién, a una velocidad extraordinaria, imagino que unos quince minutos, arribábamos de nueva cuenta al presente, la plaza ocupada con un plantón a saber de qué. Las multitudes salían del Metro.

Tomamos hacia la Merced. Enfrente del exconvento se conglomeraba un grupo de lo más variopinto. El patio también estaba atestado. Pregunté: «¿Qué pasa?». «Es la feria de merolicos». «¿Merolicos?», pregunta Dante, más asombrado que otra cosa. «Hay para todos los gustos. Para todas las clases sociales. Para todos los tipos. Yo soy el merolico de los merolicos, yo les hago saber acerca de lo que se exhibe adentro. Está el de los toques, el que cura la caspa, el que le recupera el novio perdido, el que le consigue uno si no lo tiene, el que la ayuda a desembarazarse del inútil malviviente; está el que le quita el embarazo sin necesidad de echarse al hoyo[4], está el que perdona los pecados concebidos, está el que le enseña cómo ganar siempre las partidas de dados, está el que ofrece un viudómetro —se recomienda para los poetas y artistas, una cosa es tener buena esposa, diferente contar con buena viuda que cuide la memoria y el patrimonio—, está el que le vende gato por liebre, para bien y para mal, que es mejor lidiar con un gato que con una espantadiza liebre.

»Está el merolico del alma, el que me dijo:

> “Tenga su receta: hay cuatro estados del alma. En el cuarto, el dueño de las llaves las ha perdido. No tiene manera de regresar a casa. En el tercero, el dueño de las llaves entra a casa, deja sobre la mesa su suéter, su bolsa, sus llaves; revisa el estado de sus tesoros; siente que necesita tomar aire; sale a la calle,

> olvidando la llave; no tiene cómo volver a entrar. En el segundo, el dueño de las llaves entra a la casa, una casa fría, no se despoja de ninguna prenda al entrar; lleva las llaves colgadas del cuello; revisa su tesoro, no lo abruma ver el arcón de oro.
>
> El cuarto es el estado del alma de un ignorante que nunca ha visto lo que podría ser él, si tuviera conciencia. El tercero es el desposeído. El segundo es un dueño. El primero es una persona…”».

—¡Y usted es un merolico! —le grita furioso Dante al de la receta—. Pocas cosas me pueden poner de más mal humor que estos filósofos de pacotilla, seres que no piensan sino en cómo tomarle el pelo a los que tampoco piensan.

—La gente los adora —le digo—, ellos son las voces autorizadas que indican los caminos a las almas que viven sobre la tierra en pena de inanición intelectual, de ahí los autoayudas best-sellers y los que tú llamas de pacotilla, algunos hasta pasan por novelistas y les dicen consagrados…

—No sé de qué me hablas —me interpeló interrumpiéndome Dante.

Y seguimos hacia el Mercado de la Merced.

Rompo el capítulo aquí porque necesito tomar aire.

12. La otra frontera

Cuando llegamos a las inmediaciones del Mercado de la Merced, ya terminado de recorrer en carne propia, o en ojos propios, el centro de la ciudad y el de su historia, pasaron dos cosas: la una es la que ocurrió, que la despacho en dos líneas, y la segunda es la que yo querría contarles, y con tanta necesidad que la doy por cierta. Y tal vez lo sea.

La que sí fue: las ratas nos tomaron y de vuelta al norte, donde reportamos que aprobábamos la ciudad. Sólo la gringuita y yo votamos, Dante se había desaparecido, y no hubo cómo rastrearlo para que viniera a decir su sí o su no. Se esfumó, de este lado de la vida y del lado de los muertos. Tan se desmaterializó como se desespiritualizó, porque no apareció en ninguno de los dos lados de la frontera de lo vivo.

Voy lo más rápido que puedo con la que yo quiero contarles aunque no sea pertinente, sin caer en el ridículo del telegrama, aunque sí iré como bólido o alma que lleva el diablo —nunca he comprendido del todo esta expresión porque si a alguien se lo lleva el diablo, para qué la gran velocidad, y ya dejemos esto a un lado, y a lo dicho—: apenas terminar el recorrido en la ciudad, cuando vamos entrando al Mercado de la Merced, a la vista las columnas formidables de nopales apilados, redondas y monumentales, Dante nos dice: «Quiero seguir hacia el sur». «Pero no», le alegamos, «ya terminamos, esto se acabó, ahora viene el voto secreto en Nueva York y es todo», se lo decimos una y otra vez pero él insiste con «quiero ver más del sur». Caminamos hacia la parte de atrás del mercado, no hacia la salida del Metro sino en la otra dirección,

salimos a la calle, donde las bodegas, donde se apilan verdaderos montes de basura, ahí nos esperan nuestras ratas, quienes se suman a la discusión, nos dicen que es su deber regresarnos a las de ya, y Dante se niega a montarlas, y por lo mismo de que es medio incorpóreo se les escapa cuando ellas intentan cacharlo para ponerlo a horcajadas sobre el lomo, la gringuis y yo ya estábamos enratabalgadas y él no, nada, porque no se deja atrapar. A bordo de sus dos propias piernas, alega, dice que bien podemos regresar sin él pero que nuestro voto no va a servir de nada si el suyo queda ausente, que qué nos quita; qué fácil para nosotros negarnos a seguir, que consideremos que para él no lo es tanto regresar al inframundo cuando apenas comienza a saborearle el gusto al sur. Y la rata intentaba treparlo, y él no se dejaba: qué circo, ése, un rodeo donde su ratalgadura intentaba ponerse entre las piernas del jinete, y éste, escapándose pero sólo por la boca, por las cosas que dice, porque no se mueve, simplemente la rata no lo puede cazar, siendo su cuerpo, como sabemos, de materia medio volátil.

Dante insiste impertérrito, con tanta persuasión que nos gana la partida. Nosotros a nuestra vez convencemos a las ratas. Les damos indicaciones: esperarán a que volvamos justo donde estamos, nosotros tres tomamos un camión y nos enfilamos hacia el sur. Esto, en un santiamén. Ya en el taxi hacia la Central de Autobuses, la gringuis refunfuña: «No debiéramos estar haciendo esto, ¿sabes?». «Total, piensa que si no ahora, ¿cuándo conocerás Centroamérica?». «¿Y para qué voy a querer yo ir allá, a que me corten las orejas?». «Eso ya pasó, el riesgo de que las cortaran era más alto aquí, en la de México, donde hay secuestros». «¿Hay?». «¿No lees los periódicos?». «Sí, pues, ¿pero los hay, de verdad, son riesgo?». «Cualquier cosa que te diga desde que dejamos atrás a las ratas, no puede influir en tu voto, queda claro». «Queda». «Los hay, mochan orejas, mochan dedos; últimamente cortan cabezas». Dante no nos ponía atención. En la ventana del asiento delantero iba viendo las calles.

Llegamos al torbellino que es la Central Oriente de Camiones, de donde salen los buses hacia el oriente y el sur. Por un pelo, Dante nos convence de quedarnos ahí, «tomemos esto como el viaje, al sur, al norte, miren, miren», pero no le hacemos el menor caso, ya nos habíamos dejado contagiar por el entusiasmo o la ilusión del

poeta y ahora le tocaba a él obedecernos. Tomamos un camión al Puerto de Veracruz, un Flecha Amarilla que se va pitando por la carretera de la que no hay cómo ver gran cosa, porque las ventanas están muy polarizadas y cubiertas con gordas cortinas que es imposible abrir; lo que sí padecemos es a Schwarzenegger en las pantallas de las televisiones, doblado en un español infame, cuando termina su peli pasan una de la India María; llegamos a la estación de Veracruz, de ahí un taxi directo al centro, ya de noche es cuando estamos en los portales, nos sentamos en una de las mesas del bar principal, ordenamos cervezas y tequilas, Dante escucha con atención a los copleros, las marimbas, pide esto y lo otro, entra al juego de versar con los jaraneros, la gente baila danzones ahí mismo, en la plaza bajo los árboles verdes (qué intriga: los bailarines casi no se mueven; cuando la música se pone más rítmica, cuando pide más meneo, nada, la pareja convertida en una estatua de dos cabezas, escuchando bailar una danza contenida, tan México), un hombre de sombrero de paja blanca nos ofrece en una amplia canasta frescos camarones «de pelar», y ahí estamos, pelando con los dedos deliciosos camarones de Córdoba, bebiendo y oyendo música, viendo bailar hasta que ya no podemos más. Dormimos en uno de los hoteles de la plaza, malísimo, sólo hay una habitación libre con tres pequeñas camitas, asándonos en un cuarto sin aire acondicionado, el ventilador al techo caminando perezoso no puede abanicar el aire denso, pero estamos tan cansadas que caemos como tablas. No sé si Dante duerme o no, pierdo por completo la conciencia. Sospecho que no, que el florentino deja la habitación, baja a la plaza, y que algo pasa esa noche que jamás sabremos. (Varios rumores confirman que Dante no pega el ojo —la idea de dormir repugna al muerto—, deja la habitación, baja las escaleras del hotel a trompicones, regresa a los portales, la música ha cambiado, ahora hay una más ruidosa que suena a los oídos del florentino a golpear de armas de Guerra, los que están de pie bailando agitan los cuerpos en absoluto desorden, tambores, timbales, campanas, qué es esto, pasos allá se arma una gresca, dos jóvenes se baten a golpes, vuela una botella, luego otra, él, que ha luchado en un ejército, no entiende qué pasa, esto es paz en son de violencia, regresa a su hotel cuando oye acercarse el ulular de las patrullas policiacas, sube las escaleras de dos en dos, suena el clic

aquel que indica que se ha roto la vertical del tiempo, Dante se encuentra en el edificio remodelado, modernizado, se desconcierta, llega a la puerta de su habitación, que reconoce con dificultad, pero no puede abrirla, la llave que le habían dado no funciona más, en el techo no hay ya abanicos, el bardo se acuclilla hasta que aparece un empleado del hotel, le abre con una tarjeta comodín para todas las habitaciones, y poco después las dos mujeres despertaron).

Yo no sueño nada.

Despertamos, desayunamos en el Café la Parroquia (prudentemente Dante no come bocado), sugiero rentar coche, pero la gringuis cree (apoyada en el criterio de ahorro que rige cada instante de su maldita vida) que es mejor sigamos en autobús. Así lo hacemos, tomamos otro Flecha Amarilla que silba hacia Villahermosa. Llegando nos dirigimos directo a comer al negocio de mis primas (de la autora), el restorán flotando sobre el río, una barcaza, las recetas de mi abuela (de la autora) mientras vamos y venimos sobre el oloroso Grijalva; de ahí, sin tiempo de ver el Parque de La Venta con las inmensas cabezas olmecas que Dante otea de reojo desde un taxi, subimos a otro camión para viajar hacia la frontera. Ahí nos espera de nuevo el tráfico humano denso, pero caminamos sobre la línea del tiempo, nos quedamos en ésta siguiendo su trazo preciso. Vamos exactamente en contra de la ola humana que empuja hacia el norte, y oímos, si se puede decir así, porque más bien tocamos, palpamos, una cantidad nauseabunda de anécdotas, historias de los centroamericanos o suramericanos que luchan por ir hacia el norte. Nosotros tres queremos en cambio continuar hacia el sur, pero, para hacerlo, tenemos que regresar un poco al norte, porque el tren aquí no hace escala en la frontera, y nos dicen que es verdaderamente imposible cruzar en autobús, a menos que sobornemos a los de migración, cosa a la que la gringuis se niega rotundamente. Entonces, otra vez hacia Pichucalco, donde para el tren, de donde bajaríamos hacia tierras guatemaltecas sin hacer ninguna escala. Trepamos (eso no es subir sino «trepar», a lo animal) a «El tren de la muerte». Vamos apiñados, diez tal vez veinte veces más de los que debiéramos ir, y sucedió lo que ocurre ahí siempre: una escena de violencia verdaderamente dantesca (disculpen el mal gusto del adjetivo, pero es el preciso), que aquí les ahorro, por respeto al respetable, y fue tanta, y tan precisa y tan

eficaz, que, voy al punto, Dante, interponiéndose para salvaguardar la honra de sus dos acompañantes, Dante, el florentino, a pesar de ser un habitante del otro lado, a pesar de estar sólo de visita entre los vivos, murió. Porque la saña fue tanta que lo asesinaron. No quiero hablar de eso[5].

No sé cómo pero llegamos a Guatemala City —como la llamaba la gringuis—. Esperamos el primer vuelo hacia Nueva York. Adiós ratas, podrían esperarnos hasta la eternidad en las bodegas del Mercado de la Merced, tal vez ahí sigan, tal vez se arrienden como vehículos para transportar mercancía o para desplazar a la gente en las marañas del tránsito del centro de la ciudad, no lo sé. La gringuis y yo no volvimos a cruzar palabra, ni siquiera nos despedimos al separarnos en el aeropuerto JFK. Tomé el airtrain y después el subway para llegar a casa. No traía lo suficiente en la bolsa para pagarme un taxi.

Toqué en casa de la vecina para que me abriera el departamento. En «El Tren de la Muerte» perdí mi cartera. Al entrar, me esperaba, justo al costado de la puerta, mi equipaje, tal y como lo empaqué, intacto, sin mostrar una sola seña de haberse movido. Fue y vino al aeropuerto de Tijuana como si no lo hubiera tocado nadie, ni yo, sólo para satisfacer el capricho del escritor que narró ese pasaje.

Quisiera cerrar aquí este capítulo, porque la verdad es que ya daba yo por concluido nuestro periplo al sur, finiquitada la atropellada y abrupta vuelta, pero he soñado ayer que hubo un tercer regreso: íbamos sobre nuestras ratas corriendo aún más rápido de lo que lo hicimos a la ida, más ligeras, también la vista más clara (como si despojadas de nuestro tercer compañero, por traer uno de los tres lomos ratunos vacío, por el cuerpacho ratoso extra fuera el traqueteo más homogéneo), cuando a lo lejos vimos la frontera, atisbamos dos rieles de tren volando que se cruzaban en la altura y bajo éstos un río caudaloso al que conseguimos —justo cuando dos trenes corrían sobre nosotros, uno al sur, otro hacia el norte— desembocar: el agua era azul aceitosa, el cielo brillaba, y navegamos, flotamos carrera al norte como un barco siguiendo su corriente, y antes de que me diera tiempo de formularlo en palabras, estamos de nuevo en los túneles asquerosos de Nueva York, bregando entre raticidas y miserables…

Como haya sido, si como dice el uno, el dos o el tres, el caso es que regresamos a Nueva York con la cola entre las patas, porque ni en la vigilia ni en los sueños venía Dante con nosotras. No estaba aquí ni estaba allá, entre los muertos. Lo habíamos perdido. El voto de Ángelo el de Rutgers no fue a favor de México: su experiencia había sido siniestra (las familias Paz, Lozano y Haro le escatimaron informes; las agrupaciones de mujeres, las activistas, se le acercaron para hablarle del alcance del problema de niñas abusadas rutinariamente, como norma, por el padre, el tío, el primo, el abuelo, el hermano mayor, algo legítimo de lo que incluso la primera generación de escritores que habló de asuntos «íntimos» y abordó temas sexuales, tomó como un tropo romántico, «El Incesto». —¡Incesto, mis huevos!, decimos las autoras furiosas.—). Y como cereza del viaje: a Ángelo lo asaltaron saliendo de un antro gratísimo, lo golpearon hasta despojarlo de dos preciosos dientes y hacerle astillas una costilla. Por lo de la costilla, tuvieron que operarlo. Mientras pasaba la cirugía, le robaron, en otra operación eficaz y menos dolosa, su ordenador en el hotel, y en el hospital le hicieron un tratamiento equivocado, dándolo por muerto cuando aún estaba con vida. Su voto, lo dije ya y es más que obvio, fue un «no» rotundo.

La sorpresa fue que la gringuita votó afirmativo, pero sin el voto del florentino estábamos fritas. Como no había manera de contactar a Dante, por más que lo intentamos[6], y como su voto valía por dos, porque así eran las reglas del juego, quedamos empantanados. Teníamos que empezar de cero, escoger ciudad.

Por cierto, el artículo que teníamos la responsabilidad de escribir apareció como se había convenido en las páginas brillantes de la revista famosa. Terminó siendo sobre la Yellow Rose of Texas, la canción y el fabular popular al respecto, con fotografías muy sugerentes tomadas desde el portátil de la gringuis, atribuidas a un artista fronterizo, «un montaje», aunque yo sabía que cuál montaje ni qué ocho cuartos, eran tomadas directamente de la escena original, haya o no haya ocurrido, Santa Anna con los calzones bajados y escapando de sus responsabilidades en las dos piernas de una bella mulata. Las imágenes venían acompañadas con un texto que la poetita balbuceó, frases quesque poéticas, con una minúscula introducción donde explicaba lo del artista inexistente (y

atribuyendo la autoría a nosotras dos), más un postfacio en letra pequeñísima en el que ella explicaba, como si fuese crítica de arte, que en esas imágenes sexuales se encerraba una alegoría de la tensión siempre latente en la relación entre México y Estados Unidos, un rollazo algo fastidioso que no me esperaba yo de la gringuis, como de autora del Cono Sur.

(Añado una coda antes de dar portazo al capítulo: a nuestra vuelta se hablaba obsesivamente del episodio apodado «El Dieciocho»: dos preciosos hermanitos de siete y nueve años respectivamente rociaron con un baño de balas a la multitud de gigantones habituales en el mall que visitáramos con Dante. Entraron cargando su arsenal en dos cajotas de juguetes, armas para destruir extraterrestres. Cuando habían matado una decena de adultos, se dispararon entre ellos al grito de ¡DARTH VADER!).

III. MADRID

13. Nueva sede

Ya no abrí la boca con sugerencias, por más que la palabra Berlín quería salírseme del pecho (es la otra ciudad de mis afectos) —en parte porque estaba agotada, la experiencia mexicana había sido extenuante, y en parte porque me sabía en falta.

Todo apuntaba a que la candidata debía ser hispanohablante. Una voz del otro lado (¿Fernando Fernán-Gómez?) propuso Madrid. Encontró de inmediato consenso. A Madrid envié un convoy, ya sin intervención alguna del ex Presidente, pues mal que bien a estas alturas había aprendido yo lo necesario para armar la expedición, el manejo de esta empresa literaria. De Madrid regresaron en un tris llenos de elogios, y se la votó unánimemente como siguiente sede de El Parnaso.

Confieso que me temblaron las rodillas. Conozco malamente Madrid. Nunca he vivido ahí, la de México es mi ciudad, en Berlín pasé un par de años, a Nueva York la he padecido por casi una década. A esas tres ciudades les tengo tomadas las medidas. En Londres me manejo también con soltura, en Dublín, en París, en la bella Quito… Pero en Madrid no he sido sino una turista, la conozco a duras penas. Pensé seriamente en renunciar. Me entrevisté con Alfonso Reyes. Me dijo que debía perseverar, el ayer de mi sangre, el panhispanismo, el bien que me haría dejar las tristezas de mis tierras latinoamericanas donde sólo llueven lágrimas, bla y bla y el proverbio «Nadie sabe el bien que tiene hasta no haberlo perdido». Más que convencerme, cómo llevarle la contra. Si él decía que yo debía seguir, debía seguir. Me armé de valor. A fin de cuentas, pensé para consolarme, Madrid es ideal:

podemos congregar a los cientos de escritores en torno a la Cibeles, sin caminar más que cinco o seis cuadras, ahí los tendremos a todos.

No tenía ni que empezar la coordinación para darme cuenta de que, ya puestos a resolver problemas prácticos, no podía llegar muy lejos sin mi mano derecha. Aquí no estaríamos viajando adentro de un mal libro, sino lidiando con una ciudad real, en un contexto real, para un encuentro real de escritores muertos pero reales, no todos de carne y hueso, pero todos pescuezo. Así que las cosas tenían que funcionar sin ratas cabalgando, sin imágenes proyectadas suplantando el lugar del paisaje, sin llevarle la contra al orden temporal, sobre puntos fijos y con asuntos prácticos a resolverse de inmediato.

Tengo una mano derecha magnífica con quien he trabajado los últimos años. Es joven, un hombre cerca ya de los cuarenta, vino de su pueblo a Nueva York porque deseaba ser actor en Broadway. Extraordinariamente bello, talentoso, con un estilo muy personal de hablar —y en todo punto correcto—, con un *imprint*, una marca propia de moverse, casi diría yo que baila cada vez que se desplaza aunque sea para tomar la tacita de café. Es una verdadera joya o bombón o bombonazo. Pero la suerte, queridos (porque para estas alturas, ustedes queridos son, más presentes, para mi fortuna, que la autora que un día me tuvo en sus manos, noten cómo prácticamente la hemos podido marginar, nada de memorias, nada de roncopechos inopinados; la fuerza de la corriente del río de cosas que nos ha ocurrido la ha dejado al margen), la suerte no le había dejado ir a ningún sitio.

Encontré al que se convertiría en mi asistente vendiendo ropa en la calle 58 y la Séptima Avenida, en Manhattan, en una tienda finísima de prendas para varón, una de las predilectas por las celebridades «clásicas» o de gusto tradicional. Yo iba acompañando a un galán que tuve (y del que en buena hora me desembaracé), tardaba dieciochomil chorros de años en decidirse por una entre dos magníficas prendas, cuando lo fácil hubiera sido llevarse los dos pantalones, qué lata son estos neoyorquinos. Ahí estábamos, perdiendo la tarde miserablemente, y algo más, porque ésa fue la última vez que acepté salir a pasear con el mentado, pronto nuestra relación se marchitó por default (y por mi fortuna, qué falta de lustre, qué poca tira de entrega, qué corazón tan chiquito, qué nulo

entusiasmo y candor, qué ausente de espontáneos y risas), cuando lo vi y supe que era para mí.

El joven y fascinante vendedor durante toda su vida ha tenido contacto con los del otro lado, los muertos, los que la gente llama fantasmas, espíritus, seres del más allá. Lo supe antes de cruzar la mirada con él, apenas observarlo frente al mostrador donde columpiaban las corbatas. No me cupo la menor duda. No estaba solamente tocando esas prendas, había algo en sus movimientos que me garantizaba su capacidad de contacto con *los otros*.

Ese primer día, le hice plática. Regresé poco después, ya sola, y sin más preámbulo le pregunté si podría ayudarme a organizar una «Conference of Writers». Me dijo que no sabía nada del tema, y le contesté, «sí que sí, sí de este tipo de escritores, te lo garantizo». Nos tomamos un café y no tardé ni dos minutos en sacarle la sopa. Le pesaba, estoy segura de que no había compartido nunca con alguien antes la cruz de su destino, que los del otro lado se le aparecieran a cada vuelta de la esquina, que no buscaran rincones excepción sino brotaran durante sus rutinas domésticas y no de una manera rutinaria. Me explicó cuánto peleaba por echarlos fuera de su vida.

—Craso error.

—¿Por qué?

—Los debiste hacer tus aliados desde un principio. Son generosos, ¿sabes?

Me largué a contarle cuánto y cómo los del otro lado de la vida gratifican a sus eslabones, citándole múltiple cantidad de ejemplos, incluso algunos sacados de la manga, la verdad es que me encanta inventar, siento un inmenso placer al mentir, y en ese caso tenía el aliciente extra de que mintiendo me ganaba su entusiasmo, así que desembuchaba falsedades sin ningún remordimiento. La verdad es que no hacía demasiada falta, estaba harto de su trabajo, su carrera de actor no había ido a ningún lado, ya no tenía veinte años sino treinta y cinco. Con decirle que si trabajaba conmigo podría recuperar su sueño de volverse un actor reconocido, bastó y sobró para que aceptara y muy gustoso.

Su contribución ha sido invaluable. Valía la pena dorarle la píldora. Antes que él, cuando tomé yo la dirección de El Parnaso, teníamos cuando mucho dos asistentes. Ahora pasan de la docena y

son la verdad que todos de primera línea. En parte mi gestión ha sido tan buena, a pesar de ir a contracorriente porque como les contaba celebramos la sesión anual en Nueva York cuando la ola iba hacia otras islas, gracias a mi colaborador.

Dije que le doré la píldora, pero la verdad es que no le mentí del todo porque se cumplió lo prometido. De pronto, un viejo cliente de la tienda le ofreció un papelillo en la serie que había comenzado a producir, una secuela de *Law and Order*, ésta con guiones algo atrabiliarios, bastante estridentes, descabellados si es que no de a tiro inverosímiles —no hace falta decirlo, Carmen, un poco en tu… «¡No merezco me insultes, hemos hecho un pacto no dicho, y basta!»… «Pero que te digo que no hace falta, se da por…». «Más que suficiente tu indirecta, el pacto se rompe aquí…». «¡No!, retiro lo dicho…»—. Y yo, que ya cantaba victoria hace segundos, aquí me veo otra vez en pataleta con la dicha autora… Pero ignoremos este episodio, la calmé como pude, se calló y adelante.

Cuando mi mano derecha asistió al casting, alguien con buen ojo —o bajo la influencia de los Nuestros—, hizo que lo eligieran para hacer el papel de uno de los detectives protagónicos. Es sin lugar a dudas un miscast mayúsculo, porque el detective baila, parece un duende, es hermoso; cuando lo encuentro en la pantalla en casa no puedo dejar de pensar en Shakespeare, infunde tanta intensidad a su personaje, le añade tanta profundidad y musicalidad a los parlamentos que uno piensa «¡arte!, ¡inteligencia!, ¡sentido!», pero sobre todo, como ya dije, «¡Shakespeare!», aunque en realidad esté viendo una reverenda basura absurda sin pies ni cabeza, eso que llaman «entretenimiento». En todo caso, lo cierto es que gran parte del éxito de la serie se le debe a él. ¿Quién no puede amarlo? Es un miscast, pero encanta.

Le llamé para decirle que sería en Madrid.

—¡Madrid! Pero estás loca, fuera de tus cabales, no, no, no puedo ir a Madrid, tengo grabaciones diario, estamos preparándonos para la siguiente temporada. Con Nueva York te ayudo porque te lo he prometido, no voy a romper con mi compromiso, pero Madrid es otra cosa, definitivamente no…

Siguió hable y hable subiendo de tono, que por fin le había llegado la oportunidad de su vida, que ahora que todo iba componiéndose yo estaba por echárselo por la borda, que la vida en

realidad no valía la pena, que estaba terminado, «I'm doomed!», «estoy acabado»… Me colgó el teléfono. ¿Qué otra cosa se puede esperar de un artista temperamental? Encima de su proclividad por sacarle a cualquier situación lo shakespeare, el papelillo y su éxito local le han llenado la cabeza de humo. Está seguro de que —como lo creyó cuando tenía veinte años— está a punto de ser descubierto por Scorsese.

En todo caso, antes de tomarnos el café estaba ya todo arreglado, para algo me sirven *mis* influencias: le acababan de imponer al productor la retransmisión diaria de la serie, en Channel 40. No programas nuevos, sino los que ya han pasado, «porque están llenos de contenido, la gente necesita asimilarlos, piden los reprogramen», me contó mi mano derecha cuando creía que me estaba dando la noticia. «Mira, güey —yo pensaba adentro de mí—, ya lo sé, fue mi plan, no puedo hacer Madrid sin tu auxilio». Vuelvo a pedirles que no piensen mal de mí, un día llené de aire las virtudes y poderes de los fallecidos para echármelo en la manga, otro les pedí a los del otro lado que detengan un minuto su carrera, pero todo es para bien, que si mi mano derecha se queda sin apoyo de los del otro lado, desaparecerá otra vez en el anonimato, vendiendo pantalones y chalecos.

¿Cuántas estrellas no cuentan con influencias para gobernar la suerte? Por mí, que de Jennifer López a Salma Hayek y todas cuantas hay, desde Cruise hasta Madonna, tienen que tenerlas, si no cómo, la Cienciología no les sirve de nada. Empujándolos tienen un ejército de… pero basta, que ya sé que suena absurdo —y además no quiero descartar la influencia igualmente poderosa de los billetes, esas carreras han costado fortunas, pregúntenle a Chávez, un día campeón del mundo, a quién le financió él su estrellato, y hay otras por ahí; tampoco descarto el poder y los billetes en las carreras literarias, unos suben empujados por ese camino espurio, pero a ésos yo los desprecio, los que tienen un hermano corrupto que hace pasar por santo y es amigo de un dictador, los que son de familia de banqueros, los que cenan con ministros, los que lavan los prestigios de presidentes genocidas (o echeverridas) en el exterior, etcéteras largos.

Así que protegiéndolo, me ayudé a mí. El productor por supuesto felicísimo, que sin gastar un quinto iba a echarse a la bolsa

una cantidad importante de dineros. Visto el cambio de plan, dejó para después la hechura de nuevos episodios. La parte II de la serie se filmaría cuando ya hubiera terminado El Parnaso madrileño. Un detalle más: el productor ya sabe que el éxito se debe a nuestro amigo. Se lo han confirmado los estudios de mercado. Y encima el principal anunciante es un admirador incondicional de mi mano derecha. Como yo. (Lo mío me lo explico fácil: para lidiar con muertos necesito una contraparte llena de gusto por la vida, y la verdad es que, ustedes no están para saberlo ni yo para contarlo porque me hace ver bastante ridícula, el chico, mejor no lo digo aunque ya lo estoy diciendo, el chico me alborota la carroza).

—¡Basta! —retiembla en sus centros la tierra: ¡es la voz de la autora entrometida!—, ¡dije basta!

—¿Por qué te metes, Carmen? ¿No que el pacto y bla bla?

—Estás totalmente fuera de tu personaje diciendo lo de la carroza, qué ridiculez, no está en ti, es un error.

—Será error, pero yo sé que sí me la alborota.

—¿Cómo crees que te la va a alborotar? ¡Tú no tienes carroza!

—¿Puedo seguir?

—Sigue, pero sin carroza.

(Dejo la carroza imaginaria, porque no puedo quitarme de encima a la dicha Carmen, y sigo aquí que no quiero perder el precario hilo:)

Además de él y yo, contamos con una centena de almas que nos ayudan con la coordinación del otro lado y en diferentes partes del mundo, doce están en contacto con nosotros y éstas mismas se desplazan para estar presentes en El Parnaso. Sin ellas sería de todo punto imposible que se llevara a cabo. Y por favor: que nadie me salga con que son algunas de las once mil vírgenes, porque tienen de todo menos de esto, allá las costumbres son muy ancestrales (este comentario va dirigido a ti, Carmen), y menos con que la prostitución ritual, divina, etcétera, que se cree más en esas cosas que en vírgenes marías, dioses únicos y represores, etcéteras. Son mano de obra, y punto. Además los escritores soldados, intentaría volver a echar mano de ellos.

14. Madrid, Madrid, Madrid

Madrid. Perdida la ansiedad primera, pude decirme: ¡Ah!, ¡la maravilla!, ¡dejar esta isla maldita y de mierda y visitar la tierra verdadera, la que no es toda correr, apresurarse, atragantarse lunchs en diez minutos, aventarse por la boca sándwiches resecos, andar gruñendo porque sí, de nada y de todo y, los que tienen suerte, ganar salarios inconmensurables que no les alcanzan para nada o partidas formidables con las que pueden comprarse países completos —con ciudadanos incluidos—!

El cambio de panorama me ayudaría además a dejar atrás —porque el sabor no podía tirármelo de la boca— el mundo alucinante de círculos de infiernos empalmados y confundidos sin la luz de un Tomás que los ordene. La experiencia México no me dejaba en paz, o no conseguía ningún tipo de serenidad después de haber pasado por ese infierno. Quede bien claro: que a México voy a menudo a ver a mi mamá, pero el viaje a lomo de rata había sido otra cosa. ¿Cómo lo estaría digiriendo la gringuis? No me asombraría leer algún día su nombre en las páginas rojas del periódico, saberla transformada en gatillera enloquecida, disparando un arma al techo a la salida de un complejo de cines.

Lo primero era lo primero, decidimos sin trabajo que íbamos a ocupar todas las suites del Palace, todas las del Ritz, todas las del Fénix, las 18 del Villa Magna. Nos queríamos ahorrar la rebatinga por quién iba a quedarse la suite presidencial de éste o aquél, estipulé que sólo utilizaríamos una de ese rango y sería de servicio comunitario. Una pero grandecita, haríamos una cadena con todas las del Ritz.

Comenzaron a llegar las confirmaciones. Éstas fueron una gratísima sorpresa. ¿Qué pasa en el mundo de los muertos, que tienen tantas ganas de venir a visitarnos? No me cabe en la cabeza, si hubiera salida eficaz, yo la usaba; la experiencia me ha demostrado que no hay tal. Como están las cosas aquí, ¿quién vendría por su propia voluntad? Sin duda me mintieron cuando me explicaron de niña cómo es allá la movida (o la detenida), que si hubiera cielo o aunque fuera un purgatorio, ¿para qué venir acá?

Por el motivo que sea, Madrid operó como un imán poderoso. De todas las lenguas (casi), de todos los tiempos (casi), prácticamente de todas las latitudes (o casi, ya se sabe que la literatura universal es relativamente limitada): cuanto escritor puebla el Olimpo parecía considerar magnífica la idea de reunirse con sus pares para hablar de… sí, literatura, y para visitar viejos amigos y charlar con ellos. Lamentablemente iba a haber algunas ausencias supremas, voy a ellas más adelante, pero como mexicana contar con Juana de Asbaje, Netzahualcóyotl y López Velarde, qué más, dos de ellos nunca habían siquiera visto el mar y uno jamás supo en vida que Europa existía —y yo me pregunto: si el güey de Netzahualcóyotl supiera con qué oro levantaron la grandeza de Madrid, a costa de cuáles espaldas, ¿vendría? No seré yo quien le informe, ¡escupiría para arriba!

Con las reservaciones también aparecieron las propuestas para el Premio Anual. Al final tendríamos ocho candidatos, cuatro en español, uno en latín y los restantes en inglés. Leí los siete libros cuyas lenguas domino, y si no domino por lo menos entiendo.

En nuestro primer plan habíamos planeado que la sesión plenaria se celebraría en el Wellington. «Pero como va la respuesta a nuestra convocatoria», mi mano derecha me dijo un día, «ahí no habrá Suficiente lugar». «Qué va», dije echando mano de mi alma mexicana (somos los más entrenados del «ahí se va», expertos en hacer las cosas al aventón, improvisadas), «podrán aplastarse un poquito, como sardinas, si los humanos hacen milagros en el transporte colectivo, qué les cuesta a los muertos una vez al año apiñarse»; mi mano derecha, «¿y cómo van a desplazarse?, si los apiñas no van a poder acercarse al foro, y no van a ver nada si los tienes a todos de pie». Yo le rebatí con que sí y que sí. Mano derecha me dejó decir, con ese gesto suyo tan precioso. Estábamos

en un Starbucks, no tenemos oficina y ahí podemos conectarnos a la web —sí, pago extra pero así es este maldito pueblo, todo se paga. El único lugar al aire libre donde hay wireless estable es el Bryant Park pero esa tarde hacía un frío de refri, cuál ni soñar con darle ahí al teclado, seguro se le congela el motherboard a la ordenadora y se le caen a uno los dedos.

—¿Te imaginas? —le dije—. ¿En Madrid? ¡Cuál Starbucks ni qué ocho cuartos! [7]

Repitió el gesto. Luego cambió a otro, incluso más coquetón —este muchacho es algo realmente precioso— y me dijo:

—No me lo puedo imaginar mucho muy bien porque nunca he estado en Madrid. Una vez fui a Tijuana…

—¡Tijuana! No se parece un pelo a Madrid.

Pensé adentro de mí: «¿Qué esperabas?, no tiene por qué conocer ningún lugar del mundo, llegó muy joven a Nueva York, lleva cuatro años grabando episodios sobre Nueva York en Nueva York, si ha dejado alguna vez este país ha sido para ir a reventarse a las playas de una islilla cercana, ¿Saint Johns?». Y pregunté en voz alta:

—¿Has ido a Saint Johns?

—Sí, y a Cancún. En Cancún no tan bien, fui a dar al hospital a mi vuelta, por insolación —hizo una pausa—. No quiero ofenderte, pero contraje hepatitis. Anduve enfermo como seis meses, nadie caía en la cuenta de que era eso, primero pensé que era la venganza de, ¿cómo se dice?

—La venganza de Moctezuma.

Con esta moctezunécdota me distrajo de mi argumentación en pro del Wellington (y me trajo violentas memorias del reciente viaje a México, la pluma y su aventura absurda del libro aquel en que nos metió algún autor atrabancado, pero hice un esfuerzo y dejé eso a un lado).

Los gringos son tan, pero tan, pero tan, pero tan ¿cómo decirlo?, ¿provincianos? Sí, provincianos es la palabra. Le expliqué que en Madrid, como en Buenos Aires, los cafés y etcétera (ni una palabra de aquella malograda expedición a México, ni menos de la novela de la pluma de la que afortunadamente sólo vi un pelillo). Volvió a encoger los hombros y me alzó la cejita izquierda. Me describió con pelos y señales su episodio de hepatitis, actuándolo por supuesto a

lo Shakespeare, pareciera una noche de verano y los dioses peleando por su vida…

Dejamos de lado la decisión acerca del Wellington, pero un par de días después supimos que no hacía falta ponderarlo. La respuesta a la convocatoria continuaba acojonante, ni en forma de sardinas ni subidos los unos a los otros cabríamos, y nos decidimos por el Teatro de la Zarzuela, nuestra reunión caía en lunes, lo haríamos cuando terminara la conferencia semanal, ese día sobre *El barbero de Sevilla*. El teatro nos quedaría grande, aunque estrecho en las butacas de patio y primer piso. Con los balcones estaríamos del otro lado. Aquí mi mano derecha es experto en tratar con las celebridades, usa el seguidor para iluminar a los que no tocarán el foro, de modo que todos terminan por recibir atención. Sería sin duda mil veces mejor que el Salón Wellington del Palace.

Hacíamos reservaciones en los hoteles, comenzamos con cinco estrellas, bajamos a cuatro, tres… Extendimos el área, eran muchos los que deseaban visitar Madrid. No faltó el cursi que pidió la Residencia de Estudiantes o un departamento en las inmediaciones de la universidad porque le traían recuerdos, para mí no hay problema, todo es miel sobre hojuelas con mi mano derecha al lado. Podrían irse a dormir donde quisieran, pero el corazón del evento sería cerca de Cibeles y punto.

Los días corrieron, apenas nos alcanzaron para dejar todo al dedillo. Llegó la fecha.

15. La fiesta

La jornada comenzó muy temprano. Mi mano derecha había organizado muy eficazmente el registro con nuestras dos laptops como único recurso, activó el comando de voz, bastaba se pronunciara con claridad el nombre, se anexaba y se agregaban los datos pertinentes, dejando libres las manos de los edecanes, asistentes o como quiera llamárseles. El punto de encuentro era la suite real del Ritz, que habíamos conectado con otra de lujo, así teníamos suficientes salones y baños para dar la bienvenida a los escritores, entregar gafetes y copia del programa, la invitación para el Teatro de la Zarzuela. Como habíamos reservado las treinta suites, los que llegaran registrados podrían encontrarse en éstas con amigos, antes de enfilarse a sus habitaciones respectivas.

Los baños eran el punto más importante. Ahí los escritores y visitantes se encarnaban, echando mano de las duchas o bañeras. No tengo tiempo aquí para explicar exactamente cómo ocurre esto, si es que puede ponerse en palabras. Se ponen bajo el agua y dejan de ser espíritus incorpóreos o sólo en partes corporizados, y aparentan ser como los vivos. Con sus asegunes, como vimos cuando nos tocó ver a Dante pasar alimentos y bebidas por el gañote, o tornado en medio coladera afuera de la mezquita. No todos querían encarnar, ni todos podían, pero algunos estaban presurosos —hubo los que encontraron cómo pasarse por agua antes de llegar al hotel, como veremos, usando los baños públicos de la estación de tren o el aeropuerto.

Casi todos llegaron por avión, aunque uno que otro por tierra o en tren (y los chiflados que ni una ni otra, puro transmigrar por las

paredes). Contratamos un servicio de transporte, una flotilla de preciosos camiones de pasajeros para ir y venir del aeropuerto. Las caras de los choferes, obedeciendo las órdenes de los edecanes que coordinaban cuándo se abrían y cerraban las puertas, desde sus casillas en el aeropuerto. Todos tenían teléfono portátil en el que capturaban la voz de los autores diciendo su nombre, misma que enviaban de inmediato a nuestras ordenadoras.

Mi mano derecha y quien aquí escribe amor recibíamos en el hotel a éstos, más los que venían de la estación de tren u otros puntos de la ciudad. Tenemos registrados a casi todos los escritores que estuvieron aquí en Madrid. Si quieren ver nuestros archivos, no tengo ningún inconveniente, qué más me da, ésta es la confesión, no jugar a las escondidillas. Hay otros documentos, a saber: cada escritor recibió de nuestra mano una hoja de papel con las indicaciones. Ustedes las han visto: un hotel, un número de habitación, una lista de restoranes, y la invitación para el Teatro de la Zarzuela, acompañados de un pequeño mapa del Madrid central señalando cada uno de los puntos mencionados.

Algunos rebeldes se saltaron el registro. Roberto Bolaño me saludó pero le pareció absurdo decir su nombre —repitió tres veces «Soy Mario Santiago», fue lo más que le pude sacar—, y en su caso no tuve ningún problema porque lo conozco, pero no hay duda de que otros pensaron como él y no puedo garantizar la capacidad nemotécnica de la docena de edecanes, qué le vamos a hacer. Puede ser que algún figurón se nos haya escabullido de la lista final, aunque no lo creo, pero no quiero darme ínfulas acerca de nuestra eficacia. Ya ocurrió en Nueva York que hubo un parnasiano que se registró con el nombre de un vivo, y cuando mandaron el boletín se armó un pequeño desconcierto. Ese error me dio a mí la batuta.

El primer grupo que llegó al Ritz fue el que encabezaba Victoria Ocampo: la cuadra de la revista *Sur*. El vuelo de Buenos Aires había arribado a las cinco y media de la mañana. No todos parecían felices bajo las órdenes de la comandanta. Onetti, refunfuñando de todo, Bioy encantador, como una campanita, del brazo de Silvina, pero hacía bromas demoledoras en contra de Victoria; me rompe el alma que no me haya reconocido —yo a él sí aunque tenía unos cuarenta años menos que cuando comía con él en La Biela, pero cómo no identificarlo, era él, todo huesitos pero inconfundible—.

Borges, Estela Canto, también Drieu La Rochelle que descansa en paz de aquel lado del mundo, Rabindranath Tagore —no sé por qué llegó con ella, tal vez porque lo respaldó tanto—, Waldo Frank, Mauriac, quien también fue amigo de la Ocampo, al lado de Isaak Dinesen y La Fontaine.

Victoria, una tromba humana, organizada, mandona, brillante, había hecho la reserva en colectivo, exigió suites para cada uno de sus participantes y sólo anticipó si venían «por parejas» o a solas, sin darnos más pormenores. No sé si en el caso de Rabindranath quedó de encontrarlo en el aeropuerto, si lo tuvo horas esperando, si lo incorporó en otro punto a su cortejo, lo mismo con Mauriac, la Dinesen y La Fontaine, pero puede ser que el torbellino Ocampo los arrastró a vivir a su lado, uno al lado de otro en el cementerio de La Recoleta (donde, por cierto, los cadáveres reposan sobre la superficie de la tierra: y esto no es fantasía, Buenos Aires no tiene fama de tierra de imaginaciones como la tiene México, pero allá los ataúdes descansan en las criptas, insepultos). Victoria Ocampo arrastraba con su electricidad social e intelectual, que tanto enfadara a Borges y a Bioy en vida, y de la que tanto supieron aprovecharse en muerte y en vida. De inmediato se dirigieron a la Suite Perla, para un café o un mate.

Pasos atrás de esta cuadra lustrosa y mundana, venían Paco Urondo y Haroldo Conti encabezando un grupo que se comportaba de manera totalmente diferente a los anteriores, y que esperó a que los precedentes desalojaran, por detestar a Borges y a los Bioy. Entre los de El Parnaso, las rencillas no han muerto, ni la memoria. A Urondo y a Conti los acompañan un coro extremadamente peculiar. Antes de que lo describa, debo aclarar que estos dos escritores, tan distintos entre sí, no son el único caso de autores unidos a una masa de gente. Murieron por la misma muerte, un asunto no personal, no casual, no dejado a la suerte o el destino, sino gobernado por la crueldad de la Historia. Los que les siguen los pasos son, de alguna manera, sus antípodas: el ejército de los desesperados. Éstos son un grupo informe, de geniales, ambiciosos, talentosos, vigorosos que han muerto muy antes de hacer obra, antes incluso de tantear si van o no a desarrollar su fuerza, a exponerse. Los que son sólo la confianza en sí mismos, los auténticos, los vivos, los llenos de energía a los que se llevó la

calacona antes de tiempo, por error, por estupidez, por accidente, por irresponsabilidad, por falta de cálculo, por mala suerte; los promisorios, los señalados por el destino, los elegidos que no tienen tiempo de realizarse, los idos cuando no les tocaba, los caídos por equivocación: ésos no mueren del todo, quedan a perpetuidad agitados, incapaces de alcanzar la paz. («Lo sabré yo», dice la Boullosa, «mi mamá murió en esas circunstancias». «¿Y a ti quién te preguntó?, ¿es que esta novela es acaso sobre ti?, ¿qué tiene que ver contigo ésta? ¡Fuera!, ¡Juana Inés, échame la mano!».

«¡Un momento!, me perdonarás la intrusión porque no soy la Boullosa sino el que tomó la trama cuando la abandonaron tú y el otro: yo sé que la autora del libro miente, que su mamá no fue ese espíritu en febril remolino aunque haya muerto joven. Yo, con los ojos que tengo, vi su impertinente dulzura, su serenidad alegre. La Boullosa se equivoca al querer compararla con los desesperados».

¡Chitón, chitón, paréntesis y demás filtrados! ¡Hasta aquí llegaron, y sigo con lo mío!:)

Tras ellos, entró Louis-Ferdinand Céline, sólo él podía venir a su sombra, más amarga que un trozo de tepalcate en la ensalada. Temí que hubiera algún enfrentamiento, pero el francés simplemente no los vio.

Pisándole los talones, llegó Huidobro y con él los chilenos, José Donoso, amable y muy cansado, y Neruda y la Mistral, insufribles, el uno más pomposo que el otro.

El siguiente que apareció —o no apareció, porque se negaba a cobrar cuerpo— estaba solo. Era Paul Celan. Por ser suicida le toca suite de lujo, pero insistió en que no se la diéramos. Éste era el primer El Parnaso nuestro al que se presentaba. No había reservado, ningún problema, nomás faltaba si es Celan; siempre tenemos habitaciones extras para los que llegan de exabrupto y merecen toda nuestra consideración. Confieso que medio me alteró el pulso. Soy una gran admiradora de su poesía —o de la parte que puedo leerle, porque en lengua extranjera uno nunca manduca igual—. Lo alojamos en una habitación normal en el Palace, y pareció complacido.

Tras él otro grupo, «Los mareados», les habíamos apodado mi mano derecha y yo. Son los que llegaron convencidos de que estábamos aún en plena Guerra Civil, encarnaron acorde con esto. A

los primeros que reconocí fueron a Octavio Paz y en su brazo Elena Garro. Eran muchos los brigadistas, la mayoría jóvenes y muy bellos. Pablo Picasso estaba aquí, vestía una t-shirt con su poema manuscrito, «Sueño y mentiras de Franco», para que nadie se preguntara «pero ¿es escritor?». Nótese que no llegaron Lorca ni Orwell, pero sí Bertolt Brecht, Auden, José Moreno Villa, Antonio Machado, José Bergamín, León Felipe, Miguel Hernández, María Zambrano, Rosa Chacel, Rafael Alberti y su mujer María Teresa León, el papá de Bárbara Jacobs. Muchos, no puedo detenerme.

Pegadito a ellos, se presentó Kafka, sin haber hecho reserva, como podría esperarse. Fue el primero que llegó ya encarnado, en plena posesión de su cuerpo. Desde la recepción me llamaron para decir que me buscaba Franco Kafaka, no me costó trabajo quitarle la «a» y borrarle la «o», saber de quién me estaban hablando; dije le pidieran subiese. Lo esperé al pie del elevador para darle la bienvenida, le asigné la habitación vecina a la de Celan y lo guié a la suite donde departían Picasso y otros que lo festejaron con bombos y platillos. Bebían una champaña —hipotética o fantasmal, como ellos—. Kafka no abrió la boca.

Del Barajas, pero no de un avión y por lo tanto no de nuestro transporte sino en un taxi al centro de la ciudad, llegaron Jorge Ibargüengoitia con Ángel Rama, Martha Traba y una persona más. No venía Scorza, que murió en el mismo avionazo del 81, porque él deambula por el Perú —y porque, aquí entre nos, no le cursamos invitación para El Parnaso. Si fuera suicida, tendría entrada directa, pero como fue accidente aéreo, no. Su caso ha sido discutido varias veces, la celebridad que le dio bla bla y bla, pero yo me he hecho pato; no me alcanza el tiempo; no lo he leído con la atención suficiente; no tengo referencias; no he podido, en resumidas cuentas, hincarle el diente.

La persona que los acompañaba era Fanny Cano, la actriz mexicana. «No puede participar», dije terminantemente, «no es escritora». «Pero», me alega Ibargüengoitia, «qué más te da, es mi amiga. Si no entra ella, no entro yo». ¿Cómo no iba a entrar Ibargüengoitia? Es de los grandes autores mexicanos, uno de mis favoritos; lo adoro, encima de ser genial es divertido. No sólo eso: murió accidentalmente en Madrid, el escándalo que causaría entre los otros asistentes si saben que yo, nada sino una cadáver sin

nombre (y aún con oxígeno en los pulmones, y carne y hueso), una «nadie» se atreviera a ponerle un alto. «Pues que pase Fanny Cano», me dije, «quedará en los anales como participante, a mí qué más me da». Jorge Ibargüengoitia respondió amabilísimo, se ofreció a ayudarme a solucionar cualquier inconveniente: «Puede dormir conmigo, tenemos tantos años conviviendo en la misma pista». Entendí que de aterrizaje; qué mala pata la de éstos, conviviendo con el ruidero de aviones, al aire libre; ni un restorán bueno. Tuve consideración de su estado y le asigné su propia habitación (no sin previa objeción de la dicha Carmen, con su «esto es perjudicial para todas las mujeres escritoras que se han ganado su sitio con tantísimo esfuerzo; como están las cosas, los malditos ponen a la misma altura a una grande que a un mediocre; ella por ser mujer siempre ocupará un escalón abajo, o dos, o tres, o diez; y tú, imbécil, acomodando a Fanny Cano cuando aún no entran tantas que debieran estar por legítimo derecho». Yo: «no comments!»). Fanny Cano venía radiante, más en su faceta de estrella de cine y televisión que en la del último período de su vida, cuando se interesó en la meditación y viajó varias veces a la India. No parecía vegetariana sino carnívora.

(Tengo que hacer una pausa porque no puedo contener un eructo de honestidad: la verdadcita sea dicha es que no me juego nada diciendo estas cosas: antes de aceptar el cargo de Presidente, cuando me hicieron el «honor» de nombrarme cadáver en vida, les hice firmar un convenio o contrato. Pase lo que pase, ya estoy adentro del Parnaso o el Olimpo o como quieran llamarle. Quiéranlo o no, a pesar de que me condenaron a la muerte en vida los que todavía estaban vivos sin tener certeza ninguna de poder ser considerados muertos vivientes, tengo mi sitio en eso que se llama la eternidad literaria, que a saber si existe).

Stendhal, Flaubert y Richard Savage —bastardo o no— y Scott, que nunca se presentó en Nueva York (citábamos a Irving Howe: «Scott did not know the tempo of the city»), siguieron llegando, la Yourcenar (al vuelo anoto que hubo menos franceses que otros años), Stevenson, Conrad, Amos Tutuola, Carpentier, Vallejo, Kerouac, Omar Khayyam. Como decimos en mi tierra: de chicha y de limonada, para todos los gustos. Ya lo dije: un éxito rotundo.

Luego, lo de siempre, el vértigo nos ganó a todos. Me detendré

solamente en momentos para mí memorables: en uno de los salones, el Inca Garcilaso de la Vega conversaba sobre el amor y la violencia con Netzahualcóyotl, yo me detuve a escucharlos un rato en lugar de estar atenta a mis deberes —pero ustedes comprenderán mi curiosidad, siempre me he querido contestar si mis antepasados prehispánicos (y aquí difiero de Borges: yo sí desciendo, sangre o no, de ellos, raíz tan náhua como castilla, mediterránea o africana: lo mejor de México es ser hijo del mundo, hacer de tantas parte esencial de mi persona), he querido contestar, decía, si se enamoraban como nosotros, si cuál y cómo era el tipo de sus fijaciones amorosas y eróticas—, y aún estaba yo a su lado cuando se reunió a su conversación Ibn Hazm de Córdoba.

En el Ritz, los elevadores se abrían y cerraban sin parar, subían y bajaban sin un instante de descanso. Claro, para los ojos de la gente la mayor parte de las veces los elevadores venían vacíos, así que la administración llamó para que viniesen a repararlos, pero como no era servicio de emergencia sino de mantenimiento, la inspección sería en miércoles, así nada que hacer, a apechugar con el elevador que se abría y cerraba como las alas de la mariposa en el verano (¡újule con la imagen!). A medio día ya teníamos a todos registrados y estábamos listos para la hora de la comida, cuando comenzaría la programación de El Parnaso.

Las dos horas subsecuentes fueron las detonantes. Caminando por las calles de Madrid, que nosotros prudentemente demarcamos, charlando y tomando sus aperitivos como si fuesen chinos libres, los escritores se relajaron y, no sé si estoy siendo clara al decirlo, comenzaron a perder la compostura. No hubo de inmediato una señal de alarma. Y, aunque me hubiera yo dado cuenta, no habría podido hacer nada. A la distancia sé que fue ahí, cuando inundaron la ciudad y comenzaron a olvidarse de que todos, todos ellos estaban en realidad muertos, que la cosa comenzó a torcerse. Iban y venían como burros sin corral haciendo lo que les tenía en gana.

«¡Buena lengua, elegante estilo, esplendoroso uso de la palabra escrita, preciso, educado!, ¡ay, qué vergüenza tenerte a ti de voz en mi novela!, ¡burros!, ¡los clásicos!, ¡su corral! ¿En qué momento te tomé como personaje y, peor todavía, como narradora de la novela que escribo!, ¿qué pecados estoy pagando, tú, cosa de quinta, jineta de ratas, para haberte dado a ti la voz?».

No hago ningún comentario a la autora, Carmen o como quiera que se llame. Basta. Como la ignoro, ¡se va por piernas!, ¡espléndida estrategia!

Después de la sobremesa, algunos se retiraron a sus habitaciones a tomar una siesta. Pero pocos dormían. Se percibía en el aire que la agitación subía de tono. Mi mano derecha estaba en su mero mole, se sentía en su propio caldo, se le veía contentísimo, y esto fue lo que me hizo saber lo mal que íbamos, el riesgo que bordeábamos, porque él, como he dicho ya, tiene escrita en su persona la tragedia. Yo iba y venía, algo nerviosa, de bar a bar de un hotel al otro y de plaza en plaza —estábamos limitados a un área que era sencillo recorrer—, oía en la suite principal reportes de cómo iban los que estaban en las calles, y en una de esas idas y venidas, cuando estaba entrando al hotel Palace —que me parece han rebautizado, pero descarto sin ver el nuevo nombre—, me alertaron de un problema —aparentemente grave— en una habitación del cuarto nivel.

—¿La de quién? —pregunté a la edecán.

—Edna St. Vincent… Juan García Ponce…

Corrí sospechando lo peor, aunque sin tener ni tiempo de imaginar específicamente qué podría ser lo peor. Crucé el bar, estaban los de siempre, a ésos reunión tras reunión, El Parnaso tras El Parnaso, les amanece bebiendo whiskies. A su lado, en una banquita, los latinos —los verdaderos latinos, entiéndase, los del imperio romano— se arrinconaban a un lado de la bóveda del bar, despotricando. El tema: el César, su emperador. ¿Pero cuál?, yo me pregunté. Virgilio y Ovidio estaban a punto de irse a los golpes. Pedí a una edecán —que estaba distraída en un rincón del bar, cayéndose de sueño— que se pusiera las pilas y los interrumpiera, no le iba a costar trabajo, era una de las más hermosas.

En otra mesa, Rubén Darío conversa en español con Longfellow, está sentado al lado de la deliciosa Barbara Epstein —«yo también rindo tributo», dice Carmen, «persona sensacional, inteligencia fina, con filo», y ahí, lector, lectora, no pongo objeción así sea mi norma ante cada cosa que diga ésta—, Edmund Wilson traduce pedacitos de la conversación. Constato que Edmund Wilson mira a la joven Barbara con arrobo. Paso frente a otro de esos grupos compactos y no me hubiese detenido si no fuera porque uno de éstos me llama:

«¿Eres o no eres?». «¿Soy o no soy qué?». Me lanza la pregunta en inglés, y no sé si creen que yo la voy a contestar o si sólo la están arrojando como una botella al mar. Discuten entre ellos sobre un tema: ¿existen o no seres vivos que tienen la facultad de viajar de un lado al otro? Me acerco a ellos: en la mesa están Edith Wharton, Henry James, Arthur Machen, Stevenson, Anne Radcliffe. Machen dice «en todo caso, ¿qué más da que lo sea?, no provoca en nosotros ninguna sensación de misterio, de intriga; si es capaz de estar aquí y allá, entre los vivos y los muertos, sin perder sus pulmones, muy su problema, no nos concierne: no es un puente, no es muestra de la elasticidad de la materia» y, mientras él suelta su perorata, noto que en la mesa vecina Aldous Huxley y H. G. Wells observan con aire burlón lo que acontece, y ato cabos: «Probablemente los convocaron a este intercambio de ideas sobre los espíritus que ellos encuentran despreciable». Los dejo hablando de su tema y salgo como si me hubiesen puesto un cohete al culo. Y que la autora se calle, que yo dije culo y dije cuete aunque ella haya anotado «cohete» y querido meterme un «colita».

En otras mesas, la Yourcenar con George Sand, allá Katherine Mansfield con Middleton Murry. No sigo, lo dejo a su imaginación. Lo que sí quiero aclarar es que éste, como todos los bares y restoranes aledaños, estaba lleno, y que en algunas mesas había también vivos, los más aún ignorantes de lo que estaba ocurriendo, creyéndose en un día «normal» aunque las edecanes hicieran lo posible por dispensar a los pocos encarnados a todo lo ancho de las mesas para reservar de esta manera la mayor cantidad posible de espacio para los nuestros, desespaciables, seres sin cuerpo en su mayoría… Pero los esfuerzos no eran suficientes. Y aquí y allá se veían turistas o madrileños conviviendo con homeros y Virgilios, con garcilasos y luteros. Que no Dante, no: de él nunca más oírnos decir palabra.

Imposible tomar los elevadores. Emprendí escaleras arriba lo más rápido que pude. En el tercer piso, me detuve a recuperar el aliento. La puerta de las escaleras se abrió de golpe: Juan Carlos Onetti deambulaba con una copa en mano, se apoya en la puerta, ésta cede, y nuestro borracho casi se viene abajo, pero ni cuenta se da de su situación, ni tampoco de que yo lo detengo y lo regreso a

su eje, él continúa implorando a la bella Djuna Barnes que se deje tocar, «déjame pasarte encima la mano»; de qué manos hablas, de qué cuerpo, pensaba yo, de cuál si tú no lo tienes. Djuna sí, encarnadísima resplandecía. No es que fuera bella, es que era ella.

Estábamos a sólo tres pasos de la habitación que había provocado la alarma, cuando supe que el dicho problemón no era cosa nuestra. El huésped *vivo*, uno de los otros, había tenido un ataque sicótico. Me informaron qué había pasado, para lo que debo dar una brevísima explicación. La verdad es que no imaginamos que llegaran tantos escritores, precisamente el triple de los que tuvimos el último año en Nueva York. La respuesta a la invitación había sido, como ya dije, acojonante, pero a ésta se sumaron muchos que se aparecieron sin haber confirmado su asistencia y fueron tantos que se excedieron las capacidades operativas de la organización de El Parnaso. Mi mano derecha decidió que no había que complicarse la vida. Si los hoteles estaban llenos, había que echar mano de las características únicas de nuestros convidados. Sin complicarse la vida más, fue acomodando a los que sobrepasaban las expectativas (y con éstas las reservas y el cupo de los hoteles del área) en habitaciones previamente ocupadas. Los no pasados por agua, los que preferían quedarse inmojados, puras imaginaciones, voz, luz, presencia.

Dicha la explicación, se comprende que Salomón de la Selva fornicara con Edna St. Vincent Millay en una habitación previamente ocupada por un pobre perturbado. Y lo hacían con tanto ímpetu auditivo que el pobre huésped, bastante tocadisco de por sí, tuvo un rebrote sicótico. Puso fuego a la cortina de la habitación mientras gritaba a todo pulmón:

—¡Traidores! ¿Cómo se atreven a pedirle dinero a esos asesinos? Pfizzer ha matado tres niños en África. ¡Racistas! ¡Dinero para su iglesia!, ¡racistas!

Se desgañitaba —en inglés—, nadie entendía nada; golpeaba las paredes. Recepción tocaba a la puerta. Edna y Salomón no oían. El loco con sus gritos tapaba el concierto amoroso. Recepción tocaba a la puerta. El loco encendía otros cerillos y los acercaba a la ropa de cama y a las paredes mismas, no con demasiada fortuna, pero conseguía hacer humo aquí y allá. El servicio de seguridad del hotel entró a la habitación exactamente cuando Salomón y Edna tenían

un orgasmo que pasará a los siglos. Oyeron los gritos y creyeron que era acto de ventrilocuismo.

El loco, huésped legítimo de ese cuarto, fue tomado preso por culpa de las efusivas muestras de amor de la St. Vincent Millay.

Bajé las escaleras muy despacio, deteniéndome en cada piso para hacer una somera inspección. Por suerte lo de las cortinas no pasó a mayores, están hechas de un material que contiene su propio antiincendios, lo mismo que la colcha, aunque no las sábanas, ésas sí prendieron fuego de inmediato, eran cien por cien algodón, doscientos hilos.

En el tercer piso, Carpentier tocaba a la puerta de los Paz. Le pregunté si podía ayudarlo. Me explicó que Paz lloraba porque Elena se había mudado al cuarto de Bioy. Silvina no se había dado cuenta porque estaba en la cama de Teresa de la Parra. Ya habían perdido hasta la Guerra Civil.

Topé otra vez con los de seguridad, que me miraron como si ya fuésemos amigos. En el segundo piso, Lezama Lima inundaba con el humo de su puro la habitación, que por desgracia era expresamente de NO fumar. Dirán que era culpa mía, lo será tal vez, pero no imaginé que su puro se fuera a encarnar (y no es albur).

Pienso: ¿puso Lezama Lima el tabaco abajo del chorro del agua de la ducha?, ¿cómo es posible que el puro que él se llevó consigo a la tumba o que extrajo en carácter de fantasma de la isla hiciera humo en un hotel de Madrid? Me quedo con la duda. Pero no resisto sacarla del territorio lodoso de los enigmas: no sólo los autores cobraron cuerpo, sino también los objetos que ellos apreciaron, como el arma que usó Mishima a la misma hora que el puro de Lezama humeaba. Madrid ejercía sobre nuestros personajes un efecto que no imaginamos: los dotaba de vitalidad, ¿será la palabra que se puede usar para decir que los muertos, al visitar a los vivos, se apegan de nuevo a la materia?

En Nueva York, los de El Parnaso habían sido visitantes respetuosos, habían guardado su límite, no habían perdido la cordura, ni un solo segundo abandonaron su papel. En Madrid se les iban los cascos, se creían tan vivos que se volvían de carne y hueso y un pedazo de pescuezo, y los que no encarnaban de todas maneras hablaban, tocaban, se manifestaban de diversos modos a tirios y troyanos.

En el segundo piso oí lloriquear a otro. Era el cuarto de Freud —a quien dimos pase para El Parnaso por su petición expresa, cuando arguyó que «soy escritor de ficción»—, el ilustre Sigmundo brama como un infeliz por algo que no puedo comentarles. Le tengo respeto y no debo traicionar sus confidencias.

No un caso aislado. En menos de nueve horas hemos perdido el control del asunto. Los teléfonos de la recepción de este hotel y de otros del área repican con quejas, los ruidos se han vuelto intolerables, las luces se encienden y apagan sin explicación, los televisores lo mismo, ¿qué está pasando? Algunos huéspedes (de los vivos) aseguran haber perdido objetos, para luego encontrarlos donde no hace sentido, como si las cosas se movieran por sí solas.

Quiero aclarar este punto: en los años que llevo de Presidenta de El Parnaso, en Nueva York, no hemos tenido un solo episodio como los muchos que ocurrieron en Madrid. Los autores invitados se presentaban —cierto que nunca tantos—, sostenían una febril actividad social, celebrábamos la sesión conglomerada, y santo remedio, cada quien para su casa —con los paréntesis irremediables: ¿qué autor no se ofende por quítameaquíestaspajas?, pero esto sólo hay que ignorarlo—. ¿A qué tanto despepite? ¿Era el efecto de nuestra lengua? ¿Era quitarse el corset del modo de vida americano? ¿Era qué? ¿Estaba escrito desde el principio de todos los tiempos en las estrellas? ¿Qué pasaba?

En Madrid, nuestros invitados habían regresado a la vida sin constricciones ni olor a objeto de estudio de la academia, y los más en versiones irresponsables y juveniles. El Parnaso se tornaba en algo como una fiesta de graduación de chicos preuniversitarios, en un encuentro de jóvenes escritores de provincias, en una reunión de convictos fugados.

Los parnasianos perdieron los estribos comunitariamente. A eso se debe la aparición de nuestras luminarias en distintos puntos del Madrid central, a la que hice referencia al empezar estas páginas.

Nada habría pasado a mayores, sin embargo, si no fuera por lo que vino después, que no habría ocurrido si no llegaran a la sesión final de la noche con los ánimos muy caldeados.

Porque ese deshalague festivo no habría tenido repercusión alguna, sino devenir tal vez en una fábula urbana más, si el complot de los Románticos hubiera estallado sin encontrar los ánimos como

ya dijimos. Si los escritores hacían el ridículo, sería para ellos mismos, con mucho los vivos tropezarían con algunos pequeños incidentes de los que nadie los haría responsables.

16. Los ausentes y disquisición shakespiriana

Ustedes habrán notado ausencias gordas como ballenas. Cervantes, Lope, Quevedo, ya los dije y expliqué[8]. Pero ¿y los Románticos?

Como todos los años, hice invitaciones especiales a Byron y todo el círculo de Shelley. Y como en todos los años anteriores, la invitación no ameritó siquiera su respuesta. No serían los únicos en no contestar, ni Cervantes ni Shakespeare lo han hecho nunca, el primero porque en tiempos anteriores al mío un (i)responsable germanista norteado, cometió la tontería de invitar antes que a él a Lope, y el segundo porque la verdad sea dicha yo no estoy convencida de que el que se hace pasar en el más allá por William Shakespeare, lo sea de hecho; el Shakespeare del más allá, según yo, es un impostor, y el Shakespeare verdadero convive con muertos vulgares, comunes y corrientes, no sé si en el cielo o en el infierno. No soy la única que tiene la convicción de esta impostura. No me cupo duda de no equivocarme cuando vi que en el más allá él encabezaba un «seminario» para recién llegados: «Transitions: life after life». ¿A quién le cabe en la cabeza que William Shakespeare imparta cursos de algo así como autoayuda, dé recetas, indique cómo se debe transitar hacia la vida posterior? ¡Jamás! Lo discutí con mi mano derecha, pero él no estaba de acuerdo: «¿Por qué no? Lleva años paralizado, sin escribir, se ha —usó una palabra que no sé traducir con precisión— *stalled*. De tanto estar encerrado ya huele a perro mojado, se apestó».

Stalled, se acedó, se arranció, se pasó de tueste. No precisamente viejo, sino de tanto estar sin aire quedar a medio podrir, ni podrido, ni congelado. Como yo: muerto en vida. Con la diferencia, por supuesto, de que el que se hace pasar por Shakespeare es un muerto de veras, aunque sea un vivales a quien la muerte no le quita lo advenedizo ni las ganas de andar dando por liebre y sacando de esto ventajas inapropiadas.

La teoría de lo rancio no me pareció suficiente. «No lo creo», le dije a mi mano derecha, «una cosa es una cosa y otra muy diferente es andar mercando a la madre». «¿Cuál madre?», como es gringo, no salta como nosotros. No piensa mal, no es limitada su cabeza, está bien entrenado, pero no sabe hacer eso que nosotros hacemos de un modo tan natural. Saltar, brincar, imaginar, dar por obviado y pasar a lo que sigue. «A su propia madre, está mercando lo que no es mercable, lo más querido: la palabra».

Se quedó pensando un momento. «No lo creo». Lo dijo sin coquetería, sin impostación, por un momento olvidado del papel que interpreta a perpetuidad. «De hecho, me atrevo a decir que no. Lo que hizo en su tiempo fue entender lo que la gente necesitaba comprender, entender cómo verbalizar lo que les intrigaba. Ahora hace lo mismo. Retiro lo de rancio —*stalled*, repitió—, no es esto, es lo contrario. Diré que es una confirmación de que él sí es Shakespeare. Comprende, como lo hizo en su tiempo, cuáles son las preguntas y respuestas que la gente tiene necesidad de escuchar. Estamos en la era de las fórmulas, las simplezas, las mediocridades espirituales e intelectuales. Gerber en lugar de comida verdadera, permanecemos siendo bebés-gerber en toda la extensión de nuestras existencias. Por esto Shakespeare es de nueva cuenta el autor de su tiempo. No lo vas a culpar de que él solamente percibe y expresa». ¡Joder!

17. El complot de los Románticos

Nos dirigimos al Teatro de la Zarzuela. Las bienvenidas, las palabras, todo esto pasó de volada y pocos ponían atención a la ceremonia encabezada por los Solemnes (o los más solemnes entre los solemnes de El Parnaso). Llegó el momento de votar y elegir la mejor novela del año. Ya pasaba la media noche.

Sobra aclarar que, como pueden, como dioslesdaentender, los escritores siguen escribiendo de aquel lado, es lo que hacen, qué más van a hacer si eso son: los que escriben. Cada año entregamos un premio que, por su propia naturaleza, porque es premio, no quiere decir que sea el libro mejor de todos los textos escritos en Ultratumbia ese año, sino que es, precisamente el que gana el premio. El Premio Anual puede ser para una novela escrita durante ese año, o para novelas rescatadas, como fue el caso de *La isla de la Cruz* de Melville.

En Madrid, sabíamos desde antes de que llegara la noche cuál iba a recibir el Premio Anual: una novelilla aguada, un reciclado bastante flojón de un autor famoso (y pomposo) que había estado haciendo grilla durante meses para obtenerlo (porque de que escriben, no cabe duda, pero por lo regular no obras de primera: a los más les falta vida, ¡no es chiste; si lo es, involuntario!). El premio era suyo por legítimo derecho, porque el premio es de quien lo trabaja, pero no por los méritos literarios del manuscrito.

Todo habría ido a pedir de boca (las repercusiones del Premio Anual se sienten del lado de los vivos, el que lo recibe vuelve pronto a estar en el gusto, los críticos se ocupan de él, salen nuevas traducciones, biografías, estudios, artefactos de la gloria), si no

fuera porque en el último minuto un grupo que hasta este momento no se había hecho presente interpuso una queja, y que este grupo no era una partida de insignificantes colados a El Parnaso por haber sido Presidentes de anteriores emisiones o funcionarios públicos, secretarios de Estado, ministros o presidentes de países bananeros (o bancarios), hermanos o hermanas de monarcas usurpadores o de sangre azul, millonarios aburridos, amantes o lambiscones de tiranos, la fauna que abunda entre los consagrados. Los alzados eran ni más ni menos los Románticos, ahí presentes para mi sorpresa: ninguno se había registrado como asistente, ninguno había avisado, ninguno se había transportado a este lado con nuestro salvoconducto, que yo supiera (¿mi mano derecha obtenía puntos extra contrabandeando pases a mis espaldas?, ¿o el ex director, cuyos bonos literarios suben día a día, se los va ganando, como mi abuela indulgencias de Pío XII, comprando sus afectos no con plata —como mi abuela dicha— sino con favorcitos como éste?), Byron, Kleist, Novalis, Coleridge, Hoffmann, William Blake, Percy Bysshe Shelley, Felicia Dorotea Hemans, Thomas Moore, John Keats, Sir Walter Scott, José Asunción Silva y Jorge Isaacs, entre otros. Defendían una novela que, alegaron, merecía y con mucho el premio, ellos en bloque la habían sometido a concurso, cumpliendo con todos los requisitos.

Con gritos como «egoístas corruptores», «nauseabunda y atroz jerigonza de una cuadrilla decrépita de conspiradores en contra de todo lo que sea sincero u honorable» y otros más largos e inspirados que no repetiré, tomaron el escenario. «¡Nuestra novela es genial!». «¡Ensoberbecidos remedos de alma!».

Goethe sube tras ellos e intenta apaciguarlos, pero sólo levanta más ámpula, «¡Cállate el pico, coleccionista de platos y estatuillas, defensor de instituciones podridas como el matrimonio!». La partida de los «Sólo sé que no sé nada», encabezada por Sócrates y Platón, se une inesperadamente a la revuelta. En nombre de Orfeo, al grito de «El himno a Na-ra-yena», «la creación es más una energía que trabajo», arrebatan el manuscrito premiado de manos del vocero del jurado. En el micrófono, los Románticos explican la novela «la legítima ganadora», dan pormenores sobre la autora, leen pasajes espléndidos, intercalándolos con otros estúpidos, rígidos o atroces de la «usurpadora» del premio, ridiculizándola. Los miembros de El

Jurado intentamos dejar la sala. Las puertas han sido atrancadas desde afuera. «¡Cobardes, acepten su responsabilidad, vendidos, pútridos!», etcéteras. La turba sigue en el escenario. Forman una valla atrás de la cual oímos ruidos sin comprender bien a bien qué ocurre. Pronto sabemos que han preparado una gigantesca hoguera. Se abren para que todos los presentes presencien el momento «glorioso» «de la verdad»: encienden la hoguera. No, no es metáfora o imagen: los del más allá encontraron la manera, auxiliados por alguno de los encarnados (me dicen que fue Kafka, pero yo no lo imagino haciéndolo), con cerillos y algún líquido combustible derramado sobre una montaña apilada de sillas del atrezzo y telones y no sé qué más pondrían ahí, prendieron fuego en medio del escenario. Y arrojaron a éste el manuscrito que acababa de recibir el Premio mientras gritaban: «¡Texto usurpador!», «¡Ilegítimo ganador impuesto por canallas!», «¡Premio Anual espurio!».

Al tiempo que la turba corea alrededor de la hoguera, Laetitia Elizabeth Landon toma el micrófono: «Mi lámpara ardía a mi lado, expuse la carta a la flama, la quemé con la luz, no perdoné ni el nombre. Pronto la luz de su consunción pasó, me sentí tan triste que creí morir; tan brillante al principio, tan oscura al final, temí que fuera la historia del amor», volviendo a la quema del manuscrito un espectáculo poético. Otra voz —imposible saber ya quién hablaba entre los alzados, pues el micrófono había pasado a estar al centro de la turba—: «Un paisaje detenido…», y otro: «Sue ños: esa borrosa patria de los muertos». Las manos románticas atizaban la hoguera que iba creciendo, creí que una fogata hipotética porque la alarma contra incendios no timbraba…

El «espectáculo poético» continuaba, iluminado románticamente, si me permiten aquí el adjetivo, por las llamas. Otra voz: «Mientras la casa se desmoronaba, yo crecía. Fui, soy maleza, yerba entre escombros anónimos». Y otra: «En mi casa, los muertos eran más que los vivos…».

Gustavo Adolfo Bécquer se cuela hacia el escenario y se pone al proscenio: «Yo, el romántico de la lengua de la ciudad que les ha abierto sus brazos, extiendo la mano en son de paz. ¡Recapaciten, hermanos! ¡Por el bien de El Parnaso!». Y aquí Heine le salta al cuello llamándolo cosas horribles: «¡Plagiario! ¡Ladrón de baja estofa! ¡Tú no hiciste sino robarme mis poemas dando a los de tu

lengua versiones torpes inspirado en malas traducciones para desvirtuar mi espíritu! ¡Panfletario! ¡Sombra deforme! ¡Vergüenza del romanticismo! ¡Tu gente también tradujo a Goethe pasándolo por agua: querrían quitarnos el filo, la subversión de los Románticos, traidores!».

Los más cercanos a la hoguera hacen caso omiso del proscenio y lo que ahí está pasando. Siguen con su happening, si se me permite usar esa palabra.

Zorrilla sale en defensa de Bécquer. Lo abuchean, los Románticos por llevarles la contra, los Solemnes por considerarlo uno de los Románticos. Ruidos, gritos, Bécquer es envuelto por la turba alebrestada. Consignas contra Zorrilla. Gertrudis Gómez de Avellaneda sale a la defensa de su amigo. Lo mismo, con la diferencia de que a ella los Solemnes (a estas alturas bastante ex solemnes) le gritan despropósitos («¡Farisea!», «¡Destrozadora de Instituciones y todo lo que es Sagrado y Puro!», «¡Puta!»), suben de tono, afrentando a todos. La Flora Tristán desde un balcón echa mano de un magnetófono, enfática afirma que han ofendido así a Gertrudis «porque es mujer». Termina su breve arenga con «A muchas otras ustedes las mantienen a raya por el único *defecto* de ser mujeres: ¡Viva Inés Arredondo! ¡Viva Teresa de la Parra! ¡Viva Delmira Agustini! ¡Viva Josefina Vicens! ¡Viva la Castellanos! ¡Viva Nellie Campobello!». A estas alturas ya nadie escucha, sino yo.

18. La novela del muerto

La verdad es que la novela propuesta para el premio por los Románticos no estaba nada mal, aunque era algo descabellada. Yo la leí —estoy en la mesa del jurado y ésa fue la única que recorrí completa, la única que me sorbió—, no me cupo duda de su valor. Pero el manuscrito no entró siquiera a las últimas discusiones porque llegó firmada con un nombre que nadie reconoció, ¿cómo hacerla competir con los que tanto resonaban? Es probable que yo haya sido el único miembro del jurado que la leyó toda, ¿para qué gastar el tiempo en un manuscrito llegado «quién-sabe-de-dónde»? Tenía un prólogo de Rosario Castellanos y un breve prefacio de Humboldt, que yo confieso me salté porque no los consideré sino un mero espaldarazo, que no ayudaba gran cosa —imaginar las presentaciones que se gastan los consagrados, si hubiera sido Victor Hugo, Stendhal, Flaubert o Clarín, pero era Humboldt y una Rosario, se habrán preguntado algunos otros del jurado «¿quién?, ¿Castellanos?», pues mujer y latinoamericana queda por fuerza relegada a un cierto rango de El Parnaso.

«Dolores Veintimilla», nadie conocía ese nombre. Yo ni siquiera la tenía en la abultada lista de posibles invitados. ¿Veintimilla?, no, ella no. Cuando leí su libro, pensé que era un seudónimo, y yo sí le habría dado mi voto si no fuera jurado de relleno, voy donde vaya la mayoría. No fue sino hasta que los alzados Románticos comenzaron a leer los pasajes de la novela ganadora que supe que la había escrito la Mary Shelley del Ecuador.

La novela no se parece al *Frankenstein*. De hecho es bastante antifrankenstein aunque también tenga su lado fantástico, pero sí

imagina aunque de otra manera, roza el género de la «novela histórica», ahora tan pasada de moda entre nosotros los modistas. Pero no es aquí un lugar para darle rienda suelta a la crítica literaria, sino para pasar al Desenlace y Final de nuestro relato, previo, por supuesto, detenernos en el libro que desencadenó la ira de los Románticos.

Pero para qué digo, dejo hablar al propio libro:

Páginas de la novela de Dolores Veintimilla

Prólogo
Rosario Castellanos

Es un acto de justicia elemental entregar el cetro del romanticismo latinoamericano a Dolores Veintimilla. El reducido volumen de su obra (apenas una docena de poemas, un alegato contra la pena de muerte y tres textos periodísticos, cartas dirigidas a un infame escondido tras el nombre de Fray Escoba) no puede ser cargado en su contra. Sólo ese manojo de páginas sobrevivieron al ataque feroz de que fue objeto la Veintimilla. En 1857, en Cuenca, la poeta fue orillada al suicidio. Los victimarios le practicaron la autopsia para comprobar uno de sus infundios: que había atentado contra su vida porque estaba embarazada. No les bastó la afrenta al cadáver, también destruyeron los papeles de la escritora, calificándolos de «obscenidades» y el populacho arrastró su cuerpo por las calles de la ciudad[9]. La injuria llegó aún más lejos. Los restos en un ataúd de madera tuvieron sólo un acompañante, su fiel amigo, Guillermo Blest Gana, el escritor chileno, fue el único que caminó a su lado hacia las afueras de Cuenca, no tenía cabida en el camposanto.

Dolores Veintimilla nació en 1829 en Quito. La ciudad —apodada Luz de América, pues fue ahí, en 1810, donde se dio el Primer Grito de Independencia en Latinoamérica— vivía aún su época de esplendor. Convencida de que, como lo había confirmado la expedición geodésica de 1736, en ella se asentaba el centro de la tierra, aún hervía en deseos de libertad del poder extranjero y del eurocentrismo, mismos que expresaba en la extrema libertad de sus

costumbres, demostrando que no obedecía mandatos extranjeros, que ella era la dueña de su propio destino.

En este contexto es comprensible que la familia Veintimilla decidiera dar a la niña, sin importar su género, la mejor educación posible. La posición ante ella queda claramente expresada en el retrato de familia comisionado a Antonio Salas, el retratista de Bolívar. La niña ocupa un lugar preponderante, al lado del padre. No por ser mujer es preparada para un papel de segunda.

El retrato Salas lo dice todo. Las puertas iban a estar abiertas, frente a ella todas las posibilidades que les eran accesibles a los de su clase social. Llegado el momento, escogió la de la pluma. «Perfecto, dijo Quito, no tendrás que entrar al convento, ni optar por la locura». Así, la Veintimilla se casó —muy a disgusto de su familia, no por el matrimonio en sí sino porque le encontraron demasiadas objeciones al candidato—, pero Quito pensó «perfecto, son dos profesiones que irán bien de la mano; las ejercerán y colaborarán para hacer del nuestro un mundo mejor».

El médico, un colombiano llamado Sixto Galindo, parecía deseoso de granjearse su propia reputación, no crecer a la sombra de la familia de su mujer que, como ya sabemos, lo mirara con cierto desdén. Además, aunque no fuera brillante, imbécil no era, supo a la primera que era casi imposible enfrentar la competencia en Quito, había legión de médicos mejor preparados que él. Por este mismo motivo, vio con sus medias luces que tampoco iba a poder andar loqueando tranquilo bajo la mirada dura de los suegros, los tíos, los amigos, el tendero, el círculo que conocía y protegía a su mujer. A él lo que le gusta es darle vuelo a la hilacha. En Quito, muy tolerante, no había hilacha posible que no fuera la del andrajo. Hiciera lo que hiciera, todo iba a ser comparar, medir, ay, qué dolores su Dolores. Por estas razones, el matrimonio se mudó a la ciudad de Cuenca, Sixto convencido de que ahí encontraría mejores posibilidades para desarrollarse profesionalmente y Dolores deseando conocer mundo.

Todo inútil. El doctor Sexto Galindo no tenía buena mano. Y la compañía de su mujer, a la que le pudo haber sacado tanto provecho en Quito, no lo favorecía en lo más mínimo en la provinciana Cuenca. Porque Cuenca no era Quito, y si por esto podría haber favorecido a un médico mediocre, era del todo hostil

para una escritora de altos vuelos. La Veintimilla abrió su salón literario, convocó a escritores, artistas, pensadores, periodistas, el puño de liberales diseminado en la ciudad. No que encontrara demasiados, pero sí los suficientes para que comenzaran a correr murmuraciones. Su persona cayó mal, como piedra, y causó irritación; se rumoraba que los que la visitaban —todos varones, por cierto— hacían algo más que beber chocolate, tomar té de coca y externar sus ideas. No, no nos malentiendan: nadie pensó que ahí se estuviese tramando alguna conjura. Lo que hacían eran *indecencias*. Dolores Veintimilla era la comidilla de la ciudad. Antes que ella, se dio cuenta de esto su marido, aunque tenía considerablemente menos luces, no porque viera el salón de su casa lleno de gente alborotadora y vacío su consultorio, sino porque una amantilla con la que se había enredado le había llenado de humos la cabeza, y de información anti-Dolores. Algunos dicen que con esta querida se dio a la fuga hacia Guayaquil, verbalmente culpando a la Veintimilla de sus desventuras profesionales, echándole en cara que quién iba a tener por médico al marido de una descocada que se codeaba con varones de tú a tú, decía cosas inconvenientes, vestía indecencias, no frecuentaba a los curas, tenía ínfulas de parisina y decían los corrillos que había tomado un amante. Otros dicen que no abrió la boca, o que se fue sólo informando que perseguía mejor fortuna. Pero lo cierto es que dejó la ciudad, en parte por ponerse a resguardo de la amantilla, a estas alturas demasiado encimosa y que ya lo comenzaba a estragar.

Al enterarse de que el doctor ha dejado a su señora, la casera pidió a la Veintimilla desalojar cuanto antes la casa. Fue ahí que nuestra escritora supo del pésimo estado de sus finanzas. Lo que Sixto no había invertido en instalar la casa y su fallido consultorio médico, se lo había vestido, gastado en regalos a la amantilla o bebido, porque a eso sí le entraba con gusto —hay quien dice, por esto, que Dolores firmó su derrota desde el primer momento, confundiendo al borracho con el bohemio amante de las artes y al pillo con el rebelde desconfiado de los códigos de costumbres—, y lo que no se había tirado en ninguna de las cosas enumeradas, lo que sobraba, lo había cargado consigo, dejándola en una situación terrible. Dolores le escribió. No sabía de la amante. Él tuvo la cara dura de contestar: necesito de esos dineros para «forjar nuestro

futuro».

La Veintimilla se mudó a vivir a un pisillo módico, donde se le puso de condición no recibir ningún tipo de visitas. Adiós al salón literario, ¿en qué lugar de Cuenca podría repetir el grato intercambio intelectual entre los géneros, departir hombres y mujeres en veladas intelectuales? Imposible. En las ciudades provincianas la mujer tenía un lugar reservado que sólo compartía con otras de su género y con el marido o el padre. En la plaza, sentada en una banca, conversaba con su único amigo fiel, el chileno Guillermo Blast y Gana que ya mencionamos, para el escándalo generalizado.

(He visitado las páginas del volumen de obras completas de este Blast y Gana, el menos reconocido de los dos hermanos, en busca de alguna mención directa a la Veintimilla, sin suerte. Sin embargo, un lector atento de su obra será capaz de desentrañar las menciones veladas y, más interesante, la usurpación: leerá entre líneas que Guillermo Blast y Gana está diciendo «Dolores Veintimilla soy yo» y comprenderá que ese verbo «soy» alcanza solamente a un «ya quisiera ser», pues el varón carece del vuelo y el talento de su admirada autora y amiga. Segundo sinembargo: al omitir el homenaje e intentar la usurpación de la identidad cuya altura no alcanza, da la entrada a un acartonamiento que puede confundir al ojo astuto, hacer evaporar todo perfume veintimillesco. Mata la memoria de su amiga dos veces, la primera al evitar mencionarla, la segunda al intentar la usurpación, con ésta borra su huella, su influencia, su sombra, su cercanía).

Estaban sentados en la banca habitual, donde alentaban la impaciencia de Cuenca en contra de «esa vieja revoltosa», absortos conversando acerca de la improbabilidad de una justicia humana perfecta, cuando vieron pasar a un hombre recién tomado preso, un indio, Tiburcio Lucero, envuelto en una turba de niños y jóvenes gritando improperios, comenzando por la palabra indio pronunciada como si fuera insulto, «pulgoso, mugroso, malviviente» y otras más altisonantes que aquí omitimos por no ofender. De los balcones salían cosas arrojadizas y abucheos, baldes conteniendo basura, aguas sucias, desechos sacados a las prisas.

En cosa de minutos se enteraron al detalle de la historia: el indio había robado comida del mercado. Lo habían tomado con las manos

en la masa, omitían el juicio y se le condenaba a la (inmediata) pena de muerte.

En lugar de regresar al conversatorio y retomar el tema, al que tan bien le habría cabido el ejemplo que tenían enfrente (ilustración perfecta de que la humana justicia contiene per se fallas), la Veintimilla corrió a su ahora humilde casa, tomó la pluma, llenó unas acaloradas cuartillas denunciando la situación de Tiburcio Lucero. Antes de que cayera la noche, las hizo llegar con un propio —el hijo del tendero de la esquina, que a cambio de lecciones de gramática y auxilio en sus tareas escolares le hacía de recadero expedito— al periódico más respetable de la ciudad. Era una colaboración explosiva, un alegato en contra de la pena de muerte en el que exponía el juicio marcadamente racista al muerto de hambre, pidiendo piedad para él en nombre de su familia. Se lo imprimieron ipso facto.

La respuesta no se hizo esperar. Con el seudónimo de Fray Escoba, se publicó un texto ignominioso que colmaba de injurias a la Veintimilla. Mal escrito e iracundo, argumentaba en contra de las ideas de la escritora descalificándola de base por su ínfima calidad moral. La Veintimilla contestó. El cura que amparaba el seudónimo despotricó desde el púlpito y escondido tras el nombre de Fray Escoba desde la prensa. Otros atizaban la leña.

La ciudad se sumó al debate que pronto alcanzó proporciones de batalla, y fue Fray Escoba quien encontró la mayoría abrumadora de aliados. Predicaba insultando el nombre sagrado que atesora el altar —«Sócrates y Jesucristo fueron públicamente conducidos al cadalso por blasfemos, y así ha ocurrido con muchos que han osado oponerse a los más notables abusos en el nombre de Dios y la mente humana»—, y lo hacía con tal vehemencia que convencía a las masas. Los conocidos de la Veintimilla le retiraron la palabra; después, bajaban la mirada si topaban con ella; más adelante, al saberla venir, cambiaban de acera.

De la hostilidad pasaron al hostigamiento. Los balcones del pisito que ocupaba se volvieron blanco continuo del vandalismo. La Veintimilla misma no podía llegar ni a la esquina sin que le llovieran improperios verbales y jitomates podridos, como había visto hacer contra el indio aquella tarde que ya le pareciera lejana, desde una banca que ahora semejara un territorio celestial. Le

arrojaban baldes de basura. Por segunda vez una casera le ordenó desalojar[10]. Del marido no recibía respuesta. Él estaba muy al tanto de los pesares de la Dolores, «se lo buscó, que con su pan se lo coma». Se atrevió a enviarle un recado verbal: «En el fondo, me alegra, aprenderás de una vez por todas cuál es el sitio de una mujer que quiera ganarse el respeto de la gente». Recurrió a un viejo amigo de su padre, quien le cerró la puerta en las narices.

No es difícil imaginar el remolino que succionó a la joven. Pasaría las noches sin dormir, oyendo objetos pegar contra sus ventanas, tendría hambre y no se atrevería a salir a la calle, la humillación, el escarnio, la desesperación. Tiburcio muere en la horca. Tendida en la cama, sin pasarse un peine en la cabeza, deja pasar las horas oyendo las burlas que se cuelan por el balcón. Sus enemigos escurren papeles injuriantes bajo la puerta. Algunos de éstos aseveran que sus padres ya saben de sus «puterías» y que reniegan de la hija «con que las castigó el destino». Dolores ya no llora. Le crujen las tripas. Tiene días sin comer y por esto casi alucina. Todo brilla con una luz áspera, punzante. Quisiera poder apagar esa luz. Un día tocan a su puerta: es «el envío de un amigo», un pequeño frasco con cicuta, sólo la necesaria para terminar con su vida. Lo acompaña una nota, infame e irrepetible, firmada por el propio Fray Escoba; la precipita a la decisión final. Bebe el veneno sintiendo los labios arder en su última flama, mientras escucha a dos músicos rasgar sus guitarras y desgañitarse bajo el balcón: interpretan una canción procaz donde hacen mofa de su desgracia y explican con prolijos detalles sus pecados; en una estrofa, la Veintimilla se arrastra en el fango, en otra, se revuelca en sábanas sucias con seres siniestros. El 23 de mayo de 1857, a los 27 años, muere Dolores Veintimilla. Lo demás, lo he adelantado ya. Después de tres días de no dar muestra alguna de vida, ni un paso, ni un ruidillo, la casera se entremete en su habitación, encuentra el cadáver, la carta de despedida, sus papeles cuidadosamente ordenados. Hace llamar a Fray Escoba, llega arrastrando su cola de beatas y tras ellas el populacho. Se ceban con la escena. Sacan sus papeles, los queman en la vía pública cantando un Hosanna. Sacan el cuerpo, lo meten al anfiteatro, le practican la autopsia. Quieren certificar que estaba embarazada. Sería la prueba de su ruina moral. Los médicos se niegan a formular el infundio. Es verdad que ha

muerto envenenada, sí, pero no hay más, está vacía. Alguno aventuró, para quedar bien con Fray Escoba, que «es el típico cuerpo de la estéril», pero los otros se niegan a sustentar esta afirmación. No encuentran prueba en ese vientre destripado que están por entregar a los gusanos de que no pudiera acoger un hijo. Sus ojos y escalpelos sabían juzgar, lo único que parecía faltar ahí era comida.

El libro que sigue a estas líneas, una novela rescatada de los archivos de su fiel amigo, es testimonio de su talento, su capacidad creativa y su seriedad intelectual. La única copia del manuscrito viajó escondida en el doble fondo del equipaje del chileno. Muy recientemente ha sido encontrado y lo sometemos aquí, antes de que trasponga los límites de la vida y sea entregada a la publicación. Estamos ciertos de que le dará a Dolores Veintimilla el lugar que bien merece. La historia de La Tapada —o el Tapado, como se le conoció en su tiempo—, que llega al Puerto de Veracruz y es llevado cubierto a la ciudad de México, es visto por ella como un semillero de liberación, no sólo para las mujeres, sino para toda Latinoamérica. En su versión de los hechos, escapamos de la opresión de la Colonia de una manera que ojalá hubiera sido. Otra sería la historia de nuestra tierra. Otra la del mundo. Lamentablemente, ésa que en sus páginas es «una mujer de condición que admira por la excelencia de sus ropas, por el cortejo de esclavos guineanos que la acompañan, por la riqueza y extraña apariencia de sus enseres (empacados a la usanza africana, con hojas de tejidos de plantas de sus tierras, fibras, cactáceas, hojas completas de palma y plátano) y dos panteras», a la que, apenas tocar tierra, le ponen un sobrenombre, El Tapado; lamentablemente, decía, esta mujer no pudo siquiera dejar huella de su lucha por el reino perdido, menos aún cruzar el mar océano y visitar nuestro continente. Ya que no fue creación de la Historia, leámosla aquí, encarnada en las palabras de la Veintimilla. En esta lectura les haremos justicia a ellas dos: cobrarán vida.

(*Nota mía*: La Castellanos miente, la novela fue escrita post-mortem).

Palabras introductorias

Alexander von Humboldt

Respondiendo a la petición de mi estimado amigo Von Schiller, yo, Alejandro von Humboldt, presento al lector a la autora ecuatoriana Dolores Veintimilla. Pude haberla conocido en la bella Quito cuando la visité en mi célebre expedición por ese continente. Entonces la espléndida ciudad tramaba la independencia de España. Fui amigo muy cercano de Francisco Montúfar, aristócrata y conspirador contra el Imperio español, que lucharían hasta conseguir la causa. Con él viví el más feliz pasaje amoroso de mi vida, satisfactorio en todos los aspectos, y que no pudo continuar por estar yo embarcado en mi exploratoria, y él atado a sus deberes patrióticos. Nuestra relación se desarrolló en total libertad, sin que recibiéramos la menor reprobación. Quito es la ciudad más liberal que conocí en mis viajes. En ella me permití explorar un tipo de afecto al que yo seguí siendo en vida siempre propenso, al que no pude volver a dar abierta satisfacción. Francisco Montúfar fue mi gran amor varonil. Lo digo sin remordimiento. Es con el afecto que guardo a la ciudad que dejó florecer en mi vida una orquídea única, que escribo aquí sobre Dolores Veintimilla. Pude haberla conocido en persona, pero el tiempo, que es tan inflexible con los vivos como ausente entre nosotros, no lo permitió. Ella nació dos décadas después de mi estancia en el Ecuador. Conocí a su padre. Conocí a Salas, el artista a quien la prologuista de esta edición menciona. Conocí a otros miembros de su familia, la calle donde creció, sus maestros. Por esto me atrevo a afirmar que la conozco. Dolores Veintimilla es una digna representante del esplendor cultural de Quito.

(*Nota mía*: Siguen cinco o seis párrafos con palabras similares que ahorro al buen lector).

Nota de la autora

El prólogo y la generosa página de Humboldt que acaban ustedes de leer, los predispondrá a oír una historia de especie muy distinta a la que encontrarán aquí. Las historias del mártir de la

pobreza condenado a la de por sí inaceptable pena de muerte, del abominable Fray Escoba, de un marido débil, mediocre y sin dinero, y otras que conforman o cuadran con la voz de lo que fui, que ya ha sido retratado generosamente por mis colegas en pocos trazos, no estarán aquí. No estará presente tampoco la desesperación de esa joven mujer acorralada, ni el fuego anterior, el de quien lucha por traer al mundo la libertad y la justicia.

Cuando tuve cuerpo, los hombres buscaron en mis entrañas un bastardo, querían otra víctima para cebar su gana de atacarme, les fui detestable, les desperté pasiones que desconocían, pero no encontraron nada en su pesquisa porque en mala hora no tuve un amante. Con éste, subida en un caballo blanco, habría huido de Cuenca, cabalgaríamos por la sierra, recorreríamos los llanos, esquivaríamos los peligros, buscaríamos refugios sucesivos, visitaríamos monumentos, descubriríamos tesoros escondidos, remontaríamos cañadas, cruzaríamos selvas, caminaríamos sobre las aguas, encontraríamos a Darwin en las islas nuestras, nos sumaríamos a la expedición científica, escribiríamos poemas, publicaríamos en los periódicos del continente, nos sumaríamos a las luchas contra los tiranos y las tiranías.

Pero nada de esto pasó.

No se tomaron la molestia de cerrar mi seno condenado. La plebe entró tras mi cadáver y me arrastraron por las calles. Al principio, seguí el arrastre con atención. Mi cabeza golpeaba contra el empedrado de las calles. Los hombros cedieron. Los codos. El cuerpo quedó pronto desnudo. Eran tantos. Corrían de tal manera. Meneaban el cuerpo jaloneándolo incuerdo, adiós nariz deshecha contra aquel filo de piedra, pronto perdí los dos ojos, las orejas, fui quedando sin piel. No se cansaron sino hasta que quedó un bulto irreconocible, sanguinolento. Por las calles estaba regado el rastro de mí. A éste lo visitaron fielmente las hormigas, las moscas, las abejas, otros insectos, diseminándome. Las suelas no tuvieron ningún reparo en pisar sobre mí, ni los pies descalzos de los despatarrados. Lo que los insectos no hicieron viajar, caminó adherido en los zapatos y en las plantas desnudas. Entré a las casas. Algunas veces me dejaron en los tapetes de la entrada, otras estuve bajo la mesa del comedor, entre las migas, o en el baño y la cocina, o en un comercio. Para mi pesar también me metieron a la iglesia y

oí despotricar en mi contra, «esa perdida». Entré y salí, aquí y allá. La sangre y la carne son pegajosas, empecinadas.

Pero llovió y terminé por desvanecerme. Al bulto mayor le llamaron «el cadáver». Ya no era tal, puros huesos tronchados y desgarre. Lo envolvieron en una manta y lo tiraron en la fosa común. Con él perdí todo contacto. Lo mío fue lo otro, lo desparramado, lo regado, lo embarrado.

Así que sin caballito blanco, ni amante, ni besos, ni versos, viajé, a mi manera. Entré a las casas y demás en lugar de salir al mundo. Fueron viajes cortos, destinos definidos, en resumidas cuentas aburridos, pero importantes para mi conciencia.

Porque con lo del arrastre y el disgregarme entre patas de moscas, hormigas, moscardones, abejas y demás, me dio por pensar e imaginar de una cierta manera. Creo que contó más lo de terminar en las patas de los insectos, caminar y volar con ellos, percibir que morían, tan efímeros. Necesité ver hacia atrás. Me fue imperioso entender a qué pertenecí, más allá de Bolívar y Sucre y Simón, de mis padres y de mi Quito querida. Disuelta, necesité saber qué hacía sentido. Entré y salí de conventos viendo a las de la pluma. E imaginaba. Las imaginaba a ellas en el caballito blanco corriendo mundo.

Fui más atrás. Hablé con Amarilis, en el Perú, la que se carteó con Lope de Vega. La que le escribió —para mí una paradoja— que *por favor* escribiera sobre la Santa Dorotea, otra que, como yo cuando fui Dolores Veintimilla, iba a ser martirizada de lo lindo por sus creencias. Se iban a cebar sobre su cuerpo. Lope de Vega lo iba a contar. Pero Lope no le hizo caso, aunque no la mandó literalmente por un tubo porque escribió *otra* Dorotea, que no tiene un pelo de Santa ni de mártir ni de convencida. Lo que le pasa a ella está en manos de otros, otros que lo único que quieren de ella es sacar provecho de su belleza y su juventud, mercar con ella, usarla. Claro, pasan más cosas, pero no hay lugar aquí para adentrarnos en *La Dorotea* de Lope, dejémosla en paz, porque es tan grande esa novela, que dice que es teatro pero es novela portentosa.

Volviendo a lo nuestro, esta Amarilis no era la mayor, como no lo era tampoco la Monja Alférez, que además de bigotona y fea, de vestir a veces de hombre y de desear mujeres, y de no necesitar de

mi caballito blanco porque ella ya lo tenía —y no sólo uno y no todos blancos—, no me interesó lo suficiente. En parte porque ella ya tenía puesta su aventura, no necesitaba yo escribírsela, ya le había ocurrido, ya no podía imaginar a bordo de ella, y además no tenía el talento literario necesario para estar a la altura de las circunstancias. Así que me seguí, conocí ciudades y siglos y modos, y entré y salí de salones y cuchitriles, como una mosca cualquiera, y supe de olvidos y de falsas memorias, y rebusqué, y, bueno, era obvio que tenía que dar con Sor Juana. Como ya les dije, las patas de los insectos y lo demás, yo buscaba e imaginaba paralelamente. Pero no había podido realizar mi paralelo del todo, y topando con Juana Ramírez di en el clavo.

Lo siguiente fue encontrar a la otra, una que venía del otro continente con el que yo algún día soñara, una magnífica de Timbuktú, y necesité echar mano de la virreina, del mar, de los piratas, de lo que aquí se verá.

Y por último: recuperar algún tipo de cuerpo o corpacho que me permitiera escribirlo. Volví a descartar el de la Alférez, y que cómo fue que alcancé el necesitado que elegí, no viene a cuento, porque es larga y muy distinta historia —aunque debo decir que mis amigos me decían contara esa aventura, hiciera de ella mi novela, narrara cómo lo incorpóreo que yo fui se apoderó por un tiempo de un cuerpo terrenal con talones, puño y pluma, lo que fue entrar en ella, el acto de apoderamiento, y lo que fue oler con su olfato, sentir con su tacto, amar con su pecho y muslos, y después dejarla para regresar a mis naturales tinieblas—. Por aquello de las experiencias acumuladas en mi vida de mosca, no me cabe duda de que mi voz y mi historia no suenan ni un pelo a la que ustedes imaginan que sonaría. Estén atentos: lo del caballito blanco que debí tener en vida y que no conseguí ni tocar, aquí se realiza a la perfección, para mí, para las que me precedieron, y para las que todavía hoy bregan en la tierra con otros vivos.

Fin de la nota de la Veintimilla.

—titulada más sensatamente por nosotros

La Fatimita

título con el que quisiéramos se le haga referencia de ahora en adelante

Lleva un epígrafe de Keats:
«And other spirits there are standing apart / Upon the forehead of the age to come; / There will give the world another heart, / And other pulses».

1.

Corría el mes de junio de 1683.

En el golfo de México, a pocas leguas del que hoy se llama Puerto Frontera, en el hoy estado de Tabasco, bajo el cielo azul claro y sin nubes, una flotilla de tres galeras y ocho barquillas navegan no lejos de la costa. Las tres galeras están provistas de cañones, las barquillas son militares, los soldados que viajan en ellas apuntan sus armas a diestra y siniestra aunque no veamos ni sombra de enemigos. Es un pequeño ejército en la mar.

La presencia aquí de hombres armados tiene su razón de ser. Navegan en el ojo del huracán. El puerto de Veracruz ha caído en manos del pirata Lorencillo. La Armada española intenta ahora mismo arrancárselo, en dos días de lucha no lo ha conseguido. El puerto de Champotón también está en manos de los herejes. Campeche en las de un corsario inglés. El nuevo virrey no ha conseguido atar las puntas de los cabos de la difícil red militar. Su antecesor echó la casa por la borda, y descuidó la frontera marina. No son sólo las puntas que dan a este mar, también aquellas que desembocan en el otro océano están arrebatadas, ardiendo revueltas. No hablemos de la frontera norte y de la sur, ahí lo único

que reina es el total abandono, no diremos que hay puntas porque sería darle un adorno a los nudos y sinrazones que ahí tienen lugar. En cuanto a tierra adentro, los alzamientos indios están a la orden del día, la corrupción de los mandos es un hecho generalizado, la apatía, la envidia que rebasaría la que menciona Dante, los vicios, la desazón, en fin, es lo único que circula sin la necesidad de mosquetes para salvaguardarla, la única pasajera que va por todo el reino como la dueña de su casa. Negros, españoles, indios, todas las castas (que pasan de la treintena) navegan en aguas revueltas, haya o no tierra bajo sus pies.

En una de las tres galeras, es difícil creer que así están los tiempos que corren. En la cubierta no hay hombres de guerra. Cerca de la quilla, las tres pasajeras que custodia la soldadesca desde las otras embarcaciones gozan el abrazo juguetón de la brisa que alborotada, vivaz, las refresca contrarrestando el golpe del sol ardiente. Son personas de gran calidad. Han recreado para ellas, al aire libre, un saloncillo, tres sillas de asientos y respaldos de cuero, adornadas con cojines y chalinas, una alfombra traída de oriente, una mesilla. Un pabellón las protege del golpe vertical del sol. Para darles privacidad, han puesto a sus espaldas un biombo, atrás del cual sus esclavas, a dos pasos de distancia, cuchichean. Éstas son jóvenes, van bien vestidas y con mucha discreción, la menor de todas es hermosa de una manera notoria.

Las tres pasajeras guardan silencio. Visten de maneras muy distintas y dirigen las miradas hacia puntos diferentes. En el camino que trazan los seis ojos se comprendería cuán ancho es el mundo. La primera observa hacia su derecha, hacia la costa. Escruta con los catalejos que le ha puesto en la mano el capitán, ansioso de complacerla. Los lentes están preciosamente tallados. A través de ellos ve los detalles de la vegetación tupida, la selva; en las gigantes ceibas se apelmazan variedad incontable de plantas, cada árbol es como un universo. Hace tiempo dejaron atrás la desembocadura del río Grijalva, los pequeños asentamientos. La virreina deja la contemplación del detalle, desliza los catalejos sobre la costa peinando el paisaje. La selva es como un bloque, una muralla engañosa; piensa: «¿Cómo puede reinarse en una tierra así?, nadie podrá nunca penetrarla, domarla, tenerla bajo control».

La segunda pasajera observa las imágenes del biombo con que la

tripulación ha protegido la privacidad de estas tres. Es una bella mujer africana, vestida con una elegancia aquí desconocida. El turbante a la cabeza resalta su altura y exagera la línea extraordinaria de su cuerpo. Uno se ve tentado a compararla con una gacela, así sentada y casi inmóvil excepto por lo que la menea la navegación, pero sí, parece una gacela corriendo. Las telas de que están hechas sus ropas ceden ante la brisa, revolotean, se pegan a su cuerpo, se tornan alas, no dejan de menearse. Sus ojos —brillantes, azabaches ricos—, en cambio, leen pausados las imágenes del biombo. En éste se representa una procesión en la ciudad de México, la Catedral con todo detalle, el palacio del Virrey, el que fuera el de Moctezuma, la hermosa avenida rodeada de palacios, la majestuosa Plaza Central. En el cortejo que sigue al Sagrado Sacramento hay nobles, músicos, saltimbanquis, sacerdotes, militares, pueblo; aquí los más son negros, como ella, pero no visten a su manera sino como europeos y hay gran variedad de indios ataviados de maneras preciosas. En un rincón del biombo, representados como si estuvieran a las afueras de la ciudad, pasando el acueducto, al lago de una laguna, unos indios naturales pescan. La tercera pasajera, con un vestido sencillo, así de buena factura, de enorme discreción, la tela rígida como un cartón, el cuello alto, el color oscuro. Dejó en la ciudad sus hábitos de monja jerónima para viajar, para escapar al rigor del convento, para pasar por otra. La virreina le consiguió un salvoconducto con un nombre falso, diciéndola su prima. No debe abrir la boca frente a los aduaneros, las postas, los guardias. Su acento mexicano la delataría.

Su ropa contrasta con las juguetonas africanas y con la vistosa apariencia de la virreina. En éstas se reconoce la severidad de la que siempre viste hábito. Sus ojos brillan. No tienen la calidad de los de la africana, los suyos no parecen piedras preciosas, tienen una vitalidad distinta. Son mucho más duros que los de la africana. Peinan la superficie del mar. Primero los fija a la distancia.

Tanto cavila mientras observa el horizonte que sin darse cuenta dice en voz alta: «Hace años soñé con cruzar el mar para llegar a España y, con ropas de varón, quería asistir a la universidad, quería estudiar en Salamanca… pero no soñé con el mar en sí. Con verlo desde la orilla, sí, muchas veces, pero nunca imaginé esto, es… ¿cómo explicarlo?… Es… Es…».

La africana interrumpe las divagaciones de la monja jerónima:

—En mis ciudades, las mujeres estudian sin esconder que son mujeres. Las que lo merecen son reconocidas por sabias, dictan su cátedra… Si sigue siendo como era cuando me vi forzada a dejarlas, antes de convertirme en nómada… Esto antes de la caída, ahora… Timbuktú y Gao… asoladas… No sé…

Deja el hablar coherente y tira palabras que no hacen gran sentido. Dice «Fátima» —que es su nombre—, dice «las fatimitas», dice «nosotras». La virreina despega los ojos de la costa y voltea a ver a sus compañeras. Las tres mujeres se han reunido esta mañana a bordo de esta galera, a una distancia prudente del Puerto de Veracruz. La virreina y la monja jerónima viajaron juntas desde la ciudad de México en un convoy bien protegido por guardias, las dos bajo papeles falsos para proteger su identidad, y abordaron la nave en el puerto dicho envueltas por la oscuridad y cubiertos los rostros con velos sólo diez horas antes de que lo azotara Lorencillo. A la tercera la recogieron en un puerto leguas al sur, el que hoy se llama Frontera. Ella venía de mucho más lejos, del otro lado del mar, de peregrinar por puertos africanos y previamente de tierra adentro, de perder la guerra. Comenzó el viaje con la cara y la cabeza descubiertas. Lleva una espada como la que yo no tengo en la mano derecha, en la izquierda un puñal y en la cintura dos armas de fuego.

Mientras la escucha, Juana mira la superficie del mar. Sonríe complacida. ¡El mar! Siente una alegría completa. Levanta la cara: el sol en la piel. La luz. Parpadea. Su cutis sonrosado reluce en toda su belleza. La virreina deja sobre la mesilla sus catalejos, su mirada tropieza con el gesto de la jerónima.

Inclina el cuerpo hacia delante, apoyada en la quilla, escapando del toldo protector. Apoya las manos en el extremo de la quilla y se inclina para ver la superficie del mar. La galera corta el agua, dos olas de espuma blanca se van formando a su paso. Un delfín las acompaña a su derecha. Brinca.

Coda de la castaña

Eso es aquí todo. No se me asuste, lector: no puedo meterle aquí las setecientas páginas veintimillescas. No porque su editora le haya dicho a mi autora «Carmencita, imposible, no podemos publicarte el libro con otra novela enfundada adentro, mira la cantidad de páginas; y además, no vienen lo más mínimo a cuento, lastran tu *El complot de los Románticos*», apelando al sentido común. No porque yo decida cortarlas para no apestar el libro de mi tirana, emperatriz, o franca enemiga, y en todo caso una carga con la que he venido jalando a mi pesar a lo largo de estas páginas.

Por lo que a mí toca, me encantaría poder decir: «Algún día la daré a publicar, tengo copia, las palabras de los muertos quedan en papel y tinta lo mismo que las de los vivos, y tienen tanta probabilidad de estar vivitas y coleando como las de los de carne y hueso. Algunas veces incluso consiguen estarlo mucho más, como era el caso de la novela de la Veintimilla». Editora de Carmen al margen, yo hubiera podido transcribir aquí todas las páginas de una novela escrita en Ultratumbia. No sería la primera ocasión en que un Presidente de El Parnaso cuela un manuscrito ganador del Premio Anual hacia el mundo de los vivos. Es una operación complicada, pero es como digo posible. Pero en este caso preciso no puedo hacerlo. Y para explicar por qué, debo volver a la noche del Teatro de la Zarzuela, pero antes de regresar, aquí el resumen o compendio de la novela veintimillera:

Resumiendo

La africana Fátima, jefa mayor de los fatimitas, líder de los fieles

de ese culto que se consideran herederos legítimos de Mahoma (porque cuando el profeta murió su hija Fátima fue la designada por él para reemplazarlo), ha cruzado el océano para abogar por el trasplante atlántico del fatimismo. Se entrevista con la virreina y con Sor Juana a un margen del revuelo de un ataque pirata, en el mar. Las dos católicas se convencen de que deben favorecer la sobrevivencia de su culto, no porque fueran muy persuasivos los argumentos de Fátima (que sí lo eran, pero eso no hubiera bastado), sino porque reciben la visita del ángel Gabriel, que les dona una iluminación en la que atisban un Nuevo Mundo. El pirata Lorencillo es vencido, el puerto de Veracruz otra vez en manos del poder de la Corona, navegan para depositar a Fátima a buen resguardo, regresan a Veracruz, y de ahí la virreina y Sor Juana emprenden el camino a México en el más celoso anonimato. La jerónima no volverá a salir nunca del convento. Fátima, establecida en el hoy puerto de Frontera, hace ligas y alianzas con personajes claves de la Nueva España, negros los más, y el movimiento fatimita empieza a cobrar fuerza. Fátima sabe que debe viajar a la ciudad de México para conseguir afianzar el renacimiento del fatimismo. La virreina le consigue papeles, una identidad varonil que le permitirá negociar y establecerse en la Nueva España. Con éstos, navega hacia Veracruz, pero al desembarcar de su preciosa nave es tomada presa. Alguien las ha delatado.

El virrey la hace traer a la capital, el pueblo le da el sobrenombre de El Tapado. Sin revelar a los ojos públicos que su preso es mujer, la juzgan, obtiene la pena capital. Sor Juana escribe en su defensa, pidiendo al virrey clemencia. En balde. Las intrigas involucran también al virrey en las herejías de su mujer, y es depuesto. Sor Juana es atacada también, es derrotada y pierde, no sólo su biblioteca. Es el fin de los fatimitas.

Coda de la castaña, e

intervención
somera de los otros autores

Lo dije ya cuando describí someramente el libro: su trama es improbable. Parece novela de Carmen.

«¡Un momento! Convinimos en que no habría ataques».

«No es ataque», le digo a mi autora, «es descripción, pelona y fría».

Bastó esto para que se me venga encima. Me amenaza con darme eran antes de acabar con mis páginas. Sé que es pura bravuconada, por nada del mundo tiraría su novela. Porque yo soy su novela, quiéralo o no.

«¡En esto *también* te equivocas!», me dice una voz.

—¿Tú quién eres? —yo.

—El otro autor de este libro.

—¿El que tiró la toalla?

—Estoy de acuerdo con él —habló otra voz—, totalmente de acuerdo. Carmen sola no es la autora, aunque se empecinen en decirlo. Sin él, una voz autorizada; sin mí, una desautorizada. Y tú: eres un personaje ridículo, no sirves paraná-a, como las cataratas.

—¡El escritorcete! —caigo en la cuenta.

—Dime como quieras, insúltame, ¡anda! Si este libro se hunde será por tu culpa, no por irresponsabilidad de Carmen, o por pomposidad o cobardía del Autorizado que tiró la toalla, o porque yo me haya entremetido cuando los agarré distraídos. Tuya, ¡tú —canta esta última frase como una canción ranchera, desgañitándose—, sólo túuuu!, ¡tú sólo túuuu!

—Encima eres una cobarde —el de la toalla—. No te atreviste a decirnos de quién fue la novela ganadora, la que provocó la ira de los Románticos. No lo dijiste para no ganarte un enemigo poderoso en el Masallá. ¡Cobarde tramposa!, ¿qué más omitiste?

Les ahorro nuestros diálogos, prolijos y en nada excelentes. Pasemos a lo siguiente.

19. Desenlace y final

Habíamos dejado a los de El Parnaso en el zafarrancho del Teatro de la Zarzuela mientras nosotros tomábamos un respiro en unos tiempos de ritmo muy distinto al de la dicha noche madrileña, hasta que la bola de resentidos que se dicen autores de este libro me interpelaron y luego se ensartaron en una extensa discusión bizantina de la que sólo transcribí aquí las primeras líneas. Regresemos al punto en que dejamos el Teatro de la Zarzuela, cuando los Románticos quieren forzar que el Premio Anual se otorgue a la novela de la Veintimilla y los «institucionales» o Solemnes se niegan a toda costa a cederlo. Está la hoguera donde arde el manuscrito del elegido por los Solemnes. Está la mesa con los manuscritos desde donde se leyera el acta del jurado. Están los que continúan diciendo poemas, citando a otros o a sí mismos —Byron da una versión compacta de la novela de Veintimilla en verso, que no estaba nada mal—. Los Solemnes se han enclavado en el lado derecho de la butaquería. Ya vimos que entre los Románticos se han desencadenado pleitos. Victor Hugo interviene, pero a coro le gritan «¡Traidor!», pues él fue miembro del jurado. Dumas hijo quiere salir en su auxilio, pero lo callan con fuerza bruta (cuatro contenían al gigante con trabajos). Los bandos se dividen en más bandos. La turba de alzados se va a las manos. Moquetes. Golpes. Se termina el *happening* o espectáculo literario (un pesar porque Byron aún no terminaba de recitar su versión en verso de la novela defendida por los Románticos, a la que había agregado humor). La hoguera al centro del escenario crece. Aquellos que no han dado la Guerra Civil de España por terminada,

interpretan la situación a su manera, forman barricadas, lanzan una granada que afortunadamente no estalla pero que cae en manos del Ejército de los Desesperados, el conformado por los jóvenes escritores muertos de manera abrupta. Blandiéndola, y armados también de su desesperación y vigor, la lanzan contra los Solemnes, la recuperan una vez más sin estallar, la avientan contra uno de los grupos de los Románticos donde estalla, causando una espeluznante carnicería. Los trozos de cadáveres de célebres vuelan y caen disgregados a todo lo ancho y largo del teatro. Balzac toma el micrófono, pero no hay manera de escucharlo. Los miembros del Ejército de los Desesperados corren de un lado al otro del teatro en brigadas organizadas con eficiencia, levantando hasta a los más dormidos e imparciales, sellando a cal y canto las de por sí ya cerradas puertas del teatro y taponando los caminos de regreso al otro mundo con escudos formados por ellos mismos, barreras humanas (o algo así como humanas). Los salvoconductos para ir de vuelta al Ultramundo se vuelven inservibles. Nadie puede volver al Otro Lado. Nadie puede dejar el Teatro de la Zarzuela. El Ejército de los Desesperados nos tiene cercados.

Los bandos se desdibujan. Parece que todos riñen con todos. Pero un grupo resta con agenda comprensible: en él se riñe sobre el destino inmediato de los manuscritos de las novelas propuestas al premio. Los más radicales quieren verlas todas destruidas, «Muera el Premio Espurio». No los sacia haber quemado el del ganador. Las páginas comienzan a arder.

Mi mano derecha y yo somos los únicos mortales presentes. No sé él, pero yo tuve una sensación que no conocía: saber que no podía morir. No se podía morir. Lo inevitable se había convertido en un imposible. Amparada por esta certeza de inmortalidad, me uní al grupo que pelea los manuscritos, y como una guerrillera que ignora los alcances del diálogo, a la mala intenté rescatar las páginas de la Veintimilla. Escondí en mis ropas las páginas que les he transcrito. Fuera de éstas no sirvió mi intento. Las demás quedaron en manos de ese populacho embriagado en su propia violencia.

Destruidos los manuscritos, se esfumó el último enclave donde se podía rastrear un pleito comprensible. Todos peleaban contra todos.

La batalla entre tirios y troyanos adquirió proporciones estratosféricas, pero el calificativo es equivocado porque lo que hacían, aunque afuera de la atmósfera, aunque externo al espacio que el cuerpo ha ganado con la civilización, aunque más allá de lo que el sentido común demanda, aunque escapado de la lógica, del orden, de la norma, de lo intelectual, de lo clásico, tenía mucho de vil trifulca y poquísimo de celestial o sideral. Lo de clásico lo digo con reservas… Sí parecían simular pasajes de la *Iliada* y la *Odisea*, porque rayos y centellas se alternaban con cuerpos voladores o precipitándose desde los balcones, las candilejas, la tramoya. Virgilio recibe su merecido por adular sin tregua a ese vil que responde al nombre de Augusto y que usurpó el de César, porque se desliza por una columna, se resbala y cae hecho añicos. Valga recordar aquí que los protagonistas no sólo no son del todo corporales, y cuantimenos cirqueros entrenados, pero puestos a guerrear se arrojaron que ni trapecistas de las más variadas estirpes, los e-boys, los Condes y Duques del break-dance se quedan cortos frente a las proezas de estos hombres y mujeres que en la vida real, en su tiempo, jamás alzaron la patita más allá de un centímetro, y si lo hicieron fue para danzar a la usanza armónica de sus viejos tiempos, polkas, valses, el twist. La zacapela entre los del Olimpo era algo espectacular, tanta la furia que, rompiendo con sus propias limitaciones, arrancaban butacas, rompían los cortinones, rasgaban las alfombras, despanzurraban cojines, desfondaban pisos, doblaban rieles metálicos, destrozaban barandales y techos, mientras la hoguera continuaba echando chisporrotazos, queriendo consumir todo el teatro, engordando, engordando. Y la gimnasia anómala se tiñó siniestra: los célebres autores lanzaron partes de ellos desde ellos mismos: una cabeza se avienta a atacar el pie de su propio cuerpo; las manos se desprenden, se tornan tenazas, abren los pechos, sacan corazones, reemplazan sus lugares; las piernas caminan sin sus torsos; un hombro divaga ahí; la columna vertebral de cada uno de los ahí presentes —exceptuándonos a los dos mortales— se convirtió en la columna del vértigo, los pies eran las patas de la imaginación. En lugar de la gramática, había músculos. Serían impensables, si no tuviéramos en mente el referente de las tiras cómicas. En todo caso: ¡horrípido!, tanto que algunos entre los más duros de la revuelta se conmovieron.

Una facción traidora del Ejército de los Desesperados dejó sonar las alarmas de fuego y seguridad y abrió las salidas del teatro y las que llevan al más allá. Los parnasianos salieron más que pitando, la mayoría hacia Ultratumbia, aunque un puño se disgregó en los cafés de la ciudad para hablar sobre lo que había ocurrido. Mi mano derecha y yo huimos por piernas, como se pueden imaginar.

Bomberos y todo tipo de cuerpos policíacos acuden a la llamada de las alarmas, entran a un teatro prácticamente devastado, pero no pueden encontrar culpables, ni huellas digitales, ni muestras de cabello, nada que ayude a rastrear
ADN
que los auxilie a dar con los hacedores de este improperio, porque ninguno de ellos es rastreable.

Cabe subrayar que fue prácticamente simultáneo: uno, que el Ejército de los Desesperados liberara las puertas que conducen al Ultramundo; dos, la desbandada de los escritores; tres, que las autoridades traspasaran las puertas físicas. En cuanto a los escritores, como dije hubo excepciones: los más valientes eligieron dejar el teatro para reunirse con amigos en torno a alguna mesa a discutir durante largas horas lo que había ocurrido, y otros que perdieron la brújula y se dedicaron a pasear por la ciudad como sombras de ellos mismos, disfrutando por última vez su viaje comunitario entre los vivos, repitiendo rituales, despidiéndose sin saber por cuánto tiempo del mundo. Los demás se han ido.

El Parnaso se ha terminado para siempre. Y aquí estoy yo contándoles cuál es la razón de lo que vieron en las calles y del «atentado» contra el Teatro de la Zarzuela.

Hasta aquí la historia. Tengo que retirarme. Quiero dejar bien claro que me voy por decisión propia, no empujada por la autora con quien tuve, a lo largo de este libro, tan difícil relación. Mantenerla a raya no estuvo fácil, luchar por no irnos a pique fue una labor titánica que yo sola, y sola yo, pude bien cumplir. Las entradas de otros autores fueron por mi invocación, porque supe que el libro los necesitaba. También son mi hechura. La autora no lo entiende. Ella hubiera querido contarnos esto a su manera. Pues bien, no era suya esta historia, sino la mía, mi definición: yo fui la Presidenta del último de todos los El Parnaso. Eso seré siempre.

Una última petición, citando a Shelley, el romántico lumpen:

«Cuando me haya ido, atravesando el viejo bosque de robles, no permitas que vague sin destino en un sueño vacío, sino que, cuando crepite el fuego consumiéndome, dame nuevas alas de Fénix para volar a mi antojo… ¡Oh sombras!, llega la despedida…».

Apéndice[11]

La guerra de los uniformes

El renombrado crítico de arte estaba en las de siempre: debía entregar sus tres cuartillas para el semanario. ¡Trabajo envidiable! Todo mundo buscaba su columna, los galeristas y agentes lo cortejaban, los famosos y los aspirantes le coqueteaban; novias tenía de sobra; sus líneas de comparecencia rutinaria le habían ganado un lugar de lujo, asiento de terciopelo en el balcón central del mundillo del arte. Ganaba buen dinero. ¿De qué podía quejarse? Nada es perfecto, y él sí tenía de qué lamentarse. La mosca en su sopa era que, para entregar sus tres cuartillas semanales, necesitaba *escribirlas*.

Cada vez le costaba más hacerlo. Él no era un animal literario —«¡que dios me libre!»—, los libros (novelas, poemas, ensayos) que sus colegas alababan le aburrían soberanamente. Lo de él eran las artes visuales —«oiga bien: ¡vi-sua-les!»—, no las cuartillas, y menos que ningunas otras las que él tenía que entregar cada ocho días. No era un mero capricho irracional, su tirria tenía una justificación intelectual (cierto que más flaca que una vaca de hambruna), «a quién le interesa hoy algo que no sea una imagen, la era de los mensajes y los entretenimientos escritos son *historia*». Con ese lema, que traía bajo el brazo desde que era estudiante en Columbia University, había ido del tingo al tango. Aunque la expresión no va demasiado porque la verdad es que no había ido a ningún lado, o en todo caso nada más al tango, sin pelo de tingo.

Descartó el tingo también desde esa universidad. Porque cuando la preparatoria y la licenciatura había *sentido* que iba a ser un

escritor, leía con voracidad, garrapateaba en libretas páginas que después tachaba de pe a pa y llegó a publicar poemas, si es que eran poemas —le avergonzaban esos textillos ridículos, pretenciosos, oscuros, arrogantes—. Fundó una revista literaria con su novia de entonces, una mujer de verdad preciosa, aunque ahora pensara «¿y quién no a los veintiuno?». El nombre de la revista fue *BIOY*, por Bioy Casares. Un buen día, la susodicha novia y coeditora llegó con una nueva: lo dejaba por otro joven escritor, quien, aunque no fuera un Bioy Casares, también era rico, lleno de encanto y enamoradizo, un bioycito. Cuando «la maldita» quiso volver a su lado, porque su relativamente bioy la mandó por un tubo, él ya no tuvo con qué corazón tenderle la mano; la revista que habían fundado naufragó o se fue a la porra —corta vida: un número único sobresaliente— y, según los amigos de esos tiempos, junto con ellas dos (mujer traicionera y único número de la revista *BIOY*) se evaporó su amor por la literatura. Cuando llegó a Columbia se dio cuenta que se le había quemado esa barca para siempre.

Más que ningún otro detalle de esa época, recordaba su departamento el día de la mudanza. Ella salió de casa cargando en su maleta los libros más queridos de los dos, sus pocas prendas de vestir y la pecera.

Lo de la pecera le dolió particularmente, por su contenido, que en sí no era sino pura chatarra, la compraron de segunda mano, desde un principio fue opaca, rayada. Un amigo le contó que en un par de semanas habían muerto de hambre todos los pececitos, desde los despreciables guppys, hasta los valiosos bettas. No dudó que fueran víctimas caídas en la batalla amorosa, pero en lo que no creyó fue en la teoría del amigo, «los mató de hambre», porque, aunque en casa él había sido el que les daba de comer a los peces y ella sólo contemplara en su infatigable ir y venir a los animalitos, él estaba convencido de otra explicación más convincente. Había comprendido que la forma de mirar de ella, tan sugerente, tan inquietante, quería decir otra cosa, una gana de destrucción y violencia que su bella (o no bella pero entonces veintiunañera) tenía a flor de piel. Estaba convencido de que la dicha los había estrangulado uno por uno, que ni siquiera se los había comido. Siguiendo un instinto que desde luego la avergonzara, los había asesinado con una ferocidad femenil: ahorcándolos entre dos dedos,

un dulce apachurre con sus uñas pintadas.

Las uñas pintadas seguían idénticas. Un día por casualidad le tocó viajar con ella en el asiento de al lado de un avión hacia París. Uñas iguales, pero en todo lo demás una vieja horrible, con aspecto de tortuga de acuario astroso. Las uñas, por cierto, postizas.

En aquel lejano entonces, Bioy Casares había sido su gran compañero de ruta, primero en las buenas (el amor por un cierto tipo de literatura, la hechura de su revista con su grupo de amigos, la complicidad con la fémina), luego en las malas (cuando el tipejo ese bien vestido y delgadito, haciéndose el bioy, le hurtó a la novia al primer descuido). Pero de ahí en adelante, no sólo abandonó a Bioy y a todos los posibles bioycitos: dejó ciudad de México, se mudó a Nueva York, hizo la maestría y luego el doctorado en Historia del Arte, comenzó a publicar sus «miradas» (que no textos, nótese, nunca pensaba en sus escritos como si fueran lo que son) y se consagró como crítico de arte. Porque a lo suyo podemos llamarle consagración, mientras que los destinos de la traidora y del falso bioy no fueron sino deslizarse insensiblemente por carreras grises. Aunque calificarlas de grises es inapropiado, porque hay que ver lo que Jasper Johns hace con los grises, lo sabe muy bien nuestro crítico. Grises no va. Tampoco podría decirse que fueran entre azul y buenas noches, porque para eso no faltan pintores. Más bien carreras invisibles, parece más preciso —a menos que se piense que Velázquez pinta el espacio invisible haciéndolo palpable en el fondo del retrato de Pablo de Valladolid, pero como para nuestro crítico de arte esta expresión le parecería demasiado literaria, dejemos sus carreras en «invisibles»—.

Volviendo a nuestro tema, el caso es que poco después de aquel pasaje en su vida sentimental, que se tomó tan a pecho, ya no hubo para él nada de tingo. Dejó para siempre sus ilusiones literarias. Él no era un escritor, era un crítico de arte que tenía que escribir para cumplir con su labor, desgraciadamente, porque lo que a él le gustaba era ver y hacerse de una opinión propia. Detestaba a la gente que vive con el uniforme puesto en su criterio. Uniforme ajeno, por supuesto, porque si es de hechura propia no se puede llamar así.

No pensaba que un día se había puesto el uniforme-bioy, y que por usarlo le habían volado a la mujer. Pero en todo caso, uniforme

o no, escribir era ahora para él un tormento, aunque la palabra no va del todo porque sobre todo le aburría y eso sí que le sabía mal, pensaba que la vida es demasiado corta, o demasiado larga, para aburrirse.

Quedaría cómodo ponerse aquí un uniforme ajeno y decir, como los amigos mexicanos de nuestro crítico de arte, que su deserción literaria ocurrió por la historia de los guppys, los bettas, la traidora, la revista *BIOY* y el bioycito. Porque, como ya se dijo (hasta el cansancio), según ellos, la tirria y el desprecio de nuestro crítico por la literatura y sus hacedores tenían su origen en aquel abandono de la un día bonita del que él nunca se repuso. Pero aunque se intente vestir este uniforme, no va. Sus amigos están equivocados. Cualquiera que hubiera tenido un mirador más idóneo o una mirada más perspicaz sabría que las razones para dejar de escribir fueron otras, si es que a lo irracional uno puede llamarlo razón. Su desilusión tenía otra fuente: un libro del propio Bioy. En los días de la tormenta sentimental desatada por el torrencial romance de la ex bonita con el ex a-punto-de-ser-glorioso-según-ella, nuestro crítico de arte tuvo un sueño. Lo más perturbador podría haber sido que no era un sueño propio, que soñaba lo que había leído que otro soñara.

En el sueño, visitaba el lupanar de mujeres ciegas que Bioy menciona en *La invención de Morel*. Cuando el personaje, un prófugo de la justicia, pasa por Calcuta, se va de putas con el mercader italiano que le pasó el tip del sitio ideal para refugio (una de las islas Billings donde —no hace mucho sentido— campea una epidemia de alcances fatales). Las meretrices ciegas podrían ser sobrevivientes de aquel mal sin nombre, rescatadas a medio proceso y puestas a trabajar para pagar los gastos de la misión de salvamento. Pero éste podrían la verdad es que sale sobrando. Eran putas, punto. No sobrevivientes ni nada. Después, en el libro de Bioy Casares, ya refugiado en la isla *maravillosa*, el prófugo sueña con este lupanar.

En el lupanar del sueño de nuestro crítico de arte, una mansión de lujo oriental, lo recibían diez hermosas mujeres preciosamente vestidas. Se detenía frente a una, los ojos de ella pasaban de largo, como si él fuera transparente. Trasponía la puerta reservada para los del servicio, descendía las escaleras que lo llevaban al sótano húmedo, mal iluminado, donde oía el lamentar de unas mujeres.

Seguía estas voces, llegaba a una habitación en la que ardía una chimenea y encontraba enfrente de ésta a las diez bellas que había visto arriba, desnudas y con los ojos cubiertos por parches quirúrgicos. Nuestro crítico entendía: les habían abierto los ojos para sacarles el nervio de la luz. Olía a sangre, a menstruación, a sudor, a sexo triste. Atrás de ellas, vestidos en batas azules, con tapabocas colgándoles del cuello y guantes de cirugía, estaban los perpetradores, los que habían practicado el corte. Reconoció a la mayoría: eran escritores o aspirantes a escritores: ahí estaban sus amigos —incluyendo la hoy ex bonita— acompañados de Stevenson, Cervantes, Stendhal, Balzac, Wells, Wallace Stevens, una chica que él supuso sería Scherezada, Borges y, por supuesto, Bioy. Cada uno de ellos empuñaba en su derecha enguantada un par de tijeras, las puntas coloradas de sangre. Uno —que no reconoció en el momento— le dijo: «Esto es lo que hacemos, te llamamos para iniciarte en el oficio; ¿quieres como nosotros fabular?», mientras agitaba las tijeras tan cerca de él que temió se las clavara. Echó a correr ardiendo en miedo, traspuso la puerta, subió las escaleras hacia el primer piso. Despertó en un estado de suma agitación. Aún no se serenaba cuando cayó en la cuenta de que el que habló era Joseph Conrad. Lo identificó y se reprendió con dureza: «¿Cómo puede ser que no lo hayas reconocido?».

No comprendió el sueño. ¿Qué hacían sus autores predilectos metidos en un sótano donde se privaba de la vista a las putas? La trama le repugnaba. No pasó su desazón hasta que se dijo que el sueño escondía una iluminación. Sus ojos se abrieron: decidió dejar la literatura de una vez por todas.

De alguna manera lo había conseguido. Vivía entre imágenes, entre ojos, él mismo convertido completamente en un ojo intacto.

Pero el fastidio era que, a pesar de su renuncia, seguía atado a aquellas tijeras que detestara, tenía que escribir cada semana sus tres cuartillas. El suyo era un ojo que lloraba lágrimas de tinta. El lloratintas hoy había tocado fondo.

El día no podía haber salido peor. O sí, pero la fatalidad posible cayó en otro. Nuestro crítico de arte salió de su departamento en el Upper West Side a las seis en punto de la mañana para tomar el subway, con la intención de llegar antes de que abrieran las puertas del laboratorio médico. Quería ser el primero para los

exámenes —tan rutinarios como sus cuartillas, aunque mucho menos enfadosos—, quería desafanarse cuanto antes y poder escribir sus líneas sin interrupción, de un tirón; si las hacía poco a poco le tomaba días, se distraía con esto y lo otro, se le volvía un infierno. Había que apurarlas como emulsión de Scott, no sólo el aceite de hígado de bacalao pasa mejor si se traga de un golpe.

Así que se desmañanó miserablemente, salió a la calle, entró al subway, oyó la tonadilla que anuncia el cierre de las puertas, bajó las escaleras al andén corriendo como un bólido, se lanzó al vagón y traspuso la entrada, justo para quedarse por un instante prensado entre las dos lengüetas de rígido hule negro. Durísimas, por cierto; el golpe sobre la mano derecha le arrancó un quejido, como era zurdo había lanzado al frente el brazo izquierdo, doblado el otro y ahí estaba la mano, prensada entre su chamarra de cuero negro y el hule de las puertas, qué imagen. Las puertas se volvieron a abrir, dio un paso al frente, y cerraron atrás de él de inmediato. Se sobó la mano, le dolía, «siquiera no es la izquierda». Qué manera de empezar el día, corriendo, «pinche ciudad, pinche mil veces, me debiera regresar a Querétaro». El tren arrancó, él comenzó a contar, según costumbre. No podía evitarlo. Años atrás usó la segundeada por los ataques de ansiedad, ya tenía quién sabe cuánto sin sentirlos, pero lo de acudir a los números se le había quedado, uno, diez, once, doce… Había asientos vacíos, eligió el que le gustaba, al lado de la ventana, lo ocupó sin dejar de llevar la cuenta, veinticinco. El tren frenó. Veinticinco segundos eran suficientes para sacar los vagones de la estación, ya estaban en donde el retiemble sus centros la tierra, ¿por qué en Manhattan siempre se siente un ligero temblor? Muy ligero aquí, más calma chicha que sacudida telúrica. La voz del altoparlante: ha ocurrido un accidente en la 34, paciencia, «we've been moving shortly». El dolor de la mano, «espero no haberme roto algo, quebrado un ligamento». Para colmo, en quién sabe cuántos segundos, porque dejó de contar en el instante en que el tren paró, pero que en todo caso no fueron muchos, los pasajeros se echaron a leer como si se hubieran puesto de acuerdo; los que no los tenían ya en las manos, sacaron de sus bolsos y portafolios una revista o el periódico, el *Vanity Fair*, el *New Yorker*. Todos leían malditos medios impresos como ése al que debía entregar hoy sus malditas tres cuartillas. «¿De qué las voy a

hacer? Jasper Johns, sí, pero no he visto la exposición en la galería privada, no me la puedo saltar». Esto le hizo ilusión. Ir de galerías. Pero ya se conocía: si iba, se distraería, pasaría el día vagando, y cuál cuartillas. No iba a escribir del señor Johns, definitivamente. Sólo que no tenía ningún otro candidato, quería escribir del dicho aunque sabía que más bien lo que se le antojaba era irse de vago. Abrió su propia copia del periódico, sacó la sección de arte, alzó los ojos un minuto y frente a él vio que un miserable había tenido el arrojo de sacar *su* maldito semanario justo frente a *sus* narices. Esto fue la gota que derramó el vaso. Iría de galerías y escribiría las cuartillas, hoy mismo las dos cosas, ¡punto!

De pronto, lo que nunca —aunque parezca un recurso vulgar del escritor de este cuento—, el tren se echó en reversa. Dos decenas de años tomándolo y ésta era la primera vez que el remedio a los males era la marcha atrás (no porque fuera la peor solución, cuántas veces no había pensado «pero si acabamos de dejar el andén, tres metros atrás y nos sacan»). Lo único bueno fue que, por lo inusual, los pasajeros abandonaron de golpe sus lecturas. Casi todos: el de enfrente no separó los ojos de *su* semanario, y esto le dio una rabia tan grande que le costó trabajo no aventarle un puñetazo.

Cuando llegaron al andén, la voz del conductor les anunció la interrupción del servicio. Caminó hacia la calle hombro a hombro con los demás pasajeros —el empecinado lector de *su* suplemento sin parar de leer, dejándose guiar por los otros, «qué tanto le ve este güey»— hacia la parada de autobuses, —no iba a pagar taxi para unas cuadras en la Avenida, absurdo—. No esperó gran cosa, pero los buses iban a paso de tortuga, como el metro no está en servicio van atestados. Cuando llegó al laboratorio, ya había seis personas esperando antes que él, y las seis leyendo.

Por fin llegó su turno. Al quitarse la ropa en el vestidor, cuando la guardaba en la bolsa de plástico transparente que acomodaría en un lócker, descubrió un desgarrón en la espalda de su chamarra, su predilecta, de cuero finísimo, «¡malditas puertas!», ¿cómo se había hecho?, no tuvo tiempo de explicárselo, vio con la imaginación el golpe de las dos lengüetas negras, el jalón que dio para zafarse de las puertas antes de que se abrieran, «¡mierda!, ¡mierda!», si hubiera tomado un taxi, pensó, pero por qué iba a tomar un taxi, pensó también, idea absurda. Al vestirse, volvió a revisar la zeta pintada

en su preciosa prenda, maldijo una vez más, y más enfáticamente.

Un poco después de una hora, terminó con el procedimiento y salió a la calle. Paró en la deli de la esquina a comprarse «un café *americano* y un panecillo de zanahoria y nuez». La televisión estaba encendida, Canal 1, noticias locales. En la pantalla, el reportero explicaba el origen del trastorno en las líneas del subway: un joven de identidad desconocida corrió para alcanzar el tren en el momento en que las puertas se cerraban. Pasó el umbral, sólo que no atinó del todo: en lugar de trasponer una de las puertas, saltó entre dos vagones. El tren arrancó en ese instante, sonó la alarma, paró de inmediato, pero fue demasiado tarde. El joven susodicho perdió una pierna, fue arrollado y murió ipso facto. Entrevistaron a varios testigos. No cabía duda de que era un accidente. Una empleada de MTA, ¿tal vez la conductora del tren?, lloraba a moco tendido. Un pasajero explicaba con lujo de detalles cómo lo había visto correr hacia el tren: «Un hombre joven, cabello corto, muy guapo», dijo, «vestía chamarra de cuero negro». Era suficiente. Salió de la deli con el café y el panecito en la mano. Se detuvo frente al tráfico, dio un sorbo a su café. Respiró hondo. ¿Cómo pudo ese «hombre joven» aventarse entre los dos vagones? Algo no hacía sentido. Recordó: entre uno y otro vagón, el tren trae o rejillas o cordeles, como los que rodean las alfombras rojas de los estrenos de cine, a los que no iba porque no era crítico de filmes sino de arte.

¿Saltó? ¿Se aventó?

¿Quién era el «hombre joven»? ¿Qué tipo de chamarra era su «chamarra de cuero negro»? ¿No sería más bien una *bolsa* de plástico negro, uno de los chicos de delivery que fuera corriendo como un desesperado sin parar, sin la ropa apropiada para los fríos del invierno, acostumbrados a viajar en camiones de redilas, entrenado por el cruce de la frontera en manos de coyotes imprudentes?

Otro trago al café, otra apreciación del tráfico, al que la verdad no había gran cosa que verle. Por esto no le interesaban gran cosa los fotorrealistas obsesionados con el paisaje urbano. Los automóviles no tenían cara ni cuerpo. No iba a tomarse ahí el café de pie, y además estaba el pancito. Caminó hacia el cafetín que estaba a cosa de media cuadra. Lo rehuía porque siempre exhibían películas, y sabía que corría el riesgo de engancharse, «y adiós

cuartillas». Entró. Se sentó. Pidió otro café, a fin de cuentas el que traía en las manos era horrendo, y estaba frío. En la pantalla, la penúltima escena de una peli que conocía bien: *Los zapatos rojos*, la hermosa jovencita Page, calzando sus zapatos de baile, corre, corre, llega a un balcón y se arroja al tren. Después, la escena final, ésa sí inverosímil: le pasa el tren encima, pero la bella no fallece, sólo se lastima las piernas.

Le encantaba esa película, pero no hoy. Cruzaron por su mente más meditaciones acerca del que se aventó entre los dos vagones que aquí, lector, le ahorro.

Se bebió el café frío, mordisqueó el pancito, se echó a andar. *Debía* escribir sus tres cuartillas y el tiempo estaba corriendo. ¿Pero con qué ánimo? Entró a una papelería elegante, compró una libreta para tomar notas, y subió a un taxi hacia la galería Matthew Marks, donde estaba la exposición «Dibujos de Jaspers Johns, 1997-2007».

Todavía no abría. Esperó pensando en nada. La chica que llegó a abrir la galería lo reconoció y lo dejó pasar veinte minutos antes de la hora de apertura. Encendió las luces. Lo dejó solo. Nuestro crítico de arte recorrió la exposición sin detenerse. Regresó a las tres piezas que le habían llamado la atención. Pero ahí, no. Buscaba en los dibujos una puntada, algo imprevisto que le regalara, si no las tres, por lo menos la última cuartilla completa. Quería publicarlas antes de que abriese la expo del MOMA a la que no tenía ninguna intención de prestar su pluma. La próxima semana escribiría sobre el retrato de la joven de Parmiggiano —lo visitó en Nápoles, en el Capodimonte—, que estaba por llegar a la ciudad.

Volvió a los últimos dibujos colgados en la pared del fondo. No eran realmente interesantes, o realmente no eran nada interesantes. Se paró frente al menos llamativo de todos. Era un dibujo humilde, pero le gustaba esa ausencia de arrogancia, esa especie de inocencia, casi candor. Estaba firmado en San Martín, la isla del Caribe donde Mr. Johns tiene una casa descrita con detalle —una casa blanca, sin un solo adorno, con sólo un lienzo inmenso del propio pintor, en colores estridentes— en el *Times*. Mirándolo, el crítico no pudo evitar la asociación: en esa isla, Stuveysant, gobernador de la entonces Nueva Ámsterdam, perdió la pierna cuando intentaba arrebatarle la posesión a los españoles. Esta

pierna perdida lo llevó al chico que, vestido como él y corriendo como él, tomó la puerta equivocada y perdió pierna y vida. Y se le llenó la cabeza de silencios.

«Ahora», pensó para sí, «a escribir mis tres cuartillas».



CARMEN BOULLOSA (Ciudad de México, México, 1954). Novelista, poeta y dramaturga mexicana. Forma parte de la generación sin nombre que se agrupó alrededor del Taller Martín Pescador, a la que pertenecieron Roberto Bolaño, Verónica Volkow y otros.

Estudió Letras Hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Iberoamericana. En 1976 obtuvo la beca Salvador Novo de Bellas Artes, en 1980 la del Centro Mexicano de Escritores y en 1992 la de la Fundación Guggenheim. Fue redactora del *Diccionario del Español en México* de El Colegio de México y fundadora en 1983 del Taller Editorial Tres Sirenas.

Ha publicado las novelas *Mejor desaparece* (1987), *Antes* (1989, por la que obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia), *Son vacas, somos puercos* (1991), *El médico de los piratas* (1992), *Llanto* (1992), *La milagrosa* (1993), *Duerme* (1994), *Cielos de la tierra* (1997), *Treinta años* (1999), *Prosa rota* (2000), *Leaving Tabasco* (2001) y *De un salto descabalga la reina* (2002).

Obras teatrales: *Trece señoritas* (1983), *XE Bululú* (1984, coautora), *Cocinar hombres* (1985), *Los totoles* (1985), *Mi versión de los hechos* (1987), *Aura y las once mil vírgenes* (1987) y *Propusieron a María* (1987).

Poesía: *El hilo olvida* (1978), *La memoria vacía* (1978), *Ingobernable* (1979), *La voz y método completo de recreo sin acompañamiento* (1983), *La salvaja* (1989), *Todos los amores:*

Antología de poesía amorosa (1997) y *La bebida* (2002).

Notas

[1] *Nota de la autora*: No nos dice quiénes les quitaron las maletas de las manos y dieron instrucciones. No sabemos qué corte acompañó hasta Brooklyn al célebre escritor que está por presentarnos. < <

[2] *Nota de la autora*: Pero… ¡me permites!, tu explicación se acalambra, y qué digo eso, se desmiembra: ese mismo día en la frontera ejecutaron por la mañana a doce hombres, quiero decir varones, del género masculino, uno de éstos colgaba decapitado del Puente Rotario o Puente Alrevés, como le llama la gente, pendía de cuerdas, expuesto para que lo vieran los más, a los ojos de multitud y media, vestido como un cualquiera, los jeans, la camiseta con letras color naranja, nada extraordinario, era uno más, o uno menos, pero con las manos esposadas, y sin cabeza. ¿Lo vería Dante?, ¿notó que vestían como gemelos?, si sí pasaron cerca ¿por qué no se detuvieron a observarlo? ¿Los borró quien arriba escribe del paso de sus personajes? < <

[3] *Nota de la autora*: ya terminado de escribir el libro, hubo manifestación multitudinaria en contra del crimen y la violencia, pero con otros signos de los que aquí no cabe hablar. <<

[4] *Nota de la autora*: la novela fue terminada de escribir antes de la despenalización del aborto. < <

[5] *Nota de la autora*: algo pasó en este viaje que no sabemos. Describe con prisas que nos delatan un ocultamiento. Va, como diría ella, como alma que lleva el Diablo, porque algo se trae entre manos, algo que nos esconde. Estuve tentada de invocar otro narrador para este pasaje, pero las propuestas que recibí eran incluso peores. Supongo que la razón por la que ha dicho que no quiere hablar de eso es porque ella *querría* que no hubiese sido. < <

[6] Y por más prisa que lleve, tengo que decirles que cuando estábamos en medio de esto, suena mi portátil y me dice una voz: «yo puedo contactaaarlaaa —así, las vocales más largas que cola de novia rica—, yo pueeedooo, yo heee hablado con el ser querido que le ha robado la muerteee». «¿Y usted cómo sabe?». «Yo tengo podeeereees». «Dígame pues, qué vota». «¿Vota? Quiere hablar con usted». Tardé unos largos minutos en darme cuenta de que era una médium buscando exprimirme dineros, alguien que ni sabía de Dante ni de mí. < <

[7] *Nota de la autora*: ya sé que hay ya Starbucks madrileños. Pero cuando ellos planeaban su periplo, no. < <

[8] *Nota de la autora*: nuestra amiguita olvidó aclarar al lector por qué no estuvieron Quevedo, Lope de Vega, Calderón, María de Zayas o Garcilaso en El Parnaso de Madrid. Cierto que alegó que en las reuniones de Nueva York no había cabida para los clásicos de nuestro canon, quesque por el provincialismo de los gringos, pero ¿cómo explica sus ausencias en Madrid? Ya con este libro a medio proceso de edición, me he visto obligada a buscar en sus notas para subsanar el hecho de que promete la explicación que después no nos da, sobre qué pasó con estos grandes. Encontré lo que aquí les paso tal cual, estaba manuscrito en letra diferente a la de nuestra amiguita: «En un descanso del camino que media entre la vida y la muerte, alrededor de un poyo que parece de piedra, María de Zayas y Sofonisba Anguissola (cuyas cartas geniales esperan ser descubiertas por algún investigador de los archivos filipinos, pues el Rey las tuvo en tan alta estima que las hizo atesorar como joyas) sostienen una reunión con Lope, Góngora, Cervantes y Garcilaso, en la que llegan a un acuerdo —¡el primero de sus existencias!—: ninguno de los ahí presentes asistirá a Madrid, pues no llegó invitación alguna para las dos mujeres. Si la ausencia de la dicha para Sofonisba se justifica por no haber sido hecha pública su obra, en cambio la de María de Zayas les parece algo inadmisible. Más todavía porque quien ocupa la presidencia de El Parnaso es mujer». Vean por qué no nos dio la explicación (queda tan mal parada, se retrata como tan poco solidaria con las de su género, baldón a agregar a sus otras cretinerías). *Nota de otro de los autores*: Mentiras de la autora. Eso es inverosímil. La razón de su ausencia se nos escapa, porque ésta que dice Boullosa no es de ninguna manera posible. < <

[9] El arrastre del cadáver de la Veintimilla ha sido desmentido por algunos estudiosos, pero no es aquí el único lugar donde se defiende la veracidad de estos hechos. < <

[10] El profesor Ryan Smith, académico de la Universidad de Arizona, ha insistido en demostrar que la zarzuela de Blast y Gana es un ejercicio de deconstrucción de esta situación de la Veintimilla. < <

[11] Aquí el cuento que leyó la narradora en *BOMB Magazine*, según consta en la página 87, traducido por mí para el lector. < <